

IRIS T. HERNÁNDEZ

SEAN COTE

no tiene límites...

VOL3

zafiro♥

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

No creas que para llegar hasta aquí el camino ha sido fácil. Hemos tenido que sortear demasiados baches, y no me siento orgullosa de cuanto he hecho. Puede que si no hubiera actuado de forma impulsiva hubiese evitado consecuencias que han cambiado el sentido de nuestra vida.

Para empezar, ese fatídico accidente. Desde el momento en que apareció el médico y nos dijo cuál era su estado, supe que nada volvería a ser igual, y yo era la única culpable de lo sucedido. Si hubiera tenido la suficiente confianza en Sean, habría hablado con él antes de huir y no le hubiese arruinado la vida. Lo convertí en algo que no era, un hombre vulnerable para sus enemigos, y ellos lo aprovecharon para destrozarnos.

Aunque nosotros tenemos algo que ellos no valoraron, y es que desde que nos conocimos, el uno sin el otro no somos nada, pero juntos lo somos todo. Aceptamos el presente y nos prometimos un nuevo futuro, uno basado en la confianza y en el espíritu de superación, eso es todo.

SEAN COTE NO TIENE LÍMITES

(Volumen 3)

Iris T. Hernández

zafiro 

Cuando ya no puedes caer más
significa que sólo hay un camino...
Resurgir.

Capítulo 1

Las lágrimas me nublan la vista; esto no puede estar pasando.

—Noooo.

Me pongo de pie y veo cómo el conductor del camión se lleva las manos a la cabeza al plantarse delante del deportivo, y yo me temo lo peor.

Comienzo a caminar hacia él lentamente, con pasos inseguros, pero de pronto oigo el motor de un coche, así que me giro y veo cómo un hombre con una sudadera negra, con la capucha puesta, hace rugir con fuerza el motor para luego salir flechado de aquí, así que no tengo tiempo de quedarme con su cara. A saber quién puede ser tan mala persona como para provocar un accidente tan brutal. Soy incapaz de montar en el todoterreno y perseguirlo, pues lo que me preocupa en este instante es él; necesito constatar que está bien, pues no soportaría la idea de perderlo.

Sigo avanzando con piernas temblorosas, aunque no sé cómo logro llegar hasta el capó del McLaren. Me llevo ambas manos a la boca cuando descubro el estado del vehículo; está destrozado, partido... Por fortuna, lo único que no ha quedado siniestro total es la parte del conductor, aunque sí que está muy aplastada. Durante unas décimas de segundo, veo borroso, porque las lágrimas apenas me dejan vislumbrar el interior del deportivo. Él no se mueve, y mi angustia crece todavía más.

—¡Sean, por favor!

Corro hasta llegar a la ventana del copiloto, que ha quedado incrustada en una farola, pues desde aquí puedo verlo mejor, hasta puedo acariciarle la mejilla.

El contacto de mi mano lo hace reaccionar y mueve un poco el cuello para mirarme despacio, mostrándome su rostro ensangrentado... y mis lágrimas se desbordan de nuevo de mis ojos, pero ahora de alegría al saber que no está muerto... que, aunque está herido, aún sigue a mi lado. Está sangrando profusamente, ya que tiene una brecha en la cabeza, y no me dice palabra alguna, sólo me mira fijamente al tiempo que aprieta los párpados intermitentemente a causa del dolor.

—Sean, cariño, estoy aquí.

—Aaah...

Oigo una queja en un susurro que intenta reprimir, pero es evidente que algo le duele mucho y, aunque quiera hacerse el fuerte delante de mí, no me cabe duda de que está gravemente herido.

—No te muevas; ahora mismo vienen a ayudarnos. —Me giro y veo al camionero parado justo detrás de mí, así que no puedo evitar gritarle—: ¡Llama a una ambulancia, ¿a qué esperas?! —Vuelvo a mirar a Sean y veo cómo mueve la pierna derecha, pero la izquierda, aunque tira de ella, queda inerte, y se queja de dolor—. Vas a salir de ésta, ¿me oyes? —le aseguro, limpiándome las lágrimas; no quiero que me vea llorar. Ahora necesito que sea fuerte, porque tiene que soportar ese dolor hasta que consigamos sacarlo.

—Estoy atrapado. —Apenas logro entender lo que dice cuando intenta liberar la pierna izquierda del amasijo en el que se ha convertido la carrocería, y luego pega un grito desgarrador.

—No te muevas, por favor —le suplico, nerviosa.

No sé qué puedo hacer para ayudarlo. De pronto veo un pañuelo de papel tirado en el interior del vehículo, así que me estiro hasta alcanzarlo y luego le presiono con él la herida de la cabeza, procurando evitar que la sangre siga saliendo, aunque es en vano, porque ésta no cesa, tanto que ya tiene gran parte de la cara empapada.

—Me estoy mareando —susurra, y parpadea varias veces.

Me pongo todavía más nerviosa.

«¡Dios mío, no! Si de verdad existes, por favor, ayúdanos. Sean no se puede ir, no cuando no nos ha dado tiempo a saber lo que es estar juntos de verdad. Te lo pido por favor, no te lo lleves aún...», rezo con todas mis fuerzas, con la esperanza de que me escuche y le dé todas las fuerzas que necesita para soportarlo.

—No, cariño... Mírame, no cierres los ojos. Quédate conmigo —le ruego mientras intento colarme un poco más por la ventanilla, metiéndome entre la carrocería y la maldita farola, para besarlo. Consigo llegar hasta él porque la parte del copiloto está completamente aplastada, así que logro acercarme bastante.

—Ya están de camino. —Me giro para agradecerle al camionero su ayuda y entonces soy consciente de que él también está muy afectado—. ¡Os habéis cruzado en mi camino! ¡Habéis pasado en rojo! ¿Por qué ibais tan rápido?

Soy incapaz de responderle. No sé cómo explicarle que todo es culpa mía, que no debería haber cogido el coche, ya que entonces nada de esto hubiese ocurrido. Sean no tendría que haberme seguido. Empiezo a llorar de nuevo, aunque en silencio, pues no quiero que Sean me oiga. Sé que se preocuparía por mí, y no sería justo; ahora necesita todas sus energías para él. Suspiro cuando capto a lo lejos el sonido de unas sirenas y advierto que unas luces se van acercando: ambulancia, bomberos y policía; sé que muy pronto todo habrá terminado.

—Sean, ¿me oyes? —Asiente, conteniendo el dolor. Está sufriendo horrores y a mí me duele el alma al verlo en este estado—. Ya llega la ayuda, pronto estarás conmigo. Aguanta, cariño.

Al llegar, todos corren hasta nosotros y nos piden que nos apartemos, pero no les hago caso; no quiero soltarlo, no hasta que lo hayan sacado del coche. La policía lo comprende, porque no me insiste y se limita a apartar de allí a todos los presentes para que los bomberos tengan el espacio suficiente como para trabajar mientras yo no dejo de mirar su cara. Tiene los ojos cerrados y los párpados prietos, teñidos de rojo por la sangre que sigue cayendo, que ya ha empapado el pañuelo que aún sostengo con fuerza para taponar la brecha de su cabeza.

El camionero atiende a las indicaciones de uno de los bomberos, que le da instrucciones de cómo sacar el camión para que ellos puedan acercarse y extraer a Sean de entre los hierros. Sólo pueden hacerlo por ese lado, por donde ha impactado el camión, ya que, por el mío, lo impide la farola. El personal médico de la ambulancia se acerca y prepara el material que cree que van a necesitar mientras valoran la situación visualmente. La policía acordona la zona para evitar que las decenas de curiosos que se han aproximado puedan fisgonear desde más cerca y yo lo observo todo mientras le susurró una y otra vez que sea fuerte, que aguante, que me responda aunque sólo sea moviendo la cara, pero, para mi sorpresa, hace un sobreesfuerzo y abre los ojos, dejándome ver el dolor en ellos, su impotencia por no poder salir del coche, y me siento igual por no poder ayudarlo; no puedo hacer nada más que estar a su lado.

—¿Cómo te llamas?

Un bombero se acerca y, sin apartarme de su lado, se dirige a él. Sé que quiere comprobar su estado de conciencia, por ello me mira a mí y después a él.

—Sean —dice en un suspiro ahogado cuando intenta moverse y le es imposible.

—Ey, ey, escúchame... No te muevas. Sé que eres un tipo fuerte, pero reserva tus energías para permanecer despierto. No te pido nada más.

Él asiente. Está sudando, mucho. El sudor se mezcla con la sangre que le cae del pelo, pero lo que me preocupa es su rostro de sufrimiento. Debe de estar rabiando para que no esté maldiciendo a gritos al que nos perseguía y ha provocado el accidente. Su tranquilidad me indica que realmente está herido de gravedad.

El camión hace marcha atrás y el deportivo se mueve, provocando un grito desgarrador de Sean, un sonido gutural. Le acaricio la mejilla y me doy cuenta de que está llorando; no soporto verlo así, no se merece lo que está pasando.

—Cariño, tranquilo —le susurro, porque no soy capaz de hablar en voz alta sin que se me quiebre la voz.

—Dios —resopla, con la mandíbula tensa; la está apretando con todas sus fuerzas para soportar el dolor, y yo me pongo cada vez más nerviosa conforme todos ponen la misma cara de terror cuando lo miran. No me están ayudando en nada.

—Debe apartarse, por favor.

Miro al bombero a los ojos y niego entre lágrimas. No quiero hacerlo, pero suelto su rostro lentamente y, ayudada por el joven que me tiene agarrada de la cintura, camino hasta la acera sin dejar de mirarlo. No quiero apartar mis ojos de él y no quiero que cierre los suyos por nada del mundo; temo que, si lo hace, no los vuelva a abrir.

—Señorita Avery, ¿qué ha pasado? —Las manos de Hugh me agarran con ímpetu, me estrecha entre sus brazos y me calma mientras me sorbo los mocos—. ¿Quién los seguía? —Sean lo ha llamado durante la persecución para avisarlo de que estábamos en peligro; sabe perfectamente que esto no es un accidente fortuito, y por ello me aparta de los agentes de policía para preguntarme a solas.

—Un coche negro... conducido por un hombre con sudadera negra con capucha; no he visto nada más. Sean me ha dicho que no frenara, yo no quería hacerle caso... pero ha insistido y me he saltado el semáforo en rojo; él venía detrás y luego... Hugh, lo han arrollado por mi culpa, debería haber...

Me gira el rostro para que lo mire a él y deje de contemplar cómo los bomberos y el personal sanitario están trabajando con y por él, asistiéndolo. Entonces veo sus ojos, fijos en los míos, sin ser capaz de parar de llorar.

—No vuelva a decir eso. Y tiene que saber que Sean ha salido de cosas peores, así que de ésta también lo hará. —Asiento con la cabeza; sí, claro, va a salir de ésta. Oigo una sierra mecánica y a varios bomberos hablar con él mientras las chispas saltan por todas partes—. Enseguida estará fuera del coche.

Vuelvo a asentir entre sus brazos, pues no me sueltan en ningún momento, igual que haría mi padre si estuviera aquí. Hugh está inquieto, preocupado, como lo estoy yo; seguro que en otras circunstancias estaría haciendo mil llamadas e iniciando una investigación para dar con los responsables, pero hoy, ahora, no; en este momento se mantiene a nuestro lado, velando por él, para que los bomberos hagan su trabajo cuanto antes, y por mí, para que no esté sola.

Detecto el nerviosismo de las personas que están a su alrededor; todos se retiran el sudor y lo miran con cara de preocupación. Por ello, trabajan con tesón para liberarlo de inmediato y así continúan hasta que apagan la sierra y, entre tres personas, arrancan la chapa que estaba atrapéndole la pierna. Entonces una enfermera se cuela entre ellos, junto a un médico, para valorar su estado.

Ambos se miran y asienten, sabedores de lo que tienen que hacer. Me quiero acercar, pero Hugh no me deja, pues me agarra con ímpetu para que no pueda dirigirme hacia allí.

—Seguro que Sean no quiere que lo veas así.

Me está protegiendo como lo haría él. Aunque, si fuese al revés, nadie habría tenido la valentía de separarlo de mi lado y siento que, una vez más, le estoy fallando.

—Hugh, dime que no le va a pasar nada...

Mi pecho sube y baja acelerado, y mis lágrimas son más y más intensas conforme veo a la enfermera cubierta de sangre. Hay demasiada y Sean comienza a no responder. Oigo cómo lo llaman, como le ruegan que aguante, y me temo lo peor cuando lo colocan, inconsciente, en una camilla.

No sé cómo me zafó de Hugh, pero lo consigo y corro hasta él, para acariciarlo, pero un miembro del personal médico me agarra de la cintura y, a pesar de que me resisto, me aparta de allí.

—Déjenos hacer nuestro trabajo, hágalo por él —me pide, y me derrumbo por completo, dejándome caer sobre el asfalto, abatida, cuando introducen la camilla en la ambulancia y se lo llevan lejos de mí, sin saber si realmente sobreviviré, si saldré adelante.

—Tenemos que irnos. —Hugh me coge y me pone en pie, para guiarme hasta el todoterreno con el que ha venido, que ni tan siquiera había visto.

Nos montamos en el vehículo y Hugh conduce a toda prisa tras la ambulancia; llegamos a alcanzarla, pero no la adelantamos, sino que vamos tras sus sirenas y sus luces, que interrumpen el silencio y la oscuridad de la noche, llamando la atención de los pocos que pasean a estas horas por la calle. Mi mente está centrada en él, en Sean... ¿Por qué no me han dejado ir con él? Preferiría estar a su lado, agarrando su mano y susurrándole lo mucho que necesito que siga conmigo.

¡Me arrepiento tanto de haberme enfadado! Tendría que haberle pedido explicaciones, que me aclarara de dónde había salido esa maldita caja. Si él hubiera confiado en mí cuando se la mandaron, es muy probable que nada de esto hubiese ocurrido.

—Hugh, todo ha sido por mi culpa...

—Nada es por su culpa, se lo aseguro —me responde sin dejar de mirar hacia la ambulancia. Tiene las facciones endurecidas y hoy denotan una rabia que hasta este momento nunca había visto en él.

—Si no hubiera cogido el coche...

—Estaban esperándolos, al acecho. De no haber sido hoy, hubiese sucedido en otra ocasión. — La garganta se me cierra al ser consciente de que, en realidad, tiene razón; que, aunque creíamos que todo estaba solucionado y bajo control, no era así. Estaban aguardando una oportunidad para hacernos daño de verdad, y yo se la he servido en bandeja de plata—. Se pondrá bien, y pagarán por lo que han hecho. —Noto ira en sus palabras, la misma que siento yo.

Llegamos al hospital, pero la ambulancia entra en un área restringida a la que nosotros no podemos acceder; por ello, Hugh conduce a toda leche para aparcar donde sea.

—Vamos —me apremia, y salgo de un salto tras abrir la puerta, para cerrarla de inmediato de un portazo.

Nos dirigimos a toda prisa a Urgencias, donde nos topamos con un mostrador. Cuando voy a preguntar por él, antes de que me dé tiempo a decir nada, la camilla de Sean pasa por mi lado y me lanzo sobre ella para abrazarlo.

—Sean, amor. Ya hemos llegado.

Rompo a llorar, desolada. Hugh me agarra para levantarme y dejar que los médicos que lo atienden, que están nerviosos, puedan continuar su camino.

—Tienen que rellenar este formulario —me indica el conductor de la ambulancia, al reconocerme, cogiéndolo del mostrador—. Luego se lo entregan a ella y aguardan en esa sala de espera. Les informaremos en cuanto nos sea posible.

—Se va a poner bien, ¿verdad? —le imploro entre lágrimas, con los papeles en la mano, temblorosa y apenas sin fuerza.

—Por favor, deben tener paciencia. —Y, sin más, desaparece.

Me quedo paralizada frente al mostrador, sin saber qué hacer.

—Yo me encargo de eso. —Hugh me señala los documentos que me han dado y asiento, entregándoselos; en mi estado actual no sabría qué poner—. Vaya a sentarse a la sala de espera, ahora mismo voy.

—Sí... —Me froto la frente, tengo la cabeza en una nube, y miro hacia dicha sala, pero no me muevo. Hugh comienza a rellenar el formulario y a mí me surge la necesidad de llamar a Jeff. Quiero que venga—. Necesito un teléfono... —Hugh se gira y me entrega el suyo, que tenía guardado en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Me alejo hasta llegar casi a la salida, en un rincón donde apenas hay nadie, y marco su número de móvil.

—¿Sí?

—Jeff... —mi voz se quiebra en cuanto pronuncio su nombre, lo que le da una pista de que algo muy malo ha pasado—, Sea...

—¿Dónde estás? —me pregunta, calmado, y siento que se me cierra la garganta, ya que me cuesta pasar por ella el poco aire que logro llevarme a los pulmones.

—En el Hospital General, hemos tenido un accidente. —Arranco a llorar y me apoyo en la pared para luego deslizarme por ella hasta dejarme caer al suelo, quedando de cuclillas—. Sean está grave.

—Salgo ahora mismo para allá, pero estoy fuera de Vancouver, por lo que tardaré en llegar.

—¡Jeff! Todo ha sido por mi culpa —añado, y suelto un sollozo desgarrado que sé que lo está volviendo loco—. Si Sean se muere...

—Ave, no se va a morir, ¿me oyes? —Asiento aunque sé que él no puede verme... y también que eso que me ha dicho no lo podemos asegurar—. Estaré contigo lo antes posible.

No me da tiempo a responderle, pues finaliza la llamada; seguro que ya se ha puesto en camino.

—¿Está bien? —Niego, no tengo por qué engañar a Hugh; sabe perfectamente que no lo estoy, y no lo estaré hasta saber que todo ha ido bien y que Sean se va a recuperar, que está fuera de peligro—. Debería ir al baño, tiene mucha sangre. —Me señala una puerta y me ofrece una mano, que acepto para levantarme gracias a él, quien me acompaña por el pasillo hasta que cierro la puerta tras de mí.

Me miro al espejo y descubro que tengo la frente, los labios y ambas manos manchados por completo. Abro el grifo, cojo un poco de jabón y me froto mientras miro de nuevo al espejo, siendo testigo de cómo mis lágrimas recorren mis mejillas y se pierden en el agua ensangrentada del lavabo, donde poco a poco me estoy limpiando, liberándome del color rojo. Luego pillo un trozo de papel de mano y lo empapo para lavarme la cara lo mejor posible, aunque finalmente prefiero llenarme las manos de agua y mojarme directamente la cara, con la intención de eliminar la sangre y, además, procurar sosegarme. Después me seco con más papel, que tiro a la basura, y me obligo a salir cuanto antes, por si algún médico sale a informarnos del estado de Sean.

Ya estoy entrando en la sala de espera cuando, a lo lejos, oigo los gritos de una voz que me es conocida; entonces me giro y vuelvo a llorar, desolada.

Capítulo 2

—¡Hugh! ¡Hugh! —Helena aparece corriendo. Está llorando cuando llega a nosotros y deja que su marido la arrope, ante mi rostro desencajado por el sentimiento de culpabilidad. Si yo no hubiese sido tan estúpida, Sean no estaría en este hospital—. ¿Cómo está?

—Aún no sabemos nada, pero es fuerte, saldrá de ésta.

—Ay, Dios mío, ¿cómo puede tener tan mala suerte? —Niega con la cabeza y se da media vuelta para mirarme; me he quedado a un lado, sin decir nada—. Avery, ¿cómo estás? ¿Te has hecho algo? —Me toca los brazos y me mira de arriba abajo.

—Lo siento... —es lo único que soy capaz de decir cuando me abraza, y ahora es ella la que me calma a mí.

—Hija, mía, esto no es por culpa tuya. No quiero que pienses eso, por favor. —Sigo llorando hasta que Helena saca un pañuelo de su bolso y me lo entrega para que me enjugue las lágrimas—. ¿Ha venido la policía? ¿Habéis hablado ya con ellos?

—No, no nos ha dado tiempo. Todo ha sido muy rápido. —Hugh endurece su expresión; sabe que debería estar haciendo algo para encontrar al responsable del accidente, es lo que Sean le pediría si estuviera aquí, pero está tan preocupado por él que sé que no se quiere mover de su lado—. Quedamos en la sala de espera, tengo que hacer unas llamadas.

—Está bien, no tardes. —Veo cómo le acaricia la mejilla a su mujer. Helena, igual que yo, sabe que está muy intranquilo—. ¿Seguro que estás bien? Tendría que mirarte un médico —se dirige a mí, angustiada.

—No, estoy bien. —Me siento y me doy cuenta de que la chica que tengo delante me mira fijamente; eso me molesta, pero por suerte aparece un doctor que la llama y se va con él—. De verdad, a mí no me ha pasado nada —le aseguro, porque estoy convencida de que no se ha quedado conforme por cómo me está escaneando. Helena siempre se preocupa por nosotros, pero yo estoy perfectamente.

Pierdo la noción del tiempo, aunque me da la sensación de que llevo siglos aquí, porque me veo capaz de recordar cada uno de los rostros de los que, como nosotras, están esperando en esta sala. He visto salir a muchos médicos, pero ninguno de ellos ha preguntado por los familiares de Sean.

Estoy agobiada, tanto que me pongo de pie y, dejando a Helena tomando un café en la sala, me acerco al mostrador.

—¿Podrían informarnos acerca de un paciente? Llevamos muchas horas aquí... —Debo tener un aspecto terrible, porque la chica me mira con cara apenada—. Se llama Sean Cote.

Veo cómo duda, y por ello no me muevo de delante. Necesito saber qué está pasando. ¿Por qué tardan tanto en decirnos cuál es su estado?

—Ahora mismo está en quirófano; le están practicando una cirugía. No sé nada más —me informa tras teclear algo en el ordenador; por lo menos me ha dado algún dato, aun sabiendo que no debería.

—¿Quirófano? ¿Cirugía?

Abro los ojos exageradamente y, cuando voy a preguntarle más, Hugh interviene.

—Avery, Sean va a estar bien.

—Ya han aprobado su petición de traslado, pero, hasta que no acaben de operarlo y valoren su estado, no podrán hacerlo —añade la enfermera. Su voz es seria, juraría que no quiere hablar más de la cuenta, y me entran ganas de rodear este maldito mostrador y ver lo que pone sobre Sean en esa pantalla.

—¿Operarlo? —le pregunto directamente a él, porque parece que tiene más información de la que nos ha dado nadie.

—Gracias —le dice a la chica, que suspira aliviada cuando ve que me agarra de los hombros y me aparta de allí.

—¿Operación? ¿Traslado? ¿Qué está ocurriendo, Hugh? —Estoy muy nerviosa, y es evidente por mi tono de voz... aunque ahora mismo me da igual, no me gusta que actúen a mis espaldas. Quiero saberlo todo, quiero que cuenten conmigo—. Te exijo que me digas lo que sabes.

—Sean ha perdido mucha sangre por los cortes y la rotura de la tibia y el peroné de la pierna izquierda, que han quedado astillados, además de que los músculos y nervios de dicha pierna le han quedado seccionados; en resumen, la tiene destrozada y lo están operando. No sé nada más, pero he pedido que, en cuanto sea posible, lo trasladen a un hospital en el que hay especialistas en traumatología y ortopedia, los mejores. —Me aprieta los hombros con fuerza para que lo mire—. Se va a poner bien, te lo prometo.

—Si le pasara algo, yo...

—¡Ave! —De repente aparecen Jeff y Owen, y los dos me estrechan entre sus brazos—. ¿Cómo está Sean?

—Lo están operando. —Inhalo para coger aire y poder llenar mis pulmones—. Hugh ha pedido un traslado a otro hospital; en cuanto termine la intervención, si es posible por su estado, se lo llevarán —les cuento entre lágrimas... que aparecen de nuevo esta noche.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Owen, muy serio. Hoy no aparece el gracioso o bromista de siempre; hoy está aquí mi amigo, ese que pone un hombro si es preciso para que me apoye en él—. Ave, cuéntanos.

—Nos perseguía un coche... Íbamos muy deprisa y, al cruzar una calle, yo he podido pasar el semáforo en rojo tal como me ha pedido que hiciera, pero Sean... un camión... —Mis lágrimas se hacen más profusas y ya no soy capaz de hablar más.

—Chis..., tranquila. No le va a pasar nada, Sean es duro. —Jeff me arrima a su pecho y lo abrazo con fuerza al tiempo que Owen lo hace por mi espalda, quedando entre mis amigos, más segura que nunca.

—Será mejor que aguardemos en la sala de espera. —Hugh nos pide que nos dirijamos allí y los tres nos separamos para hacerlo. Al entrar en ella vemos que Helena sigue sentada, con cara de enorme preocupación—. ¿Quieren un café?

—No, siéntese, por favor. —Jeff conoce perfectamente a Hugh y sabe que, si consigue que esté sentado cinco minutos ya será mucho, pues éste no sabe permanecer quieto... y así es, porque al poco rato mira hacia el mostrador y se encamina hacia allí con paso seguro.

Hay dos policías preguntándole algo a la enfermera; una es la inspectora López y, al pecatarme de eso, corro tras Hugh, indignada, porque me parece increíble que, habiendo pasado lo que ha pasado, esté aquí. ¿Qué más quiere ahora?

—¡López! —le grito sin ser consciente de ello, y ella se gira para presenciar cómo llego hasta

allí—. ¿Qué narices hace aquí? ¿Por qué ha venido?

—Investigo el accidente. —Se me escapa una carcajada, incrédula—. ¿Cómo está el señor Cote?

—Para su desgracia, vivo —le espeto con rabia.

—No empezamos con buen pie, pero le aseguro que no deseo ninguna muerte.

—Desde luego, éste no es el mejor momento para sus preguntas, así que márchese. —Hugh es tajante, no les da opción a réplica y, aunque el otro policía no está conforme, la inspectora le pide, por favor, que la acompañe.

—No me lo puedo creer —resoplo mientras los veo alejarse, más furiosa de lo que recuerdo haber estado nunca, y es que, saber que ella siempre ha pensado que nosotros hemos sido los culpables de todo lo que ha ocurrido, me cabrea muchísimo.

—Familiares de Sean Cote... —Mi cuerpo comienza a temblar cuando oigo la voz de un hombre a nuestro lado. Me giro y veo que es un doctor. Está cansado. Se saca la mascarilla y todos lo rodeamos para escuchar lo que nos tiene que decir—. Hemos tenido que operarlo de urgencia, porque la parte inferior de la pierna izquierda estaba demolida.

—¿Sean está bien? —le pregunto; no puedo esperar más, necesito saberlo.

Jeff me agarra del hombro mientras el médico suspira, muy serio, y me mira directamente.

—Está estable y fuera de peligro. En estos momentos está sedado y le estamos haciendo una transfusión de sangre, pues ha perdido mucha... —Suspiro aliviada al oír sus palabras y abrazo a Jeff con fuerza—. La brecha de la cabeza no presenta mayor importancia, pero su pierna... —oigo ese «pero» y no me gusta nada; algo grave ocurre—. La carrocería lo ha aplastado tanto que, aunque, hemos hecho todo lo posible por salvarla... —Coge aire para seguir hablando y yo comienzo a llorar, al igual que Helena, que se lleva las manos a la boca para no gritar mientras Hugh la abraza, y Owen y Jeff me miran a mí y al médico simultáneamente, preocupados—. He tenido que amputarla de rodilla para abajo.

—¿¡Qué?! —exclamo en un suspiro ahogado mientras sollozo. Entonces Jeff me arrima a él para abrazarme con todas sus fuerzas.

—Si no lo hubiera hecho, habría tenido terribles dolores de por vida, aparte del hecho de que no la hubiese podido usar jamás, porque estaba deformada por completo y no tenía solución; además, hubiese sido, sin duda, un foco de infección a medio plazo, así que en realidad le hemos salvado la vida con esta intervención. La amputación ha sido el mal menor, no había alternativa. Están preparando el helicóptero para el traslado.

No puedo hablar. Sé que está vivo, que va a sobrevivir a lo ocurrido, pero Sean no va a ser el mismo de antes, no cuando sepa que ha perdido media pierna en el accidente... y todo ha sido por mi culpa. No me lo voy a poder perdonar en la vida.

—Lo importante es que está estable y su vida no corre peligro —interviene Hugh, muy afectado.

—Sí, así es. Lo siento mucho, de verdad, pero ha sido la única forma de evitarle dolor crónico y, además, como ya he dicho, a medio plazo esta decisión le ha salvado la vida.

Supongo que nadie se acostumbra a dar este tipo de noticias, porque su rostro es de rabia y tristeza a partes iguales. Es evidente que preferiría comunicarnos que había podido salvarle la extremidad.

—Gracias, doctor. —Helena viene hasta mí y me abraza, y lloro todavía más fuerte, sollozando e hipando. Ya no puedo controlarme—. Avery, por favor, tranquilízate... No se ha muerto y saldrá de ésta; eso es lo más importante.

Tiene razón, pero no me puedo creer que por mi arrebato se encuentre en este estado.

—¿Puedo viajar con él? —Me limpio las lágrimas y veo que el doctor asiente—. Gracias, necesito estar a su lado.

Los miro y todos asienten en silencio mientras me observan, serios. Todos están impactados por lo ocurrido. Supongo que, al igual que yo, están asumiéndolo.

Quiero verlo; hasta que no esté con Sean, no estaré tranquila.

—Si me acompaña, la llevaré con él.

Asiento, retirándome las lágrimas, y Jeff me da un beso en la cabeza.

—Nos vemos allí —se despide, mirándome, y resulta evidente que está muy preocupado; sus ojos me hablan, me transmiten que debo estar calmada y asiento para que no se inquiete. Luego le digo adiós a Owen, quien por primera vez se ha quedado sin palabras.

Todos me dan un abrazo antes de que siga al médico, que me guía hasta el final del pasillo, donde se encuentra el ascensor. Tengo el estómago revuelto, las manos me tiemblan como nunca y mi mente está en medio de una niebla que no me permite pensar con claridad; creo que no lo he hecho desde el maldito accidente, pues he estado como catatónica, como si estuviera viviendo una pesadilla de la que en cualquier momento me fuese a despertar. Se abren las puertas del ascensor y niego mientras pienso que no estoy soñando; todo lo que ha ocurrido es muy real, por desgracia.

—El paciente está dormido, no la va a poder oír. —Asiento; estoy tan nerviosa que no sé ni responder—. Va a necesitar mucho apoyo; no le va a resultar fácil asumir lo que ha perdido.

—Lo sé.

Claro que lo sé. No quiero pensar en el momento en el que descubra lo que han tenido que hacer para evitarle dolor crónico y salvar su vida; no sé lo va a tomar nada bien.

—Pase, ya llegamos. —Me invita a salir del ascensor y lo sigo hasta la segunda puerta de la derecha del pasillo. La abre y espera a que entre yo primero.

Paso tras paso, con un miedo aterrador, me acerco a su cama, donde está completamente dormido, con la cabeza vendada y tapado por una sábana que no me deja ver sus piernas; cuando me fijo en la izquierda, a partir de debajo de la rodilla, no hay nada, sólo vacío. Me llevo las manos a la cara, tapándome la nariz y la boca, al tiempo que mis ojos se encharcan. Dios, Sean... Se me cierra la garganta y se me encoge el alma mientras camino hasta su lado y le agarro la mano con delicadeza, como si se fuese a romper si apretara. Le acaricio la mejilla y me recuesto a su lado, sintiéndome la única culpable.

—Enseguida los vendrán a buscar. —Asiento y me giro por educación, pero no porque quiera dejar de mirar a Sean en ningún instante, ni de acariciarle el rostro.

A juzgar por el silencio que se acaba de instalar en la habitación, sé que estamos a solas y es cuando ya no lo puedo soportar y lloro desconsolada, empapándole una mejilla sin que él sea consciente de ello.

Cuando creo que ya no me quedan lágrimas, le seco la cara con los dedos y veo los cables y tubos que tiene alrededor; uno de ellos es un gotero con sangre, y el segundo que veo interpreto que es suero, y el tercero quizá un calmante, sin contar con todos los que lo conectan a un monitor que mide sus constantes vitales.

—Ya estamos listos.

Una enfermera interrumpe mi escrutinio y asiento, apartándome de su lado para que pueda prepararlo a él. A conciencia, se encarga de que esté a punto para su traslado y luego camino tras la camilla que mueven dos celadores. Todos me miran serios; saben el dolor que estoy experimentando y, por ello, respetan mi silencio.

Cuando subimos a la azotea, el aire y el ruido ensordecedor provocados por las hélices del helicóptero me pillan por sorpresa, por lo que me tambaleo hacia atrás, chocando contra la puerta que acabo de traspasar.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta uno de los celadores a gritos, y se acerca a mí para agarrarme del brazo y acompañarme hasta la puerta del helicóptero, donde veo cómo suben la camilla con sumo cuidado y, después, me ayudan a montar para sentarme al lado de Sean, delante de la enfermera, que está pendiente de que sus constantes no se alteren por el viaje.

—Es un hombre muy fuerte, lo superará —me indica con una media sonrisa, intentando tranquilizarme.

Sigue dormido, sin enterarse de nada de lo que está ocurriendo.

—Lo sé, sé que lo hará. —Me sorbo los mocos y suspiro con fuerza, asumiendo que perder media pierna no es lo peor que le podría haber pasado, ya que, con un impacto tan brutal, podría haber muerto, pero alguien ha querido que permanezca a mi lado, y es porque aún le quedan muchas cosas por hacer en este mundo.

—Debe abrocharse el cinturón, vamos a despegar.

Tal y como me indica, me lo abrocho, y entonces le hace una señal al piloto, que nos anuncia que nos vamos.

El ascenso es lento pero brusco. Hace mucho viento, demasiado para lo que me gustaría, pero aprieto su mano con fuerza y cierro los ojos hasta que el aparato se estabiliza en el aire y avanzamos hasta el hospital donde Hugh ha decidido ingresarlo.

—¿Cómo está? —me pregunta Jeff en cuanto me ve aparecer en la habitación del nuevo centro médico.

Están todos en una salita de espera privada dentro de la habitación, una especie de antesala, serios y con caras de gravedad. No me da tiempo a responderle, porque la puerta se abre a mi espalda y la camilla aparece con él.

Helena rompe a llorar y camino hasta ella para consolarla; está destrozada. Para ella es como un hijo, siempre se ha preocupado por él, y esto le está doliendo muchísimo... igual que a Hugh, quien, aunque está aguantando el tipo, siente rabia; lo demuestra la abultada vena de su cuello y cómo aprieta los puños al tenerlo delante y ver su estado.

—Tengo que irme.

—¡Hugh! —Helena intenta agarrarlo, pero él se deshace de sus débiles manos para salir de la estancia.

Sabía que, cuando lo viera, tendría la necesidad de actuar y llevar a cabo lo que Sean le pediría que hiciera si estuviera consciente: dejarse la piel en averiguar quién ha sido el desgraciado que le ha truncado la vida de esta forma.

—Déjalo, necesita hacerlo. —Helena me mira, asintiendo con la cabeza al tiempo que se acerca a Sean, al que ya han pasado a la cama y al que acaban de conectar a los aparatos que tiene al lado, además de colgar en el soporte los distintos goteros—. Está profundamente dormido; supongo que lo estará durante unas cuantas horas.

—Mejor así; necesita descansar y recuperarse, y que los calmantes le hagan efecto. —Jeff me acaricia la mejilla y mira a Owen, que no tiene palabras. Él es mucho más aprensivo que el resto de nosotros y lo demuestra a través de su silencio, manteniéndose alejado de Sean, mientras mira de soslayo la inexistente parte inferior de la pierna izquierda, que, tal y como se aprecia a través de las sábanas, ya no está ahí—. Helena, ¿quiere que le traiga algo?

—No, Jeff, gracias. Ahora mismo no tengo estómago para nada.

Capítulo 3

—¿Ave?

—Un poco de agua sí necesito. —Tengo la garganta seca, demasiado.

—Owen, ¿vienes?

Lo conoce muy bien y, por ello, le pide que lo acompañe para que salga de la habitación y pueda respirar de una vez. Supongo que todos lo necesitamos, porque verlo de esta manera a nadie le gusta, pero no me quiero mover de su lado.

—Sí, claro.

Los dos abandonan la estancia y me siento en el butacón que hay a su lado; ni Helena ni yo queremos despegarnos de él.

Las dos miramos una y otra vez de su cara a su inexistente parte inferior de la pierna; aún seguimos sin dar crédito a lo ocurrido, en *shock*, y supongo que todos vamos a necesitar mucha fuerza para ayudarlo. No va a ser nada fácil, y no quiero ni pensar en cómo se va a poner cuando despierte.

Jeff y Owen vuelven y me ofrecen una botella de agua, que acepto agradecida. Doy un gran trago, con el que casi me bebo la mitad, antes de volver a contemplarlo postrado en la cama, y entonces siento la mano del que ha sido mi marido durante tantos años apretando mi hombro, intentando transmitirme todas sus energías y fuerzas para enfrentarme a todo lo que vendrá.

—Si queréis, os podéis ir a casa. Yo me quedaré con él. —Lo miro con los ojos bañados en lágrimas y me arrima a él hasta abrazarme contra su pecho y besarme la cabeza antes de decir en un suspiro:

—Nos quedaremos un poco más.

Me siento con ellos en el sofá que hay frente a la cama y cierro un poco los ojos para relajarme. Me va a estallar la cabeza; siento una presión que va desde uno de mis ojos hasta la nuca y que me martillea constantemente, pero no es justo que me queje en el estado en el que se encuentra Sean.

Helena está nerviosa y por ello le mueve el almohadón varias veces. Intenta que esté lo más cómodo posible y, aunque se resiste a hacerlo, finalmente consigo que se siente a mi lado. Necesita reservar las energías para cuando despierte; hasta que eso no suceda, no podremos hacer nada. Aunque no resulta nada fácil, porque las horas transcurren agónica y lentamente, mucho más de lo que me gustaría... y las manecillas pasan y pasan por encima de los números sin que Sean se despierte, sin que tan siquiera haga el amago.

—¿Nos llamarás cuando esté consciente?—me pide Jeff al tiempo que se pone de pie mirando el reloj. Deberían haberse ido antes, pero no han querido.

—Será lo primero que haga, os lo prometo. —Los abrazo con cariño—. ¿Podrás encargarte de la dirección de la empresa tú solo? Además, los trabajadores no tienen por qué enterarse de lo ocurrido, al menos hasta que esté despierto y decida qué quiere que se les comunique.

Se miran entre sí, preocupados. Algo me ocultan; los conozco muy bien y no me pueden

engañar, hecho que saben perfectamente, porque percibo su incomodidad.

—¿Qué es eso que no me estáis contando? —Tienen muy claro que no los voy a dejar irse sin que me lo expliquen; me da absolutamente igual lo que sea, no quiero más secretos... Por culpa de ellos estamos aquí—. Jeff, por favor.

—La prensa se ha hecho eco de la noticia. —Abro los ojos como platos—. Sean es muy conocido, y su padre todavía más... —Frunzo el ceño, sorprendida. ¿Cómo ha podido circular tan rápido? Apenas me ha dado tiempo a asumirlo y parece que ya está en boca de todos... aunque bien es verdad que hace bastantes horas del accidente...

—¡Dios! —Helena pone cara de terror al oír a Jeff—. No le va a gustar nada cuando se entere. —Se tapa la boca con ambas manos mientras niega con la cabeza, aún con cara de preocupación, mientras nos mira a nosotros y a él una y otra vez.

—Enciende el televisor —le exijo, porque lo necesito: debo saber qué es lo que se está hablando.

—Ave, será mejor que no lo hagas... —Jeff intenta impedirlo, pero no me dejo convencer, así que voy hasta la mesilla, donde está el mando a distancia, y enciendo la tele que cuelga de una de las paredes; luego hago *zapping* y cambio hasta llegar a un canal exclusivamente de noticias.

Lo primero que aparece es el deportivo en el lugar del accidente; verlo de nuevo me produce escalofríos, no sé cómo ha podido salir vivo de él. Comienzan a emitir imágenes de Sean y, de repente, aparece un hombre que conozco. Pongo cara de extrañada cuando oigo que están intentando conseguir las primeras declaraciones de su padre, el empresario y dueño de una de las mayores empresas petrolíferas del país: el señor Collins.

Helena niega, muy afligida, mirando al suelo para no hacerlo a la pantalla, y yo no me puedo creer lo que estoy viendo. El señor Collins, ese vejstorio que está casado con Charlotte, mi clienta más celosa y pesada, es el padre de Sean... De pronto, de la impresión, mis piernas apenas me sostienen, y la cabeza, si ya me dolía, ahora está a punto de estallarme. Por mi mente aparecen las primeras imágenes de Charlotte, en la biblioteca; ellos me llevaron, Sean y Jeff, pero, por unos pocos minutos, no la vieron. Después de un tiempo, tras aceptar finalmente el trabajo, fui a la empresa y conocí a... su padre; aún recuerdo su insolencia, su altanería. Frente a mí, sin saberlo, tenía al monstruo que hirió a Sean de niño y a su madre, destrozándoles la vida.

—¿Collins? —me pregunto.

Miro a Sean, alucinada, porque, evidentemente, ese apellido no me cuadra con lo que hasta ahora sabía, motivo por el cual no los relacioné en absoluto.

No necesito que nadie me responda, la prensa lo hace por mí: el periodista que narra la noticia explica que Sean, desde muy joven, adoptó legalmente el apellido de soltera de su madre y creó todo su imperio bajo la marca Cote. Mencionan que no hay información acerca de que haya sobrevivido al terrible choque con el camión que lo ha incrustado en una farola y que, en el caso de haberlo hecho, se desconoce en qué condiciones. Añaden que no iba solo y que hay rumores de que la acompañante ha fallecido. Entonces miro a Jeff muy angustiada, ya que es posible que mis padres hayan visto las noticias y estén intentando contactar conmigo; al no responder al teléfono, seguro que se temen lo peor.

—Jeff, déjame llamar a mi madre; debo decirle que estoy bien.

Esto sí que no me lo esperaba, y creo que aceptar este mundo me sobrepasa.

—Toma.

Jeff no lo duda: coge el teléfono para desbloquearlo y entregármelo, y cuando lo hace, recuerda que lo ha puesto en silencio cuando ha entrado en el primer hospital y descubre que tiene un

montón de llamadas perdidas de mis padres, de ambos. Al decírmelo, marco el número de mi madre a toda prisa, y ella contesta al primer tono.

—Jeff, te lo ruego, dime que... —Oigo cómo rompo a llorar y me resquebrajo al sentir su dolor; no es justo. ¿Por qué han tenido que decir que estoy muerta? ¿Por qué me han mencionado si no estaba montada en su coche? ¿No se dan cuenta del daño que pueden provocarles a una familia al estar desinformados?

—Mamá... —balbuceo, y oigo un llanto aún más alto en medio de una carcajada nerviosa—. Estoy perfectamente, de verdad. No creas nada de lo que dicen por la tele.

—Hija, por Dios, creíamos que... —No es capaz ni de terminar la frase, y la entiendo. Me pongo en su lugar, a tantos kilómetros de distancia y sin saber nada excepto lo que está viendo en la televisión, y comprendo cómo se ha sentido.

—Tranquila, mamá, estoy bien.

—Gracias a Dios que no te ha pasado nada, sino yo... —Las dos seguimos llorando mientras lo miro a él, que no ha corrido la misma buena suerte—. ¿Y Sean?, ¿cómo está él?

—Mamá —jadeo entre lágrimas. No soy capaz de decir nada más y lloro mientras ella me escucha, dándome esos instantes que necesito para recomponerme.

—Cariño...

—Está vivo —logro articular, para que sepa la verdad—, pero, mamá, su pierna izquierda... se la han tenido que amputar de rodilla para abajo.

Lloro sin poder dejar de hacerlo, al igual que mi madre al oírme a mí... y como Helena, que nos está escuchando y siente la misma pena que nosotras.

—Lo importante es que ha salido de ésta. Tendrá tiempo para superarlo y sobrevivir a este contratiempo, cielo. Lo principal es que está vivo —me anima, y asiento en silencio, sabiendo que tiene toda la razón.

—Lo sé. Mamá, te voy a dejar, Jeff se va a casa y yo ahora no tengo teléfono. Te volveré a llamar.

—¿Quieres que vayamos? —me pregunta atropelladamente, porque está muy nerviosa.

—No es preciso, estaré bien. Jeff está conmigo. —Lo miro y nuestras miradas hablan por sí solas, como siempre lo han hecho, y tengo claro que no me va a dejar sola, que está a mi lado para todo lo que me haga falta.

—Te quiero, mi niña. Por favor, llámame.

—Yo también te quiero, y te prometo que lo haré... en cuanto sepamos algo más.

Le entrego el móvil a Jeff y me abraza con todas sus fuerzas mientras sigo llorando, desolada. Me giro y contemplo en la pantalla imágenes de Sean y del accidente. ¿No van a dejar de repetirlas? ¿Por qué? Me enfurezco al pensar en su insensibilidad. ¿No se dan cuenta de que esas imágenes pueden hacer mucho daño a los principales afectados y a los que están a su alrededor?

Apago la tele con rabia y Jeff suspira antes de pedirnos a Helena y a mí que nos sentemos en el sofá y lo escuchemos con atención.

—No habléis con nadie. Seguro que están a la caza de una exclusiva y son capaces de todo por descubrir cómo está Sean realmente. Ya no hay marcha atrás, en breve sabrán que tú has presenciado el accidente y que de alguna manera estás involucrada en él, aunque no fueras con Sean en el deportivo, y entonces llamarán a tu madre, a tus amigos y a todo aquel que sepan que ha tenido contacto contigo, por mínimo que éste sea. Voy a llamar a Hugh, necesitamos ser reservados.

—Sé de lo que son capaces los medios para sonsacar información —comenta Helena con

desprecio y rabia— y también de lo que son capaces los ricos e influyentes para no dejar de serlo —añade, y ahora entiendo por qué alguna vez me ha dicho que la familia de Sean es muy poderosa. Helena trabajaba para ellos, Sean me lo contó, así que conoce a su padre perfectamente, y por ello está enfadada.

El señor Collins es uno de los canadienses más ricos, por no decir el que más, gracias a sus explotaciones petrolíferas en Arabia... y yo he estado delante de él sin saber que se trataba del padre de Sean.

—Necesito una pastilla, me duele mucho la cabeza.

Demasiada información de repente; cojo la botella de agua que me ha traído antes Jeff y doy un sorbo.

—Ahora mismo te la consigo —dice Owen, interviniendo por primera vez desde que hemos llegado a este hospital. Sale a toda prisa, dejándonos ver dos rostros conocidos cuando abre.

—¿Hay seguridad en la puerta?

Miro a Jeff, que encoge los hombros porque no sabe nada de ese asunto, y voy hasta la puerta, donde reconozco a dos hombres que vigilaban la puerta de la vivienda de Sean, que me saludan con un movimiento de cabeza, dándome a entender que están protegiéndonos. Por una parte me quedo más tranquila, no soportaría tener ningún tipo de altercado en estos momentos. No sé si el desgraciado que quiere hacernos daño es capaz de aparecer en el hospital y querer terminar lo que ha comenzado.

—Hugh les ha pedido que vengan —les aclaro a todos, que se quedan mucho más conformes; no lo sé seguro, pero, conociéndolo, no tengo duda alguna de ello.

—Lo prefiero. Mañana, antes de ir a la oficina, pasaré por aquí. De todas formas, para *cualquier cosa* —hace hincapié en las dos últimas palabras—, me llamas. Me encargaré de avisar a tus padres de todo lo que ocurre y les pediré que sean precavidos; no quiero que, inconscientemente, filtren nada a la prensa.

Justo cuando termina de hablar, Owen aparece con una pastilla, que me ofrece, y me la tomo con el último sorbo de agua que me quedaba.

—Gracias a los dos, por todo.

—No tienes que darlas; te queremos, ya lo sabes. —Jeff me da un beso en la cabeza y Owen me abraza mientras me pregunta en un susurro si estaré bien. Le contesto que sí y se van de la habitación, quedándonos Helena y yo frente a Sean, bastante superadas por todo lo que ha comportado este accidente.

—No sabía que era su padre... —apenas murmuro, por miedo a que le moleste mi comentario.

—Sean reniega de él, y lo entiendo. —Lo mira, pensativa, y supongo que recuerda situaciones de las que sólo ella habrá sido testigo y que no le han gustado nada—. Su padre siempre le ha tenido envidia, y por ello lo machacó desde pequeño, para que fuese como él, pero, aunque lo intentó con saña, Sean fue un niño demasiado bueno como para parecerse ni por asomo a ese tipo. —Su tono denota rabia, mucha. A Helena le duele hablar de ese pasado del que yo apenas conozco unas pinceladas porque él me las ha explicado.

—Me contó que la cicatriz de la axila se la hizo él —suelto con mucho cuidado, con miedo a que le sienta mal que siga hablando de ese momento.

—Aquel día fue el que lo cambió todo... Sean cree que para destrozarle la vida, pero no es así: desde aquel momento comenzó una nueva, lejos de su padre, de la persona que lo hubiera destruido más si hubiese permanecido a su lado.

—Ojalá lo tuviera delante ahora mismo, le diría tantas cosas... —Noto cómo me agarra la

mano y me obliga a mirarla.

—La vida pone a cada cual en su lugar, no es preciso hacer nada. —Tiene razón, claro que la tiene, pero en este instante me asaltan muchas dudas, más de las que soy capaz de asumir y de las que ella no es consciente. No sé cómo le voy a decir a Sean que su padre, sin que yo supiera quién era, me contrató y que tengo un contrato firmado para impartir formación en su compañía; no le va a gustar un pelo—. Debemos descansar. Cuando despierte, nos va a necesitar.

Me acomodo en el sofá y dejo que Helena me tape, para que se quede tranquila, ya que es muy protectora, y luego se acurruca a mi lado. La noche ha sido muy larga y el día de mañana lo será mucho más. Cierro los ojos y me quedo completamente dormida en pocos segundos, sin ser consciente de que las enfermeras entran y salen de vez en cuando para comprobar el estado de Sean y darle calmantes, para aliviar el dolor provocado por la operación, ni tampoco de que Hugh regresa y susurra junto a Helena que todo va a salir bien, que nada va a poder con nosotros. Todo eso puede que lo oiga inconscientemente o quizá lo estoy soñando mientras mi cuerpo reposa hecho un ovillo en el sofá cama que hay frente al hombre que ha despertado cada uno de mis sentimientos, tanto los más buenos como los más malos.

* * *

—Tienes que desayunar un poco. —Helena me ofrece un café y un bollo, que cojo agradecida, pero de pronto oigo la voz de Sean y lo dejo a un lado para correr hasta estar a su lado.

—Cariño, ¿estás bien? —Le acaricio la mejilla y cierra los ojos con fuerza, arrugando la piel del contorno. Le duele; aunque no está despierto del todo, siente el dolor—. Pueden venir, por favor. Se ha despertado —le hablo al altavoz que se ha conectado al llamar al timbre y, en cuestión de unos segundos, dos enfermeras aparecen en la habitación. Entonces abre los ojos de nuevo—. Hola... —Sonrío, reteniendo las lágrimas porque no quiero que sepa que tengo ganas de llorar; no en este momento, cuando por fin está despierto.

—Me duele la pierna —apenas susurra, con la boca seca—, sobre todo el pie —miro a Helena y ella se acerca hasta nosotros—, mucho.

—¿Te duele aquí? —Helena le agarra el pie derecho y él niega con la cabeza, ante la mirada de las enfermeras, que parecen saber lo que ocurre..., al contrario que nosotras dos, que nos miramos sin dar crédito.

—Es normal que le duela, lo hemos tenido que operar —lo informa la enfermera como si nada, añadiendo una inyección de calmantes al gotero—. Esto lo va a aliviar.

Él asiente y ella le sonrío; supongo que está acostumbrada a encontrarse con situaciones así.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta con la lengua pastosa; intenta producir saliva, pero apenas puede.

—¿No recuerdas nada? —le respondo con otra pregunta, nerviosa. No sé si estará enfadado conmigo porque llegué a creer que él había sido el asesino de sus examantes, o por haber salido huyendo de su lado sin darle opción a explicarse—. Has tenido un accidente con el coche.

—¿Hugh ya sabe quién nos perseguía? —inquire a la vez que se remueve, incómodo, en la cama. Por lo que ha preguntado, me queda claro que sí recuerda lo sucedido, al menos en parte.

Helena, viendo su malestar, lo ayuda a acomodarse y Hugh se acerca a ellos.

—Está todo controlado. No tiene que preocuparse por nada, sólo de recuperarse. —le aprieta un hombro, intentando transmitirle ánimos y tranquilidad, pero Sean sigue haciendo muecas de

sufrimiento.

—Sean, ¿qué te duele?

Estoy muy preocupada; puede que a los médicos se les haya pasado por alto alguna fractura más, ya que no parece que los calmantes mitiguen su dolor.

—¿Pueden acompañarme un momento fuera? —nos pide una de las enfermeras a Helena y a mí, y las dos asentimos—. Me llevo a sus chicas, enseguida se las devuelvo —bromea ante un Sean que asiente sin apenas moverse, pero con un poco de humor.

—Regresa con una dosis de calmante más fuerte, por favor —le ruega.

Vuelvo a ver ese este gesto de profundo dolor, de sufrimiento, en su semblante.

Salimos de la estancia seguidos por ella, que cierra la puerta tras de sí. Entonces la miro, confundida. No tengo ni idea de lo que nos quiere decir, pero, sea lo que sea, sin duda es importante y no quiere que Sean lo oiga, supongo que para no alterarlo.

—Es normal que sienta dolor en la zona amputada, se le llama el *síndrome del miembro fantasma*. —Abro los ojos como platos porque no tenía ni idea de que eso podía ocurrir—. Le he incrementado la dosis de calmante para que el dolor disminuya, pero seguirá sintiendo dolor en esa pierna y ese pie, como si todavía lo tuviera, al igual que tendrá la sensación de que aún sigue ahí. Es algo que no se puede explicar científicamente, pero que a muchos de los pacientes que han sido amputados les ocurre. —Las dos nos miramos, alucinadas por lo que acabamos de descubrir—. Ahora mismo está atontado, pero, conforme vayan pasando los minutos, irá despertando y acabará dándose cuenta de que ocurre algo. Podemos llamar a un psicólogo para ayudarlo a procesar la noticia. Ustedes deciden.

Miro a Helena sin saber qué decir, aunque, si lo pienso fríamente, Sean no es de los que asume que necesita ayuda, así que creo que lo mejor será que nosotras lo apoyemos para que acepte lo ocurrido y, en el peor de los casos, que un especialista intervenga más adelante si lo precisa.

—Prefiero que nosotras se lo digamos —tomo la decisión por las dos, aunque mirando a Helena, que asiente de inmediato; está conforme conmigo. Ella lo conoce mejor que yo, y sabe que hacerlo así le resultará más cómodo a Sean.

—Está bien. Avísenme en caso de que cambien de opinión y necesiten ayuda. —Ambas asentimos en silencio—. Cuanto antes sepa lo que hemos tenido que hacer para paliarle sufrimiento y salvarle la vida, mejor —nos advierte.

Entramos en la habitación y la enfermera que quedaba dentro sale. Oigo que Sean le pide un vaso de agua a Hugh. Éste nos mira confuso, porque sabe que, para beber, tiene que sentarse y entonces verá que, bajo la sábana, falta algo.

—Sean, has tenido un accidente muy grave...

Mi voz se quiebra, y él me observa con esos ojos azul grisáceo que me desarmen al instante.

—Casi te mueres —interviene Helena, con el fin de darme unos segundos para coger la fuerza necesaria como para soltarle la noticia.

—Quedaste atrapado dentro del coche, por una pierna. Perdiste mucha sangre y los médicos tuvieron que tomar una decisión...

—¿Puedes decirme qué pasa y dejarte de rodeos?

Se está poniendo nervioso y tengo que contárselo ya... «Cuanto antes, mejor», eso es lo que me ha dicho la enfermera, y prefiero que no se entere al mirarse, pues será peor.

—Sean, te han amputado parte de la pierna izquierda.

Siento que me asfixio conforme lo digo; creo que hasta me mareo, porque tengo que agarrarme a la cama para no caerme redonda al suelo. Él abre los ojos desmesuradamente, levanta la sábana

y se encuentra con la pierna vendada hasta poco después de la rodilla; a partir de ahí, no hay nada más.

Capítulo 4

—¡Joder! —Pega un grito tan fuerte que se me encoge el estómago y no soy capaz de acercarme a él—. ¡No, no, no..., esto no...!

—Tranquilo. —Hugh lo agarra por el hombro para que no se ponga de pie como pretende—. La herida está abierta, hace tan sólo unas horas que lo han operado; debe estarse quieto.

—¿Tranquilo? ¡Me han cortado media pierna! —Sus ojos están al rojo vivo y él está a punto de explotar, así que no tarda en tirar por los aires todo lo que tiene a mano, por lo que tenemos que agacharnos y esquivar varios de los objetos que ha lanzado sin pensar, cargado de ira, transpirando rabia—. Voy a matar al hijo de puta que me ha arruinado la vida.

—¿Va todo bien?

Uno de los hombres de seguridad, al oír los golpes, ha entrado para comprobar que todo esté en orden. Al hacerlo, se encuentran con un Sean cuyos ojos están inyectados en sangre, y lo primero que hace es mirar en dirección a su pierna amputada.

—No, no va nada bien, ¿no lo ves? —Su tono es tan despectivo que todos nos quedamos en silencio durante unos segundos.

—Lo siento, señor. Será mejor que vuelva a mi posición.

El pobre tipo, arrepentido, abandona la habitación cabizbajo, y yo miro a Hugh para que me ayude con él.

—Estás vivo, eso es lo importante. —Intento que entienda que lo principal no es lo que le falta, sino lo que tiene: una vida muy larga por delante, para disfrutarla.

—¿Vivo? ¿Crees que esto es vida? Soy un puto lisiado.

Sus palabras me destrozan; sabía que se sentiría de este modo.

—No digas eso, por favor. —Me acerco para agarrarlo del brazo y lo levanta para que no lo toque—. Sean, lo superaremos.

—Es a mí a quien le falta una pierna —replica.

Doy un paso atrás al sentir su rechazo y mis ojos se empañan, pero no dejo que caiga ninguna lágrima... ahora no. Él está jodido de verdad y me tiene aquí para ayudarlo, aunque no quiera.

—Lo sé, tengo ojos en la cara, pero eres muy capaz de aceptarlo y vivir con ello. —Mi voz suena segura, fuerte, y quiero que él también lo sea; no puedo permitir que se hunda ni se plantee que el mundo se acaba aquí.

—No nos queda otra que buscar soluciones —interviene Hugh. Sean lo mira con cara de «¿Eres ciego?, ¿no ves que esto no tiene arreglo?»—. Médicos, ortopedistas... Le prometo que llevará la misma vida que hasta ahora.

—Eso es imposible. —Se tapa la pierna con la sábana, justo después de mirarla con asco.

Sabíamos que la noticia no iba a ser fácil de digerir y aceptar, que ahora mismo tiene miedo a todo lo que cree que va a perder y que está enfurecido con la persona que provocó el accidente, y tiene todo el derecho a estar mal, a necesitar el tiempo que sea preciso para asumir el enorme trabajo que tiene por delante.

Helena se agacha para recoger las cosas que han ido a parar al suelo, y yo no lo dudo un instante y le echo una mano para recoger la habitación y dejarla tal y como estaba antes de que se despertara, mientras él mira por la ventana, pensativo.

—Me he encargado de todo: seguridad, prensa e investigación.

—¿Qué sabemos? —pregunta, sin dejar de mirar hacia el exterior.

—El vehículo que los seguía era de alquiler; estamos a la espera de obtener las imágenes de las cámaras de tráfico, pero la inspectora López se nos ha adelantado.

—¿Has dejado que se te adelante? ¿Qué has estado haciendo?

Su voz es tan altiva y soberbia que me cabrea soberanamente que le hable así después de que haya estado a su lado todo el tiempo; no es justo. Todos nos hemos preocupado por él, no lo hemos dejado solo ni un segundo desde que nos han permitido estar a su lado; no es de recibo que lo trate de este modo.

—¿Te parece poco encargarse de todo lo que te ha dicho? ¿De hacer que te trasladen en helicóptero a un hospital mejor y no moverse de los pies de tu cama?

Mi contestación no le gusta nada y a punto está de replicarme, pero, tras un suspiro, retira su mirada de mí y vuelve a dirigirse a Hugh.

—En cuanto tengas las imágenes, quiero verlas. Era un hombre, aunque apenas pude verlo porque estaba pendiente de su coche. —Habla de mí sin mirarme a los ojos y me hace sentir mucho más culpable de lo que ya me he sentido hasta este momento—. Por cierto..., ¿has dicho prensa? —Lo mira, ahora sí con cara de hastío y rabia.

—Las imágenes del accidente ya circulan; no he podido pararlas a tiempo.

—¡Joder! Entonces, ¿todo el mundo sabe que soy un tullido? —vocifera, cabreado con el universo e incrédulo por lo mal que, según su parecer, lo hemos hecho todo.

—Creen que está muerto y por eso no hemos publicado ningún parte médico.

—Pues que lo sigan creyendo; eso nos dará más tiempo para pillar al hijo de puta que ha hecho esto. —No es capaz de contemplarse, pues en todo momento evita mirar en dirección a su media pierna. Lógicamente, le va a costar aceptar su nueva situación.

Oímos unas voces y Sean mira a su hombre de confianza, confuso; nadie de los que estamos aquí sabemos qué está ocurriendo. Hugh nos pide que aguardemos un momento para comprobarlo por sí mismo. Helena permanece sentada en el sofá, sin querer molestarlo; evidentemente no está de humor, y no sabemos si va a reaccionar mal o se va a cabrear más si intervenimos.

—¡Sean, hijo! —De pronto aparece su abuelo, a quien vi aquel domingo dándole de comer a los patos y sacando del centro psiquiátrico a su madre, y, a un par de pasos por detrás, con los ojos enrojecidos de haber llorado, veo a una chica con el mismo color de iris que Sean y la reconozco al instante: es su hermana, Natalie. Es una joven guapísima—. Pensábamos que habías muerto.

—No, estoy aquí. —El anciano se acerca hasta él y posa su arrugada mano sobre la de Sean y, justo entonces, comienzan a rodarle las lágrimas por las mejillas, supongo que de alivio al saber que sigue con vida y que está consciente, a pesar de su aspecto—. He salido de muchas; ésta no iba a ser menos. —Sean se hace el duro y aparenta sentirse fuerte, aunque realmente se siente frágil, más que nunca... y, aunque ellos no se den cuenta de ello, yo sí; a mí no me puede engañar.

—Tu pierna... —Natalie se lleva las manos a la boca para no terminar la frase y Sean vuelve a mirar hacia la ventana mientras asiente en silencio.

—Lo importante es que estás vivo. —Su abuelo intenta ver el lado positivo. Sean lo mira emocionado; creo que es la primera vez desde que se ha despertado que alguien consigue

atravesar su escudo de frustración y enfado, para mostrar a una persona más débil y también más receptiva—. Soy un experto en sillas de ruedas —bromea, arrancando las lágrimas de Helena, que se emociona al recordar a la madre de Sean; éste incluso sonrío.

—Creo que no necesitaré que me pasees. —Se lleva ambas manos a la cabeza, mostrando una calma que para nada esperaba—. Cuando salgáis, no le digáis a nadie que estoy vivo, no hasta que sepa quién ha sido el responsable del accidente.

—De eso ya se encargará la policía, preocúpate por salir del hospital. —Natalie, se coloca al otro lado de la cama, justo donde me encuentro, y me mira, sonriente—. Soy su hermana, Natalie. ¿Tú eres Avery, verdad? —Me sorprende que sepa mi nombre. ¿Sean le ha hablado de mí? Eso sí que es una sorpresa—. La prensa habla de los dos. —Supongo que soy demasiado transparente, porque me ha debido de leer los pensamientos.

—Encantada. —Le sonrío y ella a mí mientras le acaricia el hombro a su hermano y noto cómo el contacto no le gusta, lo incomoda.

—En cuanto averigüemos un poco más, hablaremos con la prensa —continúa informándolos, en voz baja y cargada de rabia—, pero de momento es importante mantener silencio.

—Lo que tú prefieras. —Su abuelo se sienta en el butacón y Helena le ofrece un vaso de agua. Se nota que el pobre ha venido corriendo, alterado; nada más bebérselo, se pone en pie de nuevo—. Si necesitas algo, llámame. Natalie, ¿me llevas a casa?

—¿Ya?, pero si acabamos de llegar.

—Está bien, con su chica —me mira y me lanza una sonrisa que provoca que le responda con otra igual de cercana—, y tiene ayuda de sobra; aquí sobramos.

—Será mejor que lo acompañes, Natalie. Gracias por venir. —La frialdad con la que Sean le habla me parte el alma; no me puedo creer que no sea un poco más cariñoso. ¡Es su hermana pequeña! No es una extraña que se ha encontrado en la calle.

El anciano se despide de mí con un movimiento de cabeza y le vuelvo a sonrío; me parece un hombre adorable; tiene un aspecto frágil, pero desprende una vitalidad que muchos querrían para sí. Natalie me mira apenada; no se quiere ir y la comprendo...; yo en su lugar tampoco desearía hacerlo. Se funde en un gran abrazo con Helena y a Hugh le da un beso en la mejilla antes de seguir los pasos de su abuelo hasta cerrar la puerta al salir.

Justo en ese momento aparece una enfermera con un carrito y un doctor que mira un informe, lógicamente de Sean, muy atento.

—Buenos días, señor Cote.

Oír cómo lo llaman por su nombre me agrada. Hoy he descubierto que realmente su apellido es Collins, que su padre es ese hombre que conocí hace unos días para impartir formación en su compañía, casi obligada por mi necesidad de ganar clientes y, además, la insistencia de su mujer, Charlotte. No me puedo creer que haya estado tan cerca de la familia de Sean y ni me haya enterado.

—Será mejor que vayamos a comer algo mientras lo examinan —propone Helena a la vez que me agarra de la mano, pero niego con la cabeza. No quiero irme ahora, quiero oír lo que el doctor le tiene que decir. Necesito saber qué pasos debemos seguir. No pienso moverme de su lado en todo este proceso de recuperación, y para ello es vital saber a qué nos enfrentamos.

—Sí, es una buena idea; yo me quedaré con él.

—No me voy a ir.

—¡Avery! —Su tono de voz, alto y de enfado, consigue paralizarme. Lo miro fijamente y veo que cierra los ojos con fuerza—. Necesito estar a solas con mi médico.

No soy capaz de replicar; odio cómo me ha hablado y, sobre todo, que me aparte de su lado. Helena me coge de la mano y me guía hacia la puerta sin que yo se lo impida. Cuando siento la hoja de madera cerrarse, las lágrimas se me desbordan.

—Cariño, tienes que comer algo.

—No tengo hambre —baluceo, con la mirada ausente y la mente perdida en una nube.

—Vamos, es lo mejor.

—¿Para él o para mí? —Me cruzo de brazos y la miro directamente a los ojos, pero no me sostiene la mirada, la agacha, con lo que me responde sin querer: lo mejor, para él, cómo no.

—Avery, a Sean acaba de cambiarle la vida irremediablemente. Debes pensar en él antes que en ti y darle tiempo... Ponte en su lugar y verás que es él quien debe manejar los tiempos para digerir lo que le ha pasado. Ésta es su primera conversación con el doctor... y, además, así podremos conversar un poco tú y yo.

Sin decir nada más caminamos hasta el ascensor. He estado a punto de molestarme porque me han echado de la habitación, pero ahora me doy cuenta de que no puedo ser egoísta ni enfadarme; sin duda, quien se está llevando la peor parte es él.

Llegamos a la cafetería y, tras oler el aroma a café, que de pronto ha inundado mis fosas nasales, me pido uno.

—Y dos cruasanes, por favor —añade Helena. Me toco el pantalón y soy consciente de que no llevo dinero encima, ni tarjeta de crédito, ni tan siquiera he cogido mi bolso—. Tranquila, pago yo.

Me rasco el pelo y asiento, agradecida. ¿Cómo no voy a estarlo si siempre está pendiente de nosotros?

—Me lo dejé todo en casa de Sean.

—Lo sé. Te lo traeré en cuanto pueda.

—Gracias, Helena.

Nos sentamos a una de las mesas, la más apartada. Supongo que Helena quiere evitar que algún periodista pueda vernos y hacernos alguna fotografía o, mucho peor, atreverse a espiar nuestra conversación.

—Conozco muy bien a Sean y sé que, cuando le pasa algo grave en la vida, necesita mucho tiempo para asimilarlo. Intentará apartarnos a todos, y tienes que estar preparada para ello. —Trago saliva y me froto los ojos antes de dar el primer trago al café—. El único que podrá estar a su lado será Hugh, como ahora; delante de él no tendrá miedo a enseñar su herida, pero tú le importas mucho y me apuesto lo que quieras a que no va a permitir que lo veas así.

—¿Y entonces? El corte de la pierna y la falta de la parte inferior de la misma son una realidad que no va a desaparecer por arte de magia, algún día la tendré que ver.

—Lo harás, pero cuando él esté preparado. —Me acaricia la mano por encima de la mesa y me digo que Helena lo conoce a la perfección, desde que era un niño; tengo que comprender que él no es como yo... más bien todo lo contrario: somos muy diferentes y por ello me va a costar muchísimo entender que, cuando esté mal, me apartará de su lado—. Sean te quiere demasiado —oírle decir eso me hace esbozar una sonrisa mientras mis lágrimas empiezan a brotar de nuevo— y tú también a él, lo sé porque, cuando es amor de verdad, sonríes embelesada, con ese brillo en los ojos que te delata, como el que tienes ahora mismo y como el que le he visto a él cuando tú no estabas presente y hablaba de ti. Pero a la vez duele... mucho, sobre todo cuando es auténtico, y sé que ahora estás sufriendo, desesperándote, y te asaltan mil dudas. Temes si va a funcionar o no... pero lo superaréis... porque te aseguro que el amor tiene una fuerza inimaginable; una que pondrá

cada cosa en su sitio y trazará un camino por el que inconscientemente vagaréis hasta llegar al punto de equilibrio, del que nada ni nadie os podrá mover. Hazme caso... De chicos como él, sé mucho.

—Debo reconocer que ya no puedo vivir sin él.

Mi confesión no le pilla por sorpresa, y le hace muy feliz saber que realmente siento algo tan grande por él.

—Pues vamos a armarnos de paciencia, porque la necesitaremos. —Al decir esto, se le escapa una carcajada que me contagia... y de pronto detecto cerca la luz de un *flash* y las dos, muy serias, vemos cómo, escondido entre los clientes que están tranquilamente comiendo, hay un maldito periodista.

—Mejor nos lo terminamos arriba —le propongo, y ella me sigue porque cree que es buena idea. No entiendo qué es lo que quieren.

Subimos hasta la planta donde se encuentra Sean y entramos sin avisar, ya que la salita de estar privada es lo primero que hay al acceder a la estancia. Una vez allí, Helena cierra corriendo la puerta que hay entre dicha sala y la habitación al ver que Sean nos mira bastante molesto por la intromisión. Luego nos sentamos en los sillones, a esperar a que el médico termine.

—Helena, tenemos que ir a casa —anuncia Hugh saliendo de la habitación, y lo miro con la esperanza de que me diga que pase; sin embargo, no lo hace, y no soy capaz de moverme del sillón.

—Te traeré tu bolso y todo aquello que crea que puedes necesitar —me comenta Helena mientras me acaricia el hombro, y la miro con cara de agradecimiento por estar a mi lado. Sabe perfectamente cómo me siento, y creo que me comprende a la perfección.

—Mi teléfono, Helena, por favor, no lo olvides, que debo llamar a mi madre para que no se preocupe.

Me enseña el suyo y niego con la cabeza; en este instante soy incapaz de llamarla; no estoy bien, y lo último que deseo es preocuparla todavía más.

—No tardaremos en regresar —me asegura.

La abrazo y Hugh me dice adiós con la mano.

Cuando oigo la puerta cerrarse, siento un silencio incómodo. No sé si entrar en la habitación, si preguntarle si necesita algo o simplemente si no le importa que esté a su lado. Por ello, espero unos minutos, sintiendo que mi corazón late tan fuerte que creo que puede oírse por toda la estancia.

Capítulo 5

—¿Avery, estás ahí? —oigo su voz cuando el doctor abandona la habitación y pasa por la salita de espera para luego salir de la estancia tras despedirse con un gesto de cabeza; mi cuerpo se tensa de repente. ¿De verdad quiere verme? Me pongo de pie y, con piernas temblorosas, camino hasta llegar a la puerta que separa los dos ambientes. Acaricio la superficie, temerosa, y la abro lentamente, para verlo apoyado en un andador. Tras unos segundos, me mira fijamente—. No voy a poder... —Se deja vencer, sentándose en la cama, y corro hasta él para ponerme delante.

—Lo siento, de verdad que lo siento. —Me instalo a su lado y lloro más de lo que me gustaría mientras él vuelve a mirarme atentamente—. Todo esto es por culpa mía.

—¡No! No vuelvas a decir eso. —Me coge la mano y se la lleva a los labios para besarla, y yo siento que me tiembla; pensaba que no iba a acercarse a mí nunca más—. Pude frenar antes de cruzar en rojo y no lo hice; sólo yo y ese hijo de puta somos responsables de... esto. —Se señala la pierna cercenada, sin querer mirarla.

—Si no me hubiera ido de tu casa tan enfadada, no habrías cogido el coche para perseguirme.

—Te oculté las fotografías: no debí hacerlo, pero no quería preocuparte.

Siempre cree que lo mejor es esconderme las cosas para mantenerme a salvo; no comprende que sólo lo estaré cuando confíe en mí.

—Ahora eso es lo de menos. Quiero que seas fuerte; cariño, podrás volver a caminar, lo sé, y te voy a ayudar en todo.

Paso mi brazo por su espalda y siento cómo atrapa mis mejillas y se aproxima despacio, sin dejar de mirarme, para besarme.

Sus labios son los de siempre, pero lo noto más vacilante; lo que ha ocurrido le ha derrumbado esa seguridad que lo acompañaba. Sin duda sus labios son los mismos que mil veces han recorrido mi cuerpo, esos que me han desarmado con una simple caricia, aunque ahora temen besarme porque no se siente bien consigo mismo.

—Te quiero —le digo nada más separarnos, y sonrío.

—Yo también. —Lo abrazo rodeando su cintura y permanezco agarrada a él durante unos segundos—. Nos vamos a casa.

—¿Ya? Es muy pronto, ¿no tienen que hacerte más pruebas, curas o controles? —suelto tras separarme y clavar mis ojos en él, alucinada; no me puedo creer que, después de haber perdido tanta sangre y de una operación muy grave como ha sido la de la amputación, le den el alta tan rápido.

—No pienso estar ni un minuto más aquí. —Agarra con todas sus fuerzas el andador y vuelve a ponerse de pie, esta vez con más ganas—. Voy al lavabo.

—¿Necesitas que te ayude?

—¿A mear? —Eleva las cejas en señal de «puedo solo», a lo que no respondo. Entiendo qué necesita y, por ello, le dejo separarse de mí.

Se aleja dando pequeños saltos, ayudándose de un andador de aluminio que imagino que se

llevará a casa. Me acerco a la ventana y me asomo para mirar al horizonte, y entonces veo una multitud concentrada en la puerta. Hay muchos periodistas; jamás imaginé que estar con Sean sería vivir rodeada de *flashes*.

—¿Qué miras? —Su voz me asusta, provocando que dé un pequeño brinco—. Hay muchos, ¿verdad? —añade; parece que ha caído en la cuenta. Asiento, dirigiendo toda mi atención a ellos—. Debo explicarte muchas cosas.

—¿Que tu apellido es Collins? —Me giro y detecto cómo sus ojos se oscurecen, demostrándome lo poco que le gusta que lo mencione. Le trae muy malos recuerdos.

—Legalmente hace unos años que ya no me apellido así.

—Entonces, ¿en tu documento nacional de identidad pone Cote? —Asiente—. ¿Y en el resto de papeles oficiales? —Ladea la cabeza en señal de duda.

—En la partida de nacimiento, no, y supongo que en mi expediente escolar tampoco.

—¿Por qué tomaste esa decisión? Recuerdo lo que me contaste de tu padre...

—No quiero tener nada que ver con ese sujeto, ni tan siquiera su apellido. No olvidaré jamás lo que le hizo a mi madre. —Mientras habla sigue esforzándose para dar pequeños saltos, empleando a su vez el andador, con lo que consigue no perder el equilibrio.

—Y a ti.

Encoge los hombros y me mira fijamente.

—Y a mí. Me arruinó la infancia, y destrozó la vida de mi madre.

Es evidente que está muy débil, y por ello no dejo que llegue a la ventana; cabrearse por lo que yo acabo de ver lo único que conseguirá será ponerlo peor, así que me acerco y le pido que se siente en la cama.

—Debe comer un poco. —Una enfermera entra en la habitación con una bandeja que contiene una ensalada y pescado al horno, junto con un yogur y una botella de agua—. Ha perdido muchas fuerzas y, si se quiere ir de aquí dentro de un rato, debe tener energías para salir por su propio pie. —Sean, al oír la palabra «pie», hace una pequeña mueca de dolor—. No se preocupe, se acostumbrará a su nueva situación, y tiene que hacer un esfuerzo por tomárselo lo mejor posible.

—Tiene razón —la secundo, y lo miro a él, que en el fondo sabe que la tenemos, y le acerco la bandeja hasta su mesita.

Sean no responde, porque no encuentra ningún motivo por el que tomárselo con resignación.

—Es más: después tendrá una prótesis de esas modernas y ni se acordará del día de hoy. —La chica sigue normalizando el tema, como deberíamos hacer todos.

—Creo que eso va a ser más complicado.

—Ya verá como no —contesta la enfermera mientras le guiña un ojo, y después a mí, antes de salir de la estancia.

—Come un poco, debes de estar desmayado. —Le abro el agua y la sirvo en el vaso mientras él se acomoda en la cama. No lo miro, pues no quiero que se sienta observado, cuando coge su pierna, que tiene vendada, y la dirige para acomodarse bien—. ¿Has pedido el alta voluntaria? ¿Ha sido idea tuya? —tal y como lo pienso, lo suelto en voz alta... y por su cara sé que acierto—. ¿No deberías quedarte aquí un poco más?

—El doctor me ha explicado que sólo debo curarme muy bien la herida y ponerle vendas compresivas, y luego hacer ejercicio con un fisio; eso lo puedo hacer en casa.

—Hugh se está encargando de todo —concluyo, segura de que es así, mientras se lleva un bocado a la boca con el tenedor—. Tu hermana es guapísima —cambio de tema para que no se sienta atacado.

—Sí, lo es. —Se le curvan los labios en una sonrisa, y me demuestra con ello que a Natalie sí que la aprecia, aunque no es que sea muy cercano a ella. Oímos que suena su teléfono, pero él no tiene interés alguno en responder—. Ignóralo, seguro que son ellos.

—¿No nos van a dejar en paz, verdad? —no puedo evitar preguntarle, con tono de frustración. No estoy acostumbrada a vivir de este modo, al contrario que Sean, que por su tranquilidad me deja claro que la presión mediática no es nueva para él.

—No. Supongo que mi padre se encargará de ello.

—¿Por qué dices eso? —No entiendo a qué se refiere con eso—. ¿Qué tiene que ver él con la prensa?

—Su poder es tal que juega con quien quiere, como quiere.

—Hasta contigo.

—Hasta conmigo. —Da un trago de agua y, en contra de lo que esperaba, coge el mando del televisor y la enciende—. Ves. —Señala la pantalla y me quedo boquiabierta al ver cómo lo primero que sale en un canal de noticias es la imagen del señor Collins.

Está abandonando este hospital, y me quedo más que confusa, porque no lo he visto por aquí, ni tampoco ha subido a la habitación. De repente se da media vuelta y en el plano aparecen el abuelo y la hermana de Sean, y su padre, muy serio, los espera hasta que agarra del brazo a su hija, que no lo mira con buena cara, y saluda al anciano, que no disimula en absoluto la molestia que le ocasiona su presencia. Los tres caminan hasta el exterior, pero ese hombre que tan encantador me ha parecido esquiva las cámaras y sale del plano, para dejárselo íntegro al señor Collins, que arrastra consigo a Natalie a la fuerza. Entonces se dispone a hablar delante de los micrófonos.

—Gracias por venir. No hemos hecho ninguna declaración hasta estar seguros de que mi hijo no corría peligro. Su estado es estable y está fuera de peligro, así que en breve le darán el alta hospitalaria y podrá venir con nosotros, como debe ser.

La hermana de Sean no lo mira, ni tampoco a los periodistas; intenta pasar desapercibida.

Los reporteros comienzan a bombardearlos con preguntas y él pide respeto para la familia, que está pasando por un momento muy duro. Escucharlo hablar ante las cámaras me cabrea, porque ni siquiera ha entrado a visitarlo; sólo ha hecho acto de presencia aquí para quedar bien ante la opinión pública y la multitud de periodistas que sin duda sabía que estarían en la puerta.

—¡Hijo de puta! —Apaga el televisor y veo su cara de furia. Si pudiera, ahora mismo golpearía a su padre con sus propias manos—. ¿Me puedes acercar mi teléfono? —Lo señala y asiento con la cabeza; luego rodeo la cama, lo cojo y se lo ofrezco. Él lo desbloquea y realiza una llamada—. ¿Lo has visto...? Sabía que haría algo así, siempre lo hace... Necesito salir cuanto antes del hospital, pero sin ser visto.

Entiendo muy bien cómo se siente, porque creo que siento lo mismo y eso que no es de mi familia. ¿Cómo puede haber un padre tan frío como para presentarse aquí exclusivamente para hablar con la prensa y luego largarse?

—¿Qué plan de huida tenemos? —Me mira, sorprendido, cuando se lo pregunto al ver que corta la comunicación—. No me dejes al margen, ya has visto que es peor.

—No puedo salir por la puerta principal en un coche, ya que sin duda me verán, así que saldremos escondidos en una furgoneta de la lavandería, por una puerta secundaria. —Abro los ojos como platos y se me escapa una carcajada que ahogo al instante, porque me mira con el entrecejo fruncido; no es una broma, piensa hacerlo de ese modo—. Esto es serio.

—Lo sé, pero... es que me parece surrealista —intento justificarme, y aguanto la risa para otro momento.

—No quiero que sepan dónde estoy, ni que me sigan y me saquen, tullido, en todas las televisiones. Eso sería mi destrucción, todos mis enemigos aprovecharían la ocasión para hundirme. —No había caído en eso; supongo que por ello siempre confía en Hugh... Él sí sabe todo lo que tiene que controlar para la seguridad de Sean, así como la de su imperio—. Mis acciones ya han bajado suficiente; tengo que contraatacar y lo debo hacer cuando nadie se lo espere..., es decir, ahora.

—¿Qué vas a hacer?

—Algo que quería hacer desde hace mucho tiempo, pero lo guardaba para una ocasión de urgencia.

—Sean, ¿de qué se trata? ¡Sé claro!

Me cruzo de brazos y clava su oscura mirada en la mía, al tiempo que tuerce el labio en una sonrisa ladina, y yo espero que se explique.

—Voy a comprar la totalidad de la segunda compañía petrolera más importante del mundo.

—¿La competencia directa de tu padre?! —pregunto en voz alta, más que confusa. No entiendo qué sentido tiene. En estos momentos Cote Solutions está llevando a cabo en Abu Dabi una prueba piloto de una energía revolucionaria en la que él y Jeff llevan años trabajando; se trata de una fuente energética no contaminante, así que es respetuosa con el medio ambiente. Si todo va como esperan, lograrán solucionar las necesidades energéticas de todo el planeta a la vez que lo protegen... Sin embargo, acaba de decirme que va a adquirir una compañía que provoca todo lo contrario...

—Con esta jugada podré destruir a mi padre. El mercado se desestabilizará porque haré fluctuar los precios, inundando primero el mercado de barriles de crudo y luego cerrando la compañía recién adquirida. Eso provocará tensiones entre los productores y suministradores, y de pronto anunciaremos nuestra energía: limpia, renovable, ecológica y barata, y el sector del petróleo se incendiará y luego quedará hecho cenizas, de las que no podrá resurgir ni con todo el oro del mundo.

—Creo que es demasiado arriesgado.

—Es lo que necesita este planeta. —Está muy seguro de lo que va a hacer y no sé si eso me da más miedo todavía—. Jeff está de acuerdo conmigo; era nuestro proyecto a largo plazo cuando fundamos Cote Solutions.

—¿Jeff piensa lo mismo que tú respecto a desestabilizar primero el mercado petrolífero?

Eso sí que me pilla por sorpresa.

—Los dos sabemos que es la única opción que tenemos para tener éxito. —Me llevo una mano a la frente y me la froto, intentando calmarme... pero no lo logro. Jeff me había hablado de sus investigaciones respecto a una energía revolucionaria y también de su intención de que ésta sustituyera al petróleo, pero no de forma tan tajante e inmediata... Tal como me lo plantea, me parece un plan suicida: enfrentarse a los más poderosos del planeta para conseguir un cambio tan drástico en tan poco tiempo. Si me lo hubiera comentado, le hubiera quitado esa idea de la cabeza por miedo a represalias—. No tienes que tener miedo.

—¿Acaso no has visto lo que acaba de pasar? —le señalo su pierna y él chasquea la lengua al haberle recordado algo con lo que va a tener que luchar toda su vida—. Es de locos. Esa gente sin escrúpulos, entre ellos tu padre, no se quedarán quietos si empiezas una guerra innecesaria.

—No te equivoques: la han comenzado ellos, y lo van a pagar muy caro... mucho.

—Es muy peligroso, Sean. Además, personalmente, el odio no será la solución a tu problema —intento hacerle entender—, sino la aceptación, el espíritu de superación... eso es lo que te hará

más fuerte, no ser peor que tus enemigos, peor que tu padre.

—Ya está todo en marcha, Jeff ya está en ello.

No soy capaz de responder, ya que todo esto me supera. Es demasiado para lo que mi juicio puede asimilar y además, aunque lo hiciera, sé que no serviría de nada: ellos van a hacer y deshacer sin importarles mi punto de vista. Está visto que lo han hecho durante años sin que yo fuera consciente de ello. Tengo la sensación de que he vivido en una burbuja, bajo una mentira que me he creído y que me ha permitido vivir junto a Jeff sin demasiadas preocupaciones, creyendo que el proyecto de la energía limpia no implicaba ningún peligro o riesgo para él, para nosotros... Ahora me doy cuenta de todo lo que se estaba orquestando a mis espaldas... Jeff me mantuvo en la ignorancia; Owen lo apoyó, pues jamás comentó nada de este asunto, y Sean... nunca me confesó la gravedad real que entrañaba este proyecto. Francamente, me siento ninguneada por todos.

—Dime... Está bien, bajamos —responde a la llamada que acaba de entrarle en el móvil y lo miro intentando adivinar con quién habla... Por las escuetas palabras que intercambian, no me cuesta deducir que se trata de Hugh, y que está todo listo para nuestra salida.

—¿Ya? —planteo, temerosa, consciente de que estamos a punto de huir del hospital con el objetivo de no ser vistos por la prensa, y mi cuerpo está hecho un flan. Oigo que llaman a la puerta y, cuando llego hasta ella, abro y asomo sólo cabeza. Entonces, uno de los hombres de seguridad apostados allí me entrega dos muletas y una bolsa de deporte—. Gracias.

—Perfecto, me cambio y nos vamos —me dice Sean en cuanto me ve aparecer con ellas.

—¿Quieres que te ayude?

—No, puedo solo.

Se quita la camiseta y descubro que tiene unos morados en las costillas, así que no puedo evitar acercarme y acariciarlos cuando él tiene los brazos por encima de la cabeza para ponerse la camiseta limpia.

—¿Te duele?

—No, y no es nada importante, según el médico.

Suspiro, aliviada. Como se ha quitado el camión del hospital, veo por primera vez el vendaje de su pierna. Me da la sensación de que lo que le queda de pierna izquierda ha adelgazado en estas pocas horas transcurridas, porque incluso la rodilla se le ve más huesuda de lo que estaba. De todos modos, no tengo tiempo de mirar mucho más, porque, con sumo cuidado, se enfunda la pernera del pantalón deportivo de felpa gris claro; lógicamente, le cuelga un buen trozo.

—¿Te duele? —vuelvo a preguntarle cuando veo que achina los ojos justo cuando se recoloca la prenda para poder caminar luego sin miedo a pisarse o a que le entorpezca la tela sobrante.

—Un poco. Espero que Hugh ya tenga calmantes en casa, porque, si no, voy a rabiarme de dolor. —Se enfunda la pierna buena y se calza una zapatilla deportiva. Hugh, previsor como siempre, sólo ha puesto una—. ¿Me las das? Si no me va a ser muy difícil salir de aquí.

—Ah, sí, perdona.

Le ofrezco las muletas y se pone en pie; entonces da unos golpes en el suelo, comprobando que pueden soportar su peso.

Recojo sus pocos enseres y los guardo en la bolsa, para luego colgármela a la espalda. En ese instante aparece el médico, y se me cierra el estómago al pensar que nos ha pillado y que, por tanto, ya no podremos irnos, tal y como teníamos planeado. Seguro que se arranca a decirle que está loco, que es un insensato y que debe volver de inmediato a la cama para descansar... Sin embargo, la cara de Sean es de no estar para nada sorprendido de verlo aquí, sino todo lo contrario, mientras el doctor se dirige a él con algo en la mano.

—Señor Cote, ya está todo listo. Debe bajar por el ascensor de servicios, gracias a esta tarjeta que le he conseguido, hasta la planta menos tres. Justo en la puerta del mismo hay una furgoneta esperándolos.

No doy crédito a lo que estoy oyendo... hasta han metido a su médico en el ajo... aunque, si este hospital es tan prestigioso como parece, supongo que no es el primero que sale a hurtadillas de aquí huyendo de la prensa, ni tampoco será el último.

—Gracias por todo.

Le estrecha la mano con fuerza y los miro, emocionada.

—Cúidese la herida y, sobre todo, esté atento a que su muñón no cambie de textura; es muy importante para poder colocar la prótesis lo antes posible.

Supongo que no es la primera vez que se lo dice, porque su gesto se ensombrece de dolor, de tristeza, como cada vez que habla del tema.

—Lo hará —respondo por él, porque sé que ahora mismo no es capaz de contestar, como ya me estoy acostumbrando a que le ocurra en cuanto alguien le recuerda que le han amputado media pierna.

—Cúidese, y lo veo muy pronto.

—Aquí estaré —zanja la conversación y, tras salir de la habitación seguidos de los dos hombres del personal de seguridad de Sean, llegamos al ascensor de servicio, donde lo miro para comprobar que esté bien. Aunque no lo vaya a reconocer, se le ve muy débil, y está haciendo un esfuerzo muy grande, más del que debería.

Las puertas del elevador se abren, paso la tarjeta que el médico nos ha entregado minutos antes y pulso el botón del nivel menos tres. Afortunadamente, en el ascensor sólo bajamos los cuatro y no hace ninguna parada en los niveles inferiores hasta que veo la furgoneta blanca en cuanto se abren las puertas.

Capítulo 6

—Deme la mano, señor.

Le entrega una muleta a uno de los tipos que nos acompañan y, ayudado por el otro, que ha subido primero a la furgó —en la parte trasera, donde no hay ventanas y, por tanto, no nos podrán ver ni fotografiar—, se monta y se instala en un extremo, sentado sobre sábanas limpias—. Sera mejor que se agarre bien.

El hombre, amablemente, se ofrece a ayudarme a mí también, así que subo y me acomodo a su lado, para luego cogerle la mano con fuerza, y él me besa la cabeza. Tengo la sensación de estar huyendo en medio de un atraco o un secuestro, de algo realmente atroz, y que, si por desgracia somos descubiertos, nos culparán de algo que nos perseguirá toda la vida... y, aunque no es así, porque sólo nos escondemos de los medios de comunicación, estoy muy nerviosa.

—En breve estaremos en casa. —Su voz destila dolor, no puede ocultarlo, y espero que no nos arrepintamos de esta decisión.

—¿No te caerás? —Niega con la cabeza, seguro de que está bien sujeto—. No te puedes dar ningún golpe... —Le señalo la pierna y él vuelve a negar en silencio, restándole importancia.

Oímos cómo el chico que está con nosotros detrás da dos golpes a la chapa para avisar al que va a conducir de que ya estamos listos, así que arranca el motor para iniciar lentamente la marcha... pero, cada vez que se cierra en una curva de la que supongo que es la rampa en forma de caracol del parking, Sean se estremece de dolor, aunque intenta disimularlo; se toca la rodilla y cierra los ojos apretando los párpados, y lo único que me atrevo a hacer es observarlo, porque tengo claro que, si le demuestro que me preocupo en exceso, no le va a gustar y será peor.

Cuando captamos el ruido del tráfico deducimos que ya hemos salido del hospital y supongo que, al igual que yo, todos respiramos aliviados al saber que hemos dejado atrás ese enjambre de periodistas y que, por tanto, podremos continuar con nuestras vidas sin temer esos *flashes* que nos acechaban en el hospital.

—Vamos —oigo la voz del hombre de seguridad que va con nosotros, que se pone de pie en cuanto nos abren la puerta de la furgoneta desde el exterior; estamos en un parking. Salgo, confusa, y veo una segunda furgoneta con el logo de una empresa de televisión por cable.

—¿No pretenderías llegar a casa metidos en una furgoneta del hospital?

Me giro y lo veo sentado en el borde, poniéndose una gorra con el mismo logo de la nueva furgoneta y las gafas de sol; luego, con la ayuda de las muletas, se dirige hasta el asiento del copiloto del segundo vehículo.

—No, claro que no.

¿Cómo iba a pensar en eso? Será que no estoy acostumbrada a esconderme de nadie...

Superada por la situación, camino hacia la otra furgó y el chico de antes vuelve a ayudarme a subir a la parte trasera; esta vez sí que hay asientos, y puedo ver a Sean desde mi posición.

—¿Más cómoda?

Asiento con la cabeza... ¡por supuesto! Aquí voy sentada y, además, sé que Sean no se va a

herir en una curva.

Volvemos a ponernos en marcha, esta vez más relajados y tranquilos porque él va más cómodo y ya no se queja de dolor. Al poco rato veo luz que proviene de la parte delantera y, poco a poco, descubro que ya nos acercamos a su casa. Aunque en menor grado que en el hospital, también hay algunos periodistas apostados aquí, pero éstos, al ver de qué tipo de furgoneta se trata, ni se molestan en fotografiarnos o grabarnos, afortunadamente.

La cancela se abre y muy lentamente entramos en la finca. Una vez en el interior, aparcamos dentro del garaje y permanecemos en el vehículo hasta que la puerta del mismo se cierra por completo.

—Bienvenido a casa. —Hugh le abre la puerta y le ofrece el hombro para que baje sin problemas, y veo cómo se abrazan. Hasta este momento no había vivido una escena entre ellos así, por lo que me emociona. El controlador ha desaparecido por unos instantes para dar paso a esa persona con sentimientos—. Encargaos de la seguridad. Ninguna cámara puede colarse en la vivienda, ni tampoco pueden hacernos ninguna foto desde el exterior; en el caso de que alguno lo lograse, haced lo que sea preciso para destruirla. —Hugh es muy claro, y todos asienten en silencio, serios, porque saben lo importante que es este tema.

—Por fin. ¿Cómo estáis? —Helena aparece corriendo y se lanza hacia Sean, a quien casi desequilibra y tira al suelo; suerte que Hugh estaba cerca para sostenerlo—. Perdón, lo siento, no quería...

—¿Me has hecho algo en condiciones para comer? —Sean cambia de tema rápidamente, para destensar el ambiente, y Helena asiente, sonriente, mientras ve cómo él solo se dirige hacia la escalera, ayudado por las muletas.

—Bajaré yo primero.

Hugh comienza a descender los escalones como si nada, sin mirarlo, sin preguntarle siquiera si necesita que le eche una mano, y Helena y yo permanecemos a su espalda, también a la espera de ver cómo se desenvuelve.

Coloca las dos muletas en el peldaño inferior y se deja caer sobre su único pie, para ir bajando escalón a escalón, hasta que llega al salón... y creo que hasta ese momento no vuelvo a respirar. Se para frente a la isla de la cocina, se instala en un taburete alto y mira a su alrededor, serio. Me siento a su lado aparentando normalidad, sin mirarlo y sin preguntarle cómo está, porque sé cuál sería su respuesta, así que prefiero callarme mientras miro hacia los fogones, donde Helena ha debido de pasarse unas horas preparando buena comida, para que se reponga lo antes posible.

—¿Cómo estás? —Me sorprende su pregunta y lo miro, extrañada—. No te lo había preguntado todavía. —Le sonrío por el detalle y le confirmo que estoy bien—. ¿Aún crees que voy a asesinarte mientras duermes?

—No. Aunque, si lo intentas, saldré corriendo. —Su cara se desencaja—. Perdón, no quería decir eso.

—Incluso faltándome media pierna, te aseguro que te cogería.

Su mirada se clava en la mía; me parece que tengo la boca abierta por esa forma de hablarme tan suya que casi había olvidado.

—Eso no sé si me gusta tanto —me acaricia una mejilla y me arrima a él para besarme—, aunque, pensándolo mejor... sí, sí que me gusta.

Se me escapa una risita nerviosa y vuelve besarme, esta vez un beso más profundo que me deja sin aliento, mientras pienso que quizá me he equivocado y Sean es tan fuerte como para asumirlo más rápido de lo que esperaba.

—¿Queréis comer? Os he hecho algo con lo que os vais a chupar los dedos.

Helena se para de repente al vernos, dedicándonos una media sonrisa, y los dos nos miramos unos segundos antes de dirigir nuestra atención hacia ella y asentir.

Encantada de nuestra respuesta, ni se preocupa en preparar la mesa, sino que, sobre la isla, dispone un bol con una ensalada fresca de pasta y huevo, con mucha mayonesa y nos sirve a cada uno en un plato, que pruebo al instante, porque la verdad es que estoy hambrienta y agotada. Han sido muchas horas horribles, en las que apenas he dormido, y mi cuerpo, ahora que se ha relajado, me pide un poco de comida y descanso.

Sin apenas darme cuenta he terminado el contenido de mi plato y ya tengo otro delante; en este caso, de pollo empanado con salsa agridulce, que devoro en tres bocados. Helena no deja de mirarnos con una sonrisa de oreja a oreja, pero sin decir palabra alguna.

—Y, de postre, una tarta de chocolate blanco —oigo desde la nevera, y veo que camina hacia nosotros, risueña, dejándola sobre la isla. Me fijo en Sean y veo que no deja de mirarla; le encanta.

—Te quejarás... —Le señalo el pastel, sabiendo que es su preferido.

—Si me vas a cuidar tan bien después de un accidente, quizá...

—¡Ni hablar! No bromees con eso o te quedarás sin probar la tarta —le advierte ella, muy enfadada. Y es que no nos imaginamos tener que pasar por esto otra vez—. Come, cariño. No habías dormido ni comido... debes cuidarte tú también. —Me ofrece un trozo y lo acepto encantada.

—¿No has comido nada desde...? —No lo miro; corto con el tenedor un pedazo de pastel, sintiendo que de nuevo vuelvo a recordar lo sucedido... y mi cuerpo se estremece. Supongo que Helena tiene razón, el no comer y dormir me está pasando factura—. Avery, mírame. —Suspiro antes de hacerlo y niego con la cabeza, con los ojos empañados por lágrimas que están a punto de salir.

—Nadie, Sean. No teníamos estómago para hacerlo.

Confirmo lo que Helena acaba de decir y noto su mirada más que seria clavada en mí, y por ello prefiero mirar mi trozo de tarta.

—Déjala que se reponga y ya la reñirás más tarde.

Por suerte Helena me echa un cable y evita que me diga algo que ahora mismo no necesito.

Sean me mira fijamente, pero lo ignoro y sigo comiendo. Cuando estoy acabando, aparece Hugh en la cocina y se pone a comentarle cosas de la empresa, de la casa, para reorganizar muchas tareas que han quedado pendientes. Me siento incómoda; la verdad es que no quiero saber tanto por el momento; normalmente se hubiera ido a hablar a solas con su hombre de confianza, pero hoy no actúa igual; supongo que mi charla con él ha servido de algo, aunque ahora mismo no me apetece escuchar nada más.

—Si no os importa, voy a darme una ducha. —Bajo del taburete dispuesta a irme al piso superior, pero Hugh saca algo del bolsillo y me obliga a detenerme.

—Esto es suyo. —Me entrega mi teléfono—. Se lo he cargado para que pueda conversar con su madre; está preocupada.

—¿Has hablado con ella? —le pregunto, un poco sorprendida.

—Y con Jeff. —Quien responde es Helena, y confirma esa afirmación con la cabeza.

Como siempre, este matrimonio se ha encargado de todo; no sé cómo se lo voy a poder agradecer.

—Gracias.

Los miro a ambos y les digo adiós con la mano sin saber muy bien qué hacer, si acercarme y darle un beso o simplemente subir la escalera para irme a su habitación.

Me decido por la segunda opción, así que, aunque dubitativa, me doy media vuelta y comienzo a caminar hasta llegar a la escalera, que subo lentamente. Una vez arriba me encamino al dormitorio, y allí me siento en la cama y cojo el teléfono. Tengo decenas de llamadas perdidas. Suspiro fuerte antes de ponerme a leer todos los mensajes... De Zoé, de mi hermano, de mi madre... y hasta de clientes que se han preocupado por mí, como Román, que no ha dejado de intentar hablar conmigo. Veo la última llamada perdida y me llevo el teléfono a la oreja.

—Hola, mamá.

—Hija, ¿cómo estáis? —Que la llame la tranquiliza, se le nota en el tono de voz.

—En casa, ya estamos en casa...

Siento una presión en la garganta que me comprime tanto que me duele.

—¿Ya?! Pero ¿le han dado el alta? —Me tengo que apartar el teléfono del oído para que su grito no me perfore el tímpano—. ¿No es muy pronto, cariño?

—Lo ha decidido él. En casa tendrá atención médica para las curas y, además, los servicios de un fisio, quien lo ayudará a prepararse para poder ponerse una prótesis.

—¿Tú estás bien?

—No —soy sincera, no lo estoy. Necesito un poco de tiempo para procesar todo lo que ha pasado, todo lo que he descubierto y, sobre todo, cómo va a afectar todo esto a mi futuro—, pero lo estaré —le digo antes de que comience a lamentarse de lo lejos que estamos—. Ya sabes que soy fuerte.

—No tanto, hija. ¿Quieres que vaya unos días?

—No, ahora necesito poder dedicarme a él. Sean me necesita, así que tendré que aparcar mi búsqueda de nuevos clientes, ya que entre él y Jeff casi me dejaron sin, y plantearme muchas cosas. Cuando me haya centrado, te prometo que te llamaré para que vengas a mi casa.

—Entonces, como mínimo, llámame para explicarme cómo vas y desahogarte.

Para ser mi madre está siendo muy condescendiente y está muy tranquila; la veo demasiado serena, aunque lo agradezco enormemente.

—Te lo prometo. Voy a darme una ducha, estoy muy cansada.

—Te quiero, mi niña.

—Y yo.

Dejo el teléfono sobre la cama y, sin pensármelo más, me dirijo al baño, donde me quedo parada al ver que en la ducha, en menos de un día desde el accidente, ya ha aparecido un banco de obra. Seguro que Hugh no ha dormido en ningún momento; ha salido del hospital para encargarse de que, cuando Sean regresara, pudiera tener una vida más cómoda para su nuevo estado.

Me desvisto y dejo todas las prendas en el cesto de la ropa sucia, aunque en realidad debería tirarla a la basura; después de todo lo que he vivido con ella puesta, dudo que tenga ganas de volver a ponérmela. Dejo correr un poco el agua de la ducha y, aunque todavía no se ha calentado del todo, me introduzco bajo el chorro, lentamente, empapando mi piel, que se eriza al instante... hasta que, poco a poco, mi cuerpo se temple por la temperatura del agua y me sitúo justo debajo para mojarme por completo.

Cruzo los brazos bajo mis pechos y cierro los ojos, dejándome caer sobre el banco, que acaricio, y mis lágrimas vuelven a brotar. Esta vez mi llanto es silencioso; me sale de lo más profundo del corazón, porque me duele ver a Sean de este modo. Percibir que lo siento lejos de mí me mata agónicamente, y no sé si lo voy a poder soportar. Porque, para mí, que haya perdido

media pierna no es lo más grave, sino sentir que poco a poco lo estoy perdiendo; porque, aunque me haya dicho que no ha sido culpa mía y me haya besado, en el fondo los dos sabemos que sí lo ha sido, y que llegará el día en el que me lo recordará o me lo echará en cara, dañándome irremediabilmente, y no podré replicarle, enfadarme. ¿Cómo podría hacerlo si es la pura verdad? Yo fui la que cogí el coche, desafiando mi propio miedo, para alejarme de él... sin saber que le destrozaría la vida unos metros más adelante. ¿Cómo voy a superar lo que le he hecho?

Me llevo las manos a la cara y, tras retirarme las lágrimas, doy una gran bocanada de aire para llenar mis pulmones, que estaban a punto de quedarse sin una gota de oxígeno.

Cojo el champú y me masajeo la cabeza, sintiendo cómo el jabón desciende por mi cuerpo hasta desaparecer; con la misma espuma, me froto todo el cuerpo, retirando el sudor acumulado, los restos del día anterior... e intento ser positiva, pensar que podría haber sido mucho peor. Podría estar muerto, y eso no tendría solución; sin embargo, no ha ocurrido. Está aquí, y me va a tener para luchar a su lado.

El agua poco a poco retira el jabón y yo sigo sentada, inmóvil, mientras mi cabeza no deja de darle vueltas a mil cosas, hasta que, exhausta, me pongo en pie, cierro el grifo, me seco y luego me enrolla una toalla al cuerpo para salir. Me seco la humedad del pelo con otra toalla mientras me miro al espejo; tengo unas ojeras muy marcadas, hacía años que no las tenía de este modo, y mis ojos están rojos y vidriosos, por no mencionar lo inflamados que los tengo. Me giro para no verme más y me paro frente a la cama, dudando en si vestirme o tumbarme un rato.

Opto por lo segundo, porque la cabeza me va a estallar, así que me dejo caer sobre el lado de Sean y abrazo su almohada como si fuera él, sintiendo su olor, recordando las noches de pasión que hemos vivido en este lugar... y, poco a poco, mis ojos se cierran sin que pueda evitarlo.

Capítulo 7

Me siento de repente al captar un golpe muy fuerte y parpadeo varias veces, pensando en qué ha ocurrido. Me ha parecido oír cristales rotos tras un gran trastazo. Voy corriendo hasta el vestidor, cojo y me pongo el primer vestido que pillo y bajo los escalones de dos en dos hasta llegar al salón. No hay nadie. Sigo bajando y me dirijo al despacho de Sean, y allí veo a Helena abrazada por Hugh, llorando en silencio.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está Sean?

El corazón me va a salir por la boca. Estoy muy nerviosa, porque no sé qué ha podido pasar y ella, al verme, se limpia las lágrimas intentando disimularlas, pero ya es tarde.

—No entres, no quiere que...

No termina la frase, porque abro la puerta del salón de verano y me encuentro con un gimnasio que no estaba anteayer aquí y, al fondo, a Sean sentado en una camilla, al lado de un chico que le está curando la herida de la pierna.

—¡Nadie te ha enseñado a llamar a la puerta! —me grita, enfurecido, y lo miro sin comprender qué ocurre—. ¡Vete!

El chico, apenado, me mira y yo estoy inmóvil. ¿Qué le pasa para tratarme así? Dirijo toda mi atención hacia la cristalera y descubro que está completamente rajada, y en el suelo, entre los cristales, hay una mancuerna.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunto mientras le señalo el estropicio, y doy un paso para recoger un cristal que hay muy cerca de donde estoy cuando de pronto me detengo al oír su bramido.

—¡Sal de aquí de una puta vez!

Lo miro, alucinada por su reacción. No entiendo por qué me habla así. Me gira la cara, pues no quiere mirarme a los ojos. Dolida por su manera de tratarme, salgo de la estancia entre lágrimas.

—Te lo he advertido.

Helena me abraza y me consuela, y yo sigo sin dar crédito a su comportamiento. ¿Cómo ha podido cambiar tanto desde que comimos juntos en la isla de la cocina?

—¿Qué le pasa? —apenas logro balbucir; mi voz es casi un susurro ahogado, y mi cabeza da mil vueltas, mareándome—. ¿Por qué me grita así?

—Cariño, no quiere que veamos la herida, el muñón..., sólo es eso. A nosotros también nos ha echado, no es nada personal contra ti... y debemos ser pacientes con él y entenderlo: la amputación es muy reciente y debe asumir y acostumbrarse a ese cambio físico tan drástico.

No soy capaz de decir nada. Subo la escalera hasta llegar al salón, me dirijo hacia la cristalera y me quedo apoyada en ella, sin saber qué debo de hacer, cómo actuar.

—Tienes que cuidarte, tú también estás pasándolo muy mal —me dice Helena, que me ha seguido y se ha quedado unos pasos atrás, mirando como yo al horizonte; veo su figura y la mía reflejadas en el cristal.

—Está tan furioso... —Helena me mira y se le vuelven a escapar las lágrimas porque ella

también está sufriendo mucho al verlo así—. ¿Qué ha cambiado de ayer a hoy? —planteo después de mirar el reloj de la pared y descubrir que he dormido un día entero—. Helena, daba miedo.

—Lo sé, cariño. —Me acaricia el brazo, demostrándome lo mucho que me comprende—. Vamos a la cocina, tienes que comer algo.

—No tengo hambre.

—Pero debes alimentarte. —La sigo por educación y me siento en la isla; entonces caigo en la cuenta de que sólo llevo puesto un vestido, pues ni tan siquiera me he parado a ponerme ropa interior. En otro momento Sean estaría divirtiéndose mucho a mi costa, ya que sin duda me estaría provocando y haciéndomelo pasar mal para después compensarme en la cama, pero ahora todo es diferente. En este momento no está para esas cosas, pues tiene una gran batalla que librar, y, aunque lo entiendo, me encantaría que no fuese así—. ¿Te apetece un sándwich fresquito?

—Me da igual, de verdad; eso mismo estará bien. —Helena saca unas cuantas cosas de la nevera y se pone a preparármelo mientras veo cómo cae la noche frente a mis ojos y un día más se me escapa de las manos sin darme cuenta—. Tengo un poco de frío, voy a cambiarme y bajo —me excuso como puedo, para no reconocer que apenas voy vestida.

Subo a la habitación, me pongo ropa interior y cambio el vestido por unas mallas y una sudadera de deporte y vuelvo a bajar a la cocina... y descubro que Helena me ha preparado la mesa de centro del salón, pues sabe lo mucho que me gusta disfrutar de una cena tirada en la alfombra frente al televisor, aunque en este caso no la pongo.

Doy el primer bocado y me sabe a gloria... y de pronto oigo el ruido de las muletas al subir los escalones. Decido no girarme para mirarlo, pues no quiero que se moleste conmigo.

—¿Hay otro para mí?

Su voz es seria, pero no furiosa como la de antes, así que lo miro de soslayo, con la mala fortuna de que me pilla, así que, lejos de disimular, lo miro directamente, esperando una frase que me demuestre que lo que ha ocurrido antes ha sido fruto de la desesperación.

—Si quieres te lo hago.

Es Helena la que responde, aunque él ni siquiera la está mirando, toda su atención la tiene puesta en mí. No puedo descifrar lo que siente, porque su rostro permanece frío; no quiere que sepa lo que piensa y, tal y como he sentido desde que sufrió el accidente, está a miles de kilómetros de mí, aun estando a unos pocos metros.

—Por favor —acepta, y luego viene hasta mí y se sienta en el sofá, mostrando dolor por su gesto de contracción al hacerlo.

—¿Estás mejor? —le pregunto en voz baja, pero cabreada. No quiero molestarlo, pero lo que tampoco voy a permitir es que crea que me puede hablar del modo en que lo ha hecho en la planta inferior, y aún menos delante del que he supuesto que es el fisio y enfermero que lo va a ayudar en casa.

—Si puede ser, vístete así mientras estemos rodeados de tantas personas en casa.

No doy crédito a lo que acaba de soltarme. ¿De verdad ha salido eso de su boca... así, de la nada? ¿Me está queriendo decir que lo que más le ha cabreado ha sido mi vestido? ¿Y no va a reconocer que se ha pasado y que se está comportando como un capullo integral?

—Podría haber bajado desnuda completamente y no lo he hecho.

No pienso amedrentarme ante nadie, mucho menos antes él. Si quiere ser déspota, yo también lo seré.

—Esto no es una broma, Avery, ni un juego. Bastante tengo encima como para preocuparme de que el personal sepa que no llevas bragas puestas.

Aun furioso como estaba, se ha dado cuenta de que no las llevaba.

—Tranquilo, no tienes de qué preocuparte. A partir de mañana iré con cuello alto.

Dejo el sándwich sobre la mesita y luego el vaso, después de dar un gran sorbo de agua, y me voy del salón escaleras arriba... pero no me detengo en la siguiente planta y sigo hasta la planta superior. Aquí veo que la furgoneta con la que vinimos ayer ya no está. Se me hace raro no ver aquí el deportivo; éste debe de estar en algún desguace, porque quedó siniestro total. Sí está el todoterreno de Hugh, además de otro vehículo que supongo que es del personal de seguridad. Cruzo el garaje y salgo hasta la entrada, donde no hay ningún periodista, para mi fortuna.

El silencio es tan palpable que sólo oigo las hojas de los árboles cuando sus copas son mecidas por la brisa que corre a estas horas. Me siento en el murete de piedra que separa la entrada para los vehículos del caminito que lleva a la puerta principal y cierro los ojos mientras respiro profundamente varias veces, intentando calmarme y hallar esa paz que parece que se haya esfumado en cuestión de horas.

—Debes ser fuerte y no tenérselo en cuenta. Es un proceso muy duro que no ha hecho más que empezar. —Oigo una voz desconocida a mi espalda y me giro; entonces el recién llegado se acerca un poco más y reconozco al chico que estaba con él en el nuevo gimnasio—. Ten en cuenta que hoy es el primer día, y no ha sido fácil para él asumir todo lo que deberá hacer para conseguir llevar una vida normal.

—¿Por qué no quiere que lo vea? —Eso es lo único que en realidad me preocupa—. ¿Va a ser así siempre? ¿Podré tocarlo?

—Tiene miedo; detesta lo que ve y cree que los demás pensarán como él. A todos les ocurre al principio. —Tiene sentido, claro que lo tiene—. El tiempo volverá a ponerlo todo en su lugar.

—Espero que sea pronto —pienso en voz alta, en medio de un gran suspiro.

—Si necesitas ayuda, tenemos un grupo de apoyo para las familias —me informa; abre su bolsa de mano, saca una tarjeta y me la entrega.

—Gracias.

La acepto y descubro que el fisio se llama Sawyer; en ella consta la dirección del hospital y un teléfono.

—No tienes que dármelas; quiero ayudaros.

Me guiña un ojo y se dirige a la puerta, por la que desaparece, y yo me quedo sentada en el mismo sitio durante un buen rato, hasta que no me noto el culo y me obligo a bajar.

Cuando llego al salón veo que tiene el sándwich, intacto, sobre la mesa de centro, lo que significa que no ha comido nada, y está cambiando de canal cada tres segundos, compulsivamente, por lo que no le da tiempo de ver nada... hasta que, de pronto, en uno de ellos aparece él, su rostro en alguna foto de su pasado, y luego su padre en la puerta del hospital, y niega antes de pulsar el botón para cambiarlo de nuevo.

—Siento haber aparecido antes con ese vestido y sin ropa interior, pero es que he oído un estruendo enorme y me he asustado... así que me he puesto lo primero que he pillado para bajar a toda prisa. —Oír mi voz hace que pare de hacer *zapping* y deja un canal en el que vuelve a aparecer su imagen, y después la de los periodistas acampados en la puerta del hospital a la espera de noticias y, por primera vez desde que me he levantado, detecto una especie de sonrisa en sus labios—. No quería molestarte.

Me acerco a él y me siento a su lado, y entonces coge las muletas y se pone de pie.

—Tengo que solucionar unos asuntos del trabajo.

Dicho esto, se aleja de mí, sin tocarme, sin besarme, sin ni tan siquiera mirarme a los ojos, y

me quedo más sola que nunca, aun estando él tan cerca de mí.

Entonces soy yo la que cambia de canal una y otra vez, hasta que, enfadada con la situación, apago la tele y subo a la habitación, donde tengo mi teléfono. Busco el nombre de Jeff entre mis últimas llamadas perdidas y lo llamo.

—¿Por qué siento que está a kilómetros de mí? —le digo nada más oír su voz.

—No tiene que ser fácil superar que ha perdido media pierna. —Su voz es triste, sabe lo mucho que estoy sufriendo.

—Jeff... —siento un nudo en la garganta que no me deja ni hablar.

—Ave, si quieres estar a su lado, vas a tener que ser muy fuerte. —Ahora mismo me iría corriendo a mi casa, o a casa de Jeff, para que me abrazara y cobijara entre sus brazos, pero sé que no sería lo correcto... que no puedo dejarlo solo, sabiendo lo mucho que está sufriendo—. Además, dentro de muy poco descubrirán que ya no estáis en el hospital... y eso será mucho peor que el carácter agrio de tu novio.

—No digas eso. —Se me escapa la risa.

—Lo siento. Mañana ven a pasar un rato con nosotros; te irá bien y Owen y yo estaremos encantados de verte.

—Lo intentaré —contesto, pues no puedo saber qué va a ocurrir al día siguiente, si Sean tiene algún plan, si seguiré con mi vida habitual... así que no me comprometo en nada que no sé si podré cumplir.

—Descansa un poco y no pienses demasiado.

—Eso es muy difícil.

—Lo sé —replica en tono comprensivo; los dos sabemos que lo que me está pidiendo es imposible.

—Gracias Jeff.

—No me las des.

—Adiós.

Me despido y finalizo la llamada. Miro la hora y veo con asombro que son cerca de las doce de la noche. Desde que he subido al dormitorio no sé nada de él. Aunque debería meterme en la cama y dejar que acabe este día tan espantoso, decido bajar a buscarlo; sé que está en su despacho. Esta vez no entro como un miura; al contrario, me detengo frente a la puerta cerrada, dudando si es buena idea, planteándome si voy a incordiarlo o no. Finalmente doy unos pequeños golpes en la madera y, tras oír un «pasa» con voz de cansancio, asomo la cabeza; está sentado a su escritorio, frente a su ordenador. Me hace un gesto para que me acomode en la silla que tiene enfrente y, de inmediato, le hago caso mientras él termina de teclear algo a toda prisa y luego me presta toda su atención.

Se ha duchado y se ha puesto ropa deportiva, imagino que para estar más cómodo.

—Mañana vuelve Dan; no quiero que vayas sola por ahí hasta que sepamos quién provocó el accidente.

Su voz ya no suena furiosa ni su mirada destila tanta tensión; más bien transmite agotamiento. Me queda claro que no quiere discutir, sino terminar cuanto antes con todo lo que tiene entre manos.

—Lo entiendo.

Abre los ojos como platos y me analiza durante unos segundos; creo que esperaba que le replicara y me negara a ello, no que lo aceptara de buenas a primeras.

—Sawyer, mi fisioterapeuta y enfermero, aunque en realidad hace de todo, vendrá a primera

hora del día y a última de la tarde. —Visualizo la cara del chico que ha venido a animarme a la puerta de casa; me he sentido arropada por él después de que Sean me tratara fatal. Me alegra que esté a su lado, porque me ha dado la impresión de que tiene devoción por su trabajo, que es algo vocacional, y no creo que me equivoque si digo que lo podrá ayudar mucho más que yo—. Por tanto, no podré asistir a tus formaciones en Cote Solutions —añade.

—Lo entiendo.

Vuelve a mirarme, francamente extrañado.

—¿No te importa que no vaya a tus sesiones?

Cruza los brazos por debajo del pecho y se recuesta en el respaldo de la silla, sin dejar de observarme.

—Claro que me importa, pero creo que no es un buen momento, ni para ti ni para mí. Quedan pospuestas, no hay problema. —Ni siquiera yo tengo ganas de ir a hacer esas formaciones, para qué me voy a engañar—. Mañana tengo que comenzar unas sesiones en la empresa de Román; es intensiva, de una semana.

—Irás con Dan.

—No tienes de qué preocuparte, iré con él. Por cierto, ¿qué sabemos de la inspectora? Hugh la echó del hospital, pero me extraña que no haya vuelto.

—En cuanto sepa que he pedido el alta, aparecerá.

Su voz manifiesta hastío; este tema no le hace ni pizca de gracia, y lo comprendo, porque a mí no es que me haga especial ilusión. Sin embargo, quiero saber quién fue el desgraciado que nos seguía la otra noche.

—¿Cómo estás? ¿Sigue doliéndote? —indago, temerosa; no sé cómo va a reaccionar a la pregunta, a juzgar por lo mal que lleva este asunto.

—Con los calmantes, lo llevo bien.

Me está mintiendo; no quiere que nos preocupemos más de lo necesario.

—¿Quieres que me quedé contigo mañana?

—No, yo tengo mucho lío... y prefiero estar solo.

—Sean... —me pongo de pie y rodeo el escritorio. Detecto cómo aprieta los puños sobre la mesa y sus brazos se endurecen de repente. A pesar de ello, continúo hasta situarme a su espalda y comienzo a acariciarle el cuello, dándole un masaje para intentar relajar los músculos de esa zona, que tiene duros como una piedra. Mis manos, poco a poco, acarician su cuello... y con ligeros movimientos de los dedos bajo por sus clavículas hasta colarlos bajo su camiseta; aunque siento que está más tenso de lo normal, me deja continuar.

Reconozco que estoy nerviosa, supongo que por miedo a sentir su rechazo, pues no estoy preparada para ello. Acerco mis labios a su cuello y le rozo la piel, consiguiendo que se le ponga de gallina. Sigo entregándole besos hasta que siento cómo ladea el cuello, con los ojos cerrados, y comienzo a ascender hasta besarle la mejilla y llegar a sus labios.

Necesitaba este contacto, volver a sentir mi piel arder por el contacto con la suya; nada ha cambiado. Su brazo rodea mi cintura y gira un poco la silla para poder besarme mejor. Sus labios me reciben, junto a una respiración acelerada; él también está excitado como yo. Llevamos mucha presión sobre nuestros hombros, y él, una carga más complicada de superar que yo, pero ambos estamos sufriendo, pero no voy a permitir que eso arrase con todo lo que ya hemos ganado durante estos meses.

Cuelo mi lengua en el interior de su boca e intenta incorporarse... cuando se frena de repente y me mira, enfadado.

—Tengo que terminar con el trabajo. Vuelve a la habitación, ahora vendré.

No me puede dejar así.

—Sean, te ayudo a ponerte de pie.

—No quiero. —Aprieta la mandíbula con fuerza y soy consciente de que ha intentado levantarse de la silla para aumentar el contacto con mi cuerpo y, al no poder hacerlo como siempre, se ha frenado, cortando todo lo que sentía en ese momento, y yo no sé cómo ayudarlo—. Por favor, déjame solo.

Retiro la mano de su nuca con mi corazón latiendo desbocado y con un nudo en la garganta que me duele tanto que creo que estoy a punto de llorar, una vez más, y es lo último que pretendo que vea. Mis lágrimas no lo ayudarían en nada, sino todo lo contrario; no quiero que se sienta culpable de ninguna de ellas.

Muy a mi pesar, y con la esperanza de que me diga que no me vaya, camino hasta la puerta y acaricio el pomo durante unos segundos, en los que cierro los ojos al tiempo que me toco los labios. Puedo sentir los suyos rozando los míos, su respiración excitada, recordándole todo lo que siente cuando estoy cerca de él, pero se niega a dejarse llevar, a buscar opciones para poder volver a conseguir esa intimidad que nos unió... y mis lágrimas por fin se derraman sobre mis mejillas, porque asumo que no me va a pedir que me quede. Salgo del despacho sin mirar atrás, simplemente cerrando la puerta al salir, y luego me arrimo a ella y me deslizo por su superficie hasta quedar sentada en el suelo... cuando de pronto oigo un estruendo y el sonido de lápices o bolígrafos estallar contra la puerta en la que estoy apoyada.

—¿Va todo bien, Avery?

—Sí, tranquilo. —Me pongo de pie corriendo y me retiro las lágrimas disimuladamente—. Me voy a dormir.

Hugh no tiene un pelo de tonto, más bien al contrario: sabe muy bien qué es lo que nos está ocurriendo y por ello me analiza en busca de una señal de alarma. Pero no la va a encontrar; al único que deben ayudar es a él.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Hugh.

Subo los escalones bastante de prisa mientras oigo que entra en el despacho y Sean le habla en voz alta. Su tono es de desesperación; apenas entiendo lo que dice, pero me duele tanto oírlo hablar de ese modo que no quiero seguir aquí, por lo que acelero mi ascenso, llego a la habitación y me lanzo sobre la cama.

Me tapo con la sábana y miro al horizonte; las luces de la noche que se ven a través de la enorme cristalera son lo único que me llama la atención, aunque en algún momento las veo borrosas, por las lágrimas, que no cesan.

Capítulo 8

—Avery, despierta. —Es su voz... Estoy soñando. ¿Cómo la voy a oír si me he pasado toda la noche en blanco, sin poder dormir con la esperanza de que apareciera y no lo ha hecho?—. Debes bajar al salón. ¡Avery! —Abro mucho los ojos cuando me zarandean y veo que está sentado en mi lado de la cama, mirándome fijamente—. ¿No has dormido bien?

—Sí —miento; no pienso reconocer que, por su culpa, casi no he podido pegar ojo—. ¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana —me dice en un suspiro.

—Aún puedo dormir media hora más, no tengo que estar en la empresa de Román hasta las ocho —comento mientras vuelvo a tumbarme, y luego me tapo la cara con la almohada.

—La inspectora López quiere hablar contigo. —Abro de nuevo los ojos, sin que él me los pueda ver, y lentamente saco la cabeza de debajo del cojín y me siento, intentando averiguar, por la expresión de su cara, si debo preocuparme o no—. No se va a ir hasta que lo hayáis hecho.

—Lo sé. —Claro que no se va a ir, lo extraño es que no haya venido antes—. ¿Tú no has dormido? —inquiero, buscando una explicación a que no haya subido en toda la noche a nuestra habitación.

—No, tenía mucho trabajo.

Me está mintiendo, no me mira a los ojos.

—Sean, yo...

—Ahora no, por favor. —Se coloca las muletas y, con dificultad, se pone de pie, con esos ojos que se ensombrecen cuando se enfada. Veo que, poco a poco, va hasta la puerta—. Aséate y baja; te esperamos en el salón.

Me froto los ojos y respiro profundamente diez veces para controlar mis malditas emociones, que están a punto de volverme loca. Me levanto y camino hasta el baño, donde me quedo perpleja al ver mi rostro. Tengo los ojos inflados de llorar toda la noche, al igual que mis labios; mi aspecto es horrible, ahora entiendo por qué me ha preguntado si he dormido... Es obvio que no, aunque su cara no es tampoco la mejor que he visto; nuestro aspecto delata que los dos hemos pasado la noche en vela.

Me lavo la cara y me hago una especie de recogido para estar un poco más presentable ante la inspectora, aunque, francamente, me importa un pimiento lo que piense de mí o de Sean ahora mismo, lo único que quiero es que detenga a los culpables que han destrozado nuestras vidas. Vóy hasta el vestidor y sopeso qué ponerme, hasta que me paro a comprobar lo que llevo puesto. Me miro de arriba abajo y considero que la ropa de deporte me vale; me niego a cambiarme... Si ha venido a estas horas, me verá tal y como voy. Bajo los escalones, sigilosa, mientras oigo a Sean darle indicaciones en clave a Hugh, y luego cómo Helena le pregunta a la policía si quiere tomar un café, a lo que ella rechaza amablemente. Cuando piso el último peldaño, todos se giran al verme aparecer de brazos cruzados en el salón.

—Buenos días, señorita Gagner.

—Eso de buenos... —Helena me mira aguantándose una sonrisa ante mi respuesta y me entrega un café, que agradezco como si fuera agua de mayo—. ¿Ya han localizado al culpable? —Soy seca y directa, porque es lo único que se merece esta mujer que ha dudado de nosotros tantas veces, tantas que casi no puedo ni verla.

—No, aún no, pero tenemos una pista. —Miro a Sean y él, igual que yo, piensa que no es cierto. No tiene nada, por eso está aquí—. Me gustaría que me dijera lo que vio. El señor Cote ya me ha dado su versión.

—¿Opina que la mía será diferente? —replico, desconfiando de ella, porque la conozco bastante bien. Su juego es exprimir a uno y a otro con tal de buscar el mínimo detalle para poder tumbar nuestras historias, pero no ocultamos nada, sino todo lo contrario.

—Eso no podré decírselo hasta que no me la dé. —Nos retamos con la mirada; el ambiente es tenso—. Sé que es un momento duro —su mirada se dirige a la pierna cercenada de Sean y éste le da un trago a su café como si ese gesto no le importara en absoluto, aunque por dentro está a punto de explotar. Lo conozco a la perfección y a mí no me puede engañar... ni tampoco a Hugh, que se está percatando de todo y ha comenzado a hablar por teléfono para que Sean lo mire y se distraiga —, pero necesito que me relate lo que ocurrió —añade mientras coge una libreta del bolsillo trasero de sus tejanos y busca una página libre para anotar.

—Sean recibió una serie de amenazas —éste me mira con cara de asesino por mencionar el tema que provocó mi enfado— y yo, casualmente, descubrí una caja que contenía el motivo de las mismas; por ese motivo, discutimos... y luego cogí el todoterreno de Hugh para irme de casa. Sean me siguió con su deportivo y, cuando quisimos darnos cuenta, un tercer coche, desconocido, nos estaba siguiendo a toda velocidad. Huyendo de éste, me salté un semáforo en rojo; Sean también lo hizo, pero con tan mala suerte que un camión lo arrolló. Tras el brutal impacto, el desgraciado que conducía el coche negro se largó —hago una pausa en medio de mi retahíla de detalles, que he escupido mientras en mi mente aparecían cada una de las imágenes que iba narrando—, satisfecho.

—¿Satisfecho? ¿Lo vio?

—De lejos, pero permaneció unos segundos allí, para comprobar el desastre que había provocado.

Aún siento cómo mi cuerpo perdía las fuerzas conforme era consciente de que Sean podía estar muerto.

—¿Algún rasgo de ese individuo que pueda ayudarnos a dar con él? —inquire, y me mira expectante, con el bolígrafo en la mano, pero, por mucho que intento recordar esa imagen, no soy capaz de describir nada de su cara.

—No... Sólo vi la sudadera negra que llevaba, con la capucha; estaba bastante lejos, así que no vi nada más.

—¿Aún tienen la caja? —Veo cómo Sean suspira y asiente, haciéndole luego un gesto a Hugh para que la traiga—. ¿Por qué discutieron?

—Porque me hubiera gustado conocer antes la existencia de esas amenazas —intervengo rápidamente, antes de que Sean pierda los estribos y diga algo que no deba. Lo último que necesitamos es que dude de nuestras palabras.

—No quería que se preocupase, pero, por si acaso, también contraté personal de seguridad.

—¿Y por qué no me han explicado todo esto? —Señala la caja que sostiene Hugh, quien la deja sobre la mesa de centro. La inspectora se acerca a ella y se pone un guante—. Supongo que hay huellas de todos ustedes... —Todos asentimos y ella niega con la cabeza, molesta, mientras coge una por una las fotografías de todas las examantes de Sean que han sido asesinadas, hasta que se

detiene en las mías—. El que le ha enviado todo esto lleva mucho tiempo vigilándolo —le advierte, y él, que es obvio que ya lo sabe, asiente, enfadado.

—Lo pagará.

—Con la cárcel —le aclara ella, mirándolo directamente a los ojos, intentando averiguar sus planes—. Me la tengo que llevar.

—Toda suya, espero que tenga más suerte que yo. Si no le importa, tenemos que arreglarnos para ir a trabajar.

—Por hoy creo que ya hemos terminado. —Le ofrece la mano y él la mira con cara de sorpresa, pero, educadamente, la acepta y se la estrecha—. Siento lo que le ha ocurrido.

—Yo también. —Suelta su mano y mira a Hugh, que hace un gesto con la cabeza; se han entendido con la mirada—. La acompañan a la puerta.

—Señorita Gagner, que tenga un buen día.

—Igualmente. —Camino hasta la isla y veo que Hugh y ella desaparecen escaleras arriba, al tiempo que Sean no deja de mirarme. Me parece que se ha enfadado por haberle desvelado que teníamos una caja con pruebas—. No pienso esconder nada más. ¿No es suficientemente grave lo que ha ocurrido? Prefiero que busquen al culpable a que mantengan nuestras fotos en la diana.

Durante unos segundos, se queda callado; está pensativo, supongo que sabe que tengo razón.

—Dan vendrá enseguida para acompañarte.

—Si hay prensa, ¿qué debo hacer? —le pregunto, porque no tengo ni idea de lo que me van a preguntar ni de cómo voy a reaccionar ante lo que pueda encontrarme.

—No les digas nada... e intenta ni mirarlos; con un mero gesto pueden inventarse vete tú a saber qué.

—Vale.

—Y no le cuentes nada a nadie, ni a Román. Por mucha confianza que tengas con ellos, no quiero que... —mientras me lo pide, camina con las muletas hasta la isla de la cocina, donde estoy, y no lo dudo: lo rodeo por la cintura y lo abrazo con todas mis fuerzas, sintiendo cómo su gran cuerpo no se mueve. Con las muletas es bastante complicado.

—Sean, no voy a explicarle a nadie lo que ha pasado, nada, puedes estar tranquilo —noto cómo sus músculos se relajan—, pero un día u otro se van a enterar, no vas a poder esconderlo eternamente. ¿O es que te vas a quedar encerrado de por vida?

—No es mala idea. Tengo comida e Internet.

Sé que es una broma, que no lo piensa realmente.

—Es una pésima idea, tú eres más que...

—¿Un tullido?

Me aparto para que me pueda mirar a los ojos.

—Joder, no, no te llames así. Me duele mucho oírte decir eso, porque para mí eres mucho más que eso. —Lo obligo a enfrentarme, agarrándolo de las mejillas—. Lo que ha pasado no ha cambiado nada, sigo sintiendo lo mismo que antes por ti.

—Lo ha cambiado todo —asevera, y me aparta las manos para irse en dirección a la habitación.

Me quedo en la cocina, con el corazón encogido y triste por sentirlo de ese modo.

—¿Te preparo algo de desayuno?, ¿unas tortitas?

Helena aparece en la cocina y le digo que sí, agradecida, mientras dejo mi mente libre, para que dé mil vueltas en busca de una solución, pero eso es tan complicado que no logro dar con ella.

Helena vierte la masa que ya tenía preparada en la nevera y el olor me inunda las fosas nasales

hasta el punto de alegrarme un poco la mañana.

—Buenos días. —Me llega la voz de Sawyer—. ¿Cómo está de humor el enfermo?

—Mejor lo compruebas por ti mismo —suelta Helena en una carcajada que me hace sonreír, y saludo al chico con la mano. Me analiza durante unos segundos, lo sé por cómo me mira—. ¿Quieres unas tortitas?

—Pues no debería, pero... venga, una rápida. —Se sienta en uno de los taburetes, dejando uno libre entre ambos. Helena me entrega mi plato y cubro mis tortitas con chocolate negro líquido. Sin esperar, corto un trozo y me lo llevo a la boca—. Deberías venir al grupo de apoyo familiar; ya verás que todas las dudas que tienes ahora mismo no son tan difíciles de contestar.

Helena lo escucha, seria, aunque disimulando, como si no estuviera pendiente de nuestra conversación.

—No lo sé, creo que necesito unos días.

—El tiempo que sea preciso, pero de verdad que estoy convencido de que eso te puede ayudar.

Helena le pone el plato sobre la isla y él me pide el bote de chocolate, que le entrego, y luego sigo comiendo.

—¡Sawyer, ya estás aquí!

Sean entra en la cocina y nos mira extrañado, primero a él y después a mí, y, como si él no hubiera aparecido, dejo el plato en el fregadero, dispuesta a irme.

—Sí, no me he podido resistir a las tortitas de Helena. Tienes una gran cocinera —le dice para llevarse luego otro trozo a la boca.

—Cierto. —Me sigue con la mirada, pero lo ignoro. Necesito que entienda que su actitud me duele, que estoy a su lado, pero no para ser un florero, sino para lo bueno y lo malo—. Deberías arreglarte, se te va a hacer tarde.

Le lanzo una mirada aniquiladora que no pasa desapercibida a ninguno de los presentes.

—Que tengáis un buen día; nos vemos esta noche —me despido, dejándolos a todos en silencio.

Ni tan siquiera me responde o intenta detenerme cuando paso por su lado en dirección a la escalera, y me siento la persona más desgraciada de este mundo. Llego a la habitación y no lo dudo un instante, necesito salir de esta casa, así que me quito la ropa y me adentro en la ducha, donde apenas estoy diez minutos; luego me seco el pelo y, rápidamente, me adentro en el vestidor, donde elijo un vestido blanco entallado y cuya falda es por encima de la rodilla y unas sandalias plateadas de unos cinco centímetros de tacón. Una vez vestida, vuelvo al baño para maquillarme y arreglarme el pelo.

—¿Has visto mi teléfono, Helena? —le pregunto cuando accedo de nuevo a la cocina, donde ya sólo está ella, recogíendola. Mira a su alrededor, pensativa.

—Lo he visto, te prometo que lo he visto esta mañana...

—Recuerdo haberlo usado anoche en la habitación de Sean, pero ahora ya no está, no lo encuentro.

Me enredo un mechón de pelo en el dedo mientras intento hacer memoria para saber qué he hecho con él.

—¿En su despacho?

Achino los ojos. ¿Anoche lo llevaba cuando bajé? No me acuerdo, pero no voy a perder el tiempo, así que dejo mi pequeño bolso de mano y mi maletín sobre la isla y bajo con la intención de entrar en su despacho, pero al acercarme oigo quejas e insultos de Sean, que provienen de otra estancia: el nuevo gimnasio.

—¡Joder! —De puntillas, me acerco hasta la puerta, pero no la abro; sólo arrimo el oído a la superficie de madera, para poder oír un poco mejor.

—¡Va, hombre, puedes más y lo sabes! No me creo que un tío como tú no tenga los huevos de seguir. —Oír cómo le habla Sawyer y le pide que continúe me sorprende, pero no tanto como los suspiros de él; parece que esté haciendo el mayor esfuerzo de su vida.

Permanezco un poquito aquí y, al no oír nada más que a Sawyer contando y a Sean gruñendo y resoplando, me alejo en silencio hasta llegar a la puerta de delante; entro sin llamar, porque sé que no hay nadie. Rodeo la mesa y veo mi teléfono cargando; por primera vez en todo el día, mis labios esbozan una pequeña sonrisa por haber tenido el detalle de conectarme el teléfono para que no me quede sin batería mientras estoy fuera de casa. Sin embargo, esa sonrisa se borra de repente, cuando veo que sobre la mesa hay varias fotos del accidente, del coche oscuro que nos seguía... aunque al conductor no se le ve la cara. Sean ha debido de pasar toda la noche intentando averiguar quién es el malnacido que se esconde tras esa capucha negra.

Comienza a sonar mi teléfono y lo silencio rápidamente al ver que es Owen. No quiero que Sean se moleste conmigo por haber entrado en sus dominios sin permiso. Sigilosa y de puntillas para que los tacones no resuenen sobre el parquet, salgo del despacho y vuelvo a dirigirme hacia la puerta del que antes era el salón y ahora se ha transformado en su gimnasio. Aprieto la manilla para abrir... cuando un grito me paraliza.

—¡No puedo más, no puedo! —Si no creyera que es imposible, juraría que está llorando, abatido—. Por hoy se ha acabado.

—Si por la noche no descansas, durante el día no vas a poder rendir y estas sesiones no van a servir de nada. Tienes que esforzarte, porque ahora necesitas ganar musculatura en el resto de extremidades para compensar la que te falta; eso es muy importante.

—¿Para qué? ¡No ves que si me presento cojeando a cualquier reunión perderé el respeto de los demás y desaparecerá el temor que todos me tienen! ¿Cómo lo vas a entender? —Con él se sincera, se abre; al menos Sawyer lo ha logrado, ya que conmigo apenas cruza tres palabras, y mucho menos para hablar de cómo se siente—. He conseguido mucho para nada, mírame.

—Te estoy mirando, viendo, y te aseguro que ahora mismo me das mucho más miedo que el que seguramente me podrías haber dado teniendo las dos piernas. Tienes dinero, una casa de cojones y una mujer que te quiere. ¿No ves lo mal que lo está pasando? Tienes una vida por delante, y no pienso dejar que te rindas sin intentarlo.

—Pierdes el tiempo; mi vida terminó cuando me desperté en esa habitación de hospital.

No soy capaz de escuchar más, así que, lentamente, me alejo de la puerta y subo la escalera, sigilosa, para llegar a la isla de la cocina.

—¿Está bien? —La voz de Dan me asusta y pego un brinco. Me agarra del brazo y lo miro a los ojos... y ya no puedo evitarlo más y mis lágrimas aparecen; él no lo duda un instante y me estrecha entre sus brazos—. Tranquila, todo pasará; necesita tiempo.

Capítulo 9

—¡Dan! —La voz de Hugh lo obliga a apartarse de mí como si mi cuerpo le quemara y Hugh me ve llorar y camina a toda prisa hasta llegar a mí—. Señorita Avery, tiene que ser fuerte, Sean no está bien.

—Ya lo sé, pero no quiere ni acercarse a mí —jadeo, casi sin poder hablar.

—Está sufriendo mucho, tiene que ser paciente. —Me agarra con una mano de las mejillas y luego me entrega un pañuelo de papel para que me limpie la cara—. Dan, tu función es protegerla, no consolarla —le aclara con una seriedad que me encoge el cuerpo incluso a mí.

—Ha sido culpa mía, lo siento —lo defiendo. No quiero que se lleve una reprimenda por mi culpa; él sólo ha hecho lo que cualquier ser humano en su situación.

—Trabaje, ocupe su mente... que yo me encargo de él —me pide como si le hablara a una hija suya.

—No va a ir a su empresa en un largo período de tiempo, ¿verdad? —Hugh niega con la cabeza, aunque no necesitaba su confirmación, pues ya había dado por hecho que va a tardar mucho en hacer vida normal—. Tengo formación con Román y después iré a comer con Owen y Jeff.

—Aquí estaremos a su vuelta. Cualquier cosa que necesite, pídasela a Dan.

Cojo mi bolso de mano, mi maletín de trabajo y camino por delante de él, que desde que ha aparecido Hugh no me ha vuelto a mirar a los ojos. Lo he puesto en un compromiso; después me disculparé.

Llego al todoterreno y un escalofrío me recorre cuando Dan me abre la puerta para que suba. Aún no me puedo creer que fuese capaz de conducirlo la otra noche, después de tantos años sin tocar un volante.

Dan sabe perfectamente hacia dónde debe dirigirse, así que abre la cancela con el mando a distancia para que podamos salir marcha atrás y... ¡no esperaba la cantidad de periodistas que aguardan en la salida!

—¿Tiene gafas de sol? —me pregunta, mirando por el retrovisor a la marabunta que está a la espera de captar las primeras imágenes de uno de nosotros.

—No sé... A ver... —No mueve el coche del interior del garaje mientras rebusco en el maletín y al fin logro encontrarlas. Afortunadamente son muy oscuras y grandes, perfectas para taparme—. Ya. No sabía que estaban apostados aquí... Espero que no tarden en largarse.

—Sospechan que al señor le han dado el alta, y quieren obtener algún tipo de confirmación.

—Dios mío, no estoy preparada para esto.

El Range Rover da marcha atrás lentamente y, al acceder a la calle, varios reporteros se acercan a mi ventanilla y comienzan a dar toquitos para que los mire, pero lo único que hago es apoyar el codo en la puerta y taparme la cara con la mano.

Oigo cómo repiten las mismas preguntas una y otra vez; quieren saber si Sean está en casa y qué consecuencias ha tenido el accidente. Los *flashes* tampoco cesan; menos mal que llevo las

gafas o no sería capaz de ver nada.

—Ya los hemos dejado atrás —me anuncia Dan, y es cuando me recompongo en el asiento; tenía todo el cuerpo en tensión.

—¿Por qué no les explicamos que ya está en casa y punto?

No se lo pregunto a él, más bien es un pensamiento que expreso en voz alta, pues estoy indignada por la situación que acabo de vivir.

—Porque después querrán más, y más... y el señor aún no está preparado para que se sepa la verdad. Se pasarán días y días hablando de eso en los programas de cotilleo y publicarán fotos y fotos en la prensa rosa. —Suspiro con fuerza y tiro las gafas al asiento para frotarme los ojos—. ¿Está bien?

—No lo sé —confieso, porque es la verdad; ahora mismo no sé ni cómo me encuentro—. ¿Van a tardar mucho en cansarse?

—Hasta que tengan una noticia más importante o succulenta —me dice, encogiéndose de hombros.

Dan acelera para llegar lo antes posible a las oficinas de Román y, en apenas unos minutos, estamos aparcando en un garaje subterráneo de la compañía. Me abre la puerta y caminamos uno al lado del otro sin hablar, hasta que alcanzamos la recepción y la chica me reconoce al instante.

—¡Avery! ¡Ay, Dios, qué susto me diste cuando te vi en la televisión!

Su elevado tono de voz provoca que el resto de los presentes nos miren.

—Estoy bien, lista para trabajar.

Evito hacer ningún comentario sobre lo ocurrido, tal y como Sean me ha pedido, y no sólo por eso, pues no me apetece contarle nada más.

—¿Y Sean? No sabía nada de que vosotros...

—Cosas de la vida. —Román interviene con voz grave y la pobre recepcionista vuelve a sentarse en su silla—. ¿Un café? Creo que lo necesitas.

—Qué bien me conoces.

Consigue arrancarme mi primera sonrisa de la mañana, y se lo agradezco.

—¿Nos puedes traer dos cafés a mi despacho? —Me sorprende que Román los pida, ya que siempre hemos ido juntos a su cafetería, de la que se muestra tan orgulloso. La chica se levanta corriendo y sale disparada hacia allí—. ¿Se queda aquí? —Miramos a Dan y él mismo responde con un asentimiento de cabeza, para luego coger una revista y acomodarse en los sillones situados en la recepción. Román y yo caminamos hasta su despacho, donde se encuentra Robin.

—Qué alegría verte, Avery.

Me abraza y me da un beso en la mejilla antes de retirarme la silla para que me siente; Román cierra la puerta tras de sí.

—No sabéis lo mucho que necesito trabajar y olvidarme del mundo exterior durante un ratito.

—¿Estás segura? Nosotros habíamos pensado aplazarlo todo. —Se miran entre sí y después a mí.

—¡No! Tu personal comienza hoy y yo debo cumplir con mi trabajo. Estoy bien.

—No lo estás; a nosotros no puedes engañarnos, y tu cara lo dice todo. —Robin es sincero como de costumbre y, aunque ese aspecto de él siempre me ha parecido peculiar y divertido, su sinceridad, hoy, no me parece tan graciosa.

—Gracias, yo también te quiero —respondo con hastío.

—¿Cómo está Sean? Porque el secretismo con que se está llevando todo esto es digno del mismísimo rey —me plantea Román, y procura redirigir la conversación; yo intento con todas mis

fuerzas no llorar.

—¡Es el hijo de Collins, ¿qué esperabas?! —interviene Robin, diciendo algo que ahora sé pero que hace tan sólo un par de días desconocía por completo.

—Está bien, trabajando desde casa —contesto para que dejen ese tema a un lado.

—Menos mal; de verdad, pensaba que...

—¡Robin! —Román lo riñe porque no cree que sea apropiado que en esta ocasión esté siendo tan directo y franco—. Avery, nos alegramos mucho de que ya esté en casa, de corazón.

—Gracias, se lo diré... pero, ahora, he venido a trabajar.

Román me acaricia la mejilla y se pone en pie para guiarme hasta la sala de reuniones, donde ocho personas ya están esperándome, al igual que mi café, que la pobre recepcionista, al verme salir del despacho, se ha encargado de dejar aquí, sobre mi mesa.

Nada más entrar, me saludan y sonríen. Nadie me conoce, así que ninguno de ellos me va a preguntar por lo que ha sucedido... y ese simple hecho me anima a comenzar la formación con muchas ganas.

* * *

—Eres increíble. Te prometo que cada vez que te veo formarlos me sorprendes más y más — me halaga Robin, que ha entrado un rato antes de terminar la sesión. Al finalizar ésta, los chicos abandonan la sala, tras haberles puesto deberes para el día siguiente.

—Me encanta mi trabajo.

—Se nota. Entonces, mañana más, ¿no?

—Por supuesto. —Termino de recoger mis cosas y me despido de él antes de salir hacia la recepción, donde aguarda Dan; el pobre lleva algo más de tres horas ahí parado, sin hacer nada de nada—. ¿Vamos?

—Por supuesto, lo que usted diga. —Me sonrío y se pone de pie.

—Adiós, hasta mañana —me despido de la recepcionista, y ésta me dice adiós con la mano, ya que en este momento está atendiendo una llamada.

Son pasadas las once cuando salimos del edificio de Román. Las calles están bastante desiertas a esta hora, ya que todo el mundo debe de estar trabajando.

—Vamos a Cote Solutions; quiero pasar un rato por allí y luego comer con mis amigos.

—Ok.

Dan se mantiene expectante, vigilando todo lo que ocurre a nuestro alrededor. Comprueba que nadie nos siga, que no haya prensa o ninguna otra amenaza cerca... y, cuando cruzamos las calles, lo hacemos con seguridad. La verdad es que ya no me importa ir escoltada; creo que hasta me da igual tener que ir acompañada incluso al baño.

Cuando llegamos al coche, me monto en el asiento trasero sin esperar que me abra la puerta; me instalo detrás, como cuando hemos venido, para evitarle problemas innecesarios. Dan es mi guardaespaldas, no mi amigo ni nada parecido, así que será mejor que guarde las distancias.

Las oficinas de Sean están bastante cerca, así que no tardaremos demasiado en llegar. De camino saco mi teléfono del bolso para avisar a Owen y entonces me percató de que tengo doce llamadas perdidas de Charlotte, y sé que ha llegado el momento de hablar con ella. Pulso su número y me responde al primer tono.

—Avery Gagner, al fin me contestas.

—Estaba trabajando, por eso no he respondido.

—¿Cómo estás, cariño?

—Pues, ya que lo preguntas, muy bien —le contesto muy fría, porque está claro que me ha engañado desde un principio. Ella sabía perfectamente quién era yo y por ello insistió tanto en que los formara personalmente—. Tanto que finalmente no voy a formar a los trabajadores de vuestra empresa.

—¿Sean tiene algo que ver en esa decisión? —Su voz me hace ponerme en alerta.

—Charlotte, las dos sabemos que nuestra relación laboral comenzó con mentiras por tu parte, y no quiero formar parte de eso. Lo siento, pero no voy a impartir esas clases.

—Tú misma, aunque, yo de ti, por la cuenta que te trae, no lo haría.

—¿Eso es una amenaza?

Conforme digo esa última palabra, Dan me mira por el retrovisor, preocupado.

—Para nada. Se trata, simplemente, de que firmaste un contrato y creo que deberías releer las cláusulas y sopesar las consecuencias de su incumplimiento.

«¿Perdona?», pienso para mis adentros mientras miro por la ventanilla, furiosa.

—¿Consecuencias?

—Revisalo y llámame esta tarde. —Dicho esto, cuelga la llamada y me quedo flipando por el tono de su voz; estaba disfrutando, mucho, a decir verdad, y eso no me ha gustado nada.

—¿Quién era?

Dan no deja de observarme y comienzo a estar nerviosa.

—Creo que, inconscientemente, me he metido en un buen lío —confieso sin dar más pistas, deseando llegar a las oficinas y poder leer el maldito contrato que firmé el primer y único día que estuve allí.

Recuerdo haber aceptado el contrato que Charlotte ya tenía preparado. Normalmente siempre los leo antes, pero ella me dijo que era un modelo estándar y, como me había quedado sin clientes y necesitaba tener ingresos, además de que los honorarios que estipulé eran elevados y me los aceptaron, lo firmé sin más, aunque no me apetecía impartir formaciones en esa empresa, aunque por razones diferentes a las actuales.

—¿Quién era? —insiste.

—¿Puedo confiar en ti? No quiero que Sean se entere de esto, al menos hasta que sepa el alcance de mi metedura de pata. —Asiente con la cabeza, muy serio, y aparca el coche una vez dentro del subterráneo de al lado de las oficinas. Entonces se gira para mirarme directamente a los ojos—. ¿Recuerdas cuando fuimos a ver a una clienta que no estaba en la lista que Sean había confeccionado para ti? Te dije que ya era mi clienta y no me hiciste más preguntas. Pues el dueño de dicha compañía es el padre de Sean. —Dan me mira, extrañado—. ¡Yo no sabía quién era! Joder, Sean Cote, señor Collins... yo qué iba a saber que el apellido de Sean era el de soltera de su madre... Jamás me había hablado de ello.

—¿Está impartiendo sesiones de formación para el padre del señor sin que él lo sepa?

Se frota la frente, preocupado, ¡y como para no estarlo! Francamente, no me creo el embrollo en el que me he metido.

—Cuando lo vi en las noticias y supe quién era, me di cuenta del error, y ahora acabo de contestar la llamada de su mujer, que trabaja con él en la empresa. Es ella quien me contactó inicialmente.

—¿Su madre? —Intenta averiguar quién era mi interlocutora.

—¡No! Es una chica joven que se ha casado con él mucho después. Me ha amenazado con algo

de una cláusula y no sé de qué me habla.

—Antes de ponernos en lo peor, tiene que revisar el contrato y, según lo que vea, encontraremos una solución.

Agradezco que no se ponga como un loco y que no me recalque lo estúpida que soy, como haría Sean en su lugar.

Tiene toda la razón, y por ello asiento y bajo del coche a toda prisa para llegar cuanto antes a las oficinas; necesito abrir mi portátil, conectarme a Internet y revisar con calma ese documento que tengo almacenado en la nube. Ambos andamos a paso ligero... todo lo que mis sandalias me lo permiten, hasta que al fin traspasamos el umbral de la puerta de Cote Solutions. Me dispongo a subir la escalera cuando una voz me detiene.

—¿Cómo está Sean?

Rosalie me mira con una cara que hasta este momento no había conocido.

—Eres su secretaria; has hablado con él, ¿no?

Niega con la cabeza y eso sí que me sorprende, pues Sean la llama para todo lo que necesita relacionado con la compañía; que no lo haya hecho significa que realmente no quiere que nadie sepa de él... y por eso mismo no voy a ser yo quien la saque de dudas. Le digo que tengo prisa para evitar responder y sigo subiendo la escalera seguida de Dan; luego, sin dudarle un instante, me adentro en una de las salas que hay en el pasillo, para, una vez dentro, sacar mi ordenador, conectarme a la wifi de la empresa, acceder a Internet y rebuscar entre mis archivos el dichoso contrato.

* * *

—¿Ave? —oigo la voz de Owen, pero soy incapaz de mirarlo; no cuando he leído en diagonal el envenenado documento hasta que mis ojos se han cubierto de lágrimas al descubrir algo que me parece increíble; no puede ser cierto—. ¿Qué pasa?

—Soy una estúpida.

Dan se frota la frente y Owen no sabe por qué digo eso, pero se puede imaginar que se trata de algo importante, teniendo en cuenta mi estado. Me recuesto en el respaldo de la silla sin dejar de mirar la pantalla y Owen se sienta a mi lado.

—¡Me estás poniendo nervioso!

—Owen, Sean me va a matar —es lo único que se me ocurre soltar, preocupando mucho más a mi amigo.

—Si no eres más clara, no voy a poder ayudarte.

—Lee este párrafo. —Se lo señalo con el dedo y lo lee en voz baja, para luego mirarme, alucinado, sin dar crédito a lo que ahí pone—. ¿Sabes de quién es la empresa? —Niega con la cabeza, ¡claro que no lo sabe!, como tampoco lo sabía yo. Si hubiera sido consciente de ello el día que me llamó, no lo hubiera dudado en absoluto y le hubiese cerrado la puerta en las narices. Pero, ahora, ¿qué hago?—. ¿Cómo voy a pagar diez millones de dólares por incumplir este contrato? Y, en caso contrario, ¿cómo voy a seguir con las formaciones a espaldas de Sean, sabiendo que se trata de su padre, al que detesta? Owen, ¿qué hago?

—Ave, por Dios, esto es muy serio. Sean tiene que saberlo; él lo solucionará.

—¿Qué solucionará Sean? —Jeff aparece de pronto y lo miro a los ojos sin poder evitar comenzar a llorar de nuevo—. Será mejor que vayamos a mi despacho.

Capítulo 10

Cierro el portátil y Owen me coge de la mano para seguir a Jeff hasta su despacho, donde cierra la puerta en cuanto Dan pasa con nosotros... y yo siento que me voy a desmayar.

—¿Me vais a explicar de una vez qué ocurre, por favor?

Nos mira muy preocupado. Tiene claro que algo nos sucede, algo de mucha relevancia.

—¿Tienes diez millones de dólares de sobra? —le pregunta Owen a bocajarro, y Jeff entrecierra los ojos, sin saber por qué le pide esa burrada de dinero.

—¿Recuerdas que Sean y tú me llevasteis a la biblioteca a ver a una nueva clienta? —intento que recuerde, rememorando aquel día en mi mente.

—Sí, ¿y?

—Después de un tiempo y de mucha insistencia por su parte, acepté formar al personal de esa compañía... Nunca debería haberlo hecho, ya que cometí un gravísimo error. El caso es que firmé un contrato sin haberlo leído a conciencia, y el documento contiene una cláusula que me obliga a hacer las formaciones pactadas o, de no ser así, estoy obligada a pagarles diez millones.

—Pues lleva a cabo esas sesiones formativas y, luego, si te he visto no me acuerdo.

—¿Al señor Collins? —Jeff abre los ojos como platos al oír ese nombre—. ¿Por qué nadie me habló de él? Joder, todo hubiera sido muy diferente.

—¿Sean lo sabe? —replica, y niego en silencio—. ¡Pero cómo se te ocurre firmar un documento sin leerlo detenidamente antes! Hostia, Ave, esto es un error de novato. ¿No me podías haber enviado el contrato para revisarlo? Lo hubiera leído en un santiamén.

—Esa mujer era muy pesada y yo necesitaba la pasta. —Me pongo de pie y camino de un lado al otro del despacho—. ¿Qué hago, Jeff?

—Hablar con Sean.

Él también lo tiene claro. Pero ¿cómo, sabiendo su situación actual?

—Como es lógico, ahora mismo no es el mejor momento para hablarle de esto; dudo que lo entienda... y, además... —Mi tono de voz es triste, y mis dos amigos lo detectan fácilmente, porque se miran el uno al otro. Luego Owen se acerca, obligándome a detenerme frente a él.

—Puedes hablar con nosotros sobre eso —me pide casi en una súplica; es mi amigo y le importa lo que me esté ocurriendo.

—No se acerca a mí, huye de mi contacto y apenas hablamos. Sé que el accidente es muy reciente, pero, tal y como está reaccionando, tengo miedo que se adentre en una espiral de autodestrucción y me aparte de su lado. De momento no soporta la idea de haber perdido media pierna y yo... yo no sé cómo puedo ayudarlo, estoy sobrepasada por la situación. —Dejo salir el poco aire que me quedaba en los pulmones y Owen me abraza con todas sus fuerzas.

—Te vamos a ayudar, no te vamos a dejar sola —me anima, y mira con mala cara a Jeff, que antes me ha sermoneado muy cabreado; ni siquiera intenta disimularlo; le importo y oír lo mal que lo estoy pasando no le gusta nada.

Jeff se acerca y me coge de la mano para arrimarme a él.

—Gracias. Os necesito, no sabéis cuánto. —Ahora sí que no me puedo controlar y mis labios tiemblan y empiezo a hipar y sollozar—. No sé cómo voy a salir de ésta.

—Te recomiendo que hables con él tan pronto como consideres que es un buen momento y que podrá entenderlo y asumirlo; mientras tanto, mándame el contrato, para que lo revise mi abogado. Intenta ir por las buenas, a ver si entienden la situación y consigues solucionarlo; llegado el caso, ya veré de dónde saco el dinero.

—No, no quiero que lo consigas tú. Lo tengo que solucionar yo.

—¡No tienes esa cantidad ni por asomo! ¿De dónde vas a sacar la pasta?

Me siento en la silla, ¡claro que no la tengo! Y, aunque trabajara durante toda mi vida, dudo mucho que pudiera reunirla.

—¡Y yo qué sé! Venderé un riñón en el mercado negro —suelto como si nada, y Jeff no responde, pero me mira con cara de cabreo. No le ha gustado nada mi contestación, pero es que ahora mismo no le puedo dar otra mejor, porque no la tengo.

—Hazme llegar el contrato lo antes posible.

Asiento con la cabeza, agradecida porque Jeff nunca me ha fallado y hará todo lo que esté en su mano para ayudarme también en esta ocasión.

—Chicos, calma... Vamos a comer y a relajarnos un poco. —Menos mal que Owen siempre está ahí para destensar los momentos complicados como éste.

—Tenemos una reserva —comenta Jeff a la vez que guarda sus cosas, y se pone la americana mientras Owen lo mira de arriba abajo, sin importarle que Dan y yo estemos siendo testigos de todo.

Nos invita a salir del despacho y todos lo hacemos para dirigirnos hacia la puerta. Al cruzarnos con Rosalie, ésta me escanea de pies a cabeza. Me sigue extrañando que no haya hablado con Sean; imaginé que ésa era una de las primeras cosas que había hecho cuando lo vi trabajando. Le digo adiós con la mano de forma educada, aunque no sea santa de mi devoción, y los cuatro bajamos la escalera para salir del edificio.

Apenas avanzamos unos metros y llegamos al restaurante de siempre, donde nos sentamos a la mesa que solemos ocupar; allí nos espera el vino que Jeff acostumbra a pedir.

—Tenemos una noticia que darte. —Owen sonríe y los miro a ambos, expectante. ¡A saber de qué se trata!—. No me mires así, no va a haber un buen momento, lo sabemos —se dirige a Jeff, y por lo que dice es evidente que considera que no es el momento idóneo o el lugar adecuado para decirlo.

—¿Qué pasa? Dadme una alegría, por favor... —suelto, juntando las palmas de las manos en señal de ruego.

—¡Nos casamos! —grita Owen, emocionado, y a Jeff se le escapa una tímida sonrisa al ver la felicidad de su pareja reflejada en su rostro.

—¿En serio? ¡Felicidades! Esto sí que es para celebrarlo; al fin algo bueno en nuestras vidas. —Me pongo de pie y los abrazo a los dos a la vez—. De verdad, no sabéis cuánto me alegro.

—Gracias. Ha sido una decisión difícil para mí; sin embargo, debía tomarla. Somos felices le pese a quien le pese —termina la frase pensando en sus padres.

Deduzco que éstos aún no tienen ni idea de los planes de su hijo, porque en caso contrario mi madre ya me hubiese llamado para contarme que la suya ha entrado en cólera... que es lo que hará, pero debo decir que me alegro, porque ya va siendo hora de que asuma que su hijo no es lo que esperaban, es alguien mejor.

—Así se habla. —Owen agarra su mano por encima de la mesa y lo anima a continuar, así que

supongo que tienen algo más que contar.

—Vamos a adoptar un niño, por ello la boda. Si ya es difícil una adopción por parte de una pareja heterosexual, nosotros nos encontraremos con muchas más trabas que tendremos que superar, así que comenzamos por lo primero...

—Formalizaremos nuestra relación y luego entregaremos nuestra solicitud de adopción. —La cara de felicidad de Owen al decir eso me demuestra que le hace muchísima ilusión; a él siempre le han encantado los críos.

—Madre mía, Jeff. ¿Un hijo? Eso sí que no me lo esperaba de ti... Es más, pensaba que detestabas a los niños —confieso, porque es así. Cuando alguien le hablaba de que tuviéramos hijos le entraba urticaria al instante, aunque ahora todo ha cambiado. Son felices y como pareja quieren formar una familia. ¡Qué más se puede pedir!

—Quería esperar un poco para contártelo, bastante tienes encima.

—¡Al contrario! Noticias como éstas son las que necesito para olvidarme de la pesadilla que nos ha tocado vivir... y voy a ser la tía más feliz del mundo, porque quiero ser la madrina.

—Eso no lo dudes —me responde Jeff, y automáticamente busca la conformidad de Owen, que asiente más que feliz, justo antes de rellenar las copas.

—Un brindis por el futuro.

Levantamos las copas, Dan incluido, aunque sólo se moja los labios porque está de servicio, pero al menos no hace el feo de no brindar cuando la ocasión lo merece.

Me siento tan dichosa ahora mismo que no quiero pensar en nada más. No lo van a tener fácil, pero los veo tan seguros de que es el futuro que anhelan que no me cabe duda de que lo conseguirán, y ese niño va a ser muy afortunado, porque con sus dos padres no le va a faltar amor. Para mí eso es lo más importante, sentirse querido, apoyado y que te valoren tal y como eres, sin miedo a lo que piensen los demás. Jeff le va a enseñar a respetar a las personas, porque todos somos seres humanos iguales, y no debería haber esos prejuicios frente a las diferencias; nadie es mejor que nadie, y creer lo contrario, que hay personas que no son normales, es el primer error de la humanidad.

Se acerca el camarero y dejamos el tema durante un minuto para elegir la comida mientras el chico va anotando lo que pedimos.

—¿Y ya tenéis fecha?

—En una semana.

A Owen se le escapa la risa y a mí se me desencaja la mandíbula.

—¡¿Perdona?! ¿Has dicho una semana? Pero eso es una locura —voy soltando en cortas frases entre carcajada y carcajada. Estos hombres están chiflados—. ¿Cómo vais a montar una boda en tan poco tiempo?

—Ya tenemos el salón, y los trajes los están haciendo. —Owen se lo está pasando pipa mientras me explica sus insensatos planes. Jamás hubiese imaginado que Jeff haría una locura tan grande. Recuerdo cuando decidimos casarnos; tardamos un año en organizarlo todo: le pidió mi mano a mi padre, fuimos a casa de los suyos, hicimos una fiesta con ambas familias para hacer oficial nuestro compromiso...—. Y la luna de miel se nos joroba. —Tuerce la boca mientras lo dice y mira a Jeff.

—Hasta que Sean no esté recuperado y en activo, no podremos irnos.

Los entiendo, para ellos es una buena faena, pero las circunstancias mandan.

—No es el cuándo, sino el dónde —intento bromear para que no lo vean como una putada, sino como una oportunidad de preparar un mejor viaje—. Dios mío, necesito un vestidazo.

—Ah, no, el tuyo lo elijo yo: serás mi dama de honor —interviene Owen.

—Ni de coña. Odio ser dama de honor y lo sabes.

Pongo cara de susto y Owen comienza a partirse de risa.

—Zoé, tú y mi hermana iréis de naranja —replica, y mis ojos están a punto de salir de sus cuencas cuando comienza a reírse con tanta fuerza que el resto de los comensales me miran.

—No va a haber damas de honor, va a ser algo muy sencillo —interviene Jeff para quitarme el susto del cuerpo.

—Menos mal. Entonces ya puedo elegir mi vestido.

El camarero vuelve con nuestra comida y, mientras ellos nos informan de todo lo que tienen pensado llevar a cabo en tiempo récord, degustamos los deliciosos platos que nos han servido, consiguiendo que me evada de todos los problemas y vuelva a ser yo misma durante un rato..., la risueña que da ideas y la que se propone para ayudarlos en todo lo que se me ocurra, dejando atrás las lágrimas que desde que estoy con Sean no dejan de aparecer en mi vida.

A Jeff le suena el teléfono y oímos cómo disimuladamente habla sobre un conflicto relacionado con la empresa, y todos sabemos que es hora de irnos. Son las tres y media de la tarde y creo que debería ir a las oficinas del señor Collins, enfrentarme a mi problema e intentar solucionarlo como pueda.

—A ver si vienes un ratito a casa, te echamos de menos —me propone Owen mientras me abraza con fuerza, y asiento entre sus brazos.

—Enhorabuena a los dos; os quiero muchísimo y vais a ser unos padres increíbles.

—Gracias. —Jeff me da un beso en la mejilla—. Si necesitas algo, lo que sea, llámame o vente a casa.

—Vale.

Dan y yo caminamos hasta el garaje subterráneo en silencio. No me puedo creer que Jeff y Owen vayan a adoptar un bebé, y mucho menos que hagan una boda exprés en una semana. Mi sonrisa desaparece cuando pienso en Charlotte; flipo en el lío en el que me he metido.

—Dan, vamos a la compañía del señor Collins.

—¿Está segura?

—Cuanto antes, mejor —respondo mirando hacia el coche, que ya veo desde donde nos encontramos—. Debo arreglar este entuerto como sea, esconderme no es una solución.

—Vamos, entonces.

Dan pulsa el mando y las luces del coche parpadean al abrirse. Llegamos a él para montarnos y salir pitando del lugar.

Pienso en cómo decirle de forma convincente que no puedo impartir esas formaciones porque suponen un conflicto personal para mí, pero que tampoco tengo ese dinero para cancelar el contrato. Ojalá lo tuviera, en este momento sería mi mejor inversión, sin duda alguna, pero desgraciadamente, en mi cuenta corriente, no hay tantos céros... ni mucho menos. Dan se detiene frente al edificio donde está ubicada la empresa del señor Collins y trago saliva ante su mirada expectante.

—Quédate aquí, necesito ir sola.

—Imposible; eso sí que no lo voy a permitir.

—Dan, no me va a pasar nada. —Soy intransigente en este aspecto; no quiero que nadie me acompañe; necesito mi espacio, ahora sí—. Por favor, espera en el coche.

—Tenga el móvil encendido y mi número a punto en la pantalla; si necesita ayuda, llame de inmediato. —Hago lo que me pide—. Son las cuatro; si en veinte minutos no ha salido, entraré a

por usted.

—De acuerdo.

Cojo el teléfono entre mis manos temblorosas y me cuelgo el bolso al hombro para salir del todoterreno, que está parado justo enfrente del edificio.

Con cuidado de que no venga ningún coche, cruzo la calzada por en medio hasta que piso la acera de delante de la puerta de sus oficinas.

—¿Señorita Gagner? ¡Es ella!

Me giro y alucino al ver decenas de luces de *flash* de las cámaras nublándome la vista, así que intento acceder al edificio como puedo.

—¡Joder! Ahora sí que estoy perdida.

Miro la pantalla del teléfono porque sé que en cualquier momento me va a llamar y me va a gritar como un desquiciado, pidiéndome explicaciones, así que no puedo demorarme.

Hay muchas personas esperando el ascensor, así que, como estoy demasiado nerviosa, me dirijo a la escalera y la subo a toda prisa hasta llegar a la planta casi asfixiada. Procupo recobrar la respiración mientras espero que un hombre termine de hablar con la recepcionista.

—Buenas tardes. Deseo hablar con Charlotte Collins.

—¿Su nombre?

—Avery Gagner —le recuerdo, porque no es la primera vez que vengo. Ese punto deberían mejorarlo. En Cote Solutions lo tienen más que asumido, Rosalie jamás olvida el nombre de nadie que acuda a las oficinas.

—Un segundito, por favor.

Me aparto del mostrador, aunque no me siento como hacen el resto de las personas que esperan, porque estoy tan inquieta que ganas me dan de colarme y buscarla yo misma.

—¡Avery, ya sabía yo que te lo ibas a replantear! —Menuda hija de... No quiero ni terminar el insulto, porque no me quiero enfurecer más de lo que estoy—. ¿Pasas a mi despacho y hablamos?

—Por favor. —Finjo una sonrisa que las dos sabemos que no es nada sincera—. Me mentiste —es lo primero que le suelto cuando cierra la puerta tras de sí y me siento frente a su mesa de despacho.

—Eso no es cierto: en ningún momento te oculté para quién ibas a trabajar; es más, te presenté al señor Collins y tú, aún así, aceptaste.

—Yo no sabía quiénes eráis.

—¿Sean no te habla de su familia? ¿No crees que, entonces, el problema lo tengáis vosotros? Si no hay confianza, una relación no funciona... Eso me dijiste, ¿no?

—Eso creo que no te incumbe.

—Desde luego, no me incumbe para nada; yo hace mucho tiempo que no me preocupo por Sean.

No quiero ni preguntar por qué; tengo claro que no puedo creerme nada de lo que me diga. Todas sus palabras tienen doble intención, con una única finalidad, dañarme.

—Necesito llegar a un acuerdo con vosotros. No puedo impartir formación si no estoy a gusto, el resultado no será el deseado.

—Te comprometiste, firmaste y queremos los servicios pactados, es así de simple.

—No puedo, Charlotte. De verdad que no puedo seguir adelante.

Mi voz se resquebraja y me mira con cara apenada durante unos segundos, en los que creo que me está comprendiendo, cuando de pronto aparece una sonrisa malvada en sus labios.

—Pues paga los diez millones de rescisión de contrato. Si te sinceras con Sean, lo entenderá.

Sabe muy bien que no es así, que lo último que va a hacer Sean es comprenderlo, y ahora sé lo arpa que es esta mujer.

—Tendrás noticias mías.

Me pongo en pie y me dispongo a salir cuando una pregunta me detiene y me llena de furia.

—¿Cómo está?

—Pregúntaselo a tu marido... Vino al hospital a verlo, ¿no?

Tal y como le respondo, salgo por la puerta. No espero que me siga, me da igual. Me siento engañada; desde un principio han sabido quién era yo, y me la han jugado. Es una forma de vengarse de Sean; me han utilizado y yo se lo he permitido.

Miro la hora en el teléfono y compruebo que han pasado catorce minutos, los suficientes como para saber a lo que me enfrente y para que Dan no tenga que venir a buscarme. Sin embargo, cuando me preparo para la ola de periodistas que me espera fuera, me quedo paralizada a ver el todoterreno de Hugh aparcado en la puerta. Mi corazón comienza a latir con fuerza cuando el cristal de la ventanilla trasera desciende y veo a Sean mirándome con esos ojos oscuros que denotan furia. Está muy cabreado, y yo soy el motivo.

Capítulo 11

—Señorita —oigo la voz calmada de Hugh al tiempo que los periodistas comienzan a fotografiarnos, y no sé si salir pitando o meterme en el coche y aguantar los gritos de Sean.

Opto por lo primero y corro, mucho, como si no hubiera un mañana, mientras oigo cómo todos gritan mi nombre: Hugh, Dan, Sean, la prensa, y me sumo en una espiral de confusión que no me deja detenerme.

—Avery, no huya, ya no la ven.

Dan me agarra del brazo y lo miro a los ojos asintiendo entre lágrimas, cuando de repente el todoterreno de Hugh frena a nuestro lado; entonces me suelta al ver a Sean bajar con las muletas y llegar hasta mí.

—¿Estás loca? ¡Entra en el coche ahora mismo! —vocifera, y mira a nuestro alrededor y luego a mí, fijamente. Espera que le haga caso, pero estoy paralizada; mi mente no reacciona y sólo hago que llorar—. ¡Quítale la puta cámara! —le grita a Hugh cuando oye el sonido de una ráfaga de fotografías, y veo cómo un tipo que imagino que es periodista corre todo lo que puede y consigue librarse de Hugh, quien, furioso, le da una patada a un árbol—. ¡Sube de una jodida vez!

Me grita tan fuerte que pego un brinco y corro hasta el asiento trasero del Range Rover, y él me sigue, haciendo varios gestos de dolor. Dan sube, situándose al volante, y arranca, dejando a Hugh en la calle, supongo que en busca del periodista.

—Lo siento.

—¿Por qué no te has subido de inmediato al coche en cuanto nos has visto?! —Da un puñetazo al asiento, justo entre los dos, y no puedo reprimir un chillido producto del susto que hace que Dan lo mire por el retrovisor más serio de lo que lo había visto hasta ahora—. ¿Qué hacías en la compañía de mi padre? ¿Tú también te has dejado engañar por él? —Oír esa frase provoca que rompa a llorar de nuevo, desolada—. ¡Joder, Avery, pensaba que eras diferente! No me puedes haber hecho esto.

—Sean, yo no sabía que...

—¿Que ese hijo de puta era mi padre?! ¿Que por su culpa mi madre está en un psiquiátrico y en una silla de ruedas y que yo casi pierdo un brazo? Sabías ambas cosas: te conté lo que mi padre nos hizo a mi madre y a mí siendo yo un crío... y estando en el hospital no me quedó más remedio que explicarte que el señor Collins es ese monstruo. Me ha destrozado la vida desde que tengo uso de razón... y, ahora, tú... ¿Te has acostado con él?! —conforme me hace la última pregunta, no es capaz de mirarme a la cara.

—¿De qué hablas!? ¡No! ¡No, no, no, no, no y noooo! —chillo a pleno pulmón—. Jamás me acostaría con un hombre como él.

—Entonces, ¿qué hacías en sus oficinas?

Por primera vez me mira directamente.

—¿Me vas a dejar explicarme?

Infla su pecho para coger aire antes de decirle a Dan:

—Para aquí mismo.

Veo la entrada del parque Queen Elizabeth y me sorprende que quiera hablar rodeado de tantas personas.

Abre la puerta y, ayudado por las muletas, desciende y se dirige hacia el interior, lo sigo unos pasos por detrás, observando el esfuerzo que tiene que hacer para caminar. Entiendo por qué no quiere que lo vean, y, por culpa mía, saldrá en toda la prensa del país. Su imagen con una pernera del pantalón deportivo anudada justo al final del muñón ha dejado al descubierto las consecuencias de su accidente y, una vez más, me lo debe a mí.

—Necesito hacer una llamada. —Coge el teléfono y me siento a su lado mientras él, serio pero calmado, llama, supongo que a Hugh—. Haz un comunicado ya; no quiero especulaciones; en pocos minutos aparecerá mi foto en los medios. Gracias.

—Lo siento, de verdad que siento todo esto. No se me ocurrió pensar que...

—Nunca piensas en las consecuencias. Desde el primer día supe que ibas a traerme muchos problemas.

—¿Crees que tú no me los has traído a mí? Era muy feliz con mi vida hasta que apareciste en ella. —Me duele que me hable de esta forma; está cabreado, frustrado y muy jodido por lo que ha pasado, pero no es justo que me recrimine eso cuando él ha complicado mi vida de una manera increíble—. Acepté impartir sesiones formativas para tu padre cuando todavía no sabía quién era él; para mí se trataba de una empresa cualquiera más, y necesitaba ampliar mi cartera de clientes porque tú y Jeff os habíais encargado de reducirla a la mínima expresión —le cuento. No puedo esconderle más la verdad.

Me mira con los ojos abiertos como platos, sin dar crédito a lo que acabo de decirle.

—¿Cómo contactaron contigo?, ¿y por qué no me lo has contado hasta ahora?

—Ya te he dicho que yo no sabía quién era; jamás mencionaste que te habías cambiado el apellido. Su mujer, Charlotte, se puso en contacto conmigo y, cuando al principio le dije que no, se puso muy pesada, francamente insistente, mucho. Luego, como había perdido a casi todos mis clientes, no me quedó más remedio que intentar ganar nuevos.

—Podríamos haber hablado de cómo recuperar tu cartera de clientes si tan segura estabas de no aceptar la exclusividad de Cote Solutions. Te habría ayudado a hacerlo si me lo hubieras pedido, así como a captar a algunos nuevos.

Claro que me hubiese ayudado a conseguirlo, pero eso no era lo que quería, ni tampoco ahora.

—No quiero conseguirlos por estar contigo, ¿tan difícil te resulta entenderlo?

—No vas a volver a pisar esas oficinas —zanja el asunto, rotundo, y por fin estoy totalmente de acuerdo con él: no quiero volver, pero no sé cómo salir airoso de ésta.

—Lo sé, por eso he ido hoy, para hablar con Charlotte. No quiero tener nada que ver con tu padre, me niego...

—Zorra interesada. —Se le escapa una sonrisa altiva al pensar en ella—. Era mi novia —suelta de pronto, y me pongo de pie para caminar de un lado al otro. No me puedo creer lo estúpida que he sido—. Perdí tantos años a su lado...

—¿Ella es la que te enseñó a...? —No soy capaz de terminar la frase, pero su cara me responde claramente. Charlotte fue esa chica que le dijo a Sean que lo que le ocurría no era tan extraño, y que la asfixia erótica podía ser muy placentera para las mujeres... aunque sin duda también muy peligroso para ellas, e incluso cruel si no sabían a lo que se exponían...

—Cuando estábamos atravesando una mala racha, decidió irse con mi padre. Desde su perspectiva, sin duda salía ganando, pues él era más rico que yo, mucho más. —Se ríe a

carcajadas. Aunque ya la haya olvidado, el hecho de que lo traicionara por su padre le duele mucho, y no me extraña, a cualquiera le pasaría lo mismo.

—Asquerosa. —No puedo evitar insultarla en voz alta—. Perdóname, Sean, pero estoy intentando arreglarlo.

—Todo el mundo va a saber que me falta media pierna. Mis enemigos, aprovechando mi debilidad, van a salir de debajo de las piedras, donde los he mantenido metidos durante años. No puedes arreglar nada, todo va a empeorar.

—Sólo has perdido parte de una extremidad, no la cabeza. Puedes demostrarles que eres todavía más fuerte que antes.

Intento que vea más allá de lo que cree que lo limita.

—No tienes ni idea del mundo en el que vivimos. —Se pone de pie haciendo un gran esfuerzo y me mira a los ojos—. Necesito tiempo.

—Sean, no, por favor. —Lo agarro de la cintura, pero él no me mira a los ojos; está claro que me culpa por todo lo que ha pasado—. Juntos podemos enfrentarnos a cualquier problema y solventarlo, sólo tienes que permitirme estar a tu lado.

—¿No te das cuenta de que no quiero a nadie a mi lado? Me doy asco, ¡mira esto, joder! —Se deja caer sobre un banco, se desanuda el pantalón y retira el vendaje compresivo, sin importarle que lo puedan ver, y yo me llevo las manos a la boca porque por primera vez va a mostrarme lo que desde la intervención quirúrgica me ha ocultado—. Un puto muñón... ¿cómo cojones voy a hacerte feliz si yo no tengo ganas de serlo?

Miro la herida y, aunque es impactante, no me da asco como a él; no creo que sea motivo para apartarme de su lado.

—Lo superaremos —afirmo mientras me siento y le acaricio el muslo, pero me agarra la mano para quitarla de su mutilada pierna.

—No quiero superarlo. Por favor, déjame.

Se agacha para volver a anudarse el pantalón y lo miro entre lágrimas.

—Sean, yo te quiero. —Se me quiebra la voz al decir esas palabras y siento que mi cuerpo comienza a temblar descontroladamente.

—Me olvidarás; encontrarás a alguien que te pueda hacer feliz.

Niego rotundamente con la cabeza, no puede decirme esto. ¿Cómo voy a buscar a otra persona si al único que quiero es a él?

—Nadie me va a hacer sentir todo lo que he sentido contigo.

Tiemblo de arriba abajo. Me está apartando de su vida de un plumazo, sin darme opción a nada más que a salir corriendo en dirección opuesta a la suya, y estoy tan bloqueada que sólo soy capaz de mirar al frente, dejando que mis lágrimas caigan.

—Lo siento, pero no me puedo engañar más: ya no quiero estar contigo.

Vuelve a coger las muletas y, tras dar un brinco, comienza a caminar en dirección a la salida del parque, donde el todoterreno nos está esperando.

Permanezco sentada, llorando, sin dar crédito a lo que me acaba de decir. Se va, no quiere que esté a su lado, y perseguirlo no es la solución. Si no quiere estar conmigo, no voy a insistir. Lo esperaré todo el tiempo que haga falta, hasta que esté preparado para asumir que lo que ha ocurrido no debe fastidiarle la vida; está claro que sí se la cambiará, porque es obvio que va a tener que superar muchas más cosas, pero, si se lo propone, podrá llevar una vida normal.

—Señorita Avery, ¿a dónde la llevo? —oigo la voz apenada de Dan justo cuando atravieso la puerta del parque, creyendo que nadie me estaría esperando.

—¿No te has ido con él? —Me sorprende verlo aquí; suponía que lo habría llevado a casa—. ¿Cómo se ha ido?

—Ha cogido un taxi. Me ha pedido que la lleve donde usted quiera. —Alucino con sus palabras: sus acciones demuestran lo mucho que le importo a pesar de lo que me diga; si no, me hubiera dejado aquí sin más, pero no, ha cogido un taxi para que yo no tuviera que buscar ningún medio de transporte—. Necesita tiempo.

—Los dos lo necesitamos —reconozco, porque para mí tampoco es fácil lo que está ocurriendo—. Llévame a mi apartamento.

—Vamos. —Me señala el coche y caminamos hasta él. Esta vez no me siento detrás, lo hago en el asiento del copiloto, y me pongo las gafas de sol para disimular las lágrimas, que no logro retener—. Me duele verla así. Se merece ser feliz.

—Lo seré, Dan; algún día todo volverá a la normalidad.

Arranca el vehículo y nos dirigimos a mi apartamento; durante el trayecto, miro por la ventana, constatando cómo todo el mundo continúa con sus vidas, y yo siento que no tengo una, que hace unos días que perdí la mía sin ni siquiera darme cuenta. Si pudiera volver atrás, cogería esa estúpida caja, lo esperaría lo más tranquila posible y le preguntaría por qué no me las había enseñado. Posiblemente discutiría con él a grito pelado, pero lo solucionaríamos luego follando sobre la mesa... recordándome por qué seguía a su lado, y yo, como siempre, hubiese perdido la cabeza por él... así que me hubiese dejado llevar y me hubiese despertado horas después envuelta en sus sábanas, con las mejillas sonrosadas y con sus dedos acariciándolas. Sin embargo, ya no puedo hacer nada de eso; volver atrás resulta imposible y lo único que me queda es esperar a que Sean cambie de opinión y me quiera de regreso en su vida... y si finalmente no es así, deberé asumir que no ha funcionado, que el dolor que siento ahora mismo pasará, que aprenderé a vivir sin él, como lo hacía antes de conocerlo, y sonreiré.

—¿Quiere que la acompañe arriba? —me pregunta Dan al llegar.

—No, necesito estar sola. —Bajo del vehículo y cierro la puerta, y entonces noto sus ojos clavados en mí—. ¿Puedes decirle sólo una cosa de mi parte? —Asiente con la cabeza desde el interior del coche y me agarro al marco de la ventana—. Pídele de mi parte que no se rinda... Dile que el Sean Cote que conocí no tiene límites.

—Es un capullo afortunado por tenerla y no se da cuenta de ello —suelta sin mirarme, sino con los ojos clavados al frente y la mandíbula apretada.

—Que te vaya bien, Dan. Gracias por todo este tiempo.

—Gracias a usted, señorita Gagner.

Cuando se vaya no volveré a verlo, y él también es muy consciente de ello. En cuanto regrese a casa de Sean, lo despedirá; le dirá que sus servicios ya no son necesarios y tendrá que buscarse otro trabajo. No es que la idea me alegre, pero es obvio que, si ya no estoy con él, no es necesario que tenga una sombra tras de mí a todas horas.

Le digo adiós con la mano y cruzo la calle para entrar en mi portal. Me da la sensación de que hace años que no vengo por aquí, y sólo han pasado unos meses desde que comencé a dormir en su casa. Tentada estoy de llamar a la puerta de Jeff, pero no se merecen que vaya a contarles penas; ellos están en un momento muy feliz.

Abro la puerta de mi *loft* y enciendo las luces. Está desangelado, huele a cerrado. Dejo el bolso sobre la mesa del comedor y abro las puertas que dan a la terraza para que entre la brisa de la tarde. Miro todo el espacio sin saber muy bien qué hacer y finalmente me dirijo a la cocina para

coger una botella de vino y una copa. Al pillar la botella constato que el frigorífico está completamente vacío. Sólo hay refrescos y agua. Hoy tendré que pedir comida a domicilio.

Salgo a la terraza con la botella y la copa y me siento a la mesa para disfrutar un rato del fresco de la tarde. Hacía mucho que no dejaba pasar las horas en este lugar que creé con tanto esmero e ilusión. Doy un trago y no me sabe tan bueno como siempre, supongo que el que Sean tiene en su casa es de mayor calidad, pero éste es el único que tengo, así que no voy a hacerle ascos.

Vuelvo a dar otro sorbo y apoyo los codos sobre la mesa para dejar caer el peso de mi cabeza en las palmas de mis manos, a la vez que cierro los ojos. Estoy agotada, tanto que me acabo el contenido de la botella y me voy hasta el sofá, donde enciendo el televisor y me pongo a ver una serie.

Capítulo 12

—¿Has barajado la posibilidad de tomarte un año sabático? —Miro a Román con cara de querer asesinarlo, pero entonces veo el café que me ha traído y niego con la cabeza, sonriente. No lo culpo por su pregunta, la verdad es que tengo una cara horrible. Apenas he dormido y, cuando he conseguido hacerlo, enseguida ha sonado el despertador. Esta mañana ha sido una de esas en las que no me hubiera levantado, ni tampoco duchado ni vestido para ir a trabajar, pero no puedo fallarle al único cliente que siempre está a mi lado cuando lo necesito—. ¿Estáis bien?

—Creo que ya te has dado cuenta de que no. ¿Has encendido la tele recientemente?

Anoche, cuando me aburrí de la serie, puse las noticias y me quedé lívida al ver a Hugh en la pantalla, comunicando que Sean había perdido media pierna en el accidente; aseguraba que su estado era bueno, pero que necesitaba un tiempo de recuperación. Después mostraron unas secuencias de Sean hablando conmigo en la acera, sosteniéndose con sus muletas mientras yo lloraba; una imagen muy deprimente, que no se me va a borrar jamás de la mente... y los comentarios de los reporteros me resultaron muy ofensivos: aseguraban que Sean me había dejado porque yo era incapaz de asumir la pérdida de una de sus extremidades. Me enfurecí tanto que apagué la tele, y entonces fue cuando comprendí sus palabras: ya no podía arreglar nada.

—Nunca te creas lo que dice la prensa. Si fuera por ellos, estaría divorciado —se pone a pensar—... unas siete veces ya...

—Me ha dejado, necesita tiempo.

Agacho la cabeza y miro el café antes de darle un buen sorbo y disfrutar de la maravillosa cafetería que Román & Robin decidieron montar cuando se casaron.

—Eres demasiado joven para entender que eso significa que lo único que quiere es alejarse de ti porque necesita asimilarlo todo y aceptarse a sí mismo.

Encojo los hombros antes de mirar el reloj y ponerme de pie.

—Sea lo que sea, tengo trabajo. Nos vemos después.

Román no sonrío, sabe que estoy evitando hablar de ese tema, pero por suerte me aguardan las nuevas incorporaciones a la empresa y debo centrarme en esos alumnos. Quiero que, cuando acabe la formación del viernes, todos sepan lo que esperan de ellos, y que sean capaces de dar lo mejor de sí mismos.

* * *

Guardo mi ordenador en el maletín después de haberme quedado trabajando un rato en la sala tras impartir la formación de hoy. Tenía que corregir unos ejercicios y he aprovechado el resto de la mañana para ponerme al día. Al cerrar el maletín veo una tarjeta que sobresale de uno de sus bolsillos, es de Sawyer. La miro, cojo mi móvil para marcar el número que consta en ella y lo llamo.

—¿Puedes hablar? —le pregunto en cuanto descuelga, por miedo a que esté con Sean. No lo he visto nunca a esta hora con él, pero no quiero que se entere de que estoy conversando con su fisioterapeuta, además de enfermero.

—¿Quién eres?

—Ay, perdona. Soy Avery Gagner, la...

—Avery, ya sé quién eres. Tranquila, estoy en el hospital.

—Me gustaría asistir al grupo de apoyo que me mencionaste; creo que me irá bien para ordenar mi cabeza.

No sé si servirá de algo, pero creo que puedo encontrarme con personas que realmente me entiendan.

—Pues, si quieres, hoy mismo, a las cuatro, tenemos una reunión.

—¿A las cuatro? —Miro el reloj y compruebo que sólo son las tres de la tarde—. Humm, sí, creo que podré llegar a tiempo.

—Entonces, aquí nos vemos. Pregunta por mí en recepción.

—Gracias, Sawyer.

Finalizo la llamada y siento una sensación extraña: estoy contenta por haber dado este paso, pero también angustiada porque creo que ya es demasiado tarde.

Cojo todas mis cosas y me dirijo a la cafetería, donde miro los bocadillos que tienen preparados en la nevera; elijo uno vegetal con pollo. Me lo comeré de camino.

Cuando salgo del edificio veo el todoterreno de Hugh aparcado en la puerta. Los dos nos miramos fijamente, y esta vez no salgo huyendo, no tengo que esconderme de nada.

—Buenas tardes, Hugh.

—Buenas tardes, señorita Avery.

—¿Estaba de paso, verdad? —bromeo, porque no es así y ambos los sabemos, hecho que me confirma que Sean, en el fondo, se sigue preocupando por mí—. ¿Me llevas?

—Pensaba que no me lo iba a pedir.

Noto el alivio en su sonrisa.

—Vas a seguirme igualmente, así que ¿para qué voy a gastarme dinero en un taxi? —Le guiño un ojo antes de que baje y me abra la puerta trasera—. Vamos al Mount Saint Joseph Hospital, por favor.

—¿Está bien? —plantea de inmediato mientras me mira por el retrovisor, algo inquieto.

—Sí, yo sí. Voy a asistir a un grupo de apoyo a familiares de amputados. Si él pretende rendirse, que no cuente conmigo. —Le robo una sonrisa porque le alegra saber que, aun suponiendo todo lo que Sean me dijo ayer y que por mi parte esté respetando el tiempo que me pidió, voy a seguir luchando por él—. Me lo recomendó Sawyer.

—Es un buen fisio y enfermero, ambas cosas, pero además parece que sabe cómo motivar y tratar a Sean. Cualquiera diría que también es su psicólogo, aunque el señor, ahora mismo, no querría ver uno de verdad ni en pintura.

—¿Cómo está?

Nos miramos unos segundos a través del espejo retrovisor y encoge los hombros.

—Le va a costar mucho digerir lo ocurrido —termina diciendo.

—Por suerte os tiene a Helena y a ti.

—¡Ay, Helena! —grita, y para el coche de repente en medio de la calle, poniendo las luces de emergencia, provocando que todos aquellos que tenemos detrás hagan sonar el claxon para que continúe con la marcha—. ¡Casi se me olvida! Me ha asegurado que, no estando en casa, usted se

alimentará de sándwiches de esos malos —se me escapa una sonrisa— y me ha dado esto para evitarlo.

—Dale las gracias de mi parte. —Cojo el paquete que me entrega, muy bien envuelto, y lo dejo a mi lado, para luego mirar por la ventanilla y ver cómo, poco a poco, llegamos al hospital—. Por favor, no me esperes.

—Está bien. Pero tenga cuidado y, si ve algo raro, llámeme; no lo dude, por favor.

—Te lo prometo.

Me guiña un ojo, cómplice, y sonrío, agradecida por lo bien que se porta conmigo.

Bajo del vehículo y entro en el hospital, directa a la sala de espera; aún queda media hora para la reunión, así que me siento a comerme el sándwich que he comprado en las oficinas de Román, que no está nada mal, ya que me guardo el táper de Helena, seguro que con deliciosa comida, para esta noche.

El tiempo me pasa tan deprisa sumida en mis cavilaciones que, sin darme cuenta, llega la hora de la reunión, así que me dirijo a recepción y pregunto por él, tal y como Sawyer me ha indicado que hiciera por teléfono. La chica que me atiende muy amablemente me indica cómo llegar a la sala y, cuando entro, veo a varias personas esperando. En cuanto me ven aparecer, se me quedan mirando.

—Pasa, no te quedes ahí. —La voz de Sawyer me distrae de las miradas del resto de los presentes, y viene hasta mí—. Ella es Avery. Su marido acaba de ser amputado y necesita nuestra ayuda.

—Hola, Avery.

—Hola.

—Bienvenida.

Todos, incluido un psicólogo, me saludan con una sonrisa en los labios y me siento mucho más cómoda que cuando he entrado.

—Hola a todos.

Me señalan una silla vacía en un círculo de ellas y me siento, bastante vergonzosa. No sé qué es lo que me esperaba encontrar, pero la verdad es que me sorprende el recibimiento tan cálido que he tenido sin que me conozcan de nada.

—Como es su primer día, vamos a comenzar nosotros y ella, si se siente preparada, ya se presentará y, si no, lo hará más adelante, a su ritmo.

Sawyer se dedica a preguntarles cómo se encuentran, qué ha cambiado durante esta última semana y, sobre todo, qué esperan de sus familiares. Escuchar lo que dicen me supone un chute de energía positivo, porque nadie sabe lo duro que es hablar de ello hasta que te encuentras rodeado de personas que sufren el mismo caso, que tienen los mismos miedos y que lloran en silencio igual que yo. No pierdo detalle alguno, presto atención a todos ellos e incluso me emociono con varias mujeres que se sienten como yo, aunque lo que me diferencia de ellas es que sus maridos siguen a su lado, no como Sean; él me ha apartado, sin pensar en el daño que me está haciendo.

En un momento dado, Sawyer me mira y le confirmo con un movimiento de cabeza que quiero hablar, para eso he venido. Quedarme callada no me servirá de nada.

—Hola, soy Avery —logro decir, con una presión en el pecho que me obliga a tener que parar para respirar profundamente y luego continuar—. Mi pareja tuvo un accidente de coche y tuvieron que amputarle la mitad de la pierna izquierda, justo por debajo de la rodilla. —Respiro de nuevo y paro unos segundos mientras veo cómo me sonrían; me transmiten tanta energía que consigo seguir hablando—. Y me siento muy culpable. Me enfadé con él y salí a toda prisa con el coche;

como yo no conducía desde hacía muchos años, él me siguió en otro vehículo y, por mi culpa, tuvo el accidente. Cuando más lo miro, peor me siento, y él ayer me pidió tiempo... no quiere que lo ayude. —Me arranco a llorar y la chica que está a mi lado me coge la mano con fuerza y me susurra que lo estoy haciendo muy bien—. No sé cómo puedo ayudarlo si ni siquiera me deja ver su herida... Apenas me ha hablado desde que se despertó en el hospital, y me he ido a mi apartamento para darle el espacio que me ha pedido.

—Sean está en un momento de negación —me interrumpe Sawyer, y les explica a todos la situación de mi pareja—. Le horroriza mirarse el muñón y cree que Avery merece algo mejor; de momento no es capaz de ver más allá, y le va a costar mucho darse cuenta de que tiene a su lado algo increíble que, como siga en la misma línea, va a perder. —Mis lágrimas se desbordan y rebusco en mi bolso, que cuelga de la silla, un pañuelo que no encuentro, pero por suerte Sawyer se pone de pie y se acerca con un paquete de clínex en la mano—. No debes ir detrás de él; tiene que sentir que te necesita, que ahora eres tú la que te alejas; en caso contrario, no reaccionará.

—¿Y si se olvida de mí? —le planteo la pregunta que más pánico me da.

—No lo va a hacer. Su única preocupación es tu felicidad, y ahora mismo cree que jamás podrás serlo a su lado.

—Si Sawyer lo dice es porque es cierto —interviene una chica, y el resto del grupo asiente, confirmando que tiene razón.

Me lo creo; supongo que ellos, que han convivido mucho más tiempo que yo con este problema, saben mejor que yo de qué habla.

—Sigue con tu vida y espera a que dé él el paso.

—Mi vida, ahora mismo, es un caos —jadeo, negando con la cabeza, porque así es—, y me estoy quedando sola. Me divorcié cuando conocí a Sean y actualmente mi exmarido está a punto de casarse, por lo que yo ya no entro en sus planes... aunque mi ex y su novio son mis mejores amigos y puedo contar incondicionalmente con ellos cuando los necesito, pero tengo que dejarlos seguir adelante con sus vidas.

—¿Y tu trabajo? —Sawyer se preocupa por mí y deja a un lado lo que Sean pueda sentir, lo mucho que sufriremos como pareja.

—Estar con él ha supuesto un problema para mí a nivel laboral, pues apenas me quedan clientes. Además, en breve finalizaré mis formaciones con los pocos que conservo, y luego no tendré nada más.

—¿Y tu familia? —me pregunta la mujer sentada a mi lado, que vuelve a agarrarme de la mano y la acaricia con un cariño que me estremece. ¿Cómo puede una persona que no me conoce de nada preocuparse por mí como lo está haciendo?

—Viven en Quebec.

—¿Has considerado la posibilidad de volver allí? —Lo miro, atónita. La verdad es que no me lo he planteado en ningún momento—. Cuando él esté bien, si lo desea, podrá ir a buscarte y, mientras tanto, las personas de su entorno podrán ir informándote de su estado, estoy seguro de ello.

—No lo sé, no me lo había planteado. —Esta vez lo digo en voz alta.

—El objetivo de estas sesiones con los familiares de los pacientes es que consigáis estar fuertes, porque ésa será la única manera en la que podréis ayudar a la persona que queréis y que ha sufrido una amputación. En caso contrario, si estáis débiles, inconscientemente los perjudicaréis, porque ellos os atacarán allí donde más os duele para evitar vuestra ayuda.

Lo que me explica es muy lógico, y supongo que por eso Sean me ha apartado de su lado. No

quiere que esté encima de él porque no soporta lo que le ha ocurrido y, al verme a mí mal, lo único que consigo es dañarlo más a él, porque cree que lo estoy porque le falta un miembro, y no por cómo se ha agriado su carácter.

—Piénsalo, por favor.

—Lo haré.

—Bueno, chicos, ya ha pasado la hora. —¿Ya? No me lo puedo creer. No me he dado ni cuenta y el tiempo ha volado—. Has sido muy valiente, y hoy he entendido muchas cosas que me servirán para ayudarlo a él.

—Espero verte de nuevo por aquí. Ya verás cómo, cuando menos lo esperes, todo se solucionará. —La chica que me ha agarrado la mano es la que me dedica esas palabras, y yo la abrazo porque me apetece, ya que me ha transmitido tanto que siento que le debo algo.

Abandonan la estancia uno tras otro y le digo a Sawyer adiós con la mano para salir en dirección a la calle, donde respiro profundamente. Allí decido regresar a casa caminando. Tengo un buen rato por delante, pero no me importa; necesito pensar. Esta hora me ha servido para percatarme de que mi vida, en este momento, es un caos y, si quiero ser de ayuda, primero tengo que solventar muchas cosas personales.

Sigo andando, más animada de lo que lo he estado todos estos días, tanto que ni me inmuto de la cantidad de millas que recorro hasta que llego a casa completamente sudada.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Owen me sorprende justo cuando estoy girando la llave para abrir el portal.

—Vivo aquí, ¿no?

—Eso ya lo sé —me mira con cara de «no soy idiota»—, pero ¿por qué no estás en casa de Sean? ¿Por qué no está Dan contigo? Habla ya. —Pone los brazos en jarras y tengo claro que no me va a dejar en paz si no le cuento la verdad.

—Me ha dejado, necesita tiempo —anuncio a bocajarro, y me encojo de hombros.

Owen abre la boca desmesuradamente.

—¿Qué tío más capullo! —suelta, muy cabreado.

—¿Ahora me puedo ir ya a mi casa?

Estoy agotada, no tengo ganas de hablar.

—No. —Se me escapa la risa y no le hago ni caso. Sigo mi camino escaleras arriba, seguida por él. Cuando me dispongo a abrir mi puerta, me agarra del brazo y abre la suya, llevándose conmigo—. ¡Gabinete de crisis! —vocifera de repente, y niego con la cabeza cuando veo cómo cierra a su espalda.

Capítulo 13

—¿Qué pasa? —Jeff aparece con una toalla enrollada en la cintura y los dos lo miramos de arriba abajo, aunque yo me giro para respetar a Owen y me dirijo a la cocina, a por una botella de agua de la nevera y un vaso.

—Está soltera, y eso es terrible, mucho.

Jeff abre mucho los ojos y me mira fijamente, buscando una afirmación por mi parte.

—No exageres, Owen. Estoy perfectamente.

Como si nada, lleno el vaso, y Owen se exaspera y sigue erre que erre.

—¿Encima nos vas a mentir? —Le advierto que no siga hablando señalándolo con la mano en la que sostengo el vaso—. Venga ya, Ave. Estás loca por ese tío, así que no me vengas con que estás bien, porque es evidente que no lo estás.

—Pues no lo estoy, estoy peor que nunca, pero es él quien no quiere estar a mi lado, así que ¿qué quieres que haga? ¿No voy a rogarle, no, Owen?

—Yo no quiero que hagas eso, pero somos tus amigos, así que deja que te ayudemos, tal como has intentado hacer tú con él todos estos días.

—Vosotros tenéis que preparar muchas cosas, ¡os vais a casar! —Doy un giro a la conversación para conseguir quitarme todas las dianas de la frente.

—Ave, nosotros nos preocupamos por ti. Tú estás por encima de la boda. —Jeff, mientras lo dice, mira a Owen, que asiente muy seguro, y no puedo evitar llorar, y me cabreo porque últimamente es lo único que hago—. Ven aquí, anda. —Jeff me estrecha entre sus brazos y Owen lo hace por mi espalda—. No te mereces lo que está ocurriendo.

—Supongo que es lo normal en estos casos. Hoy he ido a una sesión de apoyo familiar en el hospital y todos los que han asistido estaban igual o más jodidos que yo.

—Eso sí que no me gusta nada. ¿Has ido sola? —Jeff me levanta el mentón y me mira a los ojos—. ¿Por qué no me has llamado?

—Necesitaba comprenderlo... y hoy me he dado cuenta de muchas cosas. La primera es que, para ayudar a Sean, primero debo estar bien conmigo misma, porque, si no, lo que haré será perjudicarlo; debo estar preparada y centrada antes de poder ayudarlo. —Asiente, dándome la razón. Está claro que debo ser fuerte, y los desplantes de Sean no me lo permiten, y así lo único que voy a conseguir será hacernos daño a los dos—. Estaré bien, de verdad.

—Te queremos mucho, Ave —interviene Owen, que me abraza con más ímpetu, haciendo un sándwich humano—, y no queremos que estés sola en esto.

Tengo a los dos mejores amigos que podría tener. Los dos se separan y, con las lágrimas humedeciendo mis mejillas, me lanzo a darles un abrazo con todas mis fuerzas a cada uno hasta que Jeff se dirige a los fogones.

—Vamos a cenar, recuerda que tu nevera está vacía. —Jeff da por hecho que me voy a quedar, y realmente no me apetece irme a mi *loft*. Allí no me espera nadie, así que ¿por qué no?

—Helena me había hecho la cena. —Los dos me miran, alucinados—. ¿Qué pasa? Le caigo

bien.

—¿Y qué ha preparado?

—No lo sé. —Cojo la bolsa que llevaba conmigo en la mano y que he dejado en la isla cuando Owen me ha obligado a entrar y la abro para descubrir que Helena me ha preparado una ensalada de pasta que bien podemos compartir, ¡hay una cantidad enorme!

—Cómo te cuida esa mujer —suelta Owen ladeando la cabeza, flipando por la comida que tiene delante.

—Es muy maja. —Sonríó al pensar en ella, porque recuerdo todos los detalles que ha tenido conmigo y la verdad es que me encantaría estar con ellos en su casa, charlando en su cocina de tonterías mientras espero que Sean suba del despacho—. Voy a por una fuente.

Mientras Jeff termina de preparar el segundo plato, Owen añade un cubierto más en la mesa y yo coloco la ensalada de Helena en una fuente y luego la deposito también ahí, y rápidamente nos sentamos a la mesa de la terraza para cenar.

—Me ha llamado mi abogado. La cláusula del contrato del señor Collins es infranqueable: o los formas o debes pagar la cantidad que te piden. —Dejo de comer de inmediato para mirarlo. Ya lo sabía—. ¿Qué vas a hacer?

—Menudo hijo de la gran puta, y encima Charlotte era la novia de su hijo... —interviene Owen, sin dar crédito a lo que está ocurriendo.

—Francamente, no puedo hacer otra cosa que formarlos —respondo a Jeff, sin hacer caso de lo que acaba de decir Owen.

—Hazlo cuanto antes y después te olvidas para siempre de ellos. —La idea de Owen me gusta. Creo que voy a hablar con esa arpía y voy a cambiar el calendario: en lugar de los miércoles, pienso impartir muchas horas todos los días para sacarme las formaciones de encima lo antes posible—. Sean se apellida Collins —piensa mi amigo en voz alta.

—No, ya no. Se cambió legalmente el apellido. —Jeff es el que se encarga de aclararlo.

—Pero sigue siendo su hijo, y vuestra empresa se está enfrentando a la suya, ¿no os parece chocante? ¿Es una venganza de Sean por su desgraciada infancia?

Jeff no dice nada, sólo me mira a mí, que lo pienso y concluyo que lo que está diciendo Owen tiene mucho sentido.

—Creo que sí. El padre de Sean fue muy severo con él cuando éste era pequeño, rayando el maltrato; es más, en una ocasión tuvieron un altercado muy violento que terminó con su madre en silla de ruedas e ingresada de por vida en un psiquiátrico y él, con una cicatriz en la axila; casi pierde un brazo. Después de eso, su padre decidió mandar a los tres hermanos a un internado —les resumo su historia.

—Normal que sea como es, vaya infancia más terrible. —Owen no da crédito a lo que les acabo de contar.

—Cuando lo conocí en la universidad estaba muy jodido; no hablaba con nadie, tampoco conmigo..., lo hizo cuando tuvimos que hacer un trabajo juntos. Él me contó la idea que tenía de las energías renovables, y siempre hablaba de luchar por un mundo mejor, uno en el que los de arriba cayeran como peones. Supongo que todo tiene relación con su experiencia siendo sólo un niño.

—Y vuestra compañía conseguirá hundir a muchos magnates del petróleo, como su padre, o incluso a todos —pienso en voz alta, y Jeff asiente.

En ese instante todos entendemos por qué Sean ha dedicado toda su vida a luchar por este proyecto tan ambicioso y arriesgado.

—¿Creéis que Sean lo ha hecho todo con la idea de hundir a su padre?

—O quizá para demostrar que es mejor que él. —Sé perfectamente qué es lo que necesita para ser feliz: que todo el mundo sepa que el hijo ha conseguido mucho más que su padre, sin maltratar ni pisotear a nadie—. Aunque ya lo es, pues ese hombre es una persona horrible. Sean no es así, lo conozco muy bien.

—Te ha dejado —me recuerda Owen para que no lo olvide, ¡como si pudiera hacerlo!

—Que le hayan amputado parte de la pierna lo ha destrozado. Tengo claro que no me ha dejado porque ya no me quiera; al contrario, sé que lo ha hecho porque cree que no es lo que merezco. Hoy he conocido muchos casos como el mío, y la mayoría de los amputados habían actuado, al principio, del mismo modo.

—¿Y qué vas a hacer para que cambie?

—Owen, no puedo hacer nada. Hasta que él no interiorice que lo que le ha ocurrido no ha acabado con su vida y puede hacer una vida normal, todo lo que yo haga o diga no le va a sentar bien y no servirá de nada.

—Tienes razón, debe ser él quien asuma que estar contigo es lo mejor que le ha pasado en la vida. Déjale unos días... que se habitúe a su nuevo estado y reflexione. Por supuesto, le pediré que asista a la boda, así que allí lo verás y podrás hablar con él.

—Eres muy bueno, Jeff. Tendrías que montar una agencia de celestinos —bromea Owen, consiguiendo arrancarnos una sonrisa.

—No creo que le haga mucha gracia aparecer en público tan pronto.

—Nuestra boda va a ser discreta —me aclara Jeff, y me imagino ese día... Sean y yo sentados en la misma mesa, mirándonos, provocándonos como siempre hemos hecho, y la idea me gusta. Puede que para conseguirlo tenga que reconquistarlo de nuevo, puede que sea la solución para que deje a un lado lo que ha pasado.

—Por cierto, mañana nos vamos a por nuestros trajes —anuncia Owen, y sonrío como un niño; le encanta ir de compras—. Ya no quedan apenas días, pues la ceremonia es inminente, así que no voy a aceptar un no por respuesta. Tengo que elegir entre varios y te necesito, Avery.

—Está bien, pero te aviso cuando esté libre. Esta semana va a ser un poco de locos.

—Haz lo que tengas que hacer, pero tienes que haber comprado un vestido mañana antes de que cierren las tiendas.

—Te lo prometo.

Miro la superficie de la mesa y compruebo que ya hemos arrasado con toda la comida. Entonces soy consciente de que empiezo a estar francamente cansada, al igual que Jeff, quien, aunque lo intenta disimular, bosteza de vez en cuando, agotado.

Él no lo va a reconocer, pero está sobrecargado de trabajo, y es lógico: aunque Sean, desde casa, se esté encargando de algunos asuntos, el que está visible para toda la empresa es él. Y, ahora que lo pienso, ¿qué se hablará en la oficina? Seguro que muchos habrán visto las noticias; todo el mundo vio cómo nos peleábamos en la calle, y los medios mencionaron la pérdida de parte de su extremidad inferior.

—¿Cómo lleva el personal de Cote Solutions lo ocurrido? ¿Ya saben que...? —Se miran y, aunque Jeff pone cara seria, Owen no puede evitar reírse, así que me demuestran que han pasado muchas cosas de las que no he sido consciente desde el maldito accidente.

—Digamos que muchos saben ya que, si salen corriendo, el jefe nunca los atrapará. —Abro la boca exageradamente; no me puedo creer que se lo tomen a cachondeo. Jeff le da un codazo y

Owen responde con una queja—. A ver, hay que tomarse la vida con humor. Bueno, hablando en serio, han alucinado.

—Los he reunido a todos para hablar con ellos y me he encargado de matar los rumores. Se habla demasiado sin saber, y no quería que en este caso fuera así.

—Has hecho bien, Jeff. Ya no se podía esconder lo ocurrido, así que mejor afrontarlo de cara. —Tras salir en los medios de comunicación, ya no había marcha atrás, para qué engañarnos. Era lo único que quería preservar Sean y, por mi culpa, cómo no, todo bicho viviente se ha enterado de su intervención quirúrgica—. Chicos, me voy a mi casa, que estoy muerta.

—Mañana tenemos una cita —me recuerda Owen cuando me pongo de pie, y les doy un beso a cada uno en la mejilla antes de decirles adiós, coger mis cosas y salir por la puerta para dirigirme a mi apartamento.

Una vez dentro, siento un vacío que me asfixia. Es increíble cómo ha podido cambiar todo tanto en tan poco tiempo. Dejo mi bolso sobre la mesa del comedor y voy hasta la nevera, donde me sirvo una copa de vino para luego dejarme caer en el sofá. Pienso en él, en cómo estará, en si me echará de menos como yo lo estoy extrañando a él. Miro la pantalla de mi teléfono y constato que no tengo ninguna llamada suya. Luego busco entre las últimas y ahí está su nombre. Lo pronuncio en voz alta y estoy tentada de llamar, pero sé que no me va a responder. Justo debajo de su nombre veo el de Hugh, y lo llamo a él. No sé si está con Sean, pero necesito avisarlo de lo que va a descubrir tarde o temprano, y esta vez prefiero ser yo la primera en explicárselo.

—¿Va todo bien? —Su voz se oye con nitidez; está claramente preocupado—. ¿Señorita Avery? —me pregunta al no responderle.

—Sí, sí, estoy bien. —Oigo un suspiro de fondo, como si se hubiera alejado el teléfono, así que supongo que está a su lado después de entregarle el móvil a él y me están escuchando ambos.

—Sólo quería que supieras que voy volver a las oficinas de Collins para impartir la formación que tengo pendiente. Empezaré mañana...

—Avery, no puede volver allí —replica Hugh, muy serio aunque en tono agradable—. Ya sabe que la relación del señor Collins con el señor Cote es mala, así que será mejor que no vaya.

—Sólo te he llamado para informarte de ello, no te estoy pidiendo tu opinión ni tu permiso, y tengo mis razones para actuar así. En todo caso, te lo digo porque quizá me verás entrar y salir de ese edificio, y no quiero que os enteréis por terceros.

—Avery, ¡no vayas! —Sean suena cansado, pero por lo menos me lo ha pedido él directamente. Tengo un nudo en la garganta. Sé que estoy a punto de llorar, pero me envalentono.

—¿Por qué no debo ir, Sean? Me has apartado de tu lado, ni tan siquiera me has preguntado qué es lo que quiero y, además, necesito dinero, me has hecho perder a casi todos mis clientes —le recrimino. No quiero mencionar el tema de la cláusula del contrato y de la multa millonaria que debería pagar si no imparto esas sesiones, así que tengo que justificarme de algún modo.

—Si es por dinero...

—No sigas por ahí, por favor. No quiero tu dinero, nunca lo he querido —le advierto, molesta porque me indigna que se confunda conmigo.

—Lo sé, joder. No quiero que vuelvas a ver a mi padre, ¿es que no ves que te ha contratado para lastimarme! —Hace un esfuerzo por decírmelo de buenas maneras, aunque noto la tensión soterrada en sus palabras.

—No me apetece discutir, estoy cansada. Siento que no te parezca bien, pero no puedo hacer otra cosa. —Me aparto el teléfono de la oreja y oigo mi nombre.

—¡Avery! —me grita y, entre lágrimas, exploto, aun sabiendo que puede que lo esté alejando

más de mí.

—Dime que te importo, que estás asustado por todo lo ocurrido, pero que sigues sintiendo lo mismo por mí, porque te aseguro que para mí nada ha cambiado; esa maldita pierna que te falta no ha podido con lo que siento por ti. Dímelo y te aseguro que no iré. —Cierro los párpados, sintiendo el escozor de las lágrimas y cómo éstas se cuelan entre mis pestañas. Cuando abro los ojos, veo borroso, aunque lo que más me duele es el puñetero silencio—. Cuando vuelvas a ser el mismo Sean que conocí, ese que me provocaba con cada palabra y mirada, el que pasó a ser tan irresistible que me enamoró locamente, dejando atrás toda mi vida para estar a su lado... Cuando regrese esa persona, me avisas. Porque te aseguro que ahora mismo no eres tú. Nadie te hubiera detenido, mucho menos un jodido pie. El Sean que quiero a mi lado no tiene límites.

Con todo el dolor de mi corazón, finalizo la llamada y me quedo unos minutos con el teléfono en la mano. Si lo que le acabo de decir no le ha despertado algo en su interior es que no sentimos lo mismo.

Capítulo 14

Con mucha rabia, marco su número de teléfono y hago lo que tendría que haber hecho hace muchas horas.

—Empezaré mañana por la tarde; es más, toda esta semana iré por las tardes.

—No, Avery. Eso no fue lo que acordamos.

—Charlotte, no juegues más conmigo, por favor. —Mi tono es altivo—. Me comprometí por contrato a formar a los empleados de la empresa y lo voy a cumplir.

—Ni se te ocurra pensar que vas a venir esta semana, dar un intensivo y luego se acabó, mi personal necesitará tiempo. Tú sabes que, deprisa y corriendo, los resultados no son los óptimos.

—Te aseguro que con una semana será suficiente —insisto.

—Acordamos los miércoles, a la una del mediodía.

—Tengo todas las tardes libres. Es preferible que las sesiones sean seguidas, está demostrado que son más efectivas. —En parte es cierto, al igual que estoy haciendo con Román, hacer semanas intensivas es la opción más aconsejable para que el personal aprenda—. Si necesitas confirmar lo que te estoy diciendo, pregunta a Román & Robins; ahora mismo estoy impartiendo formación allí de esta forma, porque ya lo hemos hecho varias veces de este modo y los resultados son los mejores que hemos obtenido.

—Me parece fantástico, pero yo sólo quiero que vengas los miércoles.

—Hasta el miércoles, entonces.

Cuelgo la llamada, despertando en mí una sensación de asesina en serie que apenas puedo controlar. Doy varios tragos de vino e intento relajarme, pero no puedo. Charlotte es la peor persona que me he encontrado en la vida. Es manipuladora a más no poder y yo he sido tan idiota de dejarme embaucar por ella.

Vuelvo a mirar la pantalla, que sólo indica la hora, y decido llamar a mi amiga. Tengo que hacerle caso a Sawyer y comenzar de cero. Si quiere ser parte de mi vida, deberá buscarme.

—Hola. —Mi voz no suena nada alegre y, la verdad, no me apetece disimular con ella—. Necesito un favor.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—He estado mejor, para qué engañarnos.

Muevo el cuello, intentando estirar las cervicales; me duelen muchísimo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Búscame un apartamento en Quebec, necesito irme de aquí. —Se lo pido de carrerilla, porque, si lo pienso dos veces, tengo claro que me voy a echar atrás y es lo último que me conviene.

—¿Perdona?, ¿has dicho que qué?

Es evidente que no esperaba esta petición, ni yo misma me creo que la esté formulando.

—Me has oído perfectamente: necesito un piso, algo rápido para irme a pasar una temporada allí.

Me froto el cuello, intentando relajar los músculos y hallar un poco de serenidad.

—¿Tan mal está la cosa?

—Sí, Zoé. Todo me va fatal... Sean no quiere estar a mi lado y Owen y Jeff son felices, y me siento sola, demasiado —gimoteo.

—Ave, no te preocupes, voy a buscarte lo que me pides... Es más... —Se pone a teclear algo, porque me llega el sonido claramente—. Hay uno justo al lado del mío que creo que está disponible; podrás pagar el alquiler, es muy razonable, y el contrato inicial es por tres años... y, si luego te arrepientes y te vuelves a ir, lo puedes subalquilar. —Se calla unos segundos y espero pacientemente; sin duda está mirando lo que acaba de comentarme—. ¡Bingo!, lo sabía. Mañana a primera hora llamaré. Conozco al propietario y tiene prisa, así que seguro que nos hará un buen precio.

—Gracias...

—¿Estás segura de que quieres volver? Lo quieres mucho; no me puedo creer que te vayas a rendir.

Que Zoé me hable tan seria es porque realmente tiene dudas acerca de mi repentina decisión.

—¿Y qué quieres que haga? —le pregunto, a lo que no responde—. No quiere que lo ayude, no me deja ni que lo toque...

—Uff... Piensa que lo que le ha ocurrido es duro, y encima ha salido en todos los canales de televisión; se siente juzgado por todo el mundo.

—Lo quiero, pero no puedo más, así no. —Más sincera no puedo ser. Ahora mismo estoy desbordada por todo lo que siento—. Además, la mejor manera de ayudarlo en este momento es darle su espacio y permanecer en la distancia, esperándolo, para cuando decida venir a buscarme.

—¿Cuándo te mudarías? Necesito saberlo para el tema del alquiler y el papeleo.

—Después de la boda de Jeff y Owen, me iré contigo —respondo muy segura; eso me da el tiempo suficiente como para cerrar todos mis temas aquí.

—Ok, mañana te digo algo al respecto.

—Si no te respondo, mándame un mensaje; voy a tener un día de locos.

—Tranquila.

—¿Tú como estás? —le pregunto, e intento olvidarme de mis problemas y preocuparme un poco por mi amiga—. ¿Algo destacable que contarme?

—Pues... —se hace la interesante—... es que me has pillado ocupada.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —la reprendo, sorprendida porque no me he dado cuenta de ello—. Adiós.

—Te quiero, Ave.

—Y yo.

Finalizo la llamada y sonrío alegre por mi amiga; espero que su relación al fin sea como Zoé se merece y se olvide de Andrew; con él no va a tener una vida como la que ella ha imaginado.

Me bebo lo que queda de copa de un trago y me levanto para dirigirme a la habitación. Allí me pongo cómoda y trabajo un poco en la cama antes de apagar el ordenador, agotada.

* * *

Salgo de la ducha dispuesta a tener un día mejor que el de ayer, pero, cuando me dirijo hacia el vestidor, oigo un ruido en la cocina. Alarmada, me pongo el albornoz y me asomo a la barandilla,

pero no veo nada, así que, sigilosa, bajo la escalera hasta que llego a la isla. Sigo sin ver nada... cuando otro estruendo en la cristalera hace que dé un grito brutal. Cuando me voy a girar para intentar descubrir qué es lo que ha sonado tan fuerte, veo que la puerta de mi apartamento se abre y Jeff y Owen entran como dos miuras.

—¿Qué pasa?

Jeff me toca los hombros y los brazos, buscando una señal de que me he hecho daño.

—¿Por qué gritas? —Owen me zarandea para que despierte de mi estado catatónico, pero yo sólo señalo hacia la terraza. Jeff corre hasta allí y niega luego con la cabeza, mirándome para que me calme.

—Es una puta paloma, está medio muerta —me dice para tranquilizarme.

—Joder... —me acerco a él, que me abraza con todas sus fuerzas, y veo cómo el ave está agonizando en el suelo. Ha debido de golpearse las dos veces contra el cristal, porque hay sangre en él—. ¿Puedes cogerla? Yo no soy capaz...

—¡Qué asco! —Owen pone mala cara y Jeff lo mira molesto. Luego va hasta la cocina para coger una bolsa de basura, sale a la terraza y comenta que ya no está viva; aun así soy incapaz de mirar cuando se dispone a meterla en la bolsa. Una vez que lo ha hecho, sale de mi apartamento—. Ave, ¿estás bien?

—Pensaba que había entrado alguien —respondo, todavía aturdida por el susto.

—Vístete, que te llevo a la empresa de Román —me propone mientras me pellizca la mejilla para calmarme.

—Llegarás tarde...

—Creo que mi jefe lo comprenderá.

Se me escapa la risa. Claro que lo hará, ¡es su futuro marido!

Vuelvo a mirar hacia la terraza y, sintiéndome la más idiota del planeta, subo a la planta superior para vestirme. En eso estoy cuando oigo la voz de Jeff, ya ha vuelto. Termino de peinarme y me miro al espejo. Mi aspecto es perfecto para ir con Owen; vaquero y camisa del mismo tono, y no la falda que yace sobre mi cama y que he declinado ponerme al recordar lo mucho que le gustaban a Sean las faldas. «Cero impedimentos», me digo en voz baja, rememorando sus palabras, antes de darme la vuelta, frustrada al saber que no me va a ver para decírmelo.

Desciendo la escalera y Jeff me ofrece un café recién hecho.

—Gracias, y perdonad por el susto de antes.

—Vaya hostia ha debido de darse la pobre para acabar así. —Owen termina muerto de la risa y nos contagia a los demás.

—Creo que estoy demasiado estresada y que por eso cualquier cosa me sobrecoge.

Me doy cuenta de lo estúpida que he sido. Debería haberme acercado antes de pegar unos gritos que habrá oído todo el vecindario.

—Por eso mismo necesitas una tarde de compras.

—Al final, al mediodía quedaré libre. —Jeff me mira sorprendido y dubitativo, y por ello respondo a sus preguntas antes de que las formule—. Charlotte no quiere un curso intensivo, sólo que imparta la formación los miércoles —aclaro con rabia, y Jeff aprieta la mandíbula. Sabe como yo que está jugando conmigo, pero lo peor de todo es que me tiene atrapada.

—¿Y a Sean le vas a decir algo?

—Digamos que lo he advertido de que voy a ir a esa empresa a dar formación. No he entrado en detalles porque sé que preferiría romper con el contrato, y no quiero que pague por mí esa

barbaridad.

—¿Crees que lo haría? —Miro a Owen, que es quien ha planteado la pregunta, y asiento convencida. Sé que, si no tuviera ese dinero, lo conseguiría como fuera para impedir que regresara a las oficinas de Collins y, aunque estaría encantada de no tener que volver allí, no quiero que pierda esa millonada, y además prefiero arreglarme mis propios problemas; siempre he sido independiente y voy a seguir siéndolo—. Por otro lado, sabes que las mentiras terminan dándonos una hostia en plena cara, ¿verdad?

—¿Y qué pretendes que haga? Lo he avisado de que voy a ir, así que he sido sincera... —los dos me miran, asintiendo... en parte no le estoy mintiendo.

—Le estás ocultando por qué vas. Por esos malditos diez millones.

Jeff está muy cabreado, muchísimo, pero debe entender que no puedo decirle toda la verdad a Sean; no sería justo.

—Eso no es mentir, sino omitir.

—Sea lo que sea, no le gustará —interviene Owen. Lo miro con cara de que tiene toda la razón, aunque, por mucho que quiera evitarlo, no me queda otra, no si quiero salir airosa de esta situación—. Venga, coge tus cosas, que nos vamos.

—Nos vemos allí —dice Jeff, que también da por finalizada la conversación y se acerca a Owen para darle un beso en los labios. No puedo separar mi mirada de ellos; casi puedo tocar el amor que los une, y me siento feliz por ambos—. Ave, ten mucho cuidado y, por favor, mantenme informado de todo, no quiero sorpresas.

—Descuida, lo sabrás todo.

Todo, todo... no, pues aún no le he explicado que me voy ni que Zoé me está buscando un piso en Quebec para mudarme en cuanto se casen, y por eso mismo no se lo voy a decir hasta entonces, pues no quiero enturbiar su felicidad. Necesito que al menos ellos disfruten de los preparativos y se olviden de mis problemas, que demasiado hacen ya por mí.

Me besa la mejilla y sale de mi apartamento con su paso seguro y vestido formal para ir a la oficina. Owen tiene mucha suerte, Jeff es una persona magnífica y, si lo cuida, serán muy felices. Owen me pide que me espere un momento y, sin cerrar mi puerta, se dirige al interior del apartamento contiguo. Mientras regresa preparo todo lo que tengo que llevarme.

—¿Lista?

Me ofrece el casco y le digo que sí cuando cierro mi puerta, y bajamos la escalera para salir a la calle. Allí puedo ver su moto aparcada justo delante del portal. Menos mal que me he puesto pantalones, sino sería un *show* cómico verme subir a esa gran moto.

Hace rugir el motor varias veces y monta, al tiempo que me pongo el casco y luego, con su ayuda, me coloco detrás de él y me agarro muy fuerte a su pecho, porque, conforme acelera, mi cuerpo se va hacia atrás. Me permito el lujo de bajar las manos y rodearle la cintura para apoyar mi casco contra su espalda, sin importarme nada más que la adrenalina de la velocidad. Owen disfruta como un niño esquivando los coches y yo siento que mi corazón va a salir disparado de mi pecho cuando llegamos a las oficinas de Román y frena de repente, haciendo chirriar las ruedas.

—¡Guau, gracias! —suelto un grito cuando me repongo del frenazo, y después bajo del vehículo con ayuda de su mano y me quito el casco.

—Eres un buen paquete.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Se quita también el casco y se mesa el pelo, que lo tiene chafado, y me sonrío al verme a mí

intentando peinarme con los dedos.

—Estás perfecta, tranquila.

Me guiña un ojo, me arrima a él para colocar un mechón en su lugar y me da un beso en la mejilla.

—¿Ahora sí?

—Sí... porque me voy a casar, que si no...

—Cállate ya. ¿Me vienes a buscar a la una, cuando acabes en Cote Solutions? —Le pongo cara de pena y me acaricia la mejilla antes de aceptar y volver a ponerse el casco—. No corras mucho.

—Nunca lo hago.

Tiene el santo morro de decírmelo con esa sonrisa socarrona de «te miento en la cara».

—A mí no me la cuelas.

Se baja la visera y, tras empuñar el manillar, sale disparado hacia su trabajo. Permanezco inmóvil en la acera mientras las personas pasan a mi alrededor sin que noten mi presencia, como si fuese invisible al mundo... y ojalá fuera así; ahora mismo no me apetece hacer nada, ni tan siquiera las formaciones que tanto me gustan. Saber que quieres tanto a una persona pero que no te permite estar a su lado es como vagar por la vida, porque mi estúpido corazón y mi mente siguen con él, y mi cuerpo reacciona cada vez que aparecen en mi cerebro las imágenes de cuando estábamos juntos, pero ya no siento ese calor, ahora sólo experimento un frío que congela, que duele, y aunque sé que en el fondo Sean siente lo mismo por mí, soy plenamente consciente de que debe transcurrir un poco de tiempo, o mucho, no lo sé, hasta que podamos volver a estar juntos. Sigo parada mirando la calzada cuando despierto de mis pensamientos y me obligo a seguir con mi día. Me doy media vuelta de pronto y topo contra algo o alguien; me tapo la nariz, porque me la he chafado por completo.

—Disculpe, señorita Avery. —Cuando levanto la vista, veo a Hugh, parado frente a mí bastante serio.

—¡Hugh! Perdona, ha sido por mi culpa; me he girado sin mirar.

—Debe replantearse ir a...

—¿Te ha mandado él?

Me cruzo de brazos bastante cabreada, sin dejarlo terminar la frase. Ayer por la noche ya me prohibió que fuera a la empresa de su padre, y ya le dije lo que le tenía que decir. Y, en todo caso, si pretende hacerme cambiar de opinión, lo mínimo que me merezco es que no me mande a otras personas con el mensaje y que me llame él.

De todas formas, la decisión ya está tomada, porque no puedo hacer otra cosa.

Capítulo 15

—No, él no sabe que estoy aquí, pero se lo ruego yo. —¿Rogar? Es obvio que no viene de parte de Sean, sino tendría ese rostro de culpabilidad de «cumpló órdenes», y hoy es muy diferente—. Por favor... para él todo lo que está ocurriendo es muy doloroso y saber que va a estar al lado de su padre no lo va a ayudar.

—¿Sean está bien? —Deja de mirarme, no responde, y sé que no lo está—. ¡Hugh, por favor, dime la verdad!

—No.

Me confirma lo que ya sospechaba.

—¿En qué puedo ser útil? Lo quiero, con todo mi corazón, pero me siento perdida. Todo lo que hago le molesta. Lo conoces más que yo, ayúdame.

—Necesita tiempo... y, sobre todo, saber que estará esperándolo, aunque él no lo diga.

—Me voy a Quebec; en una semana ya no viviré aquí. —Sus ojos se clavan en los míos, entristecido. Cree que me estoy rindiendo—. Si él no quiere estar conmigo, aquí no me retiene nada, ya no...

—La quiere, se lo aseguro.

—Pero no me deja estar a su lado. —Me encojo de hombros—. Hablaré con él, pero la decisión está tomada —le digo, seria, aun sintiendo que, conforme lo digo, algo se resquebraja en mi interior, se hace añicos, y me parece que va a ser muy difícil recomponerlo, casi imposible.

—Entonces, ¿las formaciones con el señor Collins...?

—Vendré a hacerlas y volveré a Quebec; sólo será un día a la semana. —Algo no le cuadra, y su cabeza está dando mil vueltas a lo que le acabo de decir, pero es la única salida que le veo, sin terminar en pleitos millonarios que no podría soportar.

—Piénselo, por favor.

Nos miramos durante unos segundos y luego retomo mi camino, dejándolo atrás, porque soy incapaz de contarle la verdad, de decirle que no quiero poner un pie en la empresa del padre de Sean, pero que no sé de qué otro modo salir airoso del lío en el que me he metido.

Entro en las oficinas de Román muy pensativa, sin darme cuenta de que éste me observa desde el final del pasillo.

—Necesito un favor. —Su voz me saca de mi ensoñación y lo miro a la espera de que me diga qué quiere de mí—. ¿Puedes solucionar lo tuyo con Sean de una vez?

—¿Qué? —apenas balbuceo en un susurro, contrayendo el gesto en señal de confusión. No tengo ni la menor idea de por qué me dice eso.

—Mírate al espejo y observa con atención tu cara.

Por suerte tengo la suficiente confianza con él como para ignorarlo y sigo mi camino hasta llegar a la sala, consciente de que no me quita la vista de encima.

No sé si me gusta la idea de ser tan transparente para los demás. Me encantaría ser una persona más hermética y fría, que supiera disimular a la perfección sus sentimientos; sin embargo, soy todo

lo contrario.

Cuando entro, dejo todas mis cosas sobre mi mesa y conecto el ordenador para proyectar la presentación. Entonces los nuevos empleados comienzan a entrar y a saludarme para luego sentarse en sus puestos, para iniciar la sesión.

Por suerte con ellos consigo evadirme de todo, así que no vuelvo a pensar en Sean ni en Collins durante tres horas; me limito a enseñar lo que he aprendido a lo largo de tantos años y disfruto con la participación de los presentes. Afortunadamente finalizo mi corta jornada laboral sin apenas darme cuenta y sin pensar en mis asuntos personales.

—¿Un café? —me propone Román a mi espalda, que sólo ha asomado la cabeza por la puerta al ver salir a todos sus empleados.

—Si me vas a interrogar, no... pero, si me vas a contar algo que me distraiga y me evada de mis problemas, encantada.

—Hecho —acepta, y me dedica una sonrisa ladina.

Niego con la cabeza al ser consciente de que no me lo creo ni yo que no me vaya a preguntar por él... pero aún es pronto y debo esperar a Owen y, la verdad, no me apetece estar sola.

—Invitas tú —bromeo, a lo que él responde con una risotada que deben de oír desde cualquier parte de la oficina.

—Por supuesto, soy el dueño.

Me guiña un ojo y lo sigo hasta la magnífica cafetería, donde Román se encarga de pedirnos un café a cada uno y añade unas galletas de mantequilla que están de vicio.

—El viernes los tendrás listos. Son unos chicos muy capaces de cualquier cosa. —Lo ayudo a llevar las galletas hasta nuestra mesa, y él, feliz por lo que acabo de decirle, sonrío, orgulloso de sus nuevos empleados—. Robin tiene muy buen ojo.

—¿Lo dudabas? —Se estira la solapa de la americana y ahora soy yo la que me muero de la risa—. Esta juventud...

—Ni que fueras tan mayor —bromeo, sabiendo lo mal que lleva el paso de los años.

—Bueno, ya tengo mi edad —exagera. Román tiene aspecto de un hombre joven que cuida hasta el más mínimo detalle de su aspecto.

—La semana que viene me marcho de Vancouver —suelto a bocajarro, y abre la boca desmesuradamente—. Necesito desconectar del mundo y regreso a mi ciudad.

—¿Te vas a Quebec? —No da crédito, y lo entiendo; es la primera vez que me lo he planteado desde que llegué aquí—. ¿Jeff que dice?

—Aún no lo sabe. Se lo diré después de la boda; no quiero distraerlo con mis tonterías. —Me encojo de hombros y, por el gesto que me devuelve, me demuestra que me entiende perfectamente—. Lo comprenderá.

—¿Y las formaciones?

—Apenas me quedan clientes y, la verdad, últimamente estoy desatendiendo mucho mi trabajo, así que creo que necesito descansar y pensar qué es lo que quiero.

—En ese caso, te deseo mucha suerte. Ya sabes que tendrás las puertas de nuestra empresa abiertas cuando regreses.

—Me alegra saberlo, muchas gracias por todo.

—Ay, muchacha, ¡qué malo es el mal de amores! Si tuviera a Sean delante, te juro que se iba a enterar.

No me imagino a Román y Sean hablando de mí en tono batalla campal; francamente, me parece que no me gustaría nada.

Doy un bocado a la galleta y cierro los ojos inconscientemente para degustarla; está buenísima. Hacía mucho tiempo que no me comía una de éstas, y sin darme cuenta estoy salivando ante su divertida mirada.

—Voy a echar de menos tus desayunos. —Le muestro el trozo que aún me queda en la mano.

—Tendrás que venir a vernos de vez en cuando.

—Eso está hecho.

Le ofrezco la mano y sellamos un pacto. Tengo muy claro que no me voy para siempre, que es sólo un punto y aparte que debo hacer para aclararme, o más bien para alejarme de él. Porque, saber que estoy tan cerca pero al tiempo tan infinitamente lejos, me duele tanto que se ha quedado consigo mi alma y mis ganas de vivir.

—Cómetelo todo. Yo tengo que seguir trabajando, nos vemos mañana.

Se pone de pie y se aleja de mí, dejándome en la cafetería rodeada de los pocos trabajadores que van llegando para su hora del almuerzo. Miro el reloj y veo que todavía es pronto, tengo más o menos una hora hasta que llegue Owen, que vendrá a la una a buscarme. Por ello, termino el delicioso café y vuelvo a la sala donde he dejado mis cosas. Allí me dedico a mirar billetes de avión de Vancouver a Quebec, y también el de vuelta para el primer miércoles, para impartir la sesión en la empresa de Collins. Finalmente recojo mis pertenencias y bajo con tranquilidad hasta que llego a la puerta y me sorprende al ver a Owen montado en la moto, repasándome de arriba abajo con esa sonrisa que a cualquier chica desmontaría por completo.

—¡Ya has llegado!

—Me muero por ver lo guapa que vas a ir a mi boda.

Me escanea de pies a cabeza y me llevo las manos a las caderas, para provocarlo un poco, como siempre he hecho desde que lo conozco.

—Querrás decir lo guapo que te voy a vestir. —Doy un giro a la conversación, porque aquí el único que tiene que estar increíble es él. Quiero que, cuando Jeff lo vea aparecer, se le caiga la mandíbula al suelo.

—Eso también. —Me guiña un ojo, al tiempo que mastica un chicle—. Ponte el casco y sube.

Lo hago, espero a que me haga una señal y subo a su deportiva moto para perdernos en el tráfico de la ciudad que me ha adoptado durante estos años, más de los que me hubiese imaginado. He vivido tantas cosas aquí que me da pena irme de este modo, aunque sé que volveré a pasear por estas calles y a comprar en la tiendas que tanto me gustan, y sonreiré mucho más de lo que lo he hecho hasta ahora.

Owen sorteja los coches hábilmente hasta que se para frente a la tienda de Marc y mi estómago se contrae de repente. Recuerdo la primera vez que vine aquí, con él; me dijo que su intención era encargarse un esmoquin y resultó que en realidad lo que pretendía era que Marc comprobara mis medidas; sin que yo lo supiera, me había confeccionado el vestido más bonito que jamás me he puesto.

Owen se quita el casco y me aprieta la rodilla al ver que no me muevo, y ese contacto es el que consigue despertarme de mi ensimismamiento.

—Perdona. —Desciendo y me quito el casco en silencio mientras él me mira sin preguntarme; sabe perfectamente lo que me ocurre, sabe muy bien cuándo fue la primera vez que acudí a este establecimiento y con quién.

—¿Estás preparada?

—¿Para entregarle un riñón a Marc? Claro —intento bromear, aunque en el fondo siento que no me apetece entrar, que hacerlo me va a remover por dentro, y ahora mismo eso es lo último que

necesito.

—Serás tonta.

—Realista.

Los dos nos reímos y caminamos con el casco colgado del brazo hasta el interior del local.

—No me lo puedo creer, ¡benditos mis ojos que ven tales bellezas! —Marc, como siempre, exagera y nos invita a pasar. Luego me dedico a mirar los vestidos expuestos en la tienda—. Éstos no son para ti; te he preparado uno que te va a encantar.

—¿A mí?

Miro a Owen, que encoge los hombros sin saber por qué Marc sabía que íbamos a venir.

—Jeff me avisó de que vendríaís.

Juega con ventaja. Seguro que Jeff se presentó aquí solo para elegir su traje; siempre lo ha hecho, al contrario que Owen, que me ha pedido a mí que lo acompañara.

—¿Y tienes el traje de Jeff aquí? —Owen, que es muy curioso, no puede cerrar el pico, y Marc abre la boca como si le acabara de decir una atrocidad.

—No puedes ver el traje del novio, ¡por encima de mi cadáver! ¿Es que no sabes que da mala suerte? —Lo regaña, dándole la espalda y caminando con el cuerpo estirado, como si un hilo estuviese tirando de él hacia arriba.

—¿Eso no es aplicable sólo al vestido de la novia? —le replica.

Qué listillo es cuando quiere; ahora sí le interesan las «tradiciones arcaicas», como él las llama.

—En vuestro caso, ninguno de los dos puede ver el traje del otro... Hombre, por favor.

—Tiene razón, qué poca decencia. —Me pongo a favor de Marc para meterme un poco con él, sabiendo que en cuanto pueda se va a vengar.

—He preseleccionado cuatro trajes, teniendo en cuenta que eres menos serio que Jeff pero también para que, cuando estéis juntos, no parezcáis un circo. —Owen me mira, alucinado, y me muero de la risa hasta que Marc me lanza una mirada aniquiladora y me callo de repente—. Sentaos, por favor, que sois como criaturas.

Los dos nos miramos y volvemos a reírnos como locos cuando lo vemos desaparecer al fondo de la sala y, tal y como nos ha pedido, nos acomodamos en el sillón de piel que hay frente al espejo.

—¿Jeff no te ha contado cómo es su traje? —me pregunta, curioso.

No sabe esperar, siempre le ha ocurrido. Cuando sabe que tiene una sorpresa, no puede dejar de insistir hasta descubrirla.

—Nada de nada, ya sabes que no suele compartir muchas cosas. —Noto la frustración en su rostro—. Pero estará guapísimo, igual que tú.

—Eso no lo dudo, la percha es la percha.

—¡A ver qué te parecen!

Marc aparece con un burro que porta cuatro fundas para que la ropa que hay dentro no se estropee ni se llene de polvo, y los dos esperamos, ansiosos, a que los saque para mostrárnoslos.

Nada más sacar la americana del primero, abro los ojos como platos. No es lisa, ni de rayas, pues tiene un estampado floral de la misma tonalidad gris del pantalón, y sé que a Owen le ha encantado. Después nos enseña uno gris de estilo más clásico, y el color me recuerda tanto a los ojos azul grisáceo de Sean que siento un calor que recorre cada centímetro de mi cuerpo. El tercero es morado, también con un estampado, y por último queda uno azul marino con un estampado tan sutil que me enamoro de él nada más verlo.

—Ya tengo mi preferido —suelta de repente, y Marc sonríe, inflado como un pavo real al saber que, una vez más, tiene a un cliente enamorado de sus obras—, pero me los voy a probar todos. ¿Cuál me pongo primero, Ave?

—El morado.

—Voy. —Sin vergüenza ni remilgo alguno, Owen se queda en ropa interior delante de nosotros y, con la ayuda de Marc, se viste. El traje es precioso, pero no es el suyo—. No sé, me veo raro.

—¿Vas cómodo? Camina hasta el fondo y vuelve.

Owen es obediente y hace lo que Marc le ha pedido mientras él analiza cómo le sienta. Mientras tanto, mis ojos se clavan en el traje gris y no puedo dejar de imaginarme a Sean con él puesto... marcando sus hombros, sus brazos, pero sobre todo resaltando esos ojos que se oscurecían con la pasión que siempre me ponía cuando estaba excitado, cuando quería decirme que me deseaba en ese mismo instante.

—Ave, ¿cómo lo ves?

—Pruébate otro y así comparamos. —Owen vuelve a hacer un pase con ese mismo traje frente al espejo pero, aunque está guapísimo, desde luego no es su traje—. Éste creo que te quedará mejor.

Descuelgo el azul marino con un ligero estampado del mismo color en la americana y él, dejando de lado mi recomendación, señala el gris, que es más llamativo, además de ser muy moderno y resultón... pero ya sin ponérselo sé que es demasiado.

Se quita el primero y se lo entrega a Marc, que lo coloca con sumo cuidado, mimando hasta el último hilo que ha cosido, mientras Owen se enfunda el que creo que más le gusta. No le queda nada mal, de verdad que no, pero imagino a Jeff con su traje de corte clásico al lado y sé que ése no es el idóneo para ellos. Camina de un lado a otro mirándose al espejo, sonriendo cuando me mira, y asiento, pero le señalo el que más me gusta para él y resopla antes de quitárselo, pero esta vez lo deja sobre el sillón, porque es uno de sus favoritos.

—Éste es el que más me gusta —le digo.

Marc se frota las manos, nervioso, y yo, conforme veo que se sube el pantalón, se abrocha la camisa botón a botón, se ciñe el chaleco al abdomen y termina poniéndose la americana, no puedo evitar que mis ojos comiencen a brillar y se me llenen de lágrimas.

—¿Por qué lloras?

Capítulo 16

—Por qué estás guapísimo, impresionante. —Marc asiente, convencido, y Owen se mira de arriba abajo, da media vuelta y nos mira, ilusionado—. ¿Es éste? Yo no me probaría más.

—¿No me pruebo el gris? —me pregunta por el único que aún no se ha puesto y con el que he imaginado antes a Sean.

—Humm, no, está reservado para otra persona. —Marc frunce el ceño y, cuando lo descuelgo de la barra, acaricio la americana—. Necesito que lo llesves a casa de Sean.

—La verdad es que no es de mi estilo —responde Owen como si nada, y se lo agradezco—. Por cierto, ¿va a venir? A Jeff no le ha contestado...

—A mí no me ha encargado nada...

El diseñador y yo nos miramos y nos entendemos a la perfección. Sean encarga toda su ropa, y la que adquiere para mí, a Marc, así que si no lo ha hecho es porque no tiene intención de acudir al enlace.

—¿Puedes añadir una nota en la bolsa del traje? —le pregunto, pensativa, sin dejar de acariciar la americana.

—¿Una declaración de amor? —Le brillan los ojos de la emoción y, aun sabiendo que es posible que no la lea porque quizá la tire directamente a la papelera o simplemente ignore mis palabras, tengo la remota esperanza de que haga caso a lo que le voy a escribir y asista a la boda—. Ahora mismo vengo.

—Estás guapísimo. Jeff no va a poder quitarte los ojos de encima.

—¿Te puedes creer que estoy nervioso?

—¿Cómo no ibas a estarlo? Te vas a casar con el hombre de tu vida, ¿cómo vas a estar? —Veo su cara y recuerdo cuando yo me casé con Jeff; no tiene nada que ver... Yo no tenía ese brillo en los ojos, ni sentía esas mariposas que ahora mismo siente él—. Disfruta este momento, porque os lo merecéis... Como ha cambiado todo, ¿verdad?

—Demasiado. Hace unos meses siempre sonreías, lo pasábamos bien los tres, y ahora... apenas nos vemos y estamos muy preocupados por ti.

—Pues justamente eso es lo que no quiero, son épocas. —Intento que dejen de pensar en mí y disfruten de este momento tan especial para ambos.

—Desde que lo conociste, has cambiado.

—Sean ha llegado para arrasarse con todo...

—Incluso contigo, y eso es lo que me preocupa, y lo que temía Jeff.

Entiendo a qué se refiere, pero ya no hay marcha atrás, y, aunque pudiera, no cambiaría el hecho de haberme enamorado de él.

—Aquí tienes.

Marc me ofrece una tarjeta y un bolígrafo para escribirle la nota.

Me aparto de ellos y me siento en el sillón para apoyar el trozo de papel en mi muslo y escribir:

Recuerda: Sean Cote no tiene límites.

AVERY

—Tendré que coserle el bajo... —La voz de Marc es triste. A todos nos cuesta hablar del tema, sabemos muy bien por lo que está pasando.

—No creo que haga falta, dudo que venga.

Le evito el trabajo porque, en el fondo, sé que no asistirá.

—Pues debería. A ver, se puede poner una prótesis de la hostia, incluso salir corriendo, ¡hay miles de corredores paralímpicos! ¡Que está vivo! —Owen se desquicia conforme se expresa, y yo pienso igual, pero sé que, cuando le pasa a otro y no a uno mismo, las cosas se ven de otro modo.

—Ve tú y se lo dices, porque a mí no me escucha.

Marc me mira serio; supongo que no sabe en qué estado se encuentra Sean y, aunque no interviene, está muy atento a lo que decimos.

—Iré personalmente y así se lo arreglo in situ —propone Marc.

Ésa es muy buena idea, puede que él consiga que lo escuche y venga a la boda. Sería un inicio para que cambiase de chip y se diera cuenta de que deberá seguir con su vida y luchar por mejorarla al máximo, además de procurar no esconderse más.

—Gracias, Marc.

—No sólo es mi mejor cliente, lo considero un amigo. Fui quien diseñó su primer traje cuando era un crío que creía que se iba a comer el mundo. —Se le escapa una sonrisa con la mirada perdida mientras lo recuerda.

—Y ahora te toca a ti.

Owen me mira sonriente, cambiando de tema por completo, y comienza a desvestirse, con cuidado de no estropear el traje, mientras Marc, sonriente, desaparece de la sala y yo espero impaciente a ver qué es lo que tiene reservado para mí.

—Cuando Jeff me dijo que se casaba, me puse manos a la obra; espero que te guste.

Veo cómo, de unos finos tirantes negros, cuelga un vestido negro de escote corazón, tan sencillo pero elegante a la vez que nada más verlo me enamoro de él.

—Es precioso.

—Pruébatelo —me anima Owen, y me aparto de ellos hasta un probador con cortina que hay al fondo, que él no ha utilizado.

Me miro en el espejo y veo mis ojeras. Owen tiene razón, tengo una pinta horrible, lejos está mi rostro lozano y risueño que jamás denotaba cansancio o preocupación; he cambiado completamente. Así que me reafirmo: debo cambiar la situación; si él no quiere estar a mi lado, me iré.

Poco a poco me subo el vestido, pero, como siempre me ocurre, no logro subirme la cremallera trasera. Hago varios intentos y, desesperada, asomo la cabeza para pedir ayuda y me encuentro a los dos mirándome con la expectativa de verme con él puesto.

—Necesito ayuda.

—La cremallera —fanfarronea Marc, sabiendo lo que preciso.

Se acerca a mí y cuela sus ojos para ver cómo me queda su creación, justo antes de ayudarme a subirme la puñetera cremallera. Me encanta. Acaricio la tela y cuanto más lo miro más me gusta.

No me puedo creer que sea capaz de diseñar vestidos tan maravillosos. Abre la cortina y Owen me mira boquiabierto.

—Estás preciosa... Porque me caso, que, si no, te pediría matrimonio ahora mismo.

Niego con la cabeza, sonriente ante su broma, y me paseo por delante de los espejos para mirarme la espalda y tengo claro que no necesito buscar más. Éste es el vestido que necesito, y no sólo lo pienso yo... Owen y Marc también, ya que no dejan de asentir con la cabeza.

Vuelvo a mirarme al espejo y me imagino con Sean a mi lado, agarrado de mi mano, con ese traje que he elegido para él, y me siento la mujer más desgraciada del universo, porque ahora mismo él ni tan siquiera estará pensando en mí, ni se acordará de lo que sentía cuando estaba a mi lado... y me duele, me destroza el alma plantearme que todo ha terminado.

Regreso al probador seguida de Marc, que sabe que necesito ayuda con la cremallera, y dejo que la desabroche sin hablar.

—Todo pasará. Hazme caso, lo conozco desde hace muchos años.

—Supongo. —Trago saliva para retener mis lágrimas; no me permito que nadie más las vea, ya he sido demasiado transparente con muchas personas—. Gracias por esta maravilla.

—Las gracias te las tengo que dar a ti por tener estas formas que realzan mis creaciones.

Los dos nos miramos sonrientes y agradecidos el uno con el otro durante unos segundos antes de cerrar la cortina de terciopelo negra. Entonces me quedo una vez más petrificada ante el espejo, mirándome de arriba abajo, imaginando lo que me diría si viera el escote corazón que apenas cubre mis pechos; seguro que querría que no saliera de casa así, para que nadie pudiera ver lo que él querría para él solo, y yo le mostraría que bajo la falda no llevaría ropa interior, tal y como a él le gusta. Cero impedimentos. Aún tengo la esperanza de que lea mi nota y acuda al enlace. Sería la oportunidad de pasar juntos un rato sin pensar en nada de lo ocurrido.

Dejo salir el aire de los pulmones, vaciándolos, y comienzo a bajarme el vestido hasta que queda amontonado a mis pies; con sumo cuidado, lo recojo, lo cuelgo en la percha y acaricio la tela de la falda, que es muy vaporosa.

—Ya estoy —anuncio cuando salgo del vestidor ya con mi ropa, y veo a Owen esperándome sentado en el sillón, sin dejar de mirar el traje que tanto me gusta para él—. Cuéntame detalles de la boda.

Dirige toda su atención a mí y se pone de pie.

—Vistas de Vancouver desde el salón del ático de Shangri-La, los invitados justos para que no fastidien nuestro día. Ha sido una locura preparar todo con tan poco tiempo.

—No hace falta que lo jures. Os advierto que es la última vez que me hacéis un pedido para ayer. ¡Me habéis vuelto majareta!

Hace círculos con los ojos en señal de locura y Owen encoge los hombros.

—Pues ve buscando hueco en la agenda para el bautizo.

—¿Bautizo? —Me mira la barriga exagerando sus gestos, como siempre hace Marc, y niego con cara de que acaba de deducir algo atroz y señalo a Owen—. ¿Vais a ser padres?

—Si la burocracia nos lo permite, sí.

—Esto sí que es una noticia para brindar. ¡Adeline, por favor! —Aparece una de las chicas que trabajan para él con una bandeja en la que trae tres copas de champán y nos ofrece una a cada uno—. Por un futuro lleno de esperanza.

Justo cuando oigo su brindis, mis pensamientos se centran única y exclusivamente en una persona, y para mis adentros deseo que así sea. Chocamos las copas y doy un gran trago con el

que casi me bebo media copa. Entonces Owen mira el reloj, poniendo cara seria; creo que nos hemos demorado demasiado.

—¿Nos cobras, Marc?

—Esto ya está pagado, es el regalo de Sean.

—¿Sean te ha pedido que lo añadas a su cuenta? —Lo miro, flipando, porque creía que no sabía nada de la boda... aunque, conociendo a Jeff, seguro que se lo dijo cuando lo invitó al enlace. Es la imagen de su empresa, Jeff no daría un paso sin consultarlo antes, y en este caso a su socio, al que puede perjudicar directamente.

—No sabía nada. —Owen se sorprende, porque él conoce al director de Cote Solutions, ese que te paraliza con una sola mirada y puede conseguir que tu cuerpo tiemble en una décima de segundo, pero no al Sean que yo conozco, el que se preocupa de hasta el último detalle si se trata de la gente que quiere—. Pues dale las gracias.

—Espero que se las des tú cuando te cases. —Sonrío, nerviosa, y él no dice nada.

—Que os vaya muy bien y, por favor, enviadme alguna foto.

—Eso está hecho. —Owen le choca la mano, yo le doy las gracias por todo y salimos de la tienda de Marc con dos bolsas que Adeline nos ha entregado cuando hemos pasado por el mostrador—. Se ha gastado una pasta. —Asiento, aunque sé que para Sean ese dinero no es mucho; él tiene la suerte de disponer de una gran fortuna—. Ave, si no viene...

—Owen, tengo asumido que no lo va a hacer; no te preocupes por mí.

—Es lo más inteligente: pensar que no aparecerá y, mira, si al final hace acto de presencia, mejor que mejor. ¿Vamos a tomar un café? —me propone, dejando atrás el tema Sean.

—Por favor.

Miramos a nuestro alrededor en busca de un lugar tranquilo. Por suerte apenas a unos metros vemos uno y, justo cuando nos dirigimos hacia la cafetería, suena mi teléfono. Lo tengo en el bolso, así que me paro para rebuscar en su interior hasta que logro dar con él... pero cuando lo saco ya ha dejado de sonar. Era Zoé; seguro que tiene algo para mí.

—Owen, tengo que hacer una llamada. ¿Me pides mi café y ahora te acompaño?

—Claro —me responde, extrañado, aunque no me dice nada mientras me alejo y pulso sobre la llamada perdida de Zoé.

—Hola.

—¡Di que soy la mejor! —Está muy ilusionada y, por la seguridad aplastante con la que me habla, seguro que tiene buenas noticias—. No te oigo.

—Eres la mejor entre las mejores.

—Eso me gusta más. —Suelto una risotada—. Tengo un piso para ti: un ático en mi edificio, y me han hecho un precio que aún no me creo.

—¿De cuánto hablamos?

—No te preocupes por eso, podrás pagarlo sin problema, piensa que es una oportunidad, y he conseguido que no te cobren la fianza ni tres meses por adelantado, así que no puedes pedir más. Te mando los detalles por *mail* y, por favor, respóndeme cuanto antes o lo perderemos.

Siento un nudo en el estómago porque estoy confusa; por un lado, estoy contenta de haberlo conseguido tan rápido, pero, por otro, no quiero irme. Me giro y veo a Owen mirándome desde la mesa de la terraza.

—Mándamelo todo. Tengo que dejarte, Owen me espera.

—¿No se lo vas a decir?

—No, quiero que se casen felices y sin preocupaciones absurdas.

—Se enfadarán. Lo sabes, ¿verdad?

Claro que lo harán, pero al final lo comprenderán, y me apoyarán cuando reconozcan que es lo mejor para mí.

—Lo entenderán.

—El viernes iré a Vancouver para la boda.

—Vente a mi casa, así terminaremos de cerrarlo todo.

—Pero necesito la aceptación hoy o nos lo quitarán.

—La tendrás. Te deajo.

Vuelvo hasta Owen, que está hablando por teléfono con Jeff, y me siento a su lado.

—Que no, que voy y te ayudo... —Me pone cara de «lo siento, tengo que ir» y yo asiento, no me importa. Jeff está cargando con mucho peso desde el accidente de Sean—. A Ave no le importa.

—Por supuesto que no —suelto en voz alta para que Jeff me oiga. Lo primero es lo primero, y ahora más que nunca Owen debe estar a su lado. Veo que éste ha pedido los cafés, así que, mientras termina la llamada, me pongo el azúcar—. Vete, yo me iré a casa a preparar la formación de mañana.

—No, te acerco en un momento.

—Puedo ir sola. ¡¿Quieres marcharte ya?! —lo apremio para que no pierda más tiempo.

—Eres la mejor.

Se pone en pie, me besa la mejilla y corre hasta la moto sin dejar de girarse de vez en cuando, dudando en si está haciendo lo correcto o no. Me lanza un beso al aire y yo lo cojo, consiguiendo que se muera de la risa antes de subirse a su moto y dirigirse a Cote Solutions.

Aprovecho que estoy tranquilamente en la terraza para mirar desde mi teléfono el correo electrónico de Zoé. Abro los ojos como platos cuando veo las imágenes del piso que me ofrece para alquilar. El precio es alto, pero no tanto como esperaba. Tiene unas vistas del lago increíbles, y seremos vecinas. Al menos no me sentiré más sola de lo que me siento aquí.

Me detengo en la imagen de la terraza y me imagino apoyada en la baranda, disfrutando de una copa de vino mientras siento la brisa de la noche a la vez que veo cómo cae el sol y el verde de la vegetación se apaga un poco más a cada segundo. La cocina es espectacular; demasiado para mí, pues no suelo darle mucho uso, para qué me voy a engañar. Todo es alucinante. Busco el nombre de Zoé en la agenda y vuelvo a llamarla.

—¡Qué rápida! —Se le escapa una carcajada.

—¿Tu nuevo piso es así? —pregunto, porque no sabía que vivía en un lugar tan bonito.

—No son iguales, pero sí —responde, orgullosa por lo que ha conseguido—. Debes adquirirlo, no te vas a arrepentir.

—Adelante, me lo quedo. —Conforme pronuncio esas palabras, siento que estoy traicionando a alguien, o a mí...; la verdad es que ya ni lo sé—. Dime qué documentación necesitas.

—El viernes, cuando vaya a tu casa, hablamos y vemos qué papeles necesito. De momento pago la reserva.

—Gracias por tu ayuda.

—Soy tu mejor amiga, ¿no? —Por supuesto, y, aunque nos distanciamos miles de millas, siempre formará parte de mi vida—. Pues no me des las gracias. Siempre te ayudaré, aunque no esté de acuerdo con tus decisiones.

—Puede que me equivoque, pero, si no lo hago, no lo sabré.

—¿Sabes algo de Sean? —me pregunta bajando el tono de voz, sabedora que este tema me

duele mucho.

—No lo he visto... —Pierdo la mirada al frente, imaginándolo en su casa, seguramente trabajando sin descanso para no pensar—... pero ha pagado nuestros trajes, es su regalo de bodas.

—¿El tuyo también? —Mi amiga no es tonta y tiene claro que el mío no es un regalo de bodas ni por asomo, sino que Sean sigue preocupándose por mí aunque sea en la distancia—. Venga, va.

—No lo entiendo, por más que me pongo en su piel, no entiendo el motivo por el que me ha apartado de su lado.

Mis ojos vuelven a humedecerse y, para evitar ponerme a llorar delante de todo el mundo, cierro los ojos y doy un sorbo al café.

—Tiene miedo.

—¿De qué?

—De ti —me quedo callada porque no creo que sea eso—, de no estar a la altura de lo que esperas de él...

—Lo quiero, me da igual lo que ha pasado; para mí no ha cambiado nada.

¿Cómo narices puedo hacerle comprender que lo quiero igual o más sin ese maldito trozo de pierna?

—Para él, todo.

—¿Y qué me recomiendas que haga?, ¿que me quede?

No sé qué debo hacer, ni tan siquiera puedo pensar con claridad.

Capítulo 17

—Que se lo digas... que sepa tus intenciones y sea él quien te detenga.

—Lo haré: no sé cuándo, pero se lo diré.

Me hace considerar que es cierto: irme a escondidas no es una solución. Si realmente le importo debe reaccionar de algún modo; no creo que le guste la idea de que me vaya a la otra punta del país.

—Así me gusta. Ahora te dejo, que tengo una visita. Nos vemos el viernes.

—Hasta entonces.

Zoé tiene razón, aunque conociéndolo no sé cuál será el mejor momento para comunicárselo. Me quedo unos minutos sentada en la terraza, sin hacer nada más que observar lo que tengo delante de mis ojos, y consigo relajarme, olvidarme del mundo. Pienso que me quedaría toda la vida así si no tuviera responsabilidades, aunque generalmente no soy una persona a la que le guste contemplar cómo pasa la vida sin hacer nada; siempre he sido un ciclón que no ha parado de hacer cosas que me han hecho feliz, y dudo que ahora haya cambiado tanto.

Supongo que la actitud de Sean me ha servido como toque de atención para darme cuenta de que me estaba olvidando de mí misma, de lo que realmente me hace feliz, sin duda no es esta vida que llevo. No es formar a personas que no quiero y que apagan la ilusión que siento por mi trabajo, ni tan siquiera estar esperando que una persona decida si quiere verme o no. Está claro que me gustaría ayudarlo a superar lo ocurrido, aunque para él sea más fácil apartarme de su lado, quizá para siempre, dejándome este vacío con el que me siento perdida, desarmada ante la dureza de la vida, que me está ganando la batalla lentamente.

Me frote la cara hasta bajar la cabeza y miro la taza de café vacía. Ya es hora de tomar las riendas de mi existencia de una vez, así que cojo la bolsa del fabuloso vestido que me ha preparado Marc para la boda de mis mejores amigos y me pongo de pie para pagar la cuenta y marcharme a casa, a pensar en organizar mi nuevo destino, porque, me guste o no, la decisión ya está tomada: acabo de resolver alquilar un piso en Quebec, uno que nadie ha elegido por y para mí, pues he sido yo la que ha tomado la decisión, y tengo que comenzar a sopesar cuándo y cómo me mudo.

* * *

Entro por la puerta de casa cargada como una mula porque de camino me he parado para hacer la compra, pues ya era hora de llenar un poco la nevera para no correr el riesgo de morir de inanición. Voy hasta la isla de la cocina y dejo todas las bolsas encima para colocar lo fresco en el frigorífico antes de que se estropee, y luego subo a mi habitación para colgar el vestido de Marc en el vestidor, no quiero que se arrugue. El sábado me lo pondré, y tiene que estar perfecto. Acaricio la tela y aún me choca que vaya a asistir a la boda de Jeff... Jamás imaginé que llegaría

ese día y aquí estamos, a punto de verlos jurarse amor eterno, en una ceremonia que han preparado en una semana escasa, con la idea de que todo lo hacen con el fin de completar su familia adoptando a un bebé. Ese niño va a ser el ser humano más afortunado del planeta.

Dejo de acariciar la prenda y salgo del vestidor hacia mi habitación, pero me paro delante de la baranda que da a la planta inferior y mi mente me recuerda momentos felices que he vivido en este lugar, como cuando lo pisé por primera vez con Jeff, o cuando Owen y yo, medio borrachos, caímos sobre el sofá y nos acostamos por primera vez, la primera de muchas en solitario... y luego en compañía del que era mi marido. Estoy sumida en esos pensamientos cuando de pronto aparece en mi mente su rostro, observando mi *loft* la primera vez que entró, cuando Sean aún no sabía que estaba casada y, por tanto, desconociendo que lo estaba engañando a él y a Jeff. Entonces me giro y veo mi cama perfectamente hecha; doy unos pocos pasos y llego a ella, para sentarme y luego tumbarme mirando al techo mientras asumo lo que estoy a punto de hacer.

Permanezco unos segundos inmóvil, hasta que mi teléfono comienza a sonar y bajo corriendo hasta el piso inferior.

—Hermanito —logro responder antes de que finalice la llamada—, ¿qué tal todo?

—Pues creo que mejor que tú.

—Me alegro —respondo, socarrona, por no insultarlo por lo gracioso que es cuando quiere—. ¿Cuándo vienes?

—El sábado por la tarde, directo a la ceremonia... —termina la frase de un modo extraño; me está ocultando algo—. Iré acompañado.

—¿En serio? ¿Chica nueva?

—Sí y no. —Lo conozco muy bien y tengo claro que en este instante está sonriendo, inquieto—. ¿Te vas a enfadar?

—¿Me quieres decir quién es? —Ahora sí que me está poniendo de los nervios. Me dirijo a la cocina y, mientras espero a que se decida a revelarme quién narices es su nueva pareja, abro la funda de mi ordenador y pulso el botón de encendido para que el sistema arranque.

—La hermana de Jia.

—¿Y por qué tendría que enfadarme? Por lo que recuerdo de ella, es muy buena chica, inteligente, con sentido del humor... y encima monísima. —Curvo la comisura de mis labios en una sonrisa, recordándola.

—Sé que mencionar a Jia te duele y pensaba que...

—Liam, mereces ser feliz independientemente de lo que yo sienta. Estaré encantada de volver a ver a Mei y, tranquilo, ya lo tengo superado.

—Gracias, Ave.

—Te quiero, hermano.

—¿Y el capullo de tu novio? —Pongo los ojos en blanco; está bromeando, lo sé por su tono de voz—. Se estará portando bien con mi hermanita, ¿no?

«Si tú supieras, le partirías las piernas.» Me siento culpable por la frase que acabo de decir mentalmente sabiendo lo que ha ocurrido, pero, si pretendo normalizar lo ocurrido, ésta es una de las cosas que deberemos aprender a sobrellevar.

—Pues trabajando, como siempre.

—¿Está mejor?

—Lo lleva como puede.

—El sábado lo veré... —No le respondo porque no las tengo todas conmigo, aunque tengo la esperanza de que así sea—. Debo dejarte. —Oigo una risa a lo lejos y no me cabe duda de que es

ella, y de verdad que me alegro de que Liam esté con una chica tan buena como Mei.

—Pórtate bien.

—Lo mismo digo.

Finalizo la llamada y me quedo mirando el fondo de pantalla, sumida en mis pensamientos relacionados con Mei y... Jia. Hacía días que no recordaba lo sucedido años atrás, y por ello supongo que es verdad que ya lo he asumido. Evidentemente me apena lo que ocurrió, y me siento responsable, pero al menos puedo hablar de ella sin que la culpa me consuma.

Abro el *email* de Zoé y vuelvo a mirar las fotos de mi futuro piso; sigo asombrándome por el ático que me ha conseguido, es una pasada. Aún no sé cuándo se lo voy a contar a mi madre. Me parece que lo mejor será que le dé una sorpresa, así no le daré tiempo a reaccionar y que se plante aquí de inmediato, sin dejarme vivir en paz mis últimos días en Vancouver porque crea que necesito compañía.

Me levanto, voy a la cocina y termino de guardar las cosas que había dejado de cualquier manera sobre la isla. Luego me hago la cena y, más tarde, acabo el día tirada en el sofá, viendo una serie... algo que no hacía a menudo en casa de Sean y que estoy recuperando.

* * *

Me miro al espejo y sonrío de forma malvada. Si quiere formación, la va a tener, pero esta vez no pienso medir mi vestimenta. Si tanto miedo tiene a que su marido, ese que tiene treinta años más que ella, mire a otras, que renuncie a mis servicios. Me he puesto el vestido más entallado que he encontrado en mi vestidor, el que más llamará la atención de todos los hombres de su oficina, junto a unos zapatos de tacón de aguja que van a destrozarme los pies, pero valdrá la pena. Me he dejado la melena suelta y me he maquillado más de lo que acostumbro. Además, he usado para los labios el carmín rojo, y he metido la barra de labios en el bolso para repasarme antes de entrar.

Bajo la escalera y cojo mi maletín para salir a la calle en dirección a las oficinas de Román; ya es el tercer día que imparto sesiones allí, así que después de hoy sólo quedarán dos más para que lleguen a su fin; lejos de estar nerviosa por ello, estoy ansiosa por terminar.

Cuando salgo del portal de casa, descubro que Hugh está esperando fuera y sonrío al verlo mirarme de arriba abajo, pensativo.

—¿Te han mandado de nuevo para que me vigiles?

—Buenos días, señorita Avery.

Me abre la puerta trasera del todoterreno y mi cuerpo se paraliza cuando lo veo sentado ahí, mirándome fijamente, muy serio. Apuesto a que no aprueba mi indumentaria de hoy, pero no me importa.

—Tengo que hablar contigo. —Lo miro, confusa; necesito unos segundos para reaccionar y sentarme, y cuando lo hago gira el rostro. No me quiere ni mirar—. La inspectora López quiere que vayamos ahora mismo a comisaría.

—¿Para qué? Tengo trabajo.

—Tienes que avisar a Román. —Dirige sus ojos azul grisáceo, ahora oscurecidos, hacia mí y pienso en cómo no iba a saber hacia dónde me dirigía si Hugh se encarga de seguirme allá donde voy—. Llámalo.

Me ofrece su teléfono y niego con la cabeza a la vez que saco el mío y se lo enseño con cara de «yo también tengo uno» y, aunque no me gusta nada tener que cancelar o retrasar a última hora mis

sesiones, ver que ha venido a buscarme me dice mucho.

—Hola, Román. Tengo un problema y llegaré con retraso.

—¿Va todo bien?

—Me han citado en comisaría por lo del accidente... —le aclaro, y luego me disculpo; me sabe muy mal tener que dejarlo tirado, pero no puedo hacer otra cosa—. En cuanto salga, iré para allá... y, no te preocupes, alargaremos la sesión por detrás y cumpliremos con las tres horas.

—Tranquila, haz lo que tengas que hacer.

—Gracias, Román. —Finalizo la llamada y, al mirarlo, me percató de que está leyendo un correo electrónico a través de su teléfono—. ¿Cómo estás?

—Podría estar mejor.

—Eso, todos, ¿no crees? —No me responde y mira por la ventanilla. Aprovecho para analizarlo y me fijo en sus ojeras, en las bolsas que tiene bajo los ojos, que por mucho que quiera no puede disimular. Desciendo la mirada a sus muslos y descubro que está más delgado... bastante, a decir verdad. Lo está pasando fatal, resulta obvio—. ¿Para qué quiere López que vayamos? —Cambio de tema, porque sé que es la única forma de mantener una conversación.

—No me lo ha dicho.

—Espero que sea importante y no nos haga perder el tiempo porque no haya averiguado nada.

No responde y sigue con la vista perdida en la ventanilla mientras Hugh conduce en dirección a la comisaría. Al llegar, éste nos abre la puerta y salgo del todoterreno, dejándolo atrás. Me giraría para preguntarle si necesita ayuda, pero tengo claro que no le iba a gustar, así que avanzo como si nada, segura de que su hombre de confianza está a su lado por si tiene algún problema.

Cuando llego a la puerta de la comisaría me recorre un escalofrío por todo el cuerpo que me paraliza. Todavía recuerdo el día que me trajeron aquí a la fuerza, detenida, y lo mal que me hicieron sentir al considerar que yo había sido capaz de matar a esas chicas; no puedo entender cómo pudo creerlo ni un segundo. De repente siento su mano al final de mi espalda y tengo que cerrar los ojos para soportar el calor que acaba de despertar en mí, el mismo que noto siempre cuando está cerca o me toca, y que no he sido capaz de olvidar aun sintiéndolo tan lejos.

—¿Vamos? —Asiento, cogiendo aire cuando noto que me suelta para volver a agarrarse a la muleta. Se pone a mi lado, esta vez sin disimular que me mira de arriba abajo, y aprieta la mandíbula justo antes de adelantarme y, más que enfadado, entrar en la comisaría—. ¿Pueden avisar a la inspectora López?

—¿Usted es...? —le vacila el agente de policía, ante la actitud altiva de él.

—Sean Cote.

—Espere un segundo, por favor —resopla, molesto, mientras ignora al resto de las personas que lo miran cabreadas, aguardando su turno como nosotros.

—¿Te quieres sentar? —le pregunto en voz baja para que nadie me pueda oír.

—No, estoy bien.

Por primera vez desde que lo he visto me fijo en que tiene la pernera de los tejanos cosida a la altura del muñón. Supongo que verse así no le ha debido de ser fácil.

—¿Cómo te va con Sawyer?

Me mira extrañado por mi pregunta, pero es que el silencio me está matando; necesito hablar con él, mantener una conversación mínimamente normal.

—Va.

¡Genial! No es que me lo esté poniendo fácil que digamos, aunque lo raro sería que lo hubiera hecho de buenas a primeras.

—Es un buen hombre —comento.

Clava sus ojos en mí y desconozco si lo que he dicho lo ha molestado, pero afortunadamente aparece la inspectora y él se gira para ver cómo ésta nos mira con cara de pocos amigos.

—¿Me acompañan? —dice sin ni siquiera saludarnos, y se da media vuelta para dirigirse hacia la sala de interrogatorios... y empiezo a temblar.

—Señorita, ¿está bien? —Hugh se percata de que no soy capaz de avanzar más cuando abre la puerta y se adentra en esa estancia—. ¿Avery? —Me agarra del brazo y es en ese momento cuando Sean se da cuenta de que me ocurre algo y retrocede hasta nosotros.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta, esta vez mirándome directamente, con los ojos llenos de preocupación por mí, sin estar oscurecidos por la rabia, lo que me demuestra que aún queda algo de lo nuestro en su interior.

—No puedo entrar ahí —anuncio, y me cruzo de brazos mirando la puerta.

Sean, tras echarle un vistazo y entender lo que me pasa, sostiene ambas muletas con una mano y con la otra me agarra de la barbilla para que me aproxime a él y lo mire fijamente a los ojos.

—Escúchame: vamos a entrar ahí para ver qué nos dicen y luego nos vamos a ir tranquilamente; no sufras, no voy a permitir que vuelvas a quedar encerrada en este lugar.

—¿Ocurre algo? —oigo la voz de la inspectora, que sale a comprobar por qué no la seguimos.

—Será mejor que vayamos a su despacho —interviene Hugh por nosotros, y ella deduce qué pasa y se sorprende por mi reacción, pero es verdad que soy incapaz de entrar. Aún recuerdo la sensación de estar esposada, de que no creyeran mis palabras y sentirme como una delincuente sin serlo.

—Como prefieran; he venido aquí porque está más cerca de la entrada.

—De momento me queda una pierna entera, tranquila —la ataca Sean, molesto por saber que había elegido esa sala para que él no tuviera que caminar demasiado—. ¿Mejor? —me pregunta y asiento con la cabeza, agradecida.

Entramos en su despacho y me sitúo a un lado, ya que sólo hay una silla delante de su mesa y, sin decir nada, se la cedo a Sean, que la mira con recelo y, tras un suspiro que denota frustración, se sienta.

—¿Para qué nos ha llamado?

Quiere tener respuestas de inmediato; no ha venido aquí a perder el tiempo, a él tampoco le hace gracia estar en este lugar.

—Quería comunicarles que he hecho todo lo que estaba en mi mano para esclarecer este caso, pero no hemos hallado ninguna pista que nos llevara a descubrir quién pudo provocar el accidente. —A Sean se le escapa una carcajada y, como respuesta, ella lo mira, malhumorada—. A mí no me parece gracioso, la verdad.

—¿Y crees que a mí sí? —Le enseña sus muletas y ella niega con cara de circunstancias, dándole la razón.

—¿Qué nos quiere decir? —inquiero, intentando redirigir la conversación y evitar así que entren en una discusión absurda que no va a servir de nada.

—Que archivan el caso.

—¿En serio? —Mis ojos buscan la mirada de la inspectora, pero ella tiene toda su atención puesta en la pila de carpetas que hay sobre su escritorio; supongo que entre ellas está la nuestra—. No pueden hacer eso; casi nos matamos por culpa de esa persona. ¿Cómo podemos estar seguros de que no lo volverá a intentar?

—No lo sé. No puedo asegurarles nada, porque no logro hallar ni una puñetera respuesta. —Su

tono de voz denota rabia; está claro que también se siente mal; seguramente alguien la obliga a archivar el caso sin que ella esté de acuerdo.

—Tranquila, tengo un equipo de profesionales trabajando en esa investigación y, por lo que veo, a diferencia de ustedes ellos sí saben dónde y cómo buscar. —Dicho esto, apoya las muletas y se pone en pie.

—¿Y ya está?, ¿archiva el caso sin más? ¿Nos informa de eso y nos vamos tan felices a casa?

No me lo puedo creer, y me cabrea soberanamente que Sean comience a irse como si lo que hubiera pasado no fuese grave, como si saber que hay un asesino potencial suelto por las calles fuese lo más normal del mundo; no entiendo por qué nadie está tan indignado como yo.

—Vámonos, Avery —me pide mientras se acerca a la puerta.

—Será mejor que salgamos, señorita.

Miro a Hugh y detecto que su semblante es serio y pensativo; imagino que él tiene más información que la policía, porque seguro que es quien está llevando a cabo la investigación, dirigiendo todo el operativo; sus chicos lo informan de todo lo que averiguan en secreto y, como siempre, a mí nadie me dice nada.

—Lo siento, nunca pensé... —interviene la inspectora.

—¿Que nosotros fuéramos las víctimas? —casi le escupo la frase, cortándola, porque no merece otra cosa.

Desde el inicio nos colgó el cartelito de culpables, y sólo se dedicó a intentar demostrarlo, sin querer ver más allá. Sin embargo, por fin se ha dado cuenta de que estaba equivocada... pero, por su incapacidad, van a cerrar el caso, y un tipo peligroso capaz de provocar un accidente potencialmente mortal sigue libre, quizá al acecho, esperando una nueva oportunidad.

Capítulo 18

Camino al lado de Hugh en dirección a la puerta, siguiendo los pasos de Sean, sin poder evitar fijarme en cómo se esfuerza para ir lo más rápido posible, hasta que llegamos al coche... pero no me subo en él, tal y como esperan ambos.

Me mira desde el interior, malhumorado, y me cruzo de brazos.

—¿Me vas a explicar lo que has averiguado?

Por supuesto, no tenía ninguna intención de hacerlo, ¡cómo no! Dudo de que me cuente algo, pero necesito intentarlo, saberlo. Él no era el único que estaba en el lugar del accidente... puede que vinieran a por mí, y él se interpuso.

—¿Puedes entrar? —me pide, arisco, y yo niego mientras insisto.

—¿Me lo vas a explicar? —Mira hacia el lado opuesto, meditando qué hacer, y finalmente se vuelve de nuevo hacia mí, para hacer un gesto con el que me indica que, por favor, me siente a su lado—. Gracias.

—El coche era de alquiler, contratado por... —Se queda callado y se muerde el puño, rabioso, y yo, impaciente, espero a que termine la frase—... Cote Solutions. Tenemos un topo en la empresa.

—¿Qué?! ¿Quién?!

—Eso es lo que estamos intentando averiguar.

—¿Quién puede alquilar coches a nombre de la compañía?

—Aparte de Jeff, y de mí, todos los directores de departamento. —Eso reduce la búsqueda considerablemente—. Todos ellos llevan años trabajando para nosotros, dejándose la piel en nuestro proyecto, y, además, es todo demasiado evidente... Algo no me cuadra.

—Sean, tienes que asumir que alguien te ha traicionado... —es lo único que se me ocurre decirle, pero ¿quién? Visualizo cada una de las caras de esos directivos en busca de alguien que me parezca mínimamente sospechoso, alguien que me suscite una duda o algo que me dé una pista que me indique quién podría ser.

—Lo encontraremos y se arrepentirá de lo que ha hecho, te lo aseguro.

No lo dudo en absoluto. Cuando Sean se propone algo, lo consigue, y, teniendo en cuenta las secuelas físicas que le han quedado de por vida, yo tendría mucho miedo si estuviera en su punto de mira.

—Hugh, a las oficinas de Román —le pide que me lleve.

Miro el reloj y me tranquilizo: llegaré sólo una hora tarde; pensaba que sería peor. El caso es que podré impartir las sesiones de Román y de Collins, y mañana ya recuperaré el tiempo perdido hoy en Román & Robin.

—¿Vas a tu oficina? —le pregunto por saber un poco más de él, y romper el silencio que se ha instado entre nosotros, que es demoledor.

—No.

Dado que ésa es toda su respuesta y que queda clarísimo que no está muy comunicativo, decido

no preguntar más.

Miro por la ventanilla sin reconocer a la persona que tengo a mi lado, mientras pasan por mi mente decenas de imágenes de lo que hemos vivido en este coche... cómo me sentía avergonzada cuando me hablaba de forma sugerente delante de Hugh como si nada, o las miradas de pasión que intercambiábamos deseando llegar al destino para poder dejarnos llevar, y ahora ya nada de eso existe. Todo lo contrario, lo único que se palpa entre nosotros es tensión. Por otro lado, me encantaría saber cómo está cicatrizando su herida o si ha comenzado los ejercicios para reforzar el resto de musculatura de las otras extremidades, para estar preparado en el momento en el que le pongan la prótesis. Ni tan siquiera sé si las ha mirado y ha elegido alguna... o bien simplemente se ha rendido, con la idea de dejarse vencer por el desaliento, sin hacer nada por evitarlo. Eso supondría que el desgraciado malnacido que provocó el accidente sería el único que saliera vencedor.

—Avery, ¿te has replanteado el tema de impartir sesiones formativas para mi padre? —Su voz es áspera, pero lo pregunta en un tono bajo, aunque en el fondo esté rabiando al sospechar que voy a seguir adelante.

—Hoy impartiré la primera de ellas. Me comprometí cuando no sabía quién era y firmé un contrato, y ahora debo cumplirlo y terminar mi trabajo.

—¡Que le den a ese contrato! —Da un puñetazo al reposacabezas del asiento delantero, con lo que consigue asustarme—. ¿De verdad es eso lo que te obliga a seguir, sabiendo de quién se trata?

Asiento mientras trago saliva, sin poder mirarlo a los ojos, porque si lo hago lloraré y es lo último que quiero que presencie; demasiado tiene encima como para preocuparse por mí.

En ese momento Hugh estaciona frente a la puerta de la empresa de Román; él sigue mirando por la ventanilla, sin mostrar ningún interés en girarse para mirarme.

—Cumpliré con lo que me comprometí y después no volverán a verme. Lo siento, Sean, pero ya tomé esa decisión. —Sigue inmóvil, con la vista perdida en la ventanilla; no quiere ni mirarme... y soy incapaz de apearme del todoterreno aun estando Hugh de pie fuera, con la puerta abierta para mí, esperando a que salga—. ¿Vas a venir a la boda de Jeff y Owen? —inquiero—. Deberías hacerlo.

—¿Ahora me das consejos acerca de lo que tengo que hacer?

Suelto el aire que había contenido sin darme cuenta, exasperada e intrigada por ver si me responde; me mira con esos ojos oscuros que a punto están de lanzarme por los aires.

—Haz lo que te dé la gana —replico, y salgo del coche mirando a Hugh, que me pide con un gesto que me calme, pero no es fácil; me desquicia cuando se pone en ese plan altivo.

Camino hasta el portal del edificio sin girarme ni una sola vez; no sé si siguen ahí observándome o, por el contrario, ya se han ido, ni tampoco lo voy a saber, porque traspaso la puerta y me adentro en la empresa, hasta llegar a la recepción, con el estómago hecho un manojo de nervios y la garganta presionándome tanto que, si trago saliva, corro el riesgo de que me sangre.

—¡Ya estás aquí! Ahora aviso a tus alumnos y lo preparo todo.

La recepcionista de Román es un amor. Dicho esto, sale de su puesto para avisar a mis alumnos y yo me dirijo a la sala de reuniones, en el piso superior, donde imparto las sesiones formativas, para preparar el proyector y el material que tengo listo para la clase de hoy.

—Buenos días, ¿todo bien?

Román está apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados. Como siempre, lleva un traje de etiqueta que seguro que ha estado observando varios minutos frente al espejo hasta

decidir que es el que quería llevar hoy.

—Podría ir mejor.

—¿Te puedo ayudar?

—Archivan el caso; no tienen pistas acerca de quién provocó el accidente.

Niega con la cabeza, cabreado y malhumorado porque, igual que yo, considera incomprendible que no hayan logrado hallar nada.

—Para perseguiros a vosotros no les hacía falta tener pistas, por lo que parece.

—Así funcionan las fuerzas del orden hoy en día.

—Si necesitas algo, dímelo, por favor. Cambiando de tema, esta mañana estás guapísima, muy guerrera. —Me guiña un ojo.

—Para subirme la moral y sentirme divina —bromeo con la última parte de la frase.

Le provoco una carcajada y justo en ese momento aparecen mis alumnos, que se van acomodando en sus puestos. Román desaparece en dirección a su despacho y yo comienzo la sesión, que ya va siendo hora.

* * *

Con la visita a la comisaría y la posterior conversación con Sean, finalmente me he retrasado una hora y cuarto, así que hoy no tendré tiempo de comer en condiciones; me tendré que comprar algo por el camino, aunque de buena gana me iría a mi casa y me encerraría allí con la esperanza de que nadie me echase de menos. No me apetece en absoluto volver a verle la cara a Charlotte; sin embargo, no me queda otra salida que presentarme allí.

Cierro la cremallera de mi maletín y salgo en dirección al despacho de Román, pero, al llegar, descubro que está reunido y prefiero no interrumpirlo; mañana ya lo veré. Recorro el pasillo de la larga oficina, descendiendo a la planta baja y cruzo la salida, y de pronto siento un golpe de viento que me sorprende. Cuando he entrado hacía un día fantástico y ahora el cielo está tan oscuro que parece que vaya a caer una buena tormenta.

No lo dudo un segundo y, en la misma puerta, cojo el primer taxi que pasa para que me lleve a las oficinas de Collins. Para mi desgracia, en apenas unos minutos me encuentro en las puertas de su edificio, con el rostro desencajado por la rabia que me da tener que venir a este lugar. Antes de entrar, accedo a una cafetería cercana y me como un sándwich vegetal... No tengo mucha hambre ni mucho tiempo.

Luego no lo pienso más y, con paso seguro, entro en el edificio y sorteo a los presentes hasta llegar a la recepción, donde veo a Charlotte, hablando muy risueña con la recepcionista, momento en el que me detengo frente a ella, de brazos cruzados, y me mira de arriba abajo con una cara que conozco muy bien. Mi atuendo, tal como esperaba, no le gusta nada, pero a mí me encanta si consigo molestarla como parece que he hecho.

—¿Comenzamos? No he venido aquí a perder el tiempo.

Como si conociera las oficinas de toda la vida, aunque sólo he estado aquí una vez, me encamino a la sala de la otra vez, donde impartiré la formación.

—Avery, espera —me pide, corriendo detrás de mí torpemente por culpa de los tacones, pero no me detengo, sino todo lo contrario: continúo, ignorándola, hasta que llego a la sala. Allí dejo mis cosas sobre la mesa—. Siento que tengas que venir de este modo...

—No mientas, Charlotte. Estás disfrutando con todo esto, pero recuerda una cosa: el que ríe el

último, ríe mejor.

—No es nada personal, te lo aseguro.

Intenta una cercanía conmigo que no me creo, no después de haber oído cómo disfrutaba cuando hablamos por teléfono.

—Si pretendéis hacerle daño a Sean de este modo, ya puedes decirle a tu marido que no lo está consiguiendo.

—¿Sabe que estás aquí? —me plantea, incrédula.

—¿Lo dudas? Entre Sean y yo no hay secretos —miento descaradamente, porque, aunque él está al corriente de que voy a impartir estas sesiones, eso de que no haya secretos... eso sí que es una mentira. Desde nuestros inicios ha habido tantos que quizá por ello ahora mismo no estamos juntos.

—Entonces no hay ningún problema; no sé por qué querías cancelarla —suelta, y le lanzo una mirada de reproche—. Voy a avisar a los empleados de que ya estás aquí.

—Sí, por favor, haz algo útil —le espeto mientras arranco mi ordenador, y ella se marcha nada satisfecha con mi trato, pero me da absolutamente igual lo que piense; es más, si no le gusta cómo soy, está en su mano echarme, me haría un favor.

Poco a poco entran los empleados que debo formar, saludando mientras acceden a la sala, y me pongo manos a la obra... cuando veo que Charlotte se sienta al final del todo. ¿En serio? ¿Va a comprobar que haga bien mi trabajo? Esto es lo último que esperaba, pero puedo con ello y con mucho más. Comienzo a explicar el contenido referente a la importancia de la empatía en el ámbito laboral y, como me encanta mi trabajo. Como es habitual cuando imparto clases, me olvido de todo lo malo y sigo dándolo todo con entusiasmo hasta que oigo unos aplausos y todos la miramos directamente, sin comprender qué ocurre.

—¡Os merecéis un descanso! Id a por un café. —No me lo puedo creer, ahora hasta decide el momento en el que debemos hacer una pausa; yo la tenía prevista para un poco más adelante—. Avery, por favor, acompáñame.

—Claro, faltaría más. —Finjo amabilidad delante de los trabajadores, pero queda claro que ninguna de las dos nos la creemos, aunque parece no importarle y me guía por el pasillo.

Sé a dónde me lleva y no me apetece en absoluto tener que verle la cara; sin embargo, no me niego a hacerlo; al contrario, saco la rabia que tengo guardada en mi interior, lista para atacar como mejor sé, con mis palabras.

—¿Podemos pasar?

—Por supuesto. —Collins se pone de pie y rodea su escritorio hasta llegar a Charlotte, quien le da un beso en los labios, y los dos se miran, sonrientes, tanto que me dan ganas de vomitar. No entiendo cómo alguien puede estar con un miserable como él... aunque Charlotte, aparte de muy guapa, es muy interesada—. Señorita Gagner, ¿o tengo que empezar a llamarla señora Collins? —Lanza esa pregunta envenenada con toda la maldad del mundo.

—Querrá decir Cote —replico.

No puedo callarme; no me va a amedrentar ni su presencia ni todos los millones que seguro que tiene en la cuenta corriente... ni tan siquiera que sea un hombre tan poderoso que sea capaz de mover hilos por todo el planeta.

—Siéntate, por favor. —Me tutea de pronto, molesto. Supongo que, recordar el apellido de su primera mujer, esa a quien destruyó hace años y luego dejó aparcada en un centro psiquiátrico, no le hace mucha gracia.

—Estoy mejor de pie —digo alto y claro, con una media sonrisa de suficiencia.

—Como quieras —acepta, exasperado, y se apoya sobre la superficie de su escritorio. Charlotte sí toma asiento, cruzando las piernas descaradamente, tanto que él no es capaz de hacer otra cosa que mirarla, hasta que se da cuenta de que se le ha nublado la razón y vuelve a prestarme atención—. Hemos comenzado con mal pie.

—Querrá decir mintiéndome. —Consigo que se calle con mi frase y me mira durante unos segundos, analizándome; supongo que está intentando averiguar hasta dónde puedo llegar... y juego con una baza: no me conoce—. No utilice eufemismos; conmigo, no.

—Mi hijo te habrá contado su versión, que obviamente es la de un niño que se sintió abandonado. Ahora quiero que conozcas la mía y, sobre todo, que me ayudes a acercarme a él.

—¿Todo esto lo ha montado para acercarse a Sean? Si es así, déjeme decirle que se ha equivocado de camino.

—No quiere hablar conmigo.

Su tono de víctima me enfurece y consigo que saque mi lado más insensible y frío; no me importa soltar la cruda realidad.

—Usted lo maltrató, ¿qué esperaba?

—Perdí los nervios una vez —responde en un suspiro, haciendo un esfuerzo por controlar su mal humor.

—¿Sólo una? Si se quiere engañar a sí mismo, está bien. —Me mira directamente; sabe muy bien que sé de lo que hablo, y Charlotte niega con la cabeza, muy enojada. Si no le gusta lo que le estoy diciendo al vejestorio de su marido, que se largue—. Para empezar a hacer bien las cosas, debería ser sincero.

—Cuando me cabreo, no reacciono como debería, y no me enorgullezco de ello. Cometí muchos errores, pero los estoy compensando. Sus hermanos me han perdonado, están a mi lado.

—A Sean no lo va a poder comprar. —Imagino cómo ha conseguido que Elijah y Natalie hayan restablecido su relación con él—. Él sabe muy bien lo que no quiere en su vida, y una de esas cosas es usted.

—Por eso te necesito... Ahora es cuando más precisa de mi ayuda. Ha perdido una pierna... Cuando vi su imagen en la pantalla...

—Veo que ha visto las noticias.

Me duele que por mi culpa todo el mundo se haya enterado de lo que le ha ocurrido, pero estoy convencida de que él ya lo sabía, seguro que, con su poder, se lo contaron todo cuando fue a verlo al hospital... así que lo único que pretende con esa frase es hacerme sentir mal.

—Debe de estar hundido, lo conozco muy bien.

Se pone de pie y se acerca a mí, pero retrocedo; no quiero que me toque.

—Se confunde. Sean está bien. Llevar una prótesis no le va a destruir la vida; eso lo tenemos claro, los dos. —Levanto dos dedos al decir la última palabra y los mira simulando estar apenado.

—A partir de que lo dejé en el internado, cambió. Los profesores del centro no supieron cómo guiarlo. Sé que, cuando se siente perdido, necesita a alguien que le muestre el camino.

—Para eso ya estoy yo —respondo con rabia—. Usted sólo despierta en él dolor y oscuridad, y eso es lo último que le hace falta.

«De verdad, si me has hecho firmar ese estúpido contrato para acercarte a él a través de mí, no tienes nada que hacer. Deberíamos terminar con esto.»

—Tienes razón. Si mi hijo te ha elegido es porque eres la mejor, de eso no me cabe duda. Tiene buen ojo con la gente, igual que con los negocios.

—En eso me parece que es mucho mejor que usted, a juzgar por lo que veo y por cómo les irá a ambos a corto plazo.

Acabo de meterme con Charlotte, aunque indirectamente, y de recordarle sibilinamente que la energía revolucionaria sigue siendo una amenaza para él. Como es lógico, no le está gustando nada lo que le estoy diciendo, y en otras circunstancias me hubiese callado, pero no puedo; con él, no. Está acostumbrado a que todo el mundo lo alabe o se acobarde, pero yo sé todo lo que le ha hecho a su familia y, por tanto, no merece mi respeto.

—Podría haberle parado los pies y no he querido.

—Eso sería muy bonito por su parte de ser cierto, pero no me lo creo; es más, juraría que lo ha intentado empleando todos los medios a su alcance, que no son pocos, pero sin éxito.

—Eres una niñata que no sabe nada. ¿Crees que las compañías ganan su dinero con estúpidas formaciones a sus empleados? —Me cruzo de brazos, esperando a que continúe con su discurso arcaico y primitivo al que me tienen acostumbrada, pues eso opinan otros muchos con el mismo estatus y posición directiva que él—. El dinero se obtiene arriesgando todo lo que uno tiene, también la propia vida.

—¿Incluso a los hijos?

—Sí.

Por fin se desenmascara y sonrío, satisfecha por ello.

—Se confunde de persona: yo jamás ayudaría a alguien como usted.

Me acerco hasta quedar a pocos centímetros de él, para que vea que no me amilana.

—Tienes un contrato que te obliga —escupe, vanidoso, y por su expresión socarrona cree que, como siempre, se va a salir con la suya.

—Puede darlo por finiquitado.

—Tú misma, estaré encantado de recibir tu cheque.

Intenta acariciarme la cara mirándome fijamente a los ojos, pero me aparto de inmediato para que no lo logre. Tendría que ducharme con lejía si lo hiciera.

—Ni lo sueñe —le espeto, y me doy media vuelta para salir... cuando sus palabras me detienen.

—Mi hijo siempre ha tenido muy buen gusto, lástima que no sepa disfrutarlo.

Capítulo 19

Me está provocando, pero no lo va a conseguir, al igual que no me va a retener en esta maldita empresa. No sé qué va a ser de mi futuro, ni tan siquiera cómo voy a hacer frente a esa deuda millonaria que van a reclamarme por los tribunales, pero lo que sí sé es que venir ha sido un error y no pienso seguir en él.

Me dirijo con paso rápido a la sala y aprovecho que no hay nadie para guardar todas mis cosas en el maletín. Cuando me dispongo a marcharme, veo a Charlotte, que está en medio de la puerta, obstaculizando mi salida.

—Apártate de mi camino o te saco a patadas.

—¿A dónde crees que vas? —replica, y se me escapa una carcajada. Creo que no he sido lo suficientemente clara para ella.

—No estoy dispuesta a continuar con esta pantomima. ¿Quieres formar a tus empleados? Hazlo tú. —Justo en el momento en que lo digo, aparecen los trabajadores, que se quedan paralizados porque nos han oído—. Chicos, Charlotte seguirá las sesiones con vosotros. Ha sido un placer, pero me tengo que ir.

—Te arrepentirás de esto, me voy a encargar personalmente de ello —me amenaza.

—Te estaré esperando.

Tras decir esto, me doy media vuelta, sintiéndome de maravilla por haber sido capaz de terminar lo que no debería haber comenzado jamás. Puede que un día de éstos aparezca su séquito de abogados por mi casa, que me quiten mis escasos bienes, incluso que tenga que vivir bajo un puente y endeudada para toda la vida, pero cualquiera de esas cosas será mejor que traicionar mis principios. Ésos nadie me los puede quitar, ni la gran familia Collins, y de eso me he dado cuenta hoy.

Bajo por la escalera, pues no pienso detenerme ante nada, llego a la salida y, ya en la calle, lleno de aire mis pulmones, experimentando un alivio que me hace sonreír de oreja a oreja, tanto que me alejo de ese edificio caminando sin dirección alguna, simplemente paseando y observando los colores de la ciudad que siempre me ha recibido tan bien.

Estoy andando cuando mi teléfono suena y, al mirar la pantalla, veo que es Owen.

—¡Hola! ¿Cómo va uno de mis novios favoritos?

—¡Qué alegre te oigo! Veo que las malas lenguas tenían razón... —No entiendo a lo que se refiere y supongo que mi silencio responde por mí—. Has visto a Sean.

—Sí...

—Hummm... Ése no era el tono que esperaba.

—Con él todo sigue igual. ¿Ha ido a Cote Solutions?

Tengo la remota esperanza de que así sea, lo que significaría que se ha dado cuenta de que esconderse no es la solución.

—No, ha hablado con Jeff; tenía revisión en el hospital. —Ahora entiendo por qué, cuando le he preguntado si iba a trabajar a la empresa, me ha contestado con un no tan rotundo. No quería

decirme a dónde iba para que no intentara acompañarlo. Cómo no, Sean ha vuelto a dejarme aparte, sin darme la oportunidad de tratar de ayudarlo—. Le ha explicado que habíais ido a la comisaría, y por eso me sorprende oírte tan contenta. ¿A qué se debe esa alegría?

—He mandado a la mierda a Collins —respondo, más orgullosa de mí que nunca.

—Pero...

—No hay pero que valga. —No le dejo terminar la frase, porque no quiero réplicas. He hecho lo que tendría que haber hecho desde un principio—. No hace ni cinco minutos que le he dicho que no pienso volver, y me siento liberada.

—Te van a arruinar de por vida..., lo sabes, ¿verdad?

—Que lo hagan.

—Ave, ¡estás chiflada! —exclama, y comienza a reírse, y me contagia a mí, ya que, efectivamente, lo estoy, pero no van a lograr que viva con miedo.

—¿Conoces alguna isla desierta donde no me puedan encontrar? —bromeo, procurando restarle importancia al asunto.

—Pues ahora que lo dices...

Parece mentira que no haya pillado que estoy de cachondeo.

—Cállate, no pienso esconderme de nadie. Es más, tengo tanto tiempo libre por las tardes que las voy a dedicar a cuidarme. Para empezar, tengo que estar perfecta para una boda que se celebra este próximo sábado.

—¡No me lo recuerdes! Vaya locura hemos cometido... Aún no está todo listo, y Jeff tiene trabajo como para parar un tren y no me está ayudando todo lo que le gustaría. En fin, cuídate y nos vemos el sábado, dudo que podamos quedar antes.

—Llega vivo a la ceremonia, por favor —le pido, y se me escapa una sonrisa, consciente de la de cosas que tiene encima.

—Eso no lo dudes; llevo demasiado tiempo imaginando mi vida a su lado, ahora nada va a poder evitarlo.

—Te quiero.

—Y yo.

Termina la llamada y, feliz, continúo paseando. No me puedo creer que sea libre. Me encantaría compartirlo con Sean, que supiera lo que he sido capaz de hacer sin su ayuda, pero no puedo decir que esta mañana me haya recibido con los brazos abiertos, así que aparco esa idea y sigo caminando hasta la primera parada de autobús. De pronto, me llega un mensaje de Zoé.

Ya puedes ir haciendo las maletas. El lunes ya es tuyo. Me encargaré de que tengas lo imprescindible. Te quiero.

Hoy está siendo un día muy positivo. Al final terminaré borracha, celebrando todas las buenas noticias... aunque sola no me apetece hacerlo, y Andrew no me va a dejar entrar a su local ni aunque lo soborne con la promesa del mejor polvo del mundo. Me quedó muy claro que no quiere que vuelva, al menos a escondidas. Respondo al mensaje de mi amiga mientras espero que llegue el siguiente bus.

Gracias por todo. El lunes empezaré una nueva vida.

Tras entrar por la puerta de casa, me quedo parada observándolo todo. No me voy a llevar los muebles, sólo la ropa y lo que me sea imprescindible. Este piso lo dejaré tal y como está, porque

nunca se sabe lo que me deparará el futuro.

Sostengo entre las manos unas cajas de cartón que he comprado antes de subir a casa y las dejo sobre la mesa de madera del comedor. De esta planta sólo me llevaré unas cuantas cosas de la cocina. Sin pensármelo demasiado, monto la caja y la cierro con precinto, para colocar dentro platos y vasos... hasta que me doy cuenta de que es una tontería lo que estoy haciendo.

Doy media vuelta y me dirijo hasta el maletín que había dejado en el comedor y saco mi ordenador, para encenderlo y comenzar de cero por completo. Abro la web de una tienda *online* que siempre me ha gustado mucho y me pongo a buscar vasos, platos, ollas, sábanas... y cuando creo que tengo todo lo que necesito para mi nuevo hogar, lo compro y pido que me lo lleven allí el lunes por la mañana.

Luego me dispongo a comprar el billete de avión para el domingo por la tarde. Ya miré horarios y precios hace poco, pero no me decidí por ninguno. Había uno que llegaba a Quebec sobre medianoche, un poco más tarde de lo que me gustaría, pero ya no lo veo. Antes de comprar el pasaje, pienso en Zoé; estaría muy bien que viajáramos juntas. Seguro que regresa el domingo por la tarde, cuando ya haya superado la resaca.

—Hola —la saludo, emocionada.

—Hola, amor.

—¿A qué hora vuelves el domingo? —inquiero con entusiasmo, y es que me apetece mucho cambiar de aires—. Estoy mirando los vuelos.

—Pues... déjame ver. —Conforme habla conmigo, oigo cómo teclea, así que deduzco que la he pillado delante del ordenador—. Reservé uno que no es directo, pues no había; hago escala en Montreal, y sale a la una y...

—Media —termino por ella.

—Sí, ése.

—Pues cojo el mismo y regresamos juntas —le anuncio mientras hago la reserva.

—Perfecto.

—Me hace ilusión que volvamos a estar juntas, en la misma ciudad —confieso, y me guardo para mí que prefiero no pensar en lo que dejo aquí... o creo que no seré lo bastante valiente como para irme—. No se lo digas a mis padres; se lo contaré en persona, igual que a mi hermano.

—Está invitado a la boda, ¿no? —Lógicamente, se refiere a mi hermano.

—Sí, y vendrá acompañado... —Me hago la interesante y Zoé no puede reprimir su curiosidad.

—¿Quién es la afortunada?

—Mei. —Zoé se queda unos segundos en silencio—. Es muy buena niña, además de inteligente... y también guapísima; me alegro por él —comento, recordándola. La última vez que la vi era una cría, tanto que mi hermano no se hubiera fijado en ella.

—¿Eso te afecta? ¿Tú estás bien?

—Después de tanto tiempo he aprendido a vivir sin ella, así que... sí, y me siento muy feliz por él, parece que al fin va a sentar la cabeza.

—Liam tiene buen gusto.

—¿Acaso lo dudabas?

—No. —Se le escapa una carcajada que me parece algo sospechosa y prefiero no preguntar; no quiero la confirmación, aunque intuyo que en algún momento mi hermano y ella...—. Y me encantará verlo feliz, se lo merece.

—Espero que sea la última de su hasta ahora interminable lista —casi ruego mirando al cielo para que así sea.

Seguro que mi madre dejará de disgustarse cada vez que le dice que ya lo ha dejado con la novia. Ella no entiende que ahora las cosas funcionan de otra manera, quizá más complicada.

—Eso no lo tengo tan claro... —apuntilla, y espero que se equivoque, la verdad.

—Bueno, voy a seguir organizando mi nueva vida. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Suerte con ello.

Nos despedimos y vuelvo a mirar las fotos del ático que voy a alquilar. Me fijo en el salón... es nuevo y también precioso, pero no es éste. Miro a mi alrededor y lo veo todo tan cálido y acogedor que siento que es mi hogar; sin embargo, no me entristezco, pues sé que puedo decorar el otro de forma que también lo sienta mío.

Pienso en la ropa y asumo que no me la puedo llevar toda de golpe el domingo. Deberé empaquetarla y mandarla a Quebec. De eso me encargaré mañana, ahora voy a hacerme algo de cena y luego descansaré un poco; ha sido un día emocionalmente duro y los que me quedan aquí no creo que vayan a ser distintos.

Capítulo 20

Vuelvo a mirarme al espejo y vuelvo a sorprenderme de lo bonito que es este vestido. Acaricio la tela de la falda y me doy media vuelta para ver la espalda en el reflejo.

—Estás preciosa —me halaga Zoé, a quien veo a través del espejo.

Ella ya está lista para salir, con su vestido azul turquesa de corte sirena que le realza la figura.

—Tú también. Y ahora debemos irnos; como no lo hacemos ya, nos van a tener que esperar los novios a nosotras para casarse.

—Es verdad, se nos está haciendo muy tarde.

Salgo del vestidor a toda prisa, agarrándome la falda para no caerme, y bajamos la escalera para salir de mi apartamento, que está lleno de cajas cerradas. Contienen ropa, y mañana por la tarde, a pesar de ser domingo, las pasarán a recoger para llevárselas hacia mi nueva casa al otro lado del país. Ayer por la noche firmé todos los papeles de alquiler, en cuanto llegó Zoé, así que estoy preparada para coger mañana el vuelo que cambiará mi vida.

Oigo su voz, en tono apremiante, y consigue arrancarme de este momento sentimental en el que estaba sumida, así que me obligo a hacerle caso. Cojo las llaves y cierro la puerta para seguirla hasta meterme con ella en el ascensor; esta vez no es factible bajar por la escalera, demasiada tela y tacón... No hay que correr un riesgo innecesario de caernos por el camino.

Justo en la puerta nos espera un taxi que hemos pedido horas atrás, sabiendo que iríamos con el tiempo justo.

—¿Crees que irá? —me pregunta Zoé en cuanto el coche comienza a circular, y sé perfectamente de quién habla.

Desde que pisó mi *loft* ayer no ha sacado el tema, ni tan siquiera cuando firmé el contrato de alquiler del ático. Respetó el duelo que suponía que estaba sintiendo y, aunque no he podido dejar de pensar en él y he estado tentada en más de una ocasión de enviarle un mensaje, no lo he hecho.

—No lo sé —le contesto, y soy totalmente franca. No tengo ni idea de si se presentará o no. ¡Ojalá lo haga!, pero lo dudo mucho.

—Te vas mañana. ¿A qué esperas para contárselo? —No le respondo porque sé que estoy siendo una cobarde, y desde anoche pienso que, en el fondo, lo estoy abandonando cuando más necesita que esté a su lado, pero ya no hay marcha atrás—. No lo vas a hacer, ¿no es así?

—Es complicado.

—Eso es una excusa, merece saber que te vas.

Parece que los papeles se han intercambiado, pues ahora es mi amiga la que se ha convertido en mi voz de la conciencia, esa que me aconseja y yo intento no oír.

—Él me pidió que le diera espacio, afirmó que necesitaba estar solo, así que no debe importarle lo que haga con mi vida.

—No es lo mismo, si quiere verte o hablar contigo, coger el coche y plantarse en tu casa a tener que subirse a un avión para ir buscarte, y más todavía si desconoce que es así —me responde, resignada, sabiendo que no está consiguiendo nada de lo que intenta.

—Ése no creo que sea un problema para él.

No lo es. Puede coger todos los aviones que quiera sin ni siquiera preocuparse por el precio del billete... o puede volar en su jet privado.

—No te lo puedo negar, pero creo que deberías decírselo, aunque, ¿sabes qué? —la miro sin comprender lo que quiere cuando me coge la mano y la agarra con fuerza—, hoy vamos a disfrutar de verdad, a beber como locas y a pasarlo bien, que creo que hace mucho, demasiado, que no lo hacemos juntas. ¿Qué te parece?

—Por favor, lo necesito.

—Pues no se diga más.

Por fin llegamos al hotel donde se va a celebrar la ceremonia y el banquete. Justo en la puerta, mirando el reloj y sonriendo muy acaramelado a Mei, está mi hermano. Sin que él sea consciente de ello, lo analizo y descubro lo mucho que le gusta su acompañante. Zoé, que me ve mirando muy atenta, también lo hace y sonrío al descubrirlos allí.

—Es una pena, podría haber sido un buen marido.

—¿Mi hermano y tú? Ni de coña.

—Es broma, vamos. —Le pagamos la carrera al taxista, bajamos del vehículo y llegamos a ellos cogidas de la mano—. Buenas noches, Liam. —Zoé es la primera que lo saluda, y él, al oír su voz, se gira sorprendido, hasta que me ve a su lado y esboza una sonrisa.

—¡Ave! —Me abraza, rodeándome con todas sus fuerzas; parece que tenía muchas ganas de verme—. ¿Cómo estás, hermanita? Ya veo que muy bien. —Me mira de arriba abajo y silba para constatar lo guapa que estoy. Luego se echa a un lado—. Ya conoces a Mei.

—Pero qué guapa estás. La última vez que te vi eras una cría. —Tiene los mismos ojos que Jia; a decir verdad, se parece tanto a ella que, aunque intente disimularlo, algo en mi interior se desgarrar y llora. Lloro porque mi mejor amiga ya no está a mi lado y, aunque Mei no tiene la culpa, verla despierta en mí sentimientos encontrados.

—Me alegra volver a verte.

—Chicos, tenemos que entrar ya —nos interrumpe Zoé, porque ve que llega Jeff en el coche y todos lo miramos, felices—. Será mejor que subamos antes que él.

Mi hermano agarra de la mano a su chica y yo los miro desde unos pasos atrás. Esperamos a que llegue Jeff y, cuando se pone a nuestro lado, le doy un abrazo.

—Estás más guapo que en nuestra boda —bromeo para arrancarle una sonrisa, y lo consigo. Está muy nervioso, más de lo que lo había visto nunca, y eso me hace reír—. ¿Subimos? —Le ofrezco mi brazo y él, dichoso, lo agarra con ímpetu para subir con nosotros hasta el ático, donde tendrá lugar la ceremonia. Owen vendrá diez minutos más tarde, acompañado de su hermana.

Ayer por la noche me enteré de que sus padres tampoco iban a asistir, pero no porque estuvieran en contra de este matrimonio, que no lo están, sino porque hace un par de días tuvieron que intervenir de urgencia a su madre por una peritonitis. Todo ha ido bien y está fuera de peligro, pero lógicamente no puede acudir, y su padre se ha quedado con ella; en cambio, la hermana de Owen está aquí.

Por tanto, será una noche mágica de amigos de verdad.

Mi hermano, Mei y Zoé se colocan en sus sitios y yo espero fuera unos minutos con Jeff antes de entrar. Le coloco bien el pañuelo que se ha puesto en el bolsillo de la americana y me doy cuenta de que su chaleco es del mismo estampado que el traje de Owen. Marc lo ha orquestado todo, seguramente sin que ellos lo sepan. Jeff lleva un traje más formal, pero perfecto para ir conjuntado con el otro novio, que muy pronto estará con nosotros y se quedará alucinado al verlo.

—¿Por qué estoy tan nervioso? Cuando nos casamos tú y yo, no lo estaba.

—Hoy es diferente, te casas por amor de verdad, de ese que no quieres que se termine jamás.

—Asiente con un movimiento de cabeza y mira al interior del salón, donde la música ya suena y todos aguardan, expectantes, a que entremos—. ¿Listo?

—Sí, más que nunca.

Con paso lento y seguro, agarrado de mi brazo, avanzamos por el pasillo central hasta llegar a un altar precioso, iluminado por una luz tenue y todo decorado con telas blancas. Los presentes nos miran sonrientes y yo aprieto el antebrazo de Jeff con la mano para que sepa que no está solo, que siempre estaré sujetándolo cuando lo necesite. Sin apenas darnos cuenta, llegamos al altar, donde aguardamos a que lleguen Owen y su hermana.

Miro a todos los invitados; a la mayoría de ellos los conozco, porque son empleados de Cote Solutions, ya que son parte de sus vidas y todos ellos se alegran de que hayan dado el paso de casarse... aunque falta una persona, y por ello no dejo de mirar hacia la entrada del salón, con la esperanza de verlo aparecer, aunque algo en mi interior me indica que no va a venir. No veré cómo le queda el traje que elegí para él, ni me dirá que mi nota lo ha hecho reaccionar y que tengo razón en cuanto a que debe comenzar a vivir de nuevo.

Ayer llamé a Sawyer, lo informé de mis planes y me prometió que no se lo contaría. Él también me aconsejó que hablara con él antes de irme... y la verdad es que quería hacerlo aquí, con la esperanza de que la alegría del resto de las personas nos contagiara, pero parece que no va a ser posible.

La música empieza a sonar y Jeff se yergue al ver aparecer a Owen. Está radiante..., más que eso, su sonrisa embauca a todo el que lo mira, dejando una estela de felicidad a su paso.

—Os quiero mucho —les digo cuando Owen llega hasta Jeff y le da la mano para guiarlo hasta ponerse frente a él, y ambos me abrazan y me dan un beso, cada uno en una mejilla. Entonces me separo y, entre lágrimas de dicha, me siento en la primera fila junto a Zoé, que al igual que yo no puede retener las suyas. Mi hermano me ofrece un pañuelo, no sin antes mirarme extrañado, y después lo hace hacia la puerta, supongo que buscando a Sean, pero, si es así, no me dice nada.

—Qué bonito, por favor. —Zoé me agarra más fuerte cuando ambos cogen aire para declararse los votos.

—Owen, prometo respetarte, amarte y cuidarte como si no existiera nada más el resto de mi vida. —Lo mira mientras le declara su amor, y le coloca el anillo mientras creo que toda la sala llora, emocionada.

—Jeff Fortin, pienso hacerte feliz en cada uno de los aspectos de tu vida; si no, te prometo que me fustigaré día tras día.

Con sus palabras se gana las risas de todos los asistentes, como acostumbra a hacer, sobre todo cuando vemos que le cuesta ponerle el anillo y Jeff se encarga de hacerlo por él, entre risas nerviosas. Entonces llega el momento esperado, cuando se miran fijamente y, poco a poco, se acercan para sellar su amor con un beso, uno tan anhelado por todos que despierta los vítores y aplausos de los que estamos asistiendo a su enlace.

Owen lo agarra de la mano y comienza a hacernos una reverencia entre risas, y Jeff lo imita, más feliz de lo que lo había visto nunca. Me alegro tanto por ellos...

—¿Dónde está Sean? —Me pregunta mi hermano al oído justo cuando me disponía a dar un abrazo a los novios, y siento un frío recorrer todo mi cuerpo. Lo miro a los ojos y detecto que está intrigado; no soy capaz de sostenerle la mirada, así que aparto la vista hacia la puerta, que está vacía—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —contesto, e intento parecer alegre, pero me conoce muy bien y sabe que no es así.

—Ve a darles la enhorabuena, ya tendremos tiempo de hablar.

Se lo agradezco, porque ahora mismo no quiero pensar en él. La verdad es que es lo último que deseo hacer, porque, si no, sé que no voy a disfrutar de la noche, y Owen y Jeff se merecen estar felices, sin preocuparse en absoluto por mí.

—¡Felicidades!

Ambos me abrazan y hacemos un sándwich que puede que a vista de los demás sea un poco raro, al ser mi exmarido, pero a nosotros no nos importa. Nuestra relación es mucho más que una etiqueta; se basa en el respeto y la confianza, y los papeles de cada uno pueden cambiar de un día para otro, pero no lo que nos queremos y respetamos.

—Sean no va a venir —me dice Jeff muy serio, y lo miro a los ojos, sabedora de que era muy probable que así fuera.

—Lo sé, no pasa nada. Lo importante es que vosotros tengáis la mejor boda del mundo.

—Es idiota por dejar perder a una mujer tan increíble como tú —interviene Owen, consiguiendo que se me salten las lágrimas, Supongo que estoy feliz y triste a partes iguales.

—¿Podemos dejar de hablar de él? —Les señalo al resto de los invitados, que esperan a mi espalda, y ellos me acarician el brazo para después atender a las personas que se acercan a felicitarlos.

Los camareros comienzan a servir copas de champán y a poner comida en las mesas altas de la terraza.

—¿Brindamos? —Zoé, que sabe muy bien lo que me ocurre, me lleva agarrada del brazo hasta el exterior, donde respiro aire fresco y luego cojo la copa que me ofrece—. Por la boda más bonita y romántica a la que hemos asistido.

—Por ellos.

Chocamos nuestras copas y damos un trago.

—Si quieres que tu hermanito te deje tranquila, sonrío. No para de mirarte y así no vamos a poder emborracharnos como Dios manda.

Me giro y veo sus ojos clavados en mí, al tiempo que rodea por la cintura a Mei, que no sabe nada de lo que está pasando.

Le hago un gesto para que se acerque y asiente, guiando a Mei de la mano hasta que llegan y Zoé y yo les ofrecemos unas copas para que se unan al brindis.

—Ha sido una ceremonia preciosa —comento, y Mei asiente muy sonriente.

Supongo que toda mujer, cuando asiste a una boda con su chico, se imagina cómo será la suya, y eso le está pasando a ella, que mira a mi hermano con ese brillo en los ojos que la delata.

—Se quieren de verdad —responde Liam, moviendo la cabeza de arriba abajo, aun incrédulo por la relación de Jeff y Owen.

—Mucho —interviene Zoé, que no deja de mirarlos.

Aún siguen en el salón, dejándose felicitar y abrazar por las personas que más quieren. Muchas de ellas ya han salido con nosotros a la terraza, para esperar a que aparezcan y así comenzar el aperitivo que han preparado previo a la cena que disfrutaremos.

* * *

—¿Nos hacemos una foto? —oigo la voz de Owen, y me giro para recibirlo encantada. Jeff se

acerca para posar con el grupo y todos sonreímos para la fotografía que nos inmortaliza—. Tengo un hambre... —suelta como si nada cuando se va el fotógrafo, y lo miramos, extrañados—. No he comido nada en todo el día; estaba de los nervios.

—No os imagináis lo que ha sido soportarlo —comenta su hermana, que aparece de pronto.

—No exageres, hermanita.

—¿Os podéis creer que pensaba que no entraría en el traje? Como si fuera posible engordar diez kilos al momento.

Comenzamos a reír porque lo conocemos muy bien y sabemos que es verdad.

—Este jamón está buenísimo. —Nos habla con la boca llena

Nos acercamos para degustarlo; sólo he comido jamón en momentos puntuales de mi vida porque no es típico de aquí, pero Owen, aunque no tiene familia en Europa, siempre que puede lo compra importado.

—¿Un brindis por los novios?

El camarero que está a nuestro lado se encarga de volver a llenarnos las copas y las levantamos al aire.

—¡Por el amor! —grita Owen.

—¡Y por los amigos de verdad! —continúa Zoé, y todos chocamos nuestras copas unas contra otras antes de dar un sorbo, aunque yo me la bebo de golpe.

Me apetece divertirme, necesito beberme un par más para olvidarme de todo y disfrutar de la boda tal y como merecen mis amigos.

Jeff y Owen nos piden disculpas y se alejan de nosotros para seguir saludando a los invitados y haciéndose fotos. Nosotros continuamos conversando de cualquier cosa que se nos ocurre hasta que nos piden que nos sentemos a nuestra mesa.

Es de diez personas, la mayoría de ellas de la empresa, por lo que me conocen muy bien. Por suerte no han invitado a Rosalie; la verdad es que sería a la última persona a la que me apetecería ver hoy. Sin embargo, lejos de estar relajada, analizo a cada uno de los directores de departamento, en busca de una señal que me indique quién puede ser el topo de Cote Solutions.

Sean me lo confesó, alguien de su confianza está ayudando a que nos hagan daño, y, ahora mismo, muchos de los potenciales culpables están sentados a mi lado, comiendo tranquilamente; el traidor malnacido ni siquiera tiene idea de que sé la verdad. Debo decir que ninguno de los presentes parece estar nervioso por mi presencia; al contrario, están tan a gusto que incluso bromean conmigo como si nada.

—¿Alguno que valga la pena?

Me giro para mirar a los ojos a Zoé, desaprobando su comentario, porque creo que está fuera de lugar.

—¿Un irlandés pelirrojo que está de infarto? —Entorna los ojos, molesta por aguarle la fiesta—. No te entiendo, deberías luchar un poco más por él.

—¿Por quién... si se puede saber?

—Hermanito, esto son cosas que no te conciernen.

Le guiño un ojo y Zoé se ríe a carcajadas mientras coge sus cubiertos para comer el pescado que nos acaban de servir.

—¿Tampoco me concierne saber por qué tu novio te ha dejado sola?

Miro al resto de las personas que hay en la mesa y parece que, afortunadamente para mí, nadie se ha enterado del comentario de mi hermano.

—Todos nuestros acompañantes son de la empresa; por favor, después hablamos. —Mi voz

suenan a súplicas.

—Ave...

¡Mierda, no se va a dar por vencido! Liam quiere saber más, y no va a parar hasta que le confiese la verdad.

—Lo hemos dejado —ser tan directa lo ha dejado mudo, y en el fondo me alegro por ello—, así que vamos a disfrutar de la velada. Quién sabe si no hay algún hombre por aquí para mí...

Me da que no se ha creído mis palabras, y no lo culpo, no han sonado nada convincentes, porque, ahora mismo, lo último que quiero es fijarme en alguien que no sea él.

Capítulo 21

Mei lo distrae diciéndole algo al oído y él la contempla, sonriente, olvidándose de mí por completo.

—Este *catering* está de vicio.

Miro a Zoé, pruebo la comida y tengo que darle la razón, está delicioso. Cenamos tranquilamente mientras Owen y Jeff, medio obligados, se besan cada vez que algún invitado grita «viva los novios»; se los ve más que felices.

Sin apenas darnos cuenta ya nos hemos terminado la tarta y estamos en la pista de baile. Hacía tanto que no desconectaba del mundo que por fin me lo estoy pasando bien. Sigo los pasos de algunos de los directivos de Cote Solutions que resultan ser unos bailarines increíbles. Eso por no mencionar a los novios, que lo están dando todo desde que han abierto el baile con un tango de lo más divertido; ha sido más bien una broma que un baile en condiciones, y apuesto a que la idea ha partido de Owen; sin duda, un acierto.

Con todo, debo reconocer que, cada vez que alguien me agarra de la cintura para formar pareja de baile, inconscientemente miro a mi alrededor por si él nos está viendo y se va a enfadar conmigo. Me imagino que, si hubiera venido, no se hubiese apartado de mí para evitar que me pusieran un dedo encima. Seguro que me estaría retando con la mirada y ambos terminaríamos escondiéndonos en cualquier rincón para dejarnos llevar. Si no hubiese ocurrido el accidente, seguro que todo eso podría haber pasado... pero todo ha cambiado tanto que creo que esos momentos no se volverán a repetir jamás.

—¿Y esa cara, hermanita? ¿Ya estás cansada? —Me coge de la mano, justo cuando comienza un *rock and roll*, y sigo sus pasos, sonriente. Hacía siglos que no bailaba con él; creo que la última vez fue en mi boda con Jeff... así que hemos tenido que esperar a su segundo casamiento para hacerlo.

—¿Cansada? Tú no me conoces.

—Así me gusta. —Me gira sobre mí misma y, cuando creo que me voy a caer redonda al suelo, me coge entre sus brazos y grita entusiasmado, elevándome por los aires y dejándome caer luego entre sus piernas—. No has perdido facultades.

—Tú tampoco.

Cuando termina la canción, camino agarrada a su cintura hasta la barra del fondo, donde pedimos un chupito y nos lo bebemos de un trago.

—Te he echado mucho de menos, me encanta estar contigo —le confieso. Estar en esta ciudad ha sido increíble, pero también duro, porque he tenido que estar lejos de mi familia y los he añorado mucho más de lo que creen—, aunque ahora mismo hay una chica asiática preciosa esperándote.

Liam se gira para mirarla y la invita a acercarse.

—Así que lo habéis dejado —comenta. No me mira, tiene los ojos fijos en su novia, que se acerca, sonriente.

—El accidente lo ha cambiado todo. —Me encojo de hombros.

—Pues es un idiota, se arrepentirá de haberte perdido.

—Él sabrá.

No me responde porque, en cuanto llega Mei, se lanza a besarla con total descaro y yo me aparto sigilosamente para volver a la pista, donde Zoé está bailando muy acaramelada con uno de los directores de departamento.

No pierdo oportunidad, no me lo puedo creer. Sigo el ritmo de la música junto a la hermana de Owen, que está dándole todo. Me anima a seguirla y lo hago encantada. Agotada y con un dolor de pies que me está matando, termino sentándome a la mesa y, poco después, aparece Zoé.

—Tengo plan. —Me muestra su teléfono—. ¿Te vienes al Alternative?

En ese momento recuerdo a Sean diciéndole a Andrew que tenía el acceso prohibido y, aunque intentar entrar en el club podría resultar ser una buena provocación para empujarlo a salir de su agujero y que viniera a buscarme, declino la invitación porque estoy agotada y al día siguiente vienen los de la empresa de mudanza a recoger todas mis cajas y quiero estar presentable, no con una resaca de esas que no te dejan ni abrir los ojos.

—Creo que mejor me voy a casa.

—¿En serio? ¿Dónde está mi amiga?, ¿qué has hecho con ella? —Me río; la Ave que vivía en Quebec no era para nada la que tiene ahora delante—. ¿Estás segura?

—Lo estoy. Cogeré un taxi y me iré a mi camita.

—¿Entre las cajas? —Pone cara de horror—. Te veo mañana; buscaré una cama calentita y sin polvo alrededor.

—No pierdas el vuelo o me iré sin ti.

—¿A dónde te vas? —oigo la voz de mi hermano y noto su mano en el respaldo de mi silla.

—Me mudo a Quebec. Mañana.

Levanta las cejas, sorprendido.

—¿Y pensabas decírmelo...?

—Cuando llegara. Zoé me ha conseguido una ganga y he alquilado un ático; ya lo he organizado todo. —Supongo que la ingesta de alcohol ayuda a que hable como si nada, como si habérselo escondido fuese lo más normal del mundo—. ¡No me mires así!

—¿Y tu trabajo?

—Comenzaré de cero.

¡Como si fuera tan fácil!

—¿Y Jeff?

—Tiene a Owen, no me necesitan.

No parece que lo esté calmando, aunque lo que más me extraña es que no esté dando saltos de alegría por mi regreso; al contrario, parece que no le guste mi idea de volver a casa.

—Huyes de él —me advierte, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué dices? No huyo de nadie. Es sólo que aquí me siento sola; echo de menos a papá y mamá, a mis amigos de la infancia, a ti...

—Si tú lo dices... —Le agarro la mano y me pongo de pie para mirarlo a los ojos—. No pretendas engañarme.

—No quiere que esté a su lado y, por tanto, ya no pinto nada aquí —confieso al fin, y me estrecha contra su cuerpo con fuerza—. Necesito aire y aquí no lo encuentro.

—Puedes contar conmigo, ahora estaremos cerca... —me levanta el mentón y asiento; suena muy bien, la verdad—... así que no vas a volver a sentirte sola.

—¿A qué zona te mudas? —me pregunta Mei. Sabe lo unidos que estamos y está muy feliz por él.

—Va a ser mi vecina —anuncia Zoé con una risa floja que denota que está demasiado contenta.

—¿En serio? —Mi hermano se ríe a carcajadas—. Son unos pisos de lujo. —Entorno los ojos porque de pronto creo saber por qué lo sabe, pero no pienso comentarlo delante de Mei, pues no pretendo herirla—. Estoy cerquita vuestro —añade.

—Sí, es una buena zona.

Liam me abraza con todas sus fuerzas y entonces me doy cuenta de que Jeff está cerca de nosotros y, por su rostro, deduzco que ha estado escuchando la conversación.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Mi hermano se extraña mucho más que antes por el hecho de que no se lo haya contado a Jeff; eso sí que es nuevo. Pocas cosas le he ocultado desde que nos conocemos. La primera fue mi relación con Sean y, ahora, que regreso a mi hogar.

—¡Jeff! —Me acerco a él y el resto de los presentes desaparece para dejarnos solos, para darnos espacio—. No quería preocuparte antes de tu enlace; bastante has tenido ya con la empresa y organizar esto...

—Ave, eso no es excusa para que te vayas sin comentármelo. —Tiene razón, como siempre, y está muy cabreado. Últimamente no dejo de meter la pata una y otra vez—. Supongo que él tampoco lo sabe, ¿no? He hablado esta mañana con Sean y no me ha dicho nada.

—Al menos contigo habla.

—No puedes desaparecer sin más. Te queremos mucho, él también, aunque ahora no esté en su mejor momento. Debes comprender que necesita tiempo para asumirlo todo.

—Es lo que le estoy dando, pero aquí ya no me siento bien. —Lo agarro de las manos para detener que se gire y se vaya, consiguiendo que me mire a los ojos—. Os merecéis ser felices, sin tener que estar pendientes de mí continuamente. El miércoles decidí cancelar mi contrato con Collins y ayer finalicé las sesiones en la empresa de Román; es hora de comenzar de nuevo.

—Me has pillado por sorpresa —suspira, intentando comprenderme—. Te entiendo, pero me duele que te vayas.

—Volveré, puedo hacerlo cuando quiera. Y vosotros podéis venir a mi casa.

Intento transmitirle que nada va a cambiar, que ésa no es mi intención. Son mis mejores amigos y quiero estar en su vida, al igual que quiero que sean parte de la mía.

—Lo sé... Lo siento; si es lo que quieres, no soy nadie para impedirte.

—Gracias.

Me lanzo a sus brazos y Jeff me alza del suelo al ritmo de la música, llevándome consigo hasta la pista de baile, donde Owen me recibe haciéndome una reverencia y bailamos los tres hasta terminar riéndonos y sentados en unas sillas, exhaustos.

—Me estoy haciendo mayor —comenta Owen, y suelta una risotada mirando a nuestro alrededor; apenas queda nadie. Zoé se ha ido hace un rato a ver a Andrew, y mi hermano y Mei poco después han bajado a la habitación que tenían reservada—. ¿Qué vas a hacer ahora? —Owen achina los ojos lascivamente y Jeff rompe a reír a carcajadas, mirándome.

—¿Como despedida? —Jeff no se corta; supongo que todos estamos un poco perjudicados.

—¿A qué te refieres? —le pregunta Owen, pero Jeff no me quita los ojos de encima—. ¿Despedida de que no nos acostaremos más con ella?

—De que se va a vivir a Quebec —suelta a bocajarro.

No deja de retarme con la mirada; lo conozco muy bien y sé lo que quiere ahora mismo.

—¿Perdona? ¿Cómo? Me queréis hacer caso los dos y dejar de comeros con la vista sin que yo participe. —Asiento con la cabeza, confirmándole que lo que Jeff ha dicho es verdad, y Owen abre los ojos como platos—. ¿Te vas? ¿Por Sean?

Asiento de nuevo, siendo sincera con mis amigos y conmigo misma.

—Entonces, ¿te apetece? —Jeff sigue tentándome como les hacía yo a ellos hace unos meses. Los dos me miran a los ojos, bajan descaradamente sus ojos a mi escote y veo cómo ambos miembros comienzan a palpar debajo de la tela de sus pantalones. —No tienes que dar explicaciones a nadie.

No puede ser verdad que la primera noche de casados la quieran compartir conmigo.

—Será mejor que me vaya a casa. Mañana tengo muchas cosas que hacer antes de irme.

—¿Estás segura? —insiste Jeff, y miro a Owen para que me ayude a disuadirlo, pero parece que tiene las mismas ganas que él—. ¿No lo echas de menos?

—No.

Francamente, no lo echo de menos. Desde que conocí a Sean y decidí no acostarme más con ellos, no lo he necesitado, aunque no lo crean.

—Si apareciera Sean y te propusiera acostarte con él, sí que te irías, ¿verdad? —Lo imagino sentado en el lugar de Jeff, mirándome del mismo modo, y no soy capaz de responder, porque claro que me iría, no lo dudaría ni un instante.

—Creo que ya es hora de que me vaya y vosotros —los señalo— disfrutéis de la noche de bodas como casados... *solos*. —Recalco la última palabra y ambos se miran y rompen a reír.

—Teníamos que intentarlo —dice Owen mientras se pone de pie; luego le ofrece su mano a Jeff, que la agarra, feliz.

Me dan un beso cada uno y después se despiden de los pocos que aún quedan.

No me puedo creer lo que acaba de ocurrir. Si hubiera dicho que sí, no les hubiera importado compartir su noche de bodas conmigo, y eso es un motivo más para marcharme y dejarles su espacio.

Salgo a la calle y me doy cuenta de que la brisa de la noche es muy fría. Espero en la puerta con la esperanza de que pase un taxi rápido, pero parece que no estoy de suerte, así que camino unos metros para acercarme a la intersección, con la esperanza de que pase uno.

—¿Avery? —oigo mi nombre y me giro para ver de quién se trata.

Es Chris, el guía que contraté para la excursión que hicimos en Cote Solutions. Sean consiguió apartarlo de mí para que no pudiera ligar conmigo.

—¡Hola, Chris!

Lo saludo también con la mano y él se acerca para besarme la mejilla, con lo que me siento un poco incómoda, pero, por educación, no me aparto.

—¡Estás preciosa! —Me mira de arriba abajo, deteniéndose más de la cuenta en el escote, que es bastante pronunciado, mientras me agarra de los brazos y yo espero que termine mientras miro hacia la calzada, con la esperanza de que aparezca un taxi y pueda irme lo antes posible a mi casa—. ¿Qué haces sola a estas horas? ¿Y Sean? —Mira hacia todos lados, buscándolo, y supongo que, por miedo a que esté cerca, me suelta los brazos y da un paso atrás, sin dejar de observarme.

—Estoy esperando...

—Menos mal que estás aquí, pensaba que no llegaba.

Me quedo petrificada, sorprendida al oír su voz. No me puedo creer que esté aquí. Cuando me dispongo a girarme para comprobar con mis propios ojos que no estoy alucinando, me tuerzo un tobillo, a causa de los taconazos que llevo puestos, pierdo el equilibrio y me estampo contra el

suelo. Me duele mucho el tobillo, así que me lo agarro, quejumbrosa. Ambos se agachan para ayudarme y, no sé cómo, algo me cubre la cara... pero lo aparto como puedo e intento incorporarme... y no soy capaz, y no sólo por la torcedura del tobillo y el dolor que siento.

—Avery, ¿estás bien? —oigo la voz de Chris, pero suena muy lejana...

Supongo que el efecto del alcohol ha aparecido de repente, porque no puedo pensar, ni siquiera en el dolor del tobillo.

—Nos tenemos que ir. Vamos...

* * *

Se me cierran los ojos de nuevo, vuelvo a abrirlos y lo veo todo nublado, como borroso. Levanto la cabeza y descubro que estoy tumbada en una cama, pero no es la mía. ¿Dónde estoy? Me siento y miro la habitación. Es un hotel, pero no recuerdo nada, no sé cómo he llegado aquí.

Veo el bolso, que descansa sobre la mesita de noche, y rápidamente cojo el teléfono para saber la hora: las dos del mediodía. Abro la boca, ahogando un grito al ser consciente de que no recuerdo lo que hice anoche. Por más que me esfuerzo, no logro hacerlo... Salí del hotel, caminé hasta la esquina, me encontré con Chris, hablé un poco con él y... nada más.

Voy hasta el baño y me miro al espejo. Me quedo en *shock*. Tengo la nariz cubierta de sangre, morados en ambos brazos y marcas en el cuello como si me hubieran... No puede ser. Cojo el móvil y llamo a Sean, pero suena y suena y no me responde; cuando estoy a punto de finalizar la llamada, oigo su voz.

—¿¡Anoche estuviste conmigo?! —Mi voz es firme; estoy cabreada con él.

—No. —Su contestación es tan rotunda que no puedo evitar jadear. Siento que me falta el aire, que me voy a desmayar de un momento a otro—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —apenas logro articular.

¿Bebí tanto como para hacer una locura de éstas? Vale que cuando era joven alguna noche me desperté sin saber muy bien cómo había llegado, pero... ¿lo he vuelto a hacer?

—Avery, por favor, respira hondo y deja de llorar. ¿Estás en casa?

—No. —Respiro hondo, tal y como me ha pedido—. En un hotel.

—¿El de Owen y Jeff? —Miro el albornoz que cuelga de la pared del baño, justo delante de mí—. ¡Avery, joder, habla! —Le digo el nombre y oigo un golpe—. Necesito el número de habitación.

Me doy la vuelta y veo una tarjeta sobre la mesita de noche, al lado de donde estaba mi bolso, pero no sé si es correcto decírselo... incluso me estoy arrepintiéndome de haberle facilitado el nombre del hotel. No es justo que yo me exceda bebiendo, lo llame para pegarle una bronca porque creía que se había aprovechado de la situación y luego resulte que tiene que venir a socorrerme.

—El número, por favor. —Por cómo habla, es evidente que está cabreado... mucho, a decir verdad, y lo comprendo—. Hugh, tenemos que irnos —oigo que le indica a su hombre de confianza, apartándose el teléfono de la oreja, ya que ha sonado más alejado.

—Mil quinientos...

—No te muevas de ahí.

Me quedo paralizada frente a la cama y me miro los morados. No puedo creer que haya consentido que me hagan esto. Miro por todas partes, suelo incluido, en busca de mi vestido, pero

no doy con él. ¡Joder! No tendría que haberlo llamado... ahora ¿cómo le abro la puerta, desnuda y magullada como estoy?

Capítulo 22

Me he puesto a toda prisa el albornoz que había colgado de la pared del baño, he dado mil vueltas por la habitación, y estoy esperando a que venga Sean, aunque sigo pensando que llamarlo ha sido un error, no debería haberlo hecho; ésa tendría que haber sido mi última opción. Zoé hubiese acudido enseguida en mi ayuda, y además me podría haber traído algo de ropa. No dejo de pensar en cómo narices me voy a ir a mi casa. Aunque lo que más me aterra, además de no acordarme de nada de lo que pasó anoche, es su reacción; sé que debe estar echando humo y verme de esta guisa no va a ayudar mucho.

Lllaman a la puerta, entreabro para ver si es él y, efectivamente, sus ojos, en ese momento oscurecidos, están clavados en los míos y siento ese calor que sólo él despierta en mi interior que recorre cada centímetro de mi piel.

—Hugh, espera aquí, por favor. —Me aparto de la puerta y veo cómo entra a paso lento, con ayuda de las muletas, analizando la estancia. Está intentando saber qué es lo que ha ocurrido y ojalá pudiera decírselo—. ¡Avery! Estás sangrando.

Me llevo la mano a la nariz y me giro para que no me vea, con la intención de ir pitando al baño.

Antes ya me he limpiado la sangre que tenía cuando me he despertado, pero, por lo que parece, ésta continúa saliendo. Me coge del brazo con fuerza para darme media vuelta, y no puedo reprimir un gemido de dolor, así que no lo duda un segundo, me levanta el albornoz y ve un morado enorme en mi brazo.

—¿Quién te ha hecho esto? —Mira mi cuello y entonces se aparta para ni siquiera rozarme—. ¡¡Avery!! —grita con toda su rabia y, dejando caer una muleta al suelo, le propina un puñetazo a la pared, haciendo un hueco en el yeso; en ese momento empiezo a temblar—. ¿Quieres hablar de una puta vez?

—No lo sé... —No soy capaz de mirarlo e intento ir al baño de nuevo, pero me detiene—. Te juro que no lo sé —añado, y no puedo evitar mis lágrimas, porque odio que me mire con ese desprecio.

—¿Cómo no lo vas a saber? ¿Crees que soy imbécil?

—Sean, anoche iba de camino a casa, y... no sé cómo, me he despertado aquí.

De pronto aparece Hugh, tras llamar a la puerta antes de entrar, con una bolsa de deporte; la deja sobre la cama y yo ni siquiera soy capaz de levantar la cabeza.

—No recuerda nada —le aclara, aunque al mirarlo detecto que en los ojos de Sean hay dudas, por muy sincera que esté siendo.

Hugh se acerca a mí y, tras agarrarme de la barbilla, me mira fijamente los ojos.

—La han drogado. Tiene las pupilas dilatadas.

—¿¿Qué?! —No doy crédito a lo que dice—. ¿Cómo?

—¿Qué es lo último que recuerda? —Hugh es más suave planteando sus preguntas; me despierta confianza, tanta que es como si Sean se hubiera ido y en este momento sólo estuviéramos

los dos en esta habitación de hotel, y no puedo evitar llorar, desolada, porque no sé qué narices me han hecho—. Necesito saberlo.

—Estaba en la puerta del hotel tras la fiesta de la boda, esperando un taxi. Como no aparecía ninguno, me alejé un poco... y me encontré a Chris... sí... —Veo vagamente las imágenes en mi mente, pero estoy segura de que era él—. Me saludó... y a partir de ahí no recuerdo nada más.

—¡Lo voy a matar! —Sean aprieta sus puños con todas sus fuerzas.

—Señor, no debemos perder los nervios. —Hugh intenta tranquilizarlo, pero es imposible; ni tan siquiera haber dejado una muleta consigue detenerlo y camina como puede de un lado a otro, maldiciendo en voz alta.

—¿Has visto lo que le ha hecho? —Se aproxima a mí y aparta el albornoz para mostrarle mi cuello y la clavícula; me alegro de que no haya podido ver más, porque tengo todo el cuerpo del mismo modo—. Pienso matarlo con mis propias manos. —Su expresión es de rabia, de asco, y ya no sé si eso es lo que siente por mí—. Vístete, nos vamos de aquí.

Me señala la bolsa y el baño, y no pongo impedimento, así que, tal y como me ordena, la cojo, me adentro en el baño y cierro la puerta para vestirme mientras oigo cómo hablan en voz baja, aunque Sean, de vez en cuando, la eleva más de lo que le gustaría. Está muy cabreado, demasiado.

Mientras me pongo la ropa intento recordar cualquier otra cosa con todas mis fuerzas, pero me resulta imposible. No puedo entender cómo me drogaron. ¿Fue Chris? Me parece imposible... es un chico muy simpático y, por lo poco que lo conozco, creo que es incapaz de hacer algo así. ¿Yo le dejé que me hiciera esto? No puede ser, imposible... Estoy segura de que no me acostaría con él, ni aunque hubiera bebido mucho.

Cuando ya me he puesto las mallas y una sudadera ancha con la que me siento mucho más cómoda, y por lo que doy gracias de que Sean haya pensado que necesitaría ropa de recambio, me lavo la cara con abundante agua y me recojo el pelo en un moño como puedo, con las pocas horquillas que han sobrevivido de la noche anterior.

Abro la puerta del baño y me doy cuenta de que Hugh ya no está en la habitación; sólo veo a Sean, sentado en la butaca que hay justo al lado de la terraza, mirando al horizonte. Su expresión es aterradora. Sé que en este instante sólo piensa en cómo destrozar a Chris, y no lo culpo: si estuviera convencida de que ha sido él, sin duda pensaría igual.

—¿Te has acostado con él?

No se gira cuando habla, me ha visto salir gracias al reflejo del cristal, y sigue sin moverse mientras doy inseguros pasos aproximándome a él.

—No lo sé; te juro que no recuerdo nada de nada.

—Vámonos de aquí, por favor. —Se pone de pie y pasa por delante de mí sin mirarme. La posibilidad de que me haya acostado con otro, y encima sin mi consentimiento, le duele mucho, demasiado.

Miro la estancia y cojo mi bolso y mi teléfono; por desgracia mis zapatos y mi vestido han desaparecido, lo mismo que mi ropa interior, que también se ha esfumado, aunque yo no sepa cómo.

Veo que ya ha abandonado la estancia y, a toda prisa, voy detrás de él, cerrando la puerta al salir.

—¿Dónde está Hugh? —pregunto en voz baja, intentando que no se moleste más conmigo.

—En recepción, averiguando si Chris reservó la habitación... y espero que, por la cuenta que le trae, haya desaparecido del mapa. —La garganta se me cierra, me oprime, y me cuesta respirar, porque en el fondo no sé lo que ha ocurrido. Puede que, si mantuvimos relaciones, éstas fueran

consentidas y que él no tenga la culpa de nada—. No esperaba esto de ti... Sólo tienes excusa si te drogaron a la fuerza.

Sus palabras me cabrean mucho, porque en el fondo él tiene parte de culpa de todo lo sucedido.

—Si hubieras venido a la boda conmigo, seguro que nada de esto hubiese pasado... y no me hubiera buscado a otro... en el caso de que realmente lo hiciera, que no lo sé. —Infla el pecho, cogiendo todo el aire que puede, y no responde—. Te envié una nota.

—¿Qué pretendías? ¿Bailar conmigo estando los dos borrachos? Como puedes ver, no soy capaz de hacerlo.

Me duele que se fustigue; me hubiese conformado con que hubiera estado a mi lado. Me habría pasado toda la noche sentada junto a él, encantada de hacerlo.

—Pues no, pero sí me gustaría que te olvidaras un poco de lo que no puedes hacer y, en cambio, recordaras que estás vivo.

—¿A dónde crees que vas? —me pregunta cuando me dirijo a la escalera y, antes de perderlo de vista, me giro y le respondo con toda la chulería de la que soy capaz.

—Donde me dé la gana.

Comienzo a bajar, consciente de que no puede seguirme... y en este momento lo agradezco, porque necesito espacio. Tengo demasiadas cosas en la cabeza como para pelearme con él. Necesito averiguar lo que me ha ocurrido.

Llego a la planta baja y me encuentro con Hugh, quien se sorprende al ver por dónde aparezco, y entonces mira hacia el ascensor; sus puertas se están abriendo y Sean está dentro.

—Tengo el coche en la puerta —informa a Sean, que me mira, furioso. Entonces camino por delante de ellos, con los brazos cruzados—. Señorita... —Hugh, amablemente, me adelanta una vez en la calle y abre el coche, mi puerta, y subo, aunque por unos segundos tengo mis dudas, pero con lo que me pasó anoche prefiero no irme sola; en el fondo temo estar en peligro.

—Vamos a mi casa, tenemos que hacer unas llamadas.

—No, llevadme a la mía. —Hugh mira por el retrovisor a Sean, quien, tras dejar de mirar por la ventanilla, le dice que sí con un movimiento de cabeza para que yo no insista; realmente su humor es de perros, y prefiere eso a seguir discutiendo—. Gracias.

El trayecto es tenso, tanto que el silencio que se ha instalado me está matando. Miro por la ventanilla, segura de que ninguno de los dos está pendiente de mí; estamos sumidos en nuestros propios pensamientos y, conforme pasan los minutos, soy más consciente del error que he cometido. Si no se hubiera enterado, no lo sentiría tan lejos como lo estoy sintiendo ahora mismo.

—Voy a comprobar que todo esté en orden —anuncia Hugh, y se baja del todoterreno tras haberle entregado mis llaves.

Ambos observamos cómo camina hasta mi portal y cómo luego desaparece en el interior del edificio.

—Me duele la cabeza —pienso en voz alta sin darme cuenta, y con eso consigo que se gire para enfrentarme.

—Si recuerdas algo más, necesito que me lo digas. Si realmente te han forzado, estamos hablando de una violación. —Lo miro con ojos tristes, avergonzada de tener que reconocerlo—. Mira tus marcas... y te han drogado.

Noto la rabia en su voz mientras observa mis muñecas.

—Sean... —rompo en un jadeo que no me deja hablar—. Yo quería irme a casa, te lo prometo. —Me limpio las lágrimas.

—Si ha sido Chris, te juro que se va a arrepentir. Por otro lado, deberíamos ir a la policía. —

Suspiro. Si realmente me han hecho lo que él cree, tendría que denunciarlo, pero no estoy segura de lo ocurrido... ¿Y si yo quise acostarme con alguien? ¿Y si consentí que me hicieran lo que parece que ha pasado? Bebí demasiado, puede que decidiera tomar algo más y me descontrolara. ¿Cómo voy a ir a la policía a declarar que creo que me he acostado con alguien, pero que no lo recuerdo y que ni siquiera sé si fue consentido o no?—. O a un hospital.

—No, quiero irme a casa.

Justo cuando lo digo aparece Hugh, así que abro la puerta para salir del vehículo a toda prisa.

—Avery, espera..., te acompaño.

Ya no me habla enfadado, al menos no lo parece. Veo cómo baja y rodea el todoterreno por la parte posterior para llegar a mi lado, y ahora mismo lo único que me apetece es lanzarme a sus labios para besarlo, para decirle que siento lo que ha tenido que ver, que con la única persona con la que quiero estar es con él. Sin embargo, no lo hago.

Hugh me devuelve mis llaves y Sean y yo caminamos hasta la puerta, que está abierta, y en silencio llegamos al ascensor... y entonces es cuando me doy cuenta de que tengo que confesárselo; no me queda otra que explicarle que me voy de la ciudad. Si no lo hago, me voy a arrepentir, porque estaré demasiado lejos y no se lo podré contar cara a cara.

Pulso el botón del primer piso, las puertas comienzan a cerrarse y yo siento una presión que no me deja ni pensar. Él sigue a mi espalda, mirando al frente muy serio. Sean también está pensando mucho, no sé si en lo que me ha ocurrido o en otra cosa, pero su cabeza no deja de dar vueltas, igual que la mía.

Cuando el ascensor se detiene, cierro los ojos y me encamino hasta mi puerta, demorando el abrir la cerradura, porque, en cuanto lo haga, me encargaré de que sepa la verdad y no sé cómo se lo va a tomar.

—Pasa, por favor. —Da dos pasos ayudado por sus muletas y se detiene de repente. Observa las cajas que hay al lado de la mesa; no hay nada por el medio, porque llevo dos días organizando mi marcha—. Me voy —anuncio sin más, sin meditar si son o no las palabras adecuadas—. Me mudo a Quebec. —Dejo las llaves sobre la mesa del comedor tras haber cerrado la puerta—. ¿Quieres beber algo?

—No, estoy bien. —Sigue mirando las cajas, en las que he garabateado palabras para saber qué es lo que contiene cada una—. ¿Cuándo?

—Esta noche. —Mi tono de voz es mucho más suave de lo que pretendía—. Necesito tiempo, aquí ya nada me retiene. —No me dice nada; sigue inmóvil frente a la pila de cajas—. Jeff se ha casado, y él y Owen harán su vida; mis clientes se han esfumado, y tú... —Soy incapaz de terminar la frase.

—Es lo mejor para ti.

¿De verdad piensa eso? ¿No va a luchar ni un poco para que me quede?

—¿No te importa que me vaya? —Me acerco a él y lo obligo a retroceder, pues parece que no quiere tocarme, pero para su desgracia topa contra la mesa y se apoya en ella hasta que se sienta y deja las muletas sobre la superficie de madera—. Después de todo lo que hemos vivido, no puedes haber olvidado lo que sientes cuando estoy cerca de ti. —Me cuelo entre sus muslos y se cruza de brazos, como si fuera frío como un témpano de hielo, pero yo sé que no lo es.

—Tienes que alejarte de mí si quieres ser feliz. —Nos miramos a los ojos; estamos a pocos centímetros el uno del otro, y me arriesgo, pues es la última oportunidad que tengo de que cambie de opinión—. Yo ya no puedo hacerlo.

—¿Crees que algo ha cambiado? —Cojo su mano y la coloco sobre mi pecho para que sienta

cómo late mi corazón, cómo se acelera cuando él está tan cerca—. Estoy ardiendo, como el primer día, y tú también lo estás. —Percibo su miembro, duro, topando contra mi sexo. No puede negarlo—. Dime que no quieres que me vaya.

—No puedo.

—Sí puedes.

Subo las manos a sus hombros y bajo para acariciarle los pectorales; luego asciendo hasta su cuello y, sin pensarlo más, me lanzo a besarlo. Necesito que vuelva a sentir, que recuerde lo mucho que nos necesitamos.

Responde a mi beso y su lengua se precipita al interior de mi boca como si fuese la primera vez que nos besamos. Mis manos atrapan su nuca con fuerza y mis caderas se clavan en las suyas para sentir su grosor. Anhelaba tanto este momento que creo que lo estoy soñando. Cuelo mis manos bajo su camiseta y él clava sus dedos con fuerza en mi cintura. Nuestras respiraciones resuenan entre las paredes de mi apartamento, retumbando también en nuestras mentes, pues recordamos lo mucho que nos deseamos.

—Sean, te quiero —susurro cuando la pasión deja paso al amor, y los besos pasan a ser más dulces, más lentos, menos agresivos. Respiramos profundamente y apoya su frente en la mía, para mirarnos tan de cerca que temo lo que va a decir y, como si estuviera en su mente, mis lágrimas se desbordan sin poder controlarlas—. No, por favor —le ruego.

—Debes olvidarte de mí —sentencia con voz ronca, forzada. No puede negar que ha sentido lo mismo que yo, pero se niega a aceptarlo.

—No puedo, ya no puedo vivir sin ti.

No me muevo, no quiero despegarme de él. Mi cuerpo arde como nunca, mi labio tiembla descontrolado y soy incapaz de dejar de mirarlo, porque, si se va, no sé cuándo volveré a hacerlo... si lo hago.

—Serás feliz.

—Dime que me quieres, no puedes negar algo que es evidente.

Ya no me puedo rebajar más. Le he abierto mi corazón, me he entregado en cuerpo y alma, y está en sus manos recogerlo o dejarlo tirado en el parquet del salón.

—Si no te quisiera, podría ser egoísta y pedirte que te quedaras a mi lado, pero... míranos —mis lágrimas no cesan y él las retira con las yemas de sus pulgares—... sólo nos vamos a hacer daño. Mereces una vida maravillosa, y yo no soy capaz de hacerte feliz, ya no.

—Eso no es verdad, el mero hecho de besarte ya me hace feliz —replico, y voy a hacerlo, pero se aparta.

Vuelve a agarrarme de la cintura, pero esta vez para apartarme de él, y, aunque me resisto, termino parada frente a él, viendo cómo se pone de pie con la ayuda de las muletas.

—Me lo agradecerás algún día, lo sé.

—Sean, no me dejes ir, por favor.

—Debes hacerlo, yo ya no soy el Sean que conociste.

Abre la puerta y, antes de que pueda responderle, sale y cierra tras de sí, y me dejo caer de rodillas al suelo, llorando en silencio.

Capítulo 23

He perdido mi última oportunidad de volver a estar a su lado, y no sé si volveré a verlo alguna vez. De pronto llaman a la puerta y me pongo de pie corriendo, con la esperanza de que se haya arrepentido.

—¡Sean! —La abro, retirándome las lágrimas de los ojos, y mi sonrisa desaparece al momento.

—No, lo siento. —Zoé mira hacia el ascensor y justo veo cómo se cierran las puertas de éste; sin duda se han cruzado—. Él tampoco estaba muy alegre que digamos... si quieres saberlo.

Le cedo el paso y me dirijo a la terraza en busca de un poco de aire fresco; me acomodo en la tumbona y Zoé se sienta delante de mí.

—¿Qué te ha pasado? —Me señala el cuello y me encojo de hombros—. ¿Ha sido él? —Niego con la cabeza—. ¡Quieres hablar! Me estás poniendo histérica.

—Sean ha venido a buscarme hace un rato a un hotel porque le he pedido ayuda. —Abre la boca desmesuradamente—. Zoé, no recuerdo nada de lo que pasó anoche, y Hugh me ha dicho, después de examinarme las pupilas, que me drogaron, y no sólo tengo estas marcas en el cuello..., tengo moratones por todo el cuerpo.

—¿Y qué haces aquí parada? ¡Vámonos ahora mismo a la policía!

Tira de mi mano para levantarme, pero me resisto; no quiero ir a ningún lado.

—No. Recuerdo haber salido del hotel, disponerme a coger un taxi y encontrarme con un chico al que conozco, sólo eso... después, sólo hay un gran vacío.

—¿Drogada? ¿Moratones? Coge tus cosas, nos vamos a poner una denuncia.

No quiero. No sé qué ha pasado, por lo que no quiero ser el hazmerreír de nadie.

—¿En Alternative no has visto cosas peores? —Las dos nos miramos fijamente, porque ambas sabemos de lo que hablamos—. La policía sabe que he estado allí varias veces, y también que he sido la pareja de Sean. ¿Qué crees que opinan de lo que hacemos allí?

—Pero tú no eres así...

Se sienta a mi lado y estrecha mis manos entre las suyas.

—Sean, sí, y me he acostado con él. Tienen una grabación en la que salgo acostándome con él, permitiendo que me atara... —Zoé se queda muda; creo que últimamente he guardado demasiados secretos—. Por eso lo llamé a él.

—Pensaba que, de las dos, la única inconsciente era yo. En todo caso, te aconsejo que al menos te tomes la píldora del día después, si no quieres sustos innecesarios. —Me levanto de la tumbona, nerviosa. No había pensado en ello, ¿cómo he podido ser tan estúpida?—. Debemos ir al médico.

—Espera, puede que me puedan ayudar sin necesidad de ir.

Entro en el salón, cojo mi teléfono de dentro del bolso y, un poco avergonzada, busco el número de Sawyer y lo llamo.

—¿A quién llamas?

—Al enfermero de Sean. —No le especifico que su especialidad es la fisioterapia; no me da

tiempo a aclarárselo, porque me responde al primer tono—. Hola, Sawyer.

—Hola, Avery. ¿Cómo va todo? ¿Sean está bien?

—Sí, tranquilo, está en su casa, pero necesito pedirte un favor, no sé a quién más recurrir.

Estoy nerviosa, espero no estar poniéndolo en un aprieto, pero lo que le acabo de decir es totalmente cierto: no sé a quién más acudir.

—Dime, claro...

—Necesito una receta muy específica. —Miro a Zoé y ella me pide que me relaje moviendo sus hombros, y yo hago lo mismo—. De la píldora del día después.

—Humm, vale, sí... Dame diez minutos, se lo pediré a alguno de mis amigos médicos del hospital y te lo confirmo... ¿Estás bien?

Le ha costado reaccionar a mi petición, supongo que era lo último que esperaba, y no lo culpo; ojalá no hubiera tenido que llamarlo para esto.

—Sí, tranquilo. Se trata de un pequeño contratiempo.

—Déjame hacer unas gestiones y te llamo ahora.

—Gracias, Sawyer. —Zoé me mira atenta, expectante; quiere saber si la he conseguido—. Vaya despedida de Vancouver voy a tener.

—Me parece a mí que irte va a ser lo mejor... aunque habiendo visto la cara de Sean...

—Me quiere, lo sé, me lo ha transmitido cuando nos hemos besado, pero se cierra en banda, no cree que me merezca. No entiende que no me importa lo que le ha ocurrido. —Mientras hablo recuerdo sus labios sobre los míos; estaban deseosos de mi contacto, igual que yo del suyo; su respiración era de necesidad, tanta que me duele que se haya ido así sin más.

—Tiene que ser muy duro para él digerir lo que le ha pasado. Además, tenía una imagen de hombre fuerte y poderoso que ha quedado dañada, al menos desde su percepción, así que no debe de ser fácil superarlo.

—Solo le será más difícil.

En el fondo me siento culpable por dejarlo, aunque sé muy bien que, si él no me lo permite, no voy a poder ayudarlo. En el grupo de ayuda de Sawyer lo entendí; cada una de esas personas estaban o habían pasado por lo mismo que yo, y todas ellas coincidieron en una cosa: él era quien se debía aceptar, así como permitirme estar a su lado para ayudarlo.

—Supongo que el hecho de que te vayas lo hará sopesar vuestra relación.

—¿Y si no es así? ¿Y si no vuelvo a saber nada más de él?

No me responde porque las dos sabemos que cabe la posibilidad de que sea así y, aunque me dolerá en el alma y me costará olvidarlo, llegado el caso tendré que hacerlo.

—Entonces tendrás un hombro bien cerquita que te recibirá encantado. —Me abraza y yo a ella. Me voy, dejando atrás muchas cosas, pero lo hago a un lugar en el que me espera mucho cariño y la comprensión de mis amigos y mi familia—. ¿Has comido algo?

—No, y tengo mucha hambre.

—Vamos a pedir una pizza; necesitamos guarradas para superar este día.

—Buena idea. La empresa de mudanza no tardará, por lo que no podemos movernos de aquí.

Cojo mi teléfono para llamar a nuestra pizzería favorita cuando de pronto empieza a sonar y veo el nombre de Sawyer en la pantalla.

—He conseguido algo mejor —es lo primero que me dice tras aceptarle la llamada—. Tengo la pastilla en lugar de la receta.

—Muchas gracias, Sawyer. No sé cómo te devolveré este favor.

—Tranquila, sólo prométeme que vas a ser feliz.

Imagino su sonrisa. Sawyer es una persona increíble; lástima que apenas hayamos coincidido.

—Lo seré, y tú debes asegurarme que cuidarás de él. —Necesito saber que no va a estar solo, que alguien lo va a ayudar de verdad, aunque se ponga insoportable.

—Comerá de mi mano, ya lo verás.

Consigue que sonría, aunque en este momento sea lo último que me apetece.

—Pues vas a necesitar una buena dosis de paciencia y suerte.

Se me escapa una carcajada y se la contagio.

—De eso tengo mucha. Bueno, hoy voy a estar todo el día en el hospital. Dejaré un paquete en recepción a tu nombre, por si cuando vienes estoy con un paciente y no puedo salir a atenderte.

—Mil gracias, Sawyer. Si no nos vemos, espero que todo te vaya muy bien.

—Adiós, Avery.

Zoé me abraza por la espalda porque ha escuchado toda la conversación y supongo que, igual que yo, se siente aliviada. Al menos me aseguro de que en unos días no estaré llorando por las esquinas por tener que tomar una decisión horripilante; mejor curarme en salud.

—Dame ese teléfono, que me muero de hambre.

Zoé se encarga de pedir las pizzas mientras yo subo a mi habitación para darme una ducha.

Me quito la ropa frente al espejo y exhalo todo el aire de mis pulmones para coger fuerzas y dejar de llorar de una maldita vez. He sido una estúpida una vez, pero no lo voy a ser nunca más. Me adentro en el agua y, con la esponja, me froto cada centímetro de piel a conciencia. Después me masajeo el cuero cabelludo y luego me quedo unos minutos bajo el grifo, con la mente en blanco. Al salir soy capaz de volver a mirarme al espejo; sin enrollarme en la toalla, me planto frente a él y veo cada uno de los morados que tengo en el cuerpo; sé que en unos días desaparecerán, aunque yo tarde en olvidarlo.

Oigo que llaman a la puerta y después a Zoé hablando; de inmediato me llega un olor a pizza que consigue despertar al león de mi interior, que ruge. Voy directa a mi vestidor y cojo el único vaquero que cuelga en él y una camiseta sin mangas; aunque hace calor, tendré que aguantarme, así que me pongo una chaqueta de punto para tapar los morados de mis brazos.

Me hago una cola bien alta y estirada y luego bajo. Zoé está preparando la mesa de la terraza para comer.

—Dios mío, qué hambre tenía. —Ella asiente, dando un nuevo mordisco. No soy la única que ayer tuvo una noche movida—. ¿Le diste a Andrew recuerdos de mi parte?

—Pues mira, le di de todo menos de eso. —Se le escapa la risa y yo le tiro una servilleta a la cara—. Tú has preguntado.

—Mejor ahórrate los detalles.

—Creo que no nos vamos a ver mucho más, fue nuestra despedida —se intenta autoconvencer, porque a mí, por lo menos, no me engaña—. Aunque es...

—La verdad es que es un bombón. —No voy a negar lo evidente.

—Pero relleno de ferocidad, Ave. El sexo con él es apasionante.

—¿Mejor que con el irlandés? —Tiene delito que no recuerde su nombre, si es que ya me vale.

—No, es muy diferente... De Kieran lo quiero todo, aunque no está por la labor.

Levanto mi refresco y le digo:

—Bienvenida a mi club, amiga. Parece que tenemos mucho en común.

Chocamos las latas, resignadas, y damos un gran trago, con la mala leche de que el gas me sube directo a la nariz, así que estornudo varias veces, ante sus risas, que no cesan mientras yo lo estoy pasando mal.

—¿Estás lista para tu nueva vida?! —dice repente, entusiasmada, intentando ver sólo el lado bueno de mi situación.

—¿Quién lo estaría? Pero sí estoy preparada para sobrellevarla.

Cojo otro trozo de pizza y miro más allá de mi terraza, guardando en mi memoria ese paisaje que a partir de mañana ya no disfrutaré; dejaré de ver estos edificios y la visión que tendré desde mi ático será mucho más verde... y puede que hasta me guste mucho más.

Me costó horrores adaptarme a esta ciudad, no se parecía en nada a lo que estaba acostumbrada, pero volver de este modo sí que me pilló por sorpresa.

* * *

—¿Lo tienes todo?

Escaneo el salón de arriba abajo, vacío ya de cajas porque la empresa de mudanza acaba de terminar de llevárselo todo y lo único que queda son dos maletas que viajarán con nosotras en el avión.

—Sí, ya nos podemos ir.

Hemos reservado un taxi para que nos lleve al aeropuerto, aunque, primero debemos pasar por el hospital a recoger la píldora que Sawyer me ha conseguido. Cierro la puerta con llave y acaricio la superficie unos segundos. Después me giro para hacer lo mismo con la de Jeff; debo reconocer que me apena no despedirme como debería de ellos, pero ahora mismo están pasando el día en un hotel de lujo, donde se olvidarán del mundo por hoy y se prometerán que su luna de miel, la que se merecen, será en cuanto puedan escaparse.

Jeff antes me ha enviado un mensaje despidiéndose y recordándome que nos vamos a ver pronto, que la distancia no va a ser obstáculo para que sigamos en contacto como siempre, y me alegra que así sea.

Cuando llegamos a la puerta de la calle, el taxista nos ayuda a poner nuestro equipaje en el maletero del vehículo y nos montamos en él mientras experimento un vacío que jamás creí que sentiría al irme. Poco a poco veo cómo el edificio queda atrás y miro por la ventanilla la calle que tantas veces he recorrido y que no sé cuando volveré a pisar. Suspiro y sigo mirando la ciudad, hasta que el taxista para en el hospital.

—No tardaré —le digo a Zoé, que me mira intentando saber mi estado real.

—¿Quieres que te acompañe?

—No; estoy bien, tranquila.

Salgo del coche y camino a paso ligero hacia la entrada; una vez allí me dirijo directamente a la recepcionista, que me hace un gesto para que me aproxime.

—Hola, Sawyer ha dejado un paquete para Avery Gagner.

—Humm... no, no lo encuentro... —No puede ser... Me ha dicho que lo dejaría aquí—. Me ha traído uno, pero es para la señora Cote.

Mi estómago se contrae cuando oigo ese nombre; supongo que lo ha hecho de forma inconsciente.

—Sí, perdona, te he dicho mi nombre de soltera. ¡Qué torpe soy!

—Tranquila, a mí también me pasa. —Me sonrío, cómplice, y me entrega la cajita—. ¿Quiere que lo avise? Está a punto de terminar la visita.

—No, mejor que no. Prefiero no molestarlo. —No sé si seré capaz de mirarlo a la cara; me da

vergüenza tener que agradecerse en persona—. Muchas gracias por todo.

—De nada.

Deja de prestarme atención porque el teléfono comienza a sonar y aprovecho para salir a toda prisa. Zoé me espera apoyada en el taxi y, al verme, me enseña una pequeña botella de agua que no sé de dónde ha sacado, pero no lo dudo un instante, se la quito de la mano y abro el paquete para tomar la pastilla.

No es que me alegre de lo que estoy haciendo, pero sí me tranquiliza saber que, pase lo que pase, he evitado un mal mayor.

—Ahora sí que nos podemos ir —me anuncia, abriéndome la puerta para que suba.

—Sí, por favor.

Me monto de nuevo en el coche y noto cómo Zoé pasa su brazo por encima de mi hombro, así que dejo caer mi peso en ella, apoyando mi mejilla sobre su pecho, sin importarme que el taxista nos mire raro. Ahora mismo mi amiga me está dando lo que necesito, que no es más que un abrazo para que me sienta segura de que la decisión que acabo de tomar es la correcta.

—¿Qué es lo primero que vas a hacer cuando llegues?

—Beberme una copa con mi amiga en mi nueva terraza.

—Me gusta el plan. Y, si quieres, puedo darte mimos antes de dormir.

—Tampoco te pases.

Las dos comenzamos a reírnos, y el taxista, que está un poco sorprendido, deja de mirarnos y se dedica a centrarse en la calzada, con la vista al frente, para llegar lo antes posible al aeropuerto. Durante el trayecto, pienso en todo lo que tendré que hacer cuando llegue... y, en cuanto me despierte, iré a casa de mi madre. Seré sincera, todo lo que puedo serlo, y después intentaré buscar una salida a mi nueva vida. No me puedo permitir el lujo de perder el tiempo.

Capítulo 24

Seis meses más tarde...

—Te lo he dicho muchas veces, ven. Tienes un espectacular ático a tu disposición para poder desconectar; es más, coge a tu marido y oblígalo a olvidarse de la empresa por unos días, que falta le hace.

—Ojalá, pero ya sabes que las cosas no están yendo todo lo bien que esperábamos.

—¿Cómo está? —vuelvo a preguntar, refiriéndome a Sean por milésima vez, aunque ya sé cuál será su contestación: si quieres saberlo, ven a verlo tú misma.

—Pues sorprendentemente bien. Esta semana ha venido a Cote Solutions y tendrías que ver la cara de indiferencia a los comentarios de los trabajadores

¿Sean ha ido a trabajar? Sawyer ha conseguido que salga de su agujero, me alegro un montón.

—Te ha costado seis meses contestarme sin evasivas —le digo, sonriente porque por fin ha comenzado a vivir de nuevo, tal y como sabía que haría.

—¿Qué te iba a decir?, ¿que no salía de casa? Ya lo suponías.

—¡Owen, te tenemos que abandonar! —Zoé, que está a mi lado conduciendo, grita para que la oiga y yo la miro con cara de que espere un poquito—. Te queremos.

—Ya lo veo, ya... Ninguna de las dos viene a verme.

—Te prometo que iré pronto.

Ya va siendo hora de que sea valiente y me plante allí un fin de semana. Jeff ha estado hasta arriba de problemas en la empresa; Owen no me ha querido decir de qué se tratan, pero imagino a qué se deben: aquellos que provocaron el accidente de Sean no se habrán rendido; habrán seguido acechándolos sin piedad. Supongo que es así, aunque no tengo la menor idea de lo que ha pasado.

Llevo seis meses trabajando por y para mí. Me he reciclado, realizando bastantes cursos que me han servido para madurar mi formación y, sobre todo, para aclarar mis ideas. He dejado que mis padres se pasen de atenciones; por ejemplo, creo que aún no he estrenado mi nueva cocina... pero mi madre sí y, encantada, se ha puesto manos a la obra en ella; desde que la vio no para de pedirle a mi padre que reformen la suya para poder tener una igual y cocinar así de bien. El pobre ya no sabe cómo decirle que la suya está perfecta y que no necesita ningún cambio.

—Es aquí.

Para el coche y miro a mi amiga, alucinada por el lugar. Entiendo que lleve unos meses obsesionada con esta finca, es espectacular.

—Es impresionante —le digo, y dejo mis pensamientos a un lado.

Veo una valla de hierro forjado, cuya puerta está cerrada con una gran cadena.

—Es de un matrimonio mayor... Bueno, la mujer murió hace unos años y ahora vive el hombre solo. No quiere deshacerse de la casa porque cree que su esposa está con él. —Zoé sale del vehículo y la sigo para ver la propiedad más de cerca, con cuidado de no resbalarme con la nieve.

Va loca por conseguir esta finca; sabe que su venta podría darle unos ingresos muy importantes. Tiene muy buen ojo para este negocio.

—No te la va a vender —le recuerdo, porque no es la primera vez que lo intenta y el anciano rechaza una tras otra todas sus ofertas.

—Lo sé.

—¡Otra vez aquí! —oigo una queja procedente del jardín y, de entre los arbustos, veo que aparece un señor mayor, más de lo que esperaba—. Señorita, ya le he dicho que no está en venta.

—Lo sé, no vengo para eso.

—Entonces, ¿a qué?

Levanta su bastón, intentando intimidarnos, y a mí me parece un gesto muy tierno, porque está defendiendo su propiedad, esa que ha compartido con su mujer durante tantos años y que se resiste a perder.

—Ella es Avery, mi mejor amiga. —Me mira, confuso—. Está buscando una vivienda por esta zona para trasladarse aquí con su futuro marido... —no me lo puedo creer, ¡será mentirosa, la tía! —... y he pensado que usted, que vive hace tantísimos años en esta espectacular casa, podría recomendarnos alguna cercana.

Parece que lo convence, porque no protesta y me mira, pensativo.

—Esta zona siempre se ha considerado privilegiada. Todas las casas están en sintonía con la naturaleza, formando parte de ella. —Oírlo describir su hogar de esa forma hace que me emocione—. Estamos rodeados de árboles y, al final de todo, tenemos un gran lago; pocas viviendas tienen la suerte de estar ubicadas en un lugar tan excepcional, y por ello le será muy difícil encontrar una disponible.

—¿Le importaría enseñarnos la suya? Le aseguro que no voy a intentar convencerlo de nada.

—No. La he visto rondando muchas veces por aquí. No ponga cara de niña buena, que ya sé que lo único que quiere es hacer dinero. Váyanse, tengo trabajo.

Se da media vuelta y camina hablando solo, quejándose de nuestra intromisión, y lo comprendo.

—Lo llevas claro si pretendes hacer de intermediaria en la compraventa de esta casa.

—¿Qué te ha parecido?

Está tan emocionada que no tiene en cuenta lo que significa para esta familia.

—Zoé, este hombre debe de tener hijos, y seguro que la historia de sus padres los unirá a esta casa. Tendrías que ir pensando en otro plan, porque me parece que éste no va a funcionar.

Vuelvo a sentarme en el coche y mi móvil empieza a sonar; seguro que es mi hermano, pues he quedado con él que nos veríamos en casa de mi madre para organizar las Navidades, pero no hemos concretado la hora. Cuando miro la pantalla, veo que estaba equivocada y leo el apellido de Collins en la pantalla.

—¿Otra vez? —Le muestro el teléfono a mi amiga y pone cara de cabreada—. Ya les has dejado claro que no vas a volver, no sé por qué insisten... ¿No van a darse por vencidos? Lo extraño es que no te piden el dinero que estipula el contrato, al menos de momento; lo que les interesa es que regreses.

—Seis meses llevan llamando, enviándome amenazas por correo electrónico, por mensajes... —me desahogo con ella porque es la única que sabe lo que me ocurre.

—Te dije que hablaras con tu padre; eso es acoso, y él, aunque esté retirado, tiene buenos amigos, podría ayudarte.

Recuerdo que me lo dijo una noche en la que estábamos cenando juntas y me llamaron unas

diez veces seguidas; ella me recomendó que hablara con mi padre, pero no los quiero molestar con mis problemas, ahora que viven tan tranquilos.

—Ya se cansarán. —Rechazo la llamada para que no siga sonando y meto el teléfono en mi bolso.

—Si no lo han hecho en seis meses, es que no van a parar.

—Llévame a casa de mi madre, por favor. —Me abrocho el cinturón y miro al frente con la esperanza de no tener que hablar más sobre este tema. Cada miércoles, cuando debería estar haciendo la formación, es cuando se dedican a amenazarme. No sé la de veces que me han dicho que, si le muestran a Sean unas imágenes que tienen más, jamás volverá a mirarme a la cara, como si no supieran que ya no estamos juntos. Ni tan siquiera me ha llamado ni escrito en este medio año, al contrario que yo, que he sido tan tonta de enviarle algún que otro whatsapp para saber cómo estaba.

—Ave, lo siento; no te enfades.

—No lo hago, pero comprende que este asunto me tiene de los nervios. Tengo la sensación de que no van a parar nunca, que me voy a pasar toda la vida recibiendo amenazas porque decidí no seguir adelante con las formaciones. Si me reclamaran el dinero, aun podría entenderlo, pero eso apenas lo han mencionado, no es lo que más les interesa.

—Eso es lo que quieren, alterarte. Digan lo que digan, no tienen nada con lo que hacerte daño en ese sentido, así que tranquila.

—Lo sé.

—Vamos, te llevo a casa de tus padres.

Le doy las gracias cuando arranca el coche y sonrío antes de volver a mirar hacia la casa; aunque no la he visto por dentro, me ha encantado.

Cuando salgo del vehículo un rato después, me subo la cremallera del abrigo. ¡Hace un frío que pela! Me pongo el gorro de lana y me paro para observar a mi hermano y a mi padre, que están plantando un árbol de Navidad en el jardín de casa. Me encanta esta época del año. Para mi familia es un momento muy especial que compartimos juntos.

Me despido de Zoé con un abrazo y ella suelta un adiós a pleno pulmón para que Liam y mi padre se den por saludados, aunque principalmente lo dirige al primero. Ellos, entre las ramas y con cuidado de no caer por la nieve, la saludan con la mano, y yo la dejo atrás para ayudarlos.

—¿Os echo una manita?

—Este maldito árbol no se aguanta de pie —farfulla mi padre, intentando clavarlo un poco más en la nieve.

—¿Y si hacéis el agujero más profundo? Liam, coge la pala; yo lo aguanto mientras con papá. —Aunque no me he puesto guantes, sostengo con fuerza el árbol por las ramas mientras mi hermano hace más hondo el hueco en la tierra y, al fin, conseguimos plantarlo y que se mantenga firme; deberá soportar la iluminación que mi padre tiene preparada, así como el peso de la nieve —. Veis, más vale una cabeza pensante que tanto músculo... —me burlo de mi hermano, y éste comienza a reñirme a la vez que coge una bola de nieve y se acerca lentamente—. No, Liam, ni se te ocurra. ¡Hace mucho frío!

—Tú lo has querido, hermanita. —Salgo corriendo en dirección a la puerta, pero, antes de alcanzarla, me coge por los aires y caemos los dos sobre el manto de nieve que cubre el césped del jardín y se sienta sobre mí para inmovilizarme—. ¿Has visto que bola tan bonita?

—¡No me hagas daño!

—Qué suave, y mira... se deshace con facilidad... —Empieza a apretarla y siento como ésta se

va deshaciendo en mi cara, helándola, así como el frío invernal de mi ciudad—. ¿Quieres más?

—Liam, te prometo que este año te vas a quedar sin regalo navideño.

—Sabes que no le harías eso a tu hermano preferido.

Abro la boca desmesuradamente. ¿Cómo que mi hermano preferido? Si sólo lo tengo a él, por desgracia no puedo elegir.

—¿Quieres dejarla ya? —oigo la voz de mi madre, y Liam se gira para mirarla, pero lo que verdaderamente lo distrae es ver a Mei a su lado, bebiendo de una taza, y entonces aprovecho para hincarle la rodilla en el estómago y escabullirme de él cuando cae a mi lado.

—Gracias, mamá. —Voy hasta ellas, dejo que mi madre me abrace y después le doy un beso en la mejilla a Mei—. Me muero por un café de éstos.

Vuelvo a mirar a mi hermano, que sigue quejándose de dolor, y las tres entramos sonriendo porque sabemos que está exagerando.

—Entra.

Las dos sonríen y pasamos a la cocina, donde mi madre tiene el café recién hecho y, sobre la isla, todos los ingredientes para hacer los dulces de Navidad. El olor me transporta a mi infancia... Me encantaba sentarme con Liam y comernos las chucherías mientras mi madre nos regañaba porque no iban a quedar para la cena.

Me quito el abrigo y el gorro y lo dejo todo en la entrada, para volver a la cocina, donde mamá me ofrece una taza gigante de café. No espero más, doy un sorbo y cierro los ojos al sentir el calor recorrer mi interior, y entonces oigo la melodía de mi teléfono y dudo en ir a la entrada a por él.

—¿Será Sean? —plantea, emocionada, mi madre.

No ha dejado de preguntarme por él. Cuando regresé y me planté en su puerta, se temió lo peor; menos mal que me dio tiempo de explicarle todo lo que podía contar y se quedó muy tranquila, tanto que no ha dejado de insistir en que intente hablar con él, que lo sorprenda y le demuestre que sigo esperándolo, pero, como ya me imaginaba, cuando lo he hecho, no ha servido de nada.

—No creo, no quiere saber nada de mí.

—Los hombres son orgullosos. —Mei me acaricia el brazo, intentando animarme, pero ella no ha llegado a conocer a Sean: él no es sólo orgulloso, él lo tiene todo... tanto lo bueno como lo malo. No hay un punto medio que equilibre la balanza y supongo que durante este tiempo ha estado en un extremo, obligándose a no salir.

—Tomó una decisión, y no hay más.

—Pues él se lo pierde, y no quiero ver a nadie triste en esta casa, así que apaga ese teléfono para que no vuelva a sonar y olvídate de todo.

Justo cuando termina la frase, mi móvil vuelve a sonar, y esta vez sí que me levanto para responder, sea quien sea.

—¿Qué quieres, Charlotte? —No disimulo mi voz de hastío. Estoy agotada de sus llamadas, de leer mensajes que me enfurecen; ya es hora de que me deje en paz.

—¡Al fin respondes! Creía que no volvería a oír tu voz.

«Y yo que algún día me olvidaría de la tuya, pero no, está visto que no me vas a dejar en paz jamás», pienso para mí.

—¿Para qué me llamas? —Subo a mi antigua habitación, a la de mi infancia, y sentada en la cama espero a que me responda.

—Te hemos dado mucho tiempo para que te lo replantearas, demasiado quizá, y no ha servido de nada. Tienes hasta medianoche o te arrepentirás.

—Perfecto, hasta las doce —suelto, y cuelgo la llamada

Es una amenaza más, pero no va a fastidiarme el día con mi familia, no lo voy a consentir.

Bajo de nuevo a la cocina y mi madre me mira intentando averiguar por qué estoy seria, y por ello sonrío, alegre; no quiero que se preocupe por nada. Mei está preparando el azúcar justo cuando entra mi hermano y le da un beso en los labios. Verlos juntos me encanta; Liam nunca ha sido tan cariñoso como lo está siendo con ella, por primera vez está enamorado de verdad.

Nos sentamos todos en la isla y charlamos mientras hacemos una cantidad de dulces desorbitada... por lo que dudo que los terminemos ante de la entrada del nuevo año, pero lo importante es el momento que pasamos juntos. Conversamos, reímos y nos manchamos como hacíamos de pequeños, tanto que, cuando hemos acabado, tengo que subir al baño a limpiarme, porque tengo azúcar por todas partes.

Abro la puerta del baño y oigo las risas. Me paro en el umbral, sonriente, sabiendo que es esto lo que realmente quiero para mí... vivir en esta ciudad, estar con los que me quieren y, aunque me hubiera encantado que él estuviera ahora mismo conmigo, creo que ha llegado el momento de comenzar a olvidarlo. Han pasado seis largos meses y no he sabido absolutamente nada de él. Si realmente quisiera estar a mi lado, ha tenido tiempo suficiente para llamarme. Niego con la cabeza, porque no quiero que este tema enturbie mi felicidad, y regreso a la cocina con ellos.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —Mi madre me abraza por la espalda y apoya su barbilla entre mi cuello y mi hombro—, así mañana ya estarás aquí.

—Tengo que terminar las compras, así que madrugaré para hacerlo, y tengo el resto de los regalos en mi piso.

—Bueno, en ese caso lo entiendo... aunque no me gusta que te vayas para estar sola en ese apartamento. —Se sienta a mi lado y la miro de reojo—. Vale, es impresionante y tiene una cocina que ya quisiera yo, pero es demasiado grande para ti sola.

—Estoy bien allí.

—Deja a la niña; necesita su espacio. ¿No ves que eres muy pesada...?

—Papá... —lo interrumpo para que no siga regañando a mi madre; me encanta que se preocupe por mí—. Mañana volveré muy pronto, lo prometo.

—Venga, te llevamos, que nosotros ya nos vamos a casa.

Mi hermano se pone de pie para coger la chaqueta y Mei asiente, convencida de que quiere que los acompañe.

—¿Seguro que no os importa llevarme? —Lo último que quiero es molestarlos; bastante han estado por mí ya durante todo este tiempo.

—Claro que no; además, tu piso nos viene de camino.

—Pues me hacéis un favor.

Mis padres nos miran sonrientes desde el sofá y nosotros nos vamos con la promesa de que al día siguiente volveremos para pasar la Navidad en familia.

Cuando salimos al exterior comprobamos que hace un frío que hiela. No ha cesado de nevar en todo el día y todo aparece cubierto de una gran capa blanca; suerte que la máquina quitanieves ha ido arriba y abajo constantemente, por lo que no ha dejado que la nieve cuaje en la calzada, además de que han tirado sal para deshacerla.

Me acomodo en el asiento trasero, que está igual de congelado, y me fijo en cómo se miran entre ellos, sonrientes. Se quieren mucho y en el fondo los envidio por estar viviendo ese momento tan tierno; daría todo lo que tengo en este mundo por volver a sentirme del mismo modo, aunque fuese sólo por una noche.

Miro por la ventanilla durante el trayecto mientras pienso en él. Son las fiestas navideñas y

seguro que su casa no tiene ni un triste adorno. Si ha vuelto a la oficina seguro que no habrá cogido vacaciones, así que estará trabajando para no tener tiempo de pensar en nada más. Me apena que así sea, porque las Navidades son para estar con los seres queridos.

—Nos vemos mañana, hermanita —me dice Liam, y lo miro reaccionando, ya que estaba tan sumida en mis pensamientos que no me he dado cuenta de que ya habíamos llegado.

—Tened cuidado —les digo antes de salir, y corro hasta el portal del edificio intentado esquivar los copos de nieve, aunque no lo consigo, porque muchos quedan adheridos a mi gorro; menos mal que la puerta está abierta y me cuelo para sentir el calor del interior, pues hay calefacción central.

Capítulo 25

Espero el ascensor, paciente, mientras veo cómo en la pantalla va cambiando el número según la planta en la que se encuentra. Poco a poco llega y se abren las puertas para que pueda entrar. Pienso en Zoé. Hoy tenía una cita con Kieran y, en cuanto oiga el más mínimo ruido en su casa, iré a cotillear; quiero saber todos los detalles. Salgo al descansillo y me quedo paralizada al ver a Sean llamando a mi puerta. Me fijo en la espalda que marca su abrigo; es mucho más ancha de lo que la recordaba. Se sostiene con una sola muleta, y eso significa que ha trabajado mucho con Sawyer... y ha superado el accidente lo suficiente como para venir hasta mi puerta. Ahora mismo estoy tan sorprendida que no soy capaz de decir nada; sólo lo miro una y otra vez, hasta que supongo que nota mi presencia, porque se gira y nos miramos fijamente a los ojos.

—Hola.

Es de las pocas veces que no siento esa seguridad aplastante en su forma de hablar; más bien está en alerta. Supongo que cree que, después de todo este tiempo sin una mísera noticia, no voy a recibirlo amablemente, pero en lo único que puedo pensar es en que está aquí, en mi puerta..., en que ha sido él el que ha venido a mí y no al revés, como pensaba que sucedería.

—Hola... —Levanto la mano en señal de saludo sin moverme del sitio mientras nos miramos fijamente y no encuentro esa mirada oscura, de rabia con la que me taladraba las últimas veces que lo vi. El silencio que se instala entre nosotros se convierte en interminable, hasta que saco las llaves aturulladamente del bolsillo de mi abrigo—. Pasa, por favor, hace frío.

He reaccionado tarde y me siento estúpida; estoy más nerviosa que nunca. Se aparta de la puerta para dejarme acceder a ella y la abro torpemente, para luego invitarlo a entrar.

Camina muy bien, demasiado para lo que estaba acostumbrada, y no puedo dejar de mirar cómo accede a mi ático mientras lo sigo con los ojos clavados en su cuerpo. Después cierro la puerta y me apoyo en ella. Estudia mi nueva casa. A juzgar por su expresión, le ha sorprendido... y lo entiendo. El día que entré por primera vez no podía creerme que fuese a vivir aquí. Había alquilado un apartamento increíble, y hasta dudé de si era demasiado para mí.

—Avery... —No termina la frase porque mi teléfono comienza a sonar y le pido un segundo para responder; supongo que es mi madre.

—Hola, Zoé.

—¿Estás en casa?!

Su pregunta, con ese tono de voz tan elevado y alterado, me indica que ella es la que le ha facilitado mi dirección; si no, ¿cómo hubiese llegado hasta mi puerta? Aunque, conociendo a Hugh y sus investigaciones, también podrían haberlo averiguado ellos solos.

—Sí, aquí estoy. Tengo que dejarte. —Hablo sin dejar de mirarlo de arriba abajo, sin cortarme un pelo, igual que él hace conmigo.

—Por favor, escucha a tu corazón —me aconseja mi amiga.

—Adiós, Zoé. —Miro a Sean, que tiene dibujada en el rostro media sonrisa desde que me ha oído mencionar el nombre de mi amiga—. Ha sido ella —confirmo por él.

—Sí, ella me ha dicho dónde vives ahora. —Da unos pasos para acercarse a mí y yo me desabrocho la cremallera del abrigo, porque el frío ha quedado atrás; ahora estoy sudando, y no sé si es porque la calefacción está demasiado alta o por tenerlo cerca y de cara, lo que está despertando en mí todo eso que se había ido durmiendo—. Te iba a llamar, pero tenía mis dudas acerca de si querías hablar conmigo... —Hace una pausa para respirar profundamente antes de continuar—... después de todo, o si te acordarías de mí.

¿De verdad cree que en algún momento de todo este tiempo me he olvidado de él? Me he despertado recordándolo, imaginando lo que estaría haciendo; he llamado a Sawyer de vez en cuando, aunque éste casi no ha querido darme información, porque no lo creía conveniente. También me he puesto en contacto con Hugh, Helena, Jeff, Owen... y porque no se me ha ocurrido llamar a nadie más o lo hubiese hecho sin dudar.

—¿Cómo estás?

Eso es lo que más me preocupa, pero no tanto por lo que nos ha sucedido, sino porque me encantaría saber que vuelve a ser él.

—Ya ves. —Se mira de arriba abajo y da un golpe con la muleta al suelo con fuerza—. Sawyer ha tenido mucha paciencia conmigo. —Mientras responde y me muestra la muleta, le pido que se saque el abrigo y espero a que él lo haga solo, por miedo a que, si intento ayudarlo, se aleje de nuevo de mí—. Gracias. —Me lo entrega y le señalo el sillón para que se siente—. He vuelto a ir a trabajar a la oficina. No ha sido fácil ver cómo me miran y cómo ponen cara de pena, pero me tengo que acostumbrar a ello. —Habla un poco más alto mientras me dirijo al recibidor, para quitarme el abrigo y guardarlo, junto con su chaqueta, en el armario de la entrada.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto a Cote Solutions y que retomes tu vida, Sean, de verdad. Mereces ser feliz y nada debe impedírtelo.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y, después de tanto tiempo, vuelvo a sentir ese calor que sólo él ha logrado despertar en mi cuerpo. Vuelvo a tener la necesidad de lanzarme sobre él, aunque no lo hago, porque me contengo con todas mis fuerzas.

—He sido un capullo. Te traté fatal y lo siento de corazón. —Es sincero; por fin se ha dado cuenta de lo que hemos sufrido por haberme apartado de su lado—. Espero que puedas perdonarme algún día.

—Sean... —No tengo que perdonarle nada. Camino hasta él, temerosa de su reacción, pero si ha venido hasta aquí es porque realmente quiere arreglar lo que estropeó hace unos meses. Sus ojos se clavan de nuevo en los míos, y no retrocede; al contrario, espera a que llegue hasta él. Me freno a pocos centímetros de su cuerpo, sin llegar a tocarlo pero pudiendo sentir su aliento. Tengo que cerrar los ojos cuando mi mano se posa en su pecho y él la agarra con fuerza, rompiendo cada una de las barreras que he ido levantando en estos seis meses, y mis lágrimas se desbordan porque no me puedo creer que esto esté ocurriendo—. Lo siento —le digo, y lo miro a los ojos, aunque lo veo borroso—. Siento lo que te ocurrió y haberme ido tan de repente.

No me responde, pero se abalanza sobre mis labios y me besa como he imaginado tantas veces que ocurriría, como hice yo en mi apartamento el último día que estuve en Vancouver, y él me responde con la misma intensidad que yo siento. Nuestras lenguas se reconocen al instante y nuestros labios se acarician una y otra vez, fundiéndose en uno, como si el tiempo no hubiese pasado, como si estos largos meses no hubieran existido en nuestras vidas.

—No tengo que perdonarte nada, eres tú el que tienes que hacerlo —digo al fin cuando nuestros labios se separan, pero sólo intermitentemente.

—He intentado borrarte de mi cabeza muchas veces, pero no he podido. Cada maldito día me

he culpado del dolor que te debía de estar provocando. —Su voz me muestra todo lo que ha sufrido... y no sólo por su accidente, sino por no estar a mi lado.

—Ya estás aquí, así que no debes volver a pensar en eso.

Apoyo mi frente en la suya y enredo mis dedos tras su nuca para asegurarme de que no se va a separar de mí.

—Quería que fueses feliz con alguien que pudiera darte todo lo que necesitas.

Su voz se entrecorta; abrirse de este modo le está resultando muy difícil, y es más de lo que le podría pedir.

—No necesito a nadie más; te quiero a ti, con tus virtudes y tus defectos. —Sonríe conforme se lo digo y me aprieta con más fuerza contra él, aguantando casi todo nuestro peso con la muleta y su pierna buena—. Y, si me lo permites, siempre estaré a tu lado.

—Ya no me voy a ningún sitio. Estaré donde tú seas feliz, me da igual tener que mudarme aquí, cerrar la empresa o qué se yo... Si tú no estás conmigo, la vida no tiene sentido... aunque he tardado medio año en reconocerlo.

—Eres un poquito lento, señor Cote —me burlo de él, y consigo que me dé una cachetada en la nalga, a lo que abro la boca exageradamente, como si acabara de hacer el peor acto de su vida... hasta que rompo en una carcajada al tiempo que lo empujo para que caiga sobre el sofá y luego me subo sobre sus muslos, sin pensar en nada, ni tan siquiera en si le puedo hacer daño.

—Eres la única persona que se atreve a decirme algo así. La última que lo intentó...

—¿Está en el otro barrio? —bromeo, sabiendo que todo es fachada, esa que le sirve para intimidar a todo el mundo.

—Más bien en el hospital. —Me separo unos centímetros de él para mirarlo a los ojos y de repente emite una carcajada—. Sawyer, trabaja allí. —Se encoge de hombros y ahora soy yo la que niega con la cabeza, entre risas, hasta que me atrapa la nuca y me arrima a él para besarme.

—Cómo echaba de menos esto —le digo en un suspiro para luego volver a darle tiernos besos en los labios.

—Sabes a dulce.

Sonríe cuando me lo dice; no me extraña que sepa a chucherías, he comido toneladas estar tarde.

—¡Feliz Navidad! —le respondo, emocionada, y me mira sonriente pero extrañado por mi reacción—. Me he pasado toda la tarde haciendo dulces navideños.

—¿De verdad? Quiero probarlos. —Adentra su lengua en mi boca y me saborea: lo beso para ayudarlo, y mis caderas se descontrolan cuando siento su miembro, duro, topar contra mi sexo... y nuestras respiraciones comienzan a acelerarse. Sus manos se cuelan bajo mi camiseta y siento arder la piel de mi espalda por su contacto.

—Sean... —jadeo su nombre, y veo cómo sonrío, deteniendo nuestra intensidad mediante pequeños besos.

—Te invito a cenar a mi hotel.

Me aparto y niego, ante su sorpresa.

—No vamos a salir... porque hace frío y no pienso separarme de ti, ni tan siquiera por una estúpida cena, y, además, anula la reserva, porque no vas a salir de mi casa.

—¿Me vas a secuestrar? —Detecto el tono juguetón en sus palabras.

—Llámalo como quieras. Para empezar, vamos a cenar aquí. Ya es hora de que estrene esta cocina.

Se la señalo y me regala una sonrisa, divertido.

—¿No la has usado en todo este tiempo?

Me parece increíble que él, justamente él, me haga esa pregunta en tono de sorpresa, pues nunca lo he visto cocinar, porque la pobre Helena se encarga de todo.

—Pues no, así que ve anulándolo todo mientras preparo algo —le digo, señalándolo con un dedo inquisidor, y él me sigue con la mirada, sonriente... con esos ojos grises oscuros que le cambian cuando está excitado como lo está ahora... y, aunque lo último que quiero es dejar de besarlo, creo que él necesita ir a poco a poco.

—Hugh, cancela la reserva para la cena y, por favor, tráeme el equipaje a la dirección de Avery.

Se ha puesto de pie para hablar, mirando por la cristalera. Sigue nevando, pero aún así queda un poco de claridad para poder ver la espectacular vista que tengo delante de mi ático: un sinfín de copas de árboles blancas que consiguen que pierdas los minutos observándolos.

Sonrío, satisfecha porque me ha hecho caso, y me acerco ante su atenta mirada hasta llegar a él; le rodeo la cintura y me recibe encantado, para luego abrazarme con fuerza y besarme en la cabeza mientras continúa con el teléfono pegado a la oreja, escuchando lo que Hugh le está diciendo.

—Feliz Navidad —le digo a Hugh, y Sean activa el manos libres para que pueda oír sus palabras.

—Igualmente, señorita Avery. Me alegra volver a oír su voz.

—¡Hugh! —suelta Sean de repente, casi en un grito, y lo miro sorprendida—. Haz tus maletas y regresa a Vancouver con Helena.

—Pero...

—Creo que estaré bien aquí.

Alzo la mirada hasta sus ojos y veo una sonrisa de felicidad, así que me digo que éste es el mejor regalo que podría tener estas Navidades.

—Prometo que cuidaré de él... y, si se pone tonto, te lo mando en el primer vuelo.

Consigo que Hugh se ría a carcajadas y Sean me estrecha un poco más antes de besarme los labios.

—Ya la has oído —contesta sin dejar de mirarme, a unos centímetros el uno del otro.

—Está bien; me encargo de todo y luego me voy.

Finaliza la llamada y me acomodo sobre su torso mientras los dos miramos al exterior, embelesados. No me puedo creer que esto esté ocurriendo, que Sean haya venido a buscarme para estar a mi lado, sin importarle nada más que yo en este momento. Y, aunque sé la cantidad de responsabilidades que cargan sus hombros, ahora mismo lo único que quiero es recuperar el tiempo perdido, sin pensar en otra cosa.

—¿Qué te apetece cenar? —le pregunto, aun acurrucada entre sus brazos.

—Me da igual.

—Vamos a ver lo que tengo.

Me separo de él a pesar de su reticencia y camino hasta la cocina, sabiendo que él me sigue. Abro la nevera y veo que hay comida casera, que hizo ayer mi madre. No sabe cuánto me ha ayudado—. ¿Te apetece albóndigas en salsa?

—¿Las has hecho tú? —Eleva las cejas y niego con la cabeza mientras se me escapa una sonrisita—. Ya decía yo...

—Soy capaz.

—No lo dudo, pero prefiero estar disfrutando de ti a qué estés tan ocupada que no tengas tiempo de estar conmigo.

Se apoya en el taburete de la isla y me arrima a él, para atraparme entre sus brazos y volver a besarme con esa intensidad que, como no pare, no voy a ser capaz de soportar.

—Me gusta... —Lo hago sonreír, y veo cómo, con la ayuda de su muleta, se dirige hacia donde está el táper, lo abre y va hasta el otro extremo para meterlo en el microondas.

—Podría acostumbrarme a esto —asegura, feliz de sentirse bien consigo mismo.

—Y yo... —Lo miro de arriba abajo y se muerde el labio. Me conoce muy bien y sabe lo excitada que estoy, tanto que ahora mismo lo que menos me importa es comer—. ¿De verdad tienes hambre?

—¿Tú no? —Niego varias veces enérgicamente; no dejo de hacerlo hasta que sus ojos me estudian e intento con todas mis fuerzas que pueda leer en los míos que ahora mismo lo único que quiero es tenerlo a él—. ¿Tienes una buena cama?

—La mejor. —Me acaricio el pelo—. ¿Quieres que te la enseñe?

—Ha sido un viaje largo, creo que me iría bien tumbarme en una.

Los dos sabemos que dormir es lo último que va a hacer esta noche.

Le ofrezco mi mano y en ese instante el sonido de la campanilla del microondas suena y los dos lo miramos, pero él me agarra, sin importarle en absoluto la comida que ya está lista, y deja que lo guíe, paso tras paso, hasta que llegamos a mi habitación.

—¿Está todo a tu gusto? —ronroneo.

Camina hasta llegar a la cómoda y se apoya en ella, llevándome consigo.

—Bueno, podría estar mejor si... —Me sube la camiseta y yo levanto los brazos para ayudarlo—. Hay demasiados impedimentos, ¿no crees?

—Lo hubiera previsto si alguien me hubiera avisado de tu visita.

Me desato el sujetador y lo dejo caer al suelo, ante sus ojos ardientes, que no son capaces de dejar de mirar mis pechos. Estiro su jersey de lana hacia arriba y me encargo de sacárselo por la cabeza. Me paro a contemplar su cuerpo, está tan cambiado... Se le marcan todos y cada uno de sus músculos sin necesidad de hacer fuerza. Llevo mis manos al botón de su pantalón para poder desabrocharlo y deshacerme de él, pero las atrapa con fuerza. Lo miro a los ojos, viendo ese temor que tanto tiempo ha querido ocultar.

—Tardé cuatro meses en poder mirarme al espejo. —Su confesión, con esa voz ronca, me demuestra lo mucho que ha sufrido—. Y sigue sin gustarme lo que veo.

—Déjame demostrarte que nada de lo que vea va a cambiar mi percepción de ti. —Mi tono es una súplica; necesito que se deje llevar—. Te quiero, Sean. —Le acaricio el torso con delicadeza, consiguiendo que se relaje poco a poco; sé que lo hace porque su pecho cada vez se esfuerza menos en respirar.

—Y yo. Te juro que he soñado cada noche con volver a tenerte así.

Aparta sus manos y, tal y como iba a hacer, desabrocho el botón de sus Dockers y se los bajo; desciendo con ellos hasta que quedan en el suelo. Capto su respiración forzada, alzo la cabeza y veo que tiene los ojos cerrados y la cabeza mirando al techo, intentando superar su miedo. Sigo de rodillas, sin importarme que frente a mí esté su pierna amputada cubierta por una malla, porque nada de lo que tengo delante me parece feo; todo lo contrario, lo que le ha pasado nos ha hecho más fuertes. Ascendo acariciando sus muslos mientras él continúa con los párpados cerrados, hasta que siente mis labios recorrer su abdomen y parece que no estar tan cerca de su herida consigue que pueda seguir sin miedo.

Capítulo 26

—Vamos a tumbarnos —le pido, ofreciéndole mi mano, y en cuanto la acepta, rodeo mi hombro con su brazo para, esta vez sí, ayudarlo a llegar hasta la cama, porque las muletas yacen en el suelo.

—Gracias —me dice cuando se sienta, y sonrío, porque, aunque sé que no tiene por qué darme las gracias por nada, el mero hecho de que me haya permitido ayudarlo ya es más de lo que me había concedido hasta este momento.

Pongo mi mano en su pecho y lo obligo a estirarse, para sentarme luego a horcajadas sobre sus caderas.

—¿Te duele si bajo? —le pregunto, porque no quiero lastimarlo; necesito saber cuál es su estado actual.

—No, ya no.

—¿Puedo?

Asiente en un suspiro y vuelve a coger aire con todas sus fuerzas cuando siente que agarro con ambas manos sus muslos y, lentamente, me encargo de bajarle los calzoncillos con mucho cuidado. Cuando llego al final de su pierna cortada, se los quito apenas sin rozar la malla que la cubre.

Sé que hoy todo va a cambiar entre nosotros, que lo que está haciendo es superar sus miedos, y por ello me siento tan especial, porque me ha elegido a mí, pero a la vez con una responsabilidad tan grande... que me impone, pues no quiero fallarle. Deseo demostrarle que mi amor está por encima de todo, también de las secuelas que le ha dejado ese maldito accidente. Comienzo a besar su pierna derecha, la que tiene en perfectas condiciones, porque sé que se siente más seguro así; subo lentamente, dejando un reguero de besos en mi trayecto, hasta que llego a su miembro. Levanto la cabeza y lo miro sonriente, paralizada hasta que él se da cuenta de ello y me mira para comprobar por qué.

—Pensaba que no volvería a saborearla jamás. —Le arranco una sonrisa y paso la lengua por su longitud, provocando un rugido de su garganta—. Espero que no la hayas castigado a ella también. —La adentro en mi boca, cubriéndola por completo, dejándolo sin palabras y más que satisfecho, porque eso es lo que pretendo... que recuerde lo que le hago sentir por encima de cualquier otra cosa, para que, cuando surjan dudas, esto prime por encima de todo.

—Dios, Avery, ¿por qué he tardado tanto? —me dice, aunque en realidad se lo pregunta a sí mismo, y me encojo de hombros mientras pienso que ojalá no hubiera esperado tanto en aparecer; todo hubiese sido muy diferente.

Lo agarro por las caderas con fuerza para que no se mueva; mi lengua degusta su pene como si fuera el manjar más delicioso que he probado en mi vida mientras él tiembla de placer, y quiero que lo haga, porque ahora mismo mi única meta es que se deje llevar como lo está haciendo... Noto cómo su cuerpo se contrae mientras sigo lamiendo de arriba abajo, introduciéndolo hasta el fondo de mi garganta y arrancándole unos gemidos que ya no puede controlar. Sus manos bajan hasta mi pelo y lo enreda entre sus dedos para guiarme en busca de más placer, y me dejo llevar,

igual que él lo hace. Me excito como nunca; no quiero parar y él no quiere que pare, pero lleva mucho tiempo deseando este momento y su cuerpo comienza a dejar de responderle y, poco a poco, saboreo su esencia, hasta que me trago hasta la última gota de su semen.

—Ven...

Cuela sus manos por mis axilas y, con una fuerza que desconocía, me acerca a sus labios para besarme con auténtica pasión. Le enmarco su rostro y no puedo dejar de mirar cómo le brillan los ojos. Está excitado, mucho, pero no sólo es eso; por primera vez desde que me acuesto con él siento algo mucho más intenso. Hay una conexión entre nosotros que hasta este momento no había aparecido, y es tan grande que tengo claro que nada podrá destruirla.

Me recuesta a un lado y se pone encima de mí con total facilidad haciendo fuerza con la rodilla derecha, y comienza a besarme el cuello; luego baja lentamente hasta mis pechos y los atrapa para mordisquearlos, concienzudamente, consiguiendo que se me erice hasta el último centímetro de piel y tenga que erguir la espalda, dejándole más a mano mis pechos.

—Pienso recuperarlo a tu lado cada uno de los días que he perdido. —Levanta su mentón y lo veo mirándome lascivamente desde el canalillo, para luego agarrar mi cintura con ímpetu para seguir besando mi vientre antes de descender a mi sexo. Siento su aliento porque se queda paralizado, observándolo. Levanto las caderas en señal de protesta, pero lo que consigo es que clave sus dedos enérgicamente en mis nalgas para lanzarse a devorarme. Sabe muy bien cómo me gusta, qué puntos debe atacar, y me retuerzo de placer, sintiéndome la mujer más afortunada del universo.

—Te quiero dentro, por favor —le ruego, y como si lo que acabara de decir se tratara de una orden, sube hasta volver a tenerlo a mi altura, donde lo puedo besar mientras noto cómo su miembro se coloca en la entrada de mi sexo y, sin ningún tipo de impedimento, se va colando hasta lo más profundo de mi interior. Mi cuerpo lo reconoce; ansiaba absorberlo con fuerza, como a él le gusta, y rápidamente nos descontrolamos hasta el punto de que la habitación se llena de nuestros gemidos y jadeos, al ritmo de nuestros cuerpos.

Sus estocadas son seguras; busca llegar a lo más hondo de mi sexo y no duda en usar todo su vigor para penetrarme con fuerza, acoplándonos el uno con el otro hasta ser uno solo. Experimento un placer que sólo él es capaz de darme, mientras me besa el cuello, lo chupa y lo muerde, intentando marcarlo para que todo el mundo sepa que vuelve a tener dueño, que Sean Cote ha vuelto para quedarse. Y yo sólo puedo sentir esas mariposas que aletean en el centro de mi cuerpo y que se van dirigiendo a mi sexo, donde pierdo el control.

—Sean, no pares, por favor.

—Nunca, cariño, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Sigue embistiéndome y me atrapa un pezón con los dientes, dejándolo libre cuando su mordisco consigue darme todo el placer que creo que puedo sentir y mi vagina se contrae; mis piernas piden a gritos cerrarse, pero sus muslos se encargan de impedirlo, de que llegue hasta mí ese placer que tanto he deseado durante seis largos e interminables meses.

—¡Avery! —oigo la necesidad de terminar en sus palabras a la vez que intento seguir moviéndome con todas mis fuerzas, aunque mi respiración es forzada porque no he podido resistirlo más y han llegado miles de oleadas de goce puro que han acabado conmigo sin remedio —. Contigo lo quiero todo.

Apenas puedo respirar, pero lo he oído perfectamente, y yo...

—Yo también lo quiero todo.

—Dime que salga y lo haré —nos miramos a los ojos y clavo mis caderas en él, consiguiendo

profundizar los movimiento—... no voy a poder parar —me advierte mientras lo único que se oye en este momento son nuestras respiraciones. Con los ojos bien abiertos para que no tenga ninguna duda, le digo:

—No quiero que lo hagas. Nunca. —Oigo un rugido que se corta contra mi hombro y clava sus dientes en él con saña—. No me dejes nunca más —susurro.

—Nunca —apenas logra responder en un murmullo cuando eyacula en mi interior y casi no tiene fuerza para llegar hasta mis labios y darme un beso... el beso más intenso que me ha dado desde que lo conozco, y poco a poco, sin querer separarse de mis labios, se deja caer a un lado para quedar mirando al techo, consciente de que acabamos de hacernos una promesa—. Es la primera vez en mi vida que he deseado llenarte por completo.

—¿Y si sale mal? —es lo único que puedo pensar después de todo lo ocurrido.

—Llegado el caso, que no va a ocurrir, no dejaría que te faltara de nada.

Está muy convencido, y no dudo de que lo haría.

—¿Por qué conmigo?

Me pongo de lado y lo miro fijamente.

—Esa misma pregunta me he repetido cada vez que me enviabas un mensaje y era consciente de que seguías esperándome. —Me besa la cabeza y lo abrazo con ímpetu. No se puede sentir más amor del que nosotros sentimos—. Vas a necesitar mucha paciencia... —me advierte, pero no lo dejo terminar la frase.

—La tengo.

—Puedo llegar a ser un gilipollas.

Sigue mostrando su lado oscuro para que me replantee estar con él.

—Ya lo he comprobado —le vacilo, y me pellizca justo encima de las costillas para hacerme cosquillas, por lo que me retuerzo entre risas.

—Si alguna vez vuelvo a comportarme así, dímelo y no dejes que continúe.

—Lo haré encantada. —Vuelve a hacerme cosquillas, pero esta vez no para hasta que me aparto todo lo que puedo de él y me caigo al suelo—. Ahora lo estás siendo. ¿Me quieres ayudar?

—¿Sabes lo que ocurre? —Lo miro sin dar crédito al ver que se sienta en el lado contrario de la cama—. Que perdería el equilibrio y me caería contigo.

—¿No piensas ayudarme? —Abro la boca desmesuradamente ante sus carcajadas—. Ésta te la guardo. —Me pongo de pie y, cuando va a pasar por mi lado, lo empujo, consiguiendo que realmente pierda el equilibrio y se caiga de espaldas sobre el colchón—. No olvides que ahora soy más rápida que tú.

—Eso ni lo sueñes. —Me coge de los brazos cuando casi me había alejado de él y me gira, quedando boca abajo sobre mi cama. Sin duda ahora tiene más fuerza en las extremidades superiores; puede cogerme como si fuera un peso pluma, sin despeinarse—. ¿Ahora quién es más rápido?

—Vamos a hacer una carrera —le respondo cruelmente, y de inmediato lo miro sintiéndome fatal por lo que le acabo de soltar, pero, lejos de enfadarse, se ríe.

—En eso sí me ganas... de momento.

—Sean Cote no tiene límites.

Asiente a mis palabras, seguro de que así es.

Me suelta y se sienta para verme entrar en el baño para darme una ducha. No le pido que me acompañe, pues no quiero forzarlo a nada. Si él decide compartir este momento íntimo conmigo

será decisión suya. Abro el grifo y me adentro bajo el chorro de agua, retirando hasta el último resto de pasión que queda en mi cuerpo.

—¿Puedo? —Me giro y lo veo entrar, completamente desnudo, ayudado de la muleta; ya no lleva puesta la malla que le cubría el muñón—. Necesitaré hacer aquí unas reformas si no quieres que me mate.

—Si sólo es eso, creo que no habrá problema. —Le ofrezco mi mano para ayudarlo a entrar y, con mucho cuidado, se apoya en la pared, bajo el chorro de agua, y comienzo a frotarle el pecho con la esponja—. Te ha sentado bien hacer más deporte —le digo, y me muerdo el labio al tiempo que lo miro con lascivia.

—Eso dicen —me responde con una media sonrisa.

—Ah, ¿sí? ¿Quién lo dice? —Hago ver que estoy celosa, aunque en el fondo no lo estoy para nada.

—Para empezar, Helena no deja de abrazarme y tocarme todo lo que puede...

—A ella se lo permito —Recuerdo lo preocupada que estaba por él. Sean la considera como a una segunda madre, y a ella le encanta ese papel—. ¿Y quién más si se puede saber?

—Tú. —Agacha la mirada y se ríe en una carcajada bien grande que resuena por todo el baño—. No me ha visto ninguna mujer más... o casi: las de Cote Solutions no cuentan.

Finjo estar enfadada y busca mis labios para volver a besarme mientras el agua cae por nuestras mejillas, empapándonos por completo.

De repente oímos el timbre y lo miro extrañada.

—Serán mis cosas —me dice.

Ya no me acordaba. ¡Qué oportunos, de verdad!

—¿Y si no abrimos? —propongo antes de morderme el labio inferior, divertida, y él se ríe antes de responderme.

—Me tendrás desnudo en tu casa todo el día.

—Perfecto, me parece la mejor idea. Que se vaya.

Apoyo una mejilla en su pecho y entonces me susurra al oído:

—Tendré que ir a pasar las Navidades con tus padres así, recuérdalo.

—Termina tú, yo me encargo de abrir y recogerlas. A esto lo llamo jugar sucio.

Salgo de la ducha, me pongo el albornoz y me froto con soltura el cabello con otra toalla para que no gotee por el camino. Luego voy corriendo hasta la puerta, donde compruebo que no se me vea nada antes de abrir.

—Hola. —El chico se queda paralizado, mirándome de arriba abajo, y yo le quito la gran maleta de la mano y el neceser que le cuelga de la otra—. Muchas gracias. —Casi le cierro la puerta en las narices, pero la verdad es que me estaba incomodando demasiado.

Camino con su equipaje hasta la habitación y lo encuentro sentado en la cama, con la pierna cruzada por encima de la otra y mirándose. No quiero molestarlo, así que coloco sus cosas al lado de la puerta y me dispongo a salir, cuando oigo:

—Tengo que comprobar que la herida esté curando bien, que no queden restos de humedad y, sobre todo, que el tacto sea suave. —Me acerco lentamente y me siento a su lado. Entonces me coge una mano y, mirándome fijamente, la acerca hasta estar apenas a unos centímetros de la cicatriz, pero entonces me la suelta y cierra los ojos. Yo me envalentono y aparto la toalla con la que se estaba secando para acariciar esa zona, y compruebo, tal y como me ha dicho, que el tacto sea suave, y lo es—. Si sigue así, podré ponerme una prótesis enseguida.

—Eso son muy buenas noticias; podrás ser más independiente.

—No sabes lo difícil que es, en ocasiones, hacer cosas cotidianas, esas que hacía antes cada día como si nada y que, de repente, se han vuelto como una montaña que debes escalar y no tienes medios para ello...

—Pero, al final, los sacas de donde sea y lo consigues —acabo la frase por él, porque se la oí decir a una de las mujeres del grupo de apoyo de Sawyer, y Sean se sorprende de que la sepa.

—Necesitaba saber cómo ayudarte y fui a una reunión. Allí tomé la decisión de dejarte espacio para que pudieras superarlo por ti mismo y, a la vez, dejar de culpabilizarme para cuando regresaras a mi lado poder ayudarte de verdad.

—¿Por qué te sentías así? Tú no tuviste la culpa de nada.

Coge la toalla y continúa secándose mientras espera a que le responda.

—Si yo no me hubiera enfadado y, en cambio, hubiese hablado contigo antes de sacar conclusiones erróneas, no habría cogido el coche, por lo que tú no habrías tenido que seguirme como un loco, nadie nos hubiese perseguido y el accidente no hubiera tenido lugar —le confieso lo que me he repetido una y otra vez durante todo este tiempo.

—Él único culpable es el hijo de puta que nos siguió... y en todo caso la persona que lo contrató —suelta con rabia.

—Ahora lo veo así también, pero me ha costado mucho llegar a esa conclusión.

Me abraza y me agarra por el mentón para besarme.

—De lo único que eres culpable es de volverme loco hasta el punto de dejar toda mi vida por ti.

—No quiero que lo hagas —replico, porque no creo que sea capaz de cargar más culpas sobre mis hombros—. Tienes una empresa que depende de ti y de Jeff, no lo puedes dejar solo.

—Hace mucho tiempo, Jeff pensó en abrir una nueva sucursal, una que se encargara de la producción nacional de energía, y ésta es la ciudad perfecta.

—¿Y le dejarás la producción internacional a él?

—La mayor parte; él está de acuerdo. —Si Jeff ha aceptado es por hacerme feliz, porque sabe lo importante que es para mí vivir cerca de mi familia—. Así que tengo trabajo, mucho... y necesito a una persona que me ayude a elegir y formar a los trabajadores, yo solo no podré con todo.

—¿Viviremos aquí, entonces?

—Si es lo que quieres, sí. —Me lanzo a besarlo y con ello le respondo al instante, no hay otra cosa que deseé más—. Esta semana tengo que ir a visitar un edificio para ver si ubicamos allí la futura sucursal. ¿Quieres acompañarme?

—Me encantaría.

—Como ves, tenemos muchas cosas que hacer juntos... y la primera será comer algo: tengo que recuperar fuerzas para poder recorrer esta ciudad, con el frío que hace.

Se pone la malla de nuevo y agarra su muleta para acompañarme hasta la cocina, donde saco del microondas las albóndigas que él había puesto a calentar y que yo he tenido que recalentar otra vez. Luego nos sentamos en la isla de la cocina y comemos mientras conversamos acerca de cómo le han ido estos meses con Sawyer y me explica lo mucho que le ha insistido en que se estaba equivocando conmigo y, sobre todo, quiere saber lo que he hecho yo. Tenemos tanto que contarnos que pasamos de la cocina a la cama de nuevo, donde continuamos poniéndonos al día, sin dejar de besarnos y de abrazarnos, hasta que, agotados, aun sin ser muy tarde, decidimos dormir y descansar.

* * *

Oigo la melodía de mi teléfono, pero soy incapaz de abrir los ojos; estoy agotada. Vuelve a sonar al cabo de poco y respondo sin mirar de quién se trata.

—Has tenido tiempo suficiente, con nosotros no se juega. —La voz de Charlotte hace que me tense por completo y cuelgo de inmediato.

Sean se sienta a mi lado sin saber qué me pasa. Miro hacia los ventanales y me doy cuenta de que no se ve nada, porque el calor del interior ha llenado la superficie de vaho.

—¿Quién era? —me pregunta, frotándose los ojos.

—Un momento... —le digo tras oír el sonido de un mensaje entrante, y me levanto de la cama en dirección al comedor, temblorosa.

No sé qué me ha mandado, pero su advertencia era muy clara; esta vez sí que no parecía tratarse de un farol. Me apoyo en la isla de la cocina y dejo el móvil sobre ésta, mientras respiro profundamente varias veces antes de abrir ese chat de WhatsApp; descubro que me ha enviado un vídeo, así que lo doy a reproducirlo y... de inmediato me dejo caer sobre el taburete y me llevo ambas manos a la boca.

—¡Hija de puta! ¡Fue ella! —Es Sean quien habla por mí a mi espalda. No soy capaz de girarme; acabo de ver una secuencia que no sólo me ha impactado, sino que me ha paralizado por completo, bloqueando mi mente—. Avery, mírame, calma... Esto no es culpa tuya.

—Pero ¿cómo...?

Sean coge su móvil y teclea algo a toda prisa, enfurecido; a los pocos segundos, lo llaman por teléfono.

—Fue Charlotte; ella la drogó y la violó. —Supongo que está hablando con Hugh, y sus palabras retumban en mi cabeza mientras las imágenes que he visionado se repiten en bucle en mi cerebro: Charlotte besándome; Charlotte quitándome el vestido que llevé en la boda de Jeff y Owen hasta desnudarme por completo; Charlotte acariciando mi cuerpo en una habitación de hotel... De pronto siento que me mareo y salgo corriendo hacia el baño para vomitar—. Ahora te llamo.

Noto cómo me recoge el cabello y yo arranco a llorar mientras la bilis sube por mi garganta; estoy casi sin aliento. No me puedo creer que me haya hecho algo así; durante todo este tiempo he creído que se me había ido la cabeza y me había acostado con Chris... pero no, Charlotte fue la que abusó de mí, la que dejó cada una de esas marcas en mi cuerpo, y no lo he sabido hasta ahora.

—Chissss, estoy aquí, contigo... y lo va a pagar muy caro, te lo juro. —Espera a que termine de vomitar y me ofrece un trozo de papel para que me limpie. Luego me lavo los dientes—. Debes ser fuerte, ahora te toca a ti.

Asiento en silencio y me retiro las lágrimas, dejando que me bese la cabeza y me rodee con sus brazos, aun sujetándose con la muleta, con todas sus fuerzas.

—¿Por qué? —le pregunto cuando ya he sacado toda mi rabia y consigo volver al salón para sentarme en el sofá.

—Me quieren hacer daño, y tú has resultado ser su arma.

—No, no es por eso... —Por primera vez voy a ser sincera de verdad con él—. Firmé un contrato laboral sin leer detenidamente las cláusulas del mismo; había una en la que se estipulaba que, si cancelaba las formaciones, debía indemnizarlos con diez millones de dólares... Aquel

miércoles, tras decirte que iba a ir a dar mi primera sesión, me presenté allí con intención de cumplir mi cometido, pero nada resultó ser como esperaba y les dejé muy claro que no volvería más. Me enfrenté a ella y también a tu padre, y me advirtieron de que me arrepentiría... Ese vídeo se grabó la noche de la boda, muy poco después de ese desencuentro, y luego comencé a recibir sus amenazas.

—¿Amenazas? ¿De qué tipo?, ¿cuántas?, ¿desde cuándo?

Sean está serio, mucho. Descubrir que le ocultado todo esto no le está gustando en absoluto.

—Cada miércoles desde que llegué aquí... cuando se suponía que debía estar impartiendo las formaciones —confieso, quitándome un peso de encima al no tener más secretos con él. Ya se lo he contado todo, ya no hay nada que no sepa, y me siento aliviada por ello.

—La voy a ahorcar con mis propias manos —gruñe, iracundo. Trasteo de nuevo en mi teléfono y vuelvo al chat de WhatsApp para ver el vídeo completo. Debo saber qué es lo que me hizo realmente—. Avery, no.

—¡Sí, Sean! —le grito para que no me detenga—. Me he pasado seis meses creyendo que se me había ido la cabeza y me había acostado con Chris, dudando de lo que dijo Hugh acerca de que me habían drogado y sin atreverme a llamar a Chris porque me sentía muy avergonzada de no acordarme de nada y tener que pedirle explicaciones... Ha llegado el momento de saber qué pasó, lo necesito.

Pongo a reproducir el vídeo y veo cómo Charlotte me tumba en la cama, me desnuda, me ata las muñecas al cabezal, lame mi cuerpo a la vez que me golpea con saña de vez en cuando, me pellizca, me penetra con un consolador... Está excitada, y yo no me muevo, estoy inerte, por lo que no puedo defenderme; en realidad no puedo ni moverme, así que soy incapaz de detenerla. No doy crédito a lo que estoy viendo. ¿Cómo puede haber personas tan despiadadas y crueles en el mundo?

—La voy a matar, te juro que se va a arrepentir de lo que me ha hecho —grito entre lágrimas.

Capítulo 27

Sigo viendo el vídeo mientras Sean acaba cabreándose tanto que es incapaz de estar sentado a mi lado, así que recorre el gran salón una y otra vez, de un lado al otro, diciendo pestes de Charlotte. Cuando termina, con la imagen de ella besándome en los labios mirando a cámara mientras con las manos me aprieta con fuerza el cuello, ahogándome, me doy cuenta de que alguien nos grabó, porque la imagen final no es estática, hay movimiento: se notan los pasos de una segunda persona.

De repente, suena mi teléfono. Al ver de quién se trata, Sean me pide que espere un segundos antes de atender y saca el suyo corriendo; deduzco que lo hace para grabar nuestra conversación. Cuando ya ha activado la función de grabadora, acepta la llamada en mi móvil y activa el manos libres.

—¿Creías que te mentía todo este tiempo? —Su voz es la más fría que he oído nunca.

—Me has violado —escupo con toda mi rabia, y ella suelta una risa malvada.

—Dicho así es muy feo. Digamos que te di lo que tanto te gusta de Sean.

¡Qué sabrá ella lo que me gusta de él! Lo que nos diferencia a ambas es que conmigo no necesita hacer esas prácticas tan primitivas que ella estaba encantada de recibir.

—Me drogaste y abusaste de mí. No creas que vas a salir impune de todo esto; tu propio vídeo constituye la prueba que necesitaba para denunciarte.

No escondo la rabia que siento, aunque Sean me estrecha la mano para que me calme.

—¿No vas a decir nada, cariño? Supongo que estás muy cabreado conmigo, pero es que tu chica ha pensado que puede jugar con nosotros.

La muy zorra nos tiene controlados; sabe perfectamente que estamos juntos, por eso lo ha mandado hoy.

—Pienso asfixiarte hasta que no te quede aliento. —Su voz es suave, furiosa, y sus ojos destilan odio, uno que no puede controlar.

Ella se ríe a carcajadas.

—Vaya, veo que he acertado, te importa de verdad. Qué lástima que te conformes con eso. —Si quiere lastimarme con sus palabras, no lo va a conseguir. Ahora mismo estoy tan indignada y de mala leche que nada de lo que diga en ese sentido va surtir efecto en mí—. Aunque, teniendo en cuenta lo que te ha ocurrido, que ahora eres un tullido, supongo que es mejor aferrarse a cualquier cosa, por pequeña que sea, antes que estar solo.

—Eres lo peor, Charlotte. Ojalá no te hubiera conocido jamás.

Nos miramos fijamente mientras interviene y lo abrazo, a lo que Sean responde con una presión todavía más fuerte, transmitiéndome todo el apoyo y la calma que ahora mismo necesito.

—Eso no es lo que decías entre mis sábanas, ¿es que ya no recuerdas lo bien que te lo pasabas conmigo?

Me separo de repente para mirarlo a los ojos y pedirle que se tranquilice, que no caiga en la trampa; está intentando provocarlo, pero no puede entrar en su juego, esta vez no.

—¿Qué quieres de nosotros? —responde como si no le hubiera importado en absoluto lo que le

acaba de decir.

—Diez millones, ¿no te lo ha contado tu chica? Avery, pensé que eras más lista. —Oigo un chasquido de su lengua.

—Ni lo sueñes —dice como si nada, como si estuviera en medio de una partida de póquer y tuviera un as bajo la manga.

—Eso ya lo veremos —replica, y cuelga.

Nos quedamos en silencio unos segundos. No sé si me ha dolido más ver el vídeo y ser consciente de lo que me hizo u oír la frialdad de esta conversación... lo que me hizo no le importa en absoluto; todo lo contrario, parece que disfrutó mucho con ello.

Vuelve a llevarse el teléfono a la oreja y me mira muy serio mientras le dice a Hugh que ya ha llegado el momento de acabar con su padre. Le explica el chantaje al que me han querido someter durante todos estos meses, el tema del vídeo y el dinero que me piden, a cuyo pago estoy obligada por contrato.

No sé a qué se refiere con eso de acabar con el señor Collins, así que espero a que termine la llamada para averiguarlo.

—¿Qué vais a hacer?

—Arruinar a mi padre, cosa que debería haber hecho hace mucho tiempo. —Al decir eso aparece una media sonrisa ladina en sus labios, aunque yo no doy crédito a lo que acabo de oír.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Llevo muchos años trabajando en ello. Sólo faltaba que me decidiera a hacer una llamada para hundirlo en la miseria. Te aseguro que tendrá problemas mayores que chantajearnos con la idea de no emitir ese vídeo, que en realidad lo incrimina, o exigirte que pagues esos diez millones de mierda. —Me recuesto en el sofá, agotada; he descubierto demasiadas cosas hoy, y el vídeo me ha dejado emocionalmente muy jodida—. Vamos a la cama, necesitas descansar.

—¿Alguna vez sentiste amor por esa mujer? —le planteo.

Rodea el sofá y se sienta a mi lado, me agarra de la mano y me suelta antes de contestarme.

—No. Era lo único que tenía, pero no estaba enamorado de ella. —La verdad es que no esperaba que fuese tan directo, aunque lo prefiero—. Conocí a Charlotte al salir del internado; fue la que me enseñó a no sentirme como un bicho raro, a controlarme e incluso a disfrutar de mi filia.

—Por eso en el vídeo me está ahogando, y de ahí mis marcas en el cuello al día siguiente de la boda. Te estaba enviando un mensaje.

Menuda jodida retorcida, me ha utilizado desde el principio. Seguro que lo tenía todo planeado antes de que aceptara impartir las formaciones y yo, como siempre tan ingenua, acepté, sin ver las dobles intenciones.

—Ella siempre me dijo que no sería feliz teniendo una relación normal, que mi instinto era más fuerte y que necesitaría asfixiar a todas mis parejas. —En vez de ayudarlo, Charlotte le potenció esa conducta y también jugó con él sin que Sean se diera ni cuenta—. Sin embargo, desde que te conocí, supe que no era cierto.

—Has demostrado que no lo necesitas, pero si en algún mo...

—No, ni lo menciones. Sólo te necesito a ti para ser feliz. —Se deja caer al suelo delante de mí y me agarra las manos con fuerza para que lo mire—. Te quiero como no he querido a nadie en toda mi vida, y eso es lo que le duele, que por ella jamás llegué a sentirlo, y por eso me dejó por mi padre. Él era más poderoso que yo, tenía mucho más dinero y la iba a tratar, esperaba, como a una reina.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunto, desbordada por la situación.

—Superarlo juntos. Ese vídeo va a desaparecer, de eso me encargo yo, no verá la luz, y pagará por lo que te ha hecho, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—No quiero secretos. Cuando los hay, terminamos alejados el uno del otro irremediablemente.

Niega con la cabeza, dándome la razón; está dispuesto a no tenerlos para que lo nuestro funcione.

—Mañana, la mayoría de los accionistas del *holding* de mi padre me venderán todas sus acciones; seré el que tenga más porcentaje, por encima de él... Durante años, sus inversiones no han sido muy acertadas y ha tenido que ir sobreviviendo. Yo he estado alerta, haciendo negocios paralelos con los accionistas descontentos, al acecho, sabiendo que algún día podría necesitarlos.

—¿Pretendes apoderarte de su imperio?

Vale, ahora me doy cuenta de que Sean tampoco se queda atrás en eso de ser retorcido.

—La pienso destruir desde dentro. —Suenas astuto, aunque arriesgado económicamente, para qué engañarnos, pero sin duda el experto en finanzas es él—. Perderá todo su dinero, voy a arruinarlo. Mañana por la mañana sus acciones costarán menos que un paquete de tabaco. Creo que puedo comprar unos cuantos, aunque no pretenda fumármelos.

—¿Cómo vas a hacer que bajen tanto?

—Cuando ya sea el accionista mayoritario, haré circular noticias falsas acerca de la compañía; éstas correrán como la pólvora, y dejará de ser el todopoderoso señor Collins. —La idea me parece brillante. Lo hundirá sin tocarle un pelo, suena inteligente—. En ese momento en el que atacaré, tendrá que negociar conmigo y rescindiré ese contrato que contiene esa cláusula tan abusiva a cambio de una salida digna de la empresa.

—Sean, ¿estás seguro de lo que vas a hacer...? A pesar de todo, es tu padre.

Sólo de imaginar que le hicieran algo similar al mío se me ponen los pelos como escarpas.

—Dejó de serlo cuando, siendo niño, me golpeó con el bate de béisbol y tiró a mi madre escaleras abajo. —Eso es cierto, y me lleva a recordar cómo me trató en su despacho. No merece ninguna indulgencia—. No te pido que lo entiendas.

—Tranquilo, lo hago. Por mi parte sólo te pido que me lo expliques todo, me parezca bien o mal.

—De acuerdo, lo haré. —Me estira del brazo y me arrima a él, que continúa sentado en el suelo, y yo me acomodo sobre sus muslos—. Pero prométeme una cosa. —Lo miro, expectante; no tengo ni idea de lo que me quiere decir—. No vas a dejar que nada ni nadie te estropee estas fiestas. —Sonrío; no sé imagina cuánto me gustan estas fechas—. Quiero disfrutar de mi primera Navidad contigo. —Me está obligando a cambiar de tema, y yo se lo permito porque ahora mismo no quiero pensar en esas personas que nos han dañado tanto.

—No sabes lo que acabas de decir —le advierto, muy seria.

—Seguro que no es para tanto.

Se me escapa una carcajada y me levanto, cojo su muleta y se la ofrezco para que se ponga en pie.

—Necesitas descansar para seguir mi ritmo de mañana.

Creo que se teme lo peor, y no lo culpo; cada año, el día de Navidad es de locos.

Se pone de pie, agarrándose a mí, y nos dirigimos de nuevo a la cama, donde nos tumbamos y nos abrazamos, mirándonos el uno al otro sin dejar de sonreírnos, aunque los dos estamos pensando. Él, en los últimos flecos para terminar con su padre, y yo, en lo que me ha hecho la desgraciada de Charlotte, y así permanecemos varias horas, hasta que pierdo la noción del tiempo y, al fin, me duermo.

* * *

Oigo una y otra vez la alarma de mi teléfono, pero no soy capaz de moverme porque su brazo está sobre mi cintura y pesa más que nunca; me tiene atrapada con tanta fuerza que, aunque lo intente, no logro soltarme.

—Sean... —Me giro haciendo una croqueta entre sus brazos y lo beso en los labios. Suelta un gruñido al tiempo que me agarra con más ímpetu antes de besarme mucho más animado—. Tenemos que levantarnos, se nos va a hacer tarde. —Pulso el botón de la pared y la cortina comienza a abrirse, dejando pasar los tímidos rayos del sol—. No te escondas. —Intento destaparle la cabeza, que acaba de meter bajo el edredón de plumas.

—Hace frío; no quiero moverme de aquí, estoy muy bien —ronronea, pasando la nariz por mi cuello, y lo besa para disuadirme de mi empeño de salir de la cama.

—No querrás enfadar a mi madre hoy, te lo aseguro.

—¿Tiene llaves? —me pregunta muy serio, apoyando la cabeza sobre su codo para verme mejor.

Emito una carcajada mientras asiento con la cabeza.

—De eso tenemos que hablar. —Me besa y se sienta en el borde de la cama, frotándose los ojos. Luego coge su teléfono, que tenía cargando en la mesilla de noche—. Todo está en marcha —me anuncia, y sonrío abiertamente, mostrándome su blanca dentadura al enseñarme la pantalla de su móvil. Hay un mensaje de Hugh.

Caída de quince puntos, y muchos nervios.

—No sé si quiero saber tanto —susurro, y él asiente, divertido.

—Una promesa es una promesa —me recuerda lo que le pedí anoche: sinceridad.

Me levanto y voy hasta el baño, donde me lavo los dientes justo después de hacer un pipí. Entonces lo veo aparecer por mi espalda y deja la muleta arrimada en la pared, para apoyarse en el mármol y poner las manos a cada lado de mis caderas; luego descansa su barbilla entre mi cuello y mi hombro.

—Estás preciosa. —Me da un pequeño mordisco que me pone la piel de gallina—. ¿Estás bien?

—Lo estoy, sobre todo viéndote a ti, que tampoco estás nada mal de buena mañana.

Me da un bocado más fuerte y me quejo a la vez que me mancho el pecho de pasta de dientes. Ambos miramos hacia la mancha y no tarda en acercar a ella un mano y pasar un dedo para recoger la pasta y llevársela a la boca.

—No nos da tiempo para... —Niego con la cabeza, divertida, pero no puede ser... son las diez de la mañana.

—Te prometo que no tardaremos...

—Sabes que eso no es posible. —Me inclino para enjuagarme la boca, consciente de que estoy arrimando mi trasero a su miembro, por lo que estoy jugando con fuego—. Ahora eres muy lento, y todavía tengo que comprar muchas cosas.

—¿Y si levanto el teléfono y hago que nos las manden todas aquí?

No me puedo creer que sea capaz de hacer algo así; es Navidad, está prohibido buscar la vía rápida.

—Ni se te ocurra, hoy no.

—Está bien, pero que sepas que este dolor de huevos me va a durar mucho rato y no prometo no asaltarte en cualquier momento y lugar.

Lo único que ha conseguido su advertencia ha sido excitarme, hasta el punto de necesitar que llegue el momento en que lo haga.

—Estaré deseándolo.

Le doy un pequeño culazo para que me permita salir, dejándolo atrás pero sin que pare de mirarme a través del espejo. Llego a mi habitación y me detengo en el vestidor, pensando en qué ponerme.

Hace un frío infernal, y su lema de «fuera impedimentos» no creo que sea apropiado en este clima, aunque se me ocurre una cosa... Cojo un vestido que me regaló Zoé y que aún no he estrenado; es negro, de lana, con cuello alto y manga larga, pero muy corto. Cojo dos pares de medias y uno lo guardo en el bolso.

Me estoy poniendo las botas, que me llegan casi hasta las rodillas, cuando veo que está parado en el quicio de la puerta, observándome.

—Si tu idea era volverme loco, ya lo has conseguido. —Su voz ronca lo delata.

—¿Te gusta? —Me pongo de pie y doy media vuelta para que me vea bien. Obviamente clava su mirada en mis glúteos, que se marcan perfectamente porque la falda es ajustada—. No me pidas que no me las ponga si no quieres que me congele... —Le señalo las medias y se le escapa una carcajada mientras niega con la cabeza, divertido. Comprende que hace demasiado frío como para ir con las cachas al aire.

Dirige toda su atención a su maleta y veo cómo la mira unos segundos, pensativo.

—¿Necesitas ayuda?

—Por favor.

Me acerco, pillo la maleta y la dejo sobre la cama, abierta de par en par.

—Cuando regresemos, colocaré tu ropa en el vestidor. No me mires así... Si me rompiera una pierna, ¿me echarías una mano? —Intento que comprenda que es algo normal cuando uno de los dos necesita más ayuda que el otro.

—Claro —conforme me contesta asume que lo lógico es aceptar que tu pareja te apoye, y por ello no dice nada más.

Capítulo 28

Cuando salimos por la puerta, el taxi que hemos reservado para que nos lleve al centro histórico de Quebec ya nos está esperando; todas las Navidades hago mis compras en las calles de la zona vieja. Allí siempre encuentro de todo, y me transporta a mi infancia.

—¿Qué debemos comprar? —me pregunta, frotándose las manos para combatir el frío.

—Me queda el regalo de mi madre y el de Mei.

—¿Quién es Mei? —Arruga la nariz al no saber de quién hablo. No le he contado nada de ella. Como no vino a la boda de Jeff y Owen, no la conoce—. Ponme al día; es lo mínimo si voy a pasar estas fiestas con ella también.

—Es la novia de mi hermano. —Eleva las cejas al oír mi explicación; supongo que Sean piensa lo mismo que pensaba yo, pero cambiará de opinión en cuanto los vea juntos—. Mei es la hermana pequeña de mi difunta amiga Jia. —Ahora sí que se sorprende, porque le he hablado en varias ocasiones de ella—. Es encantadora. Empezaron a salir poco antes de la boda de Jeff, la trajo como pareja, y se nota a la legua que están muy enamorados.

—¿Y tú cómo lo llevas?

Sabe perfectamente el dolor que arrastro desde que murió mi mejor amiga.

—Al principio me costó un poco, pero merecen ser felices, y yo, superarlo de una vez.

—Has dado un gran paso. —Me besa la mejilla y sonrío, agradecida.

—No soy la única. —Me acerco para besar la suya y dejo que me estreche contra su pecho—. Voy a regalarle una fotografía enmarcada; es una imagen que tengo guardada; dudo que nadie sepa de su existencia.

—Seguro que le gusta. —Me besa la frente—. Va a ser difícil sorprenderte con un regalo.

Levanto la mirada y lo veo pensativo.

—No me hace falta ningún regalo; ahora mismo tengo todo lo que deseo.

A pesar de lo que le digo, se me acaba de ocurrir que le voy a pedir las llaves de mi piso a mi madre y buscaré un llavero bonito para ponerlas y regalárselo.

Lo primero que hacemos cuando llegamos al barrio viejo es buscar una cafetería donde desayunar en condiciones, ya que en mi casa sólo hemos tomado un café. La verdad es que estoy sufriendo bastante por él; hay mucha nieve por todas partes y temo que resbale y se caiga, pero a él no parece importarle. Ayudado de su muleta, camina como si nada por las calles del centro histórico iluminadas por guirnaldas de luces que cuelgan sobre nuestras cabezas, y miramos cada uno de los árboles que hay en las puertas. Sin duda éste es el lugar más bonito de Quebec en Navidad; siempre he tenido la sensación de que me adentro en un cuento, uno que me hace feliz año tras año.

—Mi madre —le muestro el teléfono justo cuando entramos en la cafetería. Entonces sonrío, pidiéndomelo para responder él cuando nos sentamos en una de las mesas que hay al lado de la puerta.

—Feliz Navidad, señora Gagner. —Me muerdo el labio, divertida. Seguro que mi madre está

con los ojos bien abiertos en busca de mi padre para hacerle gestos de que estoy con Sean—. Por supuesto, cuente con ello, seremos puntuales.

Me entrega el teléfono y lo miro a la espera de que me diga qué le ha dicho.

—Ya nos mete prisa, ¿verdad?

No necesito que me lo confirme; cada año me llama para lo mismo: que no llegue más tarde de las cuatro.

—No quiero cabrear a mi suegra el día de Navidad, así que ya podemos comprar rápido. — Los dos nos reímos a carcajadas—. Quiero regalarles algo, tengo que ganarme a mi familia.

Que los denomine «mi familia» significa mucho para mí, más de lo que se puede imaginar.

—No es necesario.

Él no sabe que mi madre ya está comiendo de su mano hace mucho tiempo.

—Oh, sí que lo es, y para ello me hace falta tu ayuda.

Me alegra que cuente conmigo; estoy encantada de ayudarlo a buscar un regalo para ellos.

—Pues a ver... —pienso en voz alta—... mi madre no para nunca, siempre está haciendo algo.

—Un fin de semana completo en un *spa*, con tu padre. Masajes, sauna, comida sana, terapias... —Le brillan los ojos y asiente, seguro de que es el mejor regalo que se le podría haber ocurrido.

—Es demasiado. Por ejemplo, en esta ocasión tengo pensado regalarle un cuadro, enmarcado, que reproduce una fotografía de mi hermano y de mí junto a ella.

—Es perfecto. Tú les regalas una cosa y yo, la otra, entonces; formamos un buen equipo.

—Sean... —intento que frene. ¿Cómo se va a gastar tanto en ese regalo?

—A ver... Tus padres se merecen un descanso, que los cuiden, y yo tengo dinero suficiente como para hacerlo y que, especialmente tu madre, sean felices. —Me señala el teléfono, mostrando la reserva que está a punto de hacer a su nombre; no sé cómo le ha dado tiempo de buscarlo y prepararlo mientras hablaba conmigo—. ¿Sí? —Espera mi conformidad.

—Necesitaremos hacerles una tarjeta para que descubran su regalo... —Con mi frase ya estoy aceptando su descabellada idea.

—Y lo dejaremos con fechas abiertas, para que elijan a su conveniencia —me indica mientras va rellenando todos datos suficientes como para procesar la compra.

—Mejor.

—Acabamos de comprar un dos por uno, relax en pareja. ¿Has visto como no me he gastado tanto? —No doy crédito a su entusiasmo; pocas veces he visto a Sean de este modo y, la verdad, no lo cambiaría por nada del mundo—. Ahora me faltan tu hermano y Mei. —Comienza a sonreír y, por la cara que pone, temo la idea tan brillante que parece que se le ha ocurrido—. *Oh, là, là.*

—Sabes que te estás ganando dos enemigos, ¿no?

—Los hombres terminan haciendo lo que sus mujeres desean, así que, si me las gano a ellas, ellos no tendrán más remedio que aceptarme con los brazos abiertos.

—Te deseo suerte...

Cojo mi teléfono y busco imágenes de una piscina de balneario y de la torre Eiffel, para modificarlas con una aplicación de móvil, y se la muestro.

—Les va a encantar —me responde, y le señalo una pequeña tienda de fotografía donde podemos imprimir la foto que tengo elegida para mi regalo para Mei, el marco del cuadro de mi madre y las tarjetas de los improvisados regalos de Sean, que, cómo no, son acordes con su nivel adquisitivo—. Entonces, ¿ya habremos terminado?

—Cuando lo tengamos en nuestras manos, sí.

Se dispone a responderme cuando comienza a sonarle el teléfono y su expresión se torna seria

de repente.

—Dime... —Atiendo a su conversación, para ver si me entero de lo que van a hablar—. Pásaselo a mis abogados y que lo revisen. Dales una hora, lo quiero transferido ya... Qué mejor día para un regalo bomba... Ellos se lo han buscado, no sabían a quién se enfrentaban... Gracias, Hugh. Igualmente.

Cuando Sean se pone en modo tiburón de los negocios tengo que reconocer que da mucho miedo, tanto que no soy capaz de intervenir, sino que espero a que finalice la llamada y noto cómo su sonrisa se agranda, satisfecho.

—Mi plan va según lo previsto.

—Supongo que eso es bueno.

—Lo es, si queremos tranquilidad en el futuro.

No digo que no se lo merezcan, pero supongo que no sirvo para hacer daño a nadie, incluso a aquellos que realmente deben pagar por sus horribles actos.

—Si es por vivir en paz... —Me encojo de hombros.

En ese momento aparece el camarero y le pedimos un par de cafés y dos sándwiches. Al cabo de un rato, cuando me dispongo a darle un bocado, veo que Sean acerca su silla a la mía, posa su mano en mi muslo y comienza a dirigirse hacia mi sexo, pero no se lo permito.

—Me voy a atragantar como sigas así —le advierto, divertida y sonrojada a partes iguales.

—Será mejor que terminemos antes de que me detengan por escándalo público.

Se recuesta en la silla sin dejar de mirar cómo mastico, y me sonrojo. No me acostumbro a su intensidad... y creo que jamás me acostumbraré.

—¿Puedes comer tú también? —Coge su sándwich y lo muerde sin dejar de mirarme, y así permanecemos, en silencio, durante todo el rato que estamos sentados a esta mesa. Creo adivinar que ambos estamos pensando en lo mismo: queremos que desaparezcan todas las personas que se han convertido en nuestro principal impedimento para dejarnos llevar.

Supongo que por ello no hablamos, y por ello, en pocos minutos, nuestro desayuno ha desaparecido del plato. Tras pagar y dejar una buena propina, pues estamos en Navidad, salimos de nuevo a mi propio cuento de hadas, en el que sólo existimos él y yo y por el que caminamos sin miedo a nada... mirándonos una y otra vez frente al escaparate de la tienda de fotografía. Allí nos besamos, ajenos a quien nos puede estar mirando.

—Será mejor que terminemos las compras —le digo, intentando frenar lo que está a punto de ocurrir en medio de una céntrica calle.

—Ve entrando. Voy a hacer una llamada y te alcanzo.

Me besa de nuevo y a duras penas consigo separarme de él.

Cuando entro en la tienda preparo las imágenes, que transfiero por *bluetooth* al correo que me indica el empleado de la tienda, y luego veo un llavero en el mostrador que tiene forma de diente de león, y recuerdo cuando Helena me explicó que el diente de león une a las parejas para siempre. Con cuidado de que Sean no me vea, me asomo a la cristalera del escaparate para comprobar que está ocupado; efectivamente, está hablando por teléfono, tan concentrado que ni siquiera detecta mi presencia.

—¿Puede grabarlo?

—Sí, al momento. ¿Qué quiere que ponga?

—Perfecto. —Estoy nerviosa, sé que no es un gran regalo como los que él acostumbra a hacer, pero es algo que quiero que tenga para que sepa que, tal y como le he dicho, quiero estar con él por encima de todo—. «Contigo lo quiero todo.» —Me encanta mi declaración de intenciones y,

animada, elijo el marco para la fotografía de Mei y el de la lámina que reproduce nuestra foto para mi madre—. ¿Lo puede envolver todo, separado, para regalo?

—Por supuesto.

—¿Lo tienes todo? —Oigo a mi espalda, y vuelvo a sentir ese calor que sólo experimento cuando está cerca de mí.

—¡Mamá, mira! —Los dos nos giramos y vemos cómo una madre regaña a su hijo porque éste mira la pierna amputada de Sean, asombrado—. ¿Cómo te lo has hecho? —Se dirige a él con la inocencia de un niño que no es consciente de lo mucho que puede herir ese comentario.

—Por favor, perdónenlo; no sabe lo que dice.

La pobre madre se disculpa mientras reprende al crío.

—Tranquila, no pasa nada. —Sean contesta muy amable a la pobre mujer, que sin duda está pasando un mal trago debido a la franqueza del pequeño—. Cuando seas mayor, no corras con el coche, porque puedes tener un accidente.

—Pero ¿no tienes dinero para ponerte una pierna de plástico?

La mujer ahoga un grito y yo miro a Sean, temerosa; no quiero que se sienta mal.

—¿De plástico?

Pone cara de horror y consigo que yo suelte una carcajada, y la apurada madre se retira el sudor de la frente sin saber qué más decir. Entonces Sean se aproxima a la oreja del pequeño y le susurra algo, y éste abre los ojos como platos y da un salto.

—¡Qué pasada! Seguro que sí; piensa que hoy es Navidad y los deseos se cumplen.

—¿Puedo saber cuál es el tuyo? —replica Sean, y el niño asiente y le pide que vuelva a agacharse para susurrárselo al oído, y Sean ladea la cabeza, pensativo—. Si Papá Noel no es capaz de concedértelo, recuerda que tú lo conseguirás por tus propios medios cuando seas mayor.

Miro a la mujer, igual que ella a mí, ambas extrañadas; no tenemos ni idea de qué ha podido decirle al oído, pero el momento es tan tierno que el chiquillo olvida por completo que a Sean le falta media pierna, y agarra de la mano a su madre con una sonrisa enorme para salir de la tienda.

—¿Qué te ha dicho? —no puedo evitar preguntarle.

—Le ha pedido a Papá Noel ser valiente para cuidar de su madre, porque su padre la acaba de abandonar.

Oír esa respuesta me entristece por completo. No es justo que un niño de unos seis años tenga que sobrellevar una carga tan grande como es la responsabilidad de que su madre sea feliz.

—Esa mujer es la más afortunada del mundo por el mero hecho de tener un hijo como él —termino diciendo, emocionada.

—Ya lo tienen todo —nos interrumpe el empleado de la tienda de fotografía, mientras deja una bolsa sobre el cristal del mostrador y yo la miro, aún compungida por la escena tan tierna que acabo de vivir.

—Cóbrese, por favor. —Le entrega su tarjeta al tiempo que me abraza y me da un beso en la cabeza—. Yo jamás voy a abandonarte; pienso hacerte feliz todos y cada uno de mis días.

—¿Y se puede saber qué tipo de pierna le has dicho que te van a poner?

—Eso es un secreto. —Me guiña un ojo y, negando con la cabeza, me invita a salir de la tienda—. Feliz Navidad —se despide antes de cruzar la puerta.

Capítulo 29

—Mi madre nos va a matar, y todo es por tu culpa —le digo justo cuando salimos del taxi, y me mira con esa sonrisa ladina. Si es que soy demasiado débil; sabiendo cómo se pone mi madre de nerviosa, he dejado que se saliera con la suya.

Tras hacer las compras, Sean se ha empeñado en pasear por el mercado navideño, aun con unas cuantas pulgadas de nieve cubriendo las calles; así que hemos probado los vinos artesanales que ofrecían en los puestos, que, la verdad, estaban buenísimos. Supongo que la magia de la Navidad nos ha embaucado a los dos; la sonrisa de Sean, mientras caminaba agarrado de mi mano, era de felicidad. Nada le ha impedido acompañarme a cada uno de los puestos, donde era el centro de atención, aunque supongo que en el fondo siempre lo ha sido; de un modo u otro, Sean ha tenido los ojos de todo el mundo fijos en él.

Hemos ido a comer al Fairmont, aunque yo hubiera preferido ir a mi piso, pero estaba tan a gusto que me he dejado llevar sin quejarme; al contrario, he disfrutado de la decoración del interior del hotel como una niña pequeña que lo ve por primera vez... y, no contento con ello, hemos subido a una habitación, imagino que era la que había reservado por si no le abría la puerta de mi casa, y allí es cuando hemos perdido la mayor parte del tiempo, pero es que no he podido resistirme; tener a Sean desnudo sobre la cama es todo lo que he necesitado. No quería moverme, no quería que saliera de mi cuerpo, y no lo hubiese hecho si él no me hubiera obligado a darme una ducha con él, en la que no he dudado en enjabonarlo y acariciarlo mientras le he repetido una y otra vez el cambio que ha sufrido su cuerpo; si antes imponía, ahora creo que lo hace mucho más. Su rostro también es más fuerte; lo ocurrido lo ha cambiado mucho, pero para mejor. Hoy he descubierto a una persona nueva. Sigue siendo el provocador que conocí, ese que me mira con esos ojos azul grisáceo que se oscurecen y al que no puedo negarle nada porque necesito tenerlo conmigo, y, cuando acaricio su piel, sé que es mi perdición; que, por mucho que quisiera negarlo, su embrujo es tal que continuaría siendo irresistible. Pero hoy, además, me ha demostrado que este nuevo Sean no tiene límites, menos que el que ya conocía. Todavía no sé ni cómo ha sido capaz de empotrarme contra la pared de la habitación para follarme como un animal, dejándome exhausta, hasta el punto de olvidarme del día que era y de quién nos esperaba.

—¿Crees que podrá perdonarme? —Se abrocha el botón de la chaqueta y me quita las bolsas que llevaba en la mano para sostenerlas él.

—Me estabais preocupando —es lo primero que dice mi madre cuando abre la puerta, poniendo los brazos en jarras—. No os quedéis ahí, que hace un frío tremendo. —Aparece una sonrisa de oreja a oreja dibujada en su rostro y se lanza a darme un abrazo y un beso, y después a Sean, que se queda parado, bastante sorprendido.

—Venga, vamos —lo invito a pasar delante de mí, pero él espera a que yo pase primero con un gesto caballeroso del brazo y, una vez dentro, mi madre nos pide los abrigos para colgarlos en la entrada.

—Estás guapísima, hija.

Inconscientemente lo miro a él. Todavía no me creo que, estando en Quebec, sea capaz de estar en todo. Cuando he salido de la ducha, tenía preparado sobre la cama unos vaqueros, unas botas negras de media caña, con pelo en la parte superior, y un jersey de cuello alto.

Justo al lado de mi muda estaba la suya, tan informal como le he explicado que usábamos en estas fechas en casa, sin darme cuenta de que me estaba sonsacando información, mientras comíamos. Entre bocado y bocado le he comentado un poco cómo son las Navidades con mi familia, y no ha perdido detalle, porque se ha encargado de que nos dejaran en la habitación del Fairmont todo lo que podríamos necesitar para no pasar por casa.

—Algo cómodo para estar frente a la chimenea, ¿no? —recuerda mis palabras, y sonrío ante la mirada de mi madre, que nos observa sin decir nada—. Estás preciosa. —La intensidad con la que me mira consigue que me olvide de que tengo a mi madre apenas a unos centímetros, y creo que ella se siente del mismo modo, porque no deja de observarlo, embobada.

—Pero... —me giro y sé lo que ocurre, algo que Sean ignora que es una tradición en casa, y las dos terminamos riendo a carcajadas cuando abre el armario y saca dos jerséis de lana—. Si no os los ponéis, no entráis en el salón.

Sean frunce el ceño, expectante para ver lo que hago. Entonces cojo el mío y me lo pongo por encima del que llevo, y doy una vuelta para que me vea antes de colocarme a su lado.

—¿Me queda bien?

Se me escapa la risa y él me imita, pues ya supone que no se va a poder librar de ponerse el suyo.

—Estás fantástica, cariño, como siempre.

Mi madre me da un beso en la mejilla y le entrega a Sean el que debe ponerse, que es diferente al mío; éste es azul marino, con unos renos sonrientes.

—El tuyo es gracioso —le digo, y le agarro la muleta para que pueda enfundárselo.

—Siéntate, por favor, ¡qué tonta soy!

Mi madre se regaña por no haberse dado cuenta de que Sean necesita sentarse para vestirse.

—Puedo, tranquila.

Él se encarga de serenarla y asiento con la cabeza, mirando a mi madre, para que no le dé más importancia de la que tiene. Si es capaz de empotrarme contra una pared y no caernos ambos en el intento, creo que podrá ponerse de pie el jersey.

—Ya podéis entrar en el salón. —Abre la puerta y las luces de Navidad iluminan el gran salón de la casa familiar; al fondo del todo hay un gran árbol que llega hasta el techo y está cubierto por decenas de adornos y luces.

Sean lo mira todo con detenimiento, cualquiera diría que jamás ha visto un salón decorado en Navidad. Lo único que lo distrae es que aparecen desde la cocina mi padre y mi hermano, quienes se mueren de risa al ver su jersey, que es igual al que ambos llevan puesto.

—Pensaba que tú se lo pondrías más difícil —dice Liam mientras se señala la prenda, y luego se chocan las manos. Luego mi hermano agarra a su chica, quien acaba de entrar y mira a Sean de arriba abajo, casi con la mandíbula desencajada—. Sean, ella es Mei, mi novia.

—Encantado.

—A mí ya me conoces, chico. —Mi padre le da la mano y luego papá y Liam se instalan en el sofá; Mei continúa absorta mirando a Sean.

—Cariño, acompáñame a la cocina.

Mi madre la coge de los hombros y es cuando reacciona, avergonzada, y se va a toda prisa con ella.

—Un jersey para chicos y otro para chicas... —me susurra mirándome a los ojos, y yo me muerdo el labio inferior, divertida—. Sabes que ésta te va a costar muy cara —me advierte con esa mirada provocadora que me vuelve loca.

—Ave —nos giramos al oír la voz de mi hermano—, venga, decid «Feliz Navidad».

Nos está apuntando con la cámara de su móvil y Sean me agarra de la cintura, poniéndome delante él.

—Feliz Navidad —decimos entre dientes, y sonrío, porque, aunque las costumbres de mi familia pueden ser de lo más tontas, para mí son muy importantes.

—Perfecto, se van ahora mismo a Instagram y Twitter.

Aguanto la risa porque sé que no le va a hacer ninguna gracia que lo vean vestido con un jersey de lucecitas y renos.

—Pero que muy caro —añade, y atrapa mi nuca para, ante la mirada de todos, que se quedan parados, besarme en los labios.

Si esto para él es una venganza, por favor, que se venga de mí una y otra vez, sin parar.

Luego, como si estuviera acostumbrado a venir aquí todos los días, se va hacia el sofá, donde le dejan un sitio, y se acomoda. Ninguno de ellos le mira la pierna ni le pregunta acerca del accidente. A continuación comienzan a servirse unas copas de vino y yo decido ir a la cocina con las chicas.

—¡Cariño! —se alegra mi madre al verme—. Lo lleva muy bien y, oye, está mucho más guapo. —Me guiña un ojo—. Diría que...

—¡Mamá! Ya está bien —Me río porque no me puedo creer que mi madre le haya hecho una radiografía—. ¿En qué puedo ayudar? —Desvío la conversación, porque me parece un poco incómodo hablar de su físico con ellas.

—Pues la verdad es que en nada. El postre está en el horno, y el pavo, listo para hornearlo más tarde. Sacamos los dulces, y ya está.

—Pero ¿habéis vuelto? —Mei me mira sonriente; no hay dudas de que ha quedado impactada.

—Sí, y esta vez creo que es la definitiva.

—Se os ve tan felices...

La miro y sonrío mientras pienso en todo lo que callamos. Llevo todo el día obligándome a no pensar en lo que descubrí ayer, pero es irremediable que cada dos por tres aparezca por mi mente el rostro de Charlotte mirando a la cámara antes de besarme. Sean no me ha querido explicar nada de las gestiones que está haciendo en ese sentido para que no lo recuerde a cada rato, pero lleva todo el día escribiéndose mensajes con Hugh.

Por primera vez, espero que le den un buen escarmiento, que sepa que no se puede ir por la vida creyendo que todo vale, porque no es así, no todo vale. Lo que me hicieron fue humillarme, pero no pienso darles el gusto de hundirme con ese vídeo, ni siquiera si, llegado el caso, lo compartieran por Internet.

—¿Ave? —Mi madre me obliga a dejar mis pensamientos a un lado.

—Sí, lo somos, pero hemos pasado por mucho.

—Eso es normal en cualquier pareja.

Estando con Sean, nada es normal, pero eso ella no lo sabe, y no me apetece explicárselo, así que asiento, observada por mi madre, quien, aunque no es consciente de todo lo ocurrido, sabe que hay mucho más de lo que le he confesado durante todo este tiempo.

—Vamos fuera o son capaces de ponerse a ver el fútbol —nos anima mi madre, para que salgamos cuanto antes.

—Eso sí que no. —Hago un gesto como si estuviera horrorizada y las tres, iluminando las paredes a nuestro paso, por las luces que tiene nuestro muñeco de nieve del jersey, llegamos al salón, donde nos hacen hueco y nos dejan participar en su conversación.

Mi hermano habla de que la producción de las energías renovables también contamina, y Sean, experto en esta materia debido a los muchos años que su compañía lleva investigando al respecto, intenta que comprenda que no es así, y que eso es lo que se quiere vender porque, con la lucha contra el cambio energético, muchas personas corren el riesgo de perder sus fortunas y no están dispuestas a ello.

—Entonces, ¿por qué no conduces un coche eléctrico?

—Porque aún no me he puesto manos a la obra para crear un coche que no contamine y a la vez sea rápido y potente, no lo que están haciendo.

Nunca me había mencionado esa idea, y me gusta mucho. Creo que mucha culpa de que la gente no se decida a dar el paso es el importe de los coches y la sensación de que no son tan potentes como los que ya tienen.

—Ahora nos entendemos. Cuando quieras ponerte a ello, me avisas. —Acaba de ganarse a mi hermano; es ingeniero automovilístico, lo lleva en la sangre desde pequeño, así que para él supondría un reto personal increíble.

—¿Y cuánto tiempo te vas a quedar por aquí, Sean? —Mi madre se muere de curiosidad, y yo sé el motivo: sabe que mi estancia en esta ciudad depende del tiempo que él esté en ella.

—Pues, la verdad es que... —me mira sonriente y asiento enérgicamente, encantada—... hemos decidido abrir una sucursal aquí, de la que me encargaré personalmente, así que no me pienso mover de Quebec en una larga temporada.

Mis padres se miran, sorprendidos y al mismo tiempo felices.

—Se quedará en mi casa —les aclaro para que sepan que a partir de ahora no estaré sola.

—De momento —aclaro, y entonces la que se sorprende soy yo—. Necesito muchas cosas y en tu piso no las tenemos ni las podremos tener, así que en algún momento deberemos buscar una casa más grande.

No digo nada porque, mientras sea con él, me da absolutamente igual dónde vivir.

—Con las vistas del lago que tiene, lo tienes jodido para moverla de ese ático —le informa mi hermano, creyendo que no va a poder mejorar la situación que actualmente tengo.

—Es que son espectaculares —me justifico ante la risa de Liam, que no pierde ocasión para meterse conmigo.

—Mucha suerte, ya puedes buscar algo realmente perfecto.

Ver a mi hermano y a Sean tan cercanos me encanta. No se retan como la primera vez que se vieron, ni se amenazan como hubiera hecho Liam por aquel entonces al saber que Sean iba a vivir conmigo, y eso sólo significa una cosa: los dos saben que son importantes para mí y, cada uno de un modo diferente, tienen claro que ambos son parte de mi vida.

—No soy tan exigente.

Los cuatro me miran y yo no entiendo por qué consideran que lo soy cuando siempre me he considerado bastante humilde, sencilla.

Seguimos charlando como si nada y, sin darnos cuenta, ya ha entrado la noche, hemos cenado y continuamos conversando entre risas, con la barriga demasiado llena, frente a la chimenea. Sean y yo nos hemos sentado en la alfombra y ahora mismo estamos embobados mirando las llamas de la chimenea, que se mueven y crepitan una y otra vez.

—Toma. —Mi madre saca de una bolsa un regalo que me entrega y el resto me mira con

expectación; a saber qué es lo que contiene.

Nerviosa, abro la caja y veo una pulsera de abalorios preciosa, y no puedo más que sonreír, levantarme y darle un abrazo eterno mientras se lo agradezco. A mi hermano le entrega un sobre y, cuando lo abre, comienza a subir los puños mientras dice un sí a gritos, enseñándonos las entradas de su grupo musical favorito. A Mei le da un pequeño saquito y, cuando lo abre, se queda boquiabierto al ver que mi madre le ha preparado un *set* para dibujar. Ella está más que feliz, aunque mi hermano no tanto, ya que parte de su tiempo libre lo dedica a eso y él se siente apartado, pero, si la quiere, deberá entenderlo.

—Abre el tuyo, Sean.

—¿Para mí?

Por su expresión queda claro que no esperaba que mi madre y mi padre se hubieran acordado de él. Sus ojos brillan y noto la confusión en sus manos, que dudan en si cogerlo o no; es una caja bastante más grande que las nuestras.

—No creas que ha sido fácil elegirlo, pero he tenido ayuda.

Mi madre sonrío y la verdad es que no entendemos quién ha podido ser; en este momento los dos nos hemos quedado sin habla.

Capítulo 30

Coge la caja y la mueve como haría un niño pequeño que quiere oír el contenido, consiguiendo que todos sonriamos, divertidos.

—¿Quieres abrirlo ya? —lo chincho, y el resto le anima a que lo haga por fin. Creo que no soy la única que está deseando descubrir qué es.

Me hace caso, quita el papel y veo la caja de una maqueta de madera de un castillo medieval. Sus ojos se clavan en ella y acaricia la imagen más que emocionado. Mi madre sonrío y Sean no lo duda, se apoya en el sillón para impulsarse y se pone en pie para darle un abrazo que nos deja a todos sin habla.

—¿Cómo has sabido que...? —le pregunta, aún sin dar crédito a lo que le han regalado.

—Jeff me lo ha dicho.

¿Cómo no he caído en eso? Es la persona que más lo conoce, y mi madre ha apostado a lo seguro. Seguro que lo ha llamado para pedirle consejo. Creo que lo tendré en cuenta para futuras ocasiones.

—Muchas gracias, de verdad, siempre he querido una.

Vuelve a sentarse a mi lado y no nos separamos en ningún momento mientras seguimos abriendo regalos.

Como ya sabía, los míos les están encantando. Mi padre no ha podido esperar y se ha puesto a leer las primeras páginas de un *thriller* que tenía clarísimo que le iba a enganchar. Mei acaricia la imagen de su hermana, emocionada, y Sean me abraza con todas sus fuerzas cuando le pellizco el muslo para que saque los suyos.

—Yo he traído algo improvisado, no me ha dado tiempo a mucho —se intenta justificar, aunque creo que no le hace falta, porque se ha pasado tres pueblos con sus presentes.

—No te preocupes, ¡qué más da! —le dice mi madre como si nada.

—Espero que os guste.

Le da a ella el sobre y mi padre asoma la cabeza, muy interesado en saber qué contiene.

—¡Sean! —Se tapa la boca, impactada. Sabía que mi madre se iba a emocionar; ni siquiera mi padre ha tenido nunca un gesto tan bonito con ella—. Tiene que venir él a regalarme lo que tanto te he pedido —le recrimina, molesta.

—No me hagas esto. —Mi padre se deja caer en el sofá como si le acabaran de pegar un tiro—. ¿Ahora cómo compenso yo este regalo?

—Ya puedes ir pensándolo —le responde mi madre, sin dejar de mirar la tarjeta—. Gracias, Sean, no era necesario tanto.

—Creo que voy a ir cogiendo la muleta para salir corriendo —suelta, y se me escapa la risa. Entonces soy yo la que la coge y se la pongo al lado, porque sé que, cuando mi hermano vea lo que ha comprado para él y para Mei, va a reaccionar igual o peor que mi padre. Coge su sobre y nos mira bastante alucinado porque no tiene ni la menor idea del contenido.

—Más te vale que hayas practicado estos meses y seas el más rápido —suelta mientras abre el

sobre. Mei, que está a su lado, se lleva las manos a la boca, que le queda abierta, y se la tapa, más que sorprendida—. Tío, esto no se hace, así no se puede competir.

—Y esto es para ti —me susurra al oído y, agarrándome de la cintura, me ayuda a ponerme de rodillas frente a él—. No es un viaje —me advierte, y me río, porque la verdad es que no me importa que no lo sea—. Hoy ha sido un día muy intenso, en el que he descubierto lo feliz que te hacen las tradiciones, así que... —Me ofrece una cajita cuadrada y rompo el papel haciéndolo añicos ante las risas de los demás, que saben que me encanta abrir regalos.

—¡Qué bonita! —Abro la boca, asombrada al ver una bola de Navidad de cristal. Me encanta, es la primera bola que me regalan y estoy deseando llegar a casa para colgarla del árbol.

—Es la primera ciudad que pisamos en Navidad, así que te propongo una cosa —espera a que le diga que sí para proseguir—: cada año, una ciudad, un mercado navideño y una nueva bola repleta de ilusiones. —Mira a mis padres, que están petrificados ante ese detalle tan bonito—. Volveremos antes de las cuatro de la tarde del día de Navidad, pues te prometo que la pasaremos en familia. —Esta frase va más dirigida a mis padres que a mí, que asienten, encantados por el gesto que acaba de tener no sólo conmigo, sino con toda la familia.

—Gracias. —No lo dudo un segundo y me lanzo a él para besarlo—. Te quiero —le digo en un susurro cuando nos separamos unos centímetros.

—Yo más —me responde, y yo niego y él afirma.

El resto de la familia ha desaparecido sin que nos demos cuenta; nos han dejado a solas. Miro la bola y la acaricio. Es preciosa; en el interior hay una pareja besándose frente a un árbol de Navidad, mientras pisan una gran capa de nieve.

—¿Somos nosotros? —le pregunto, risueña.

—Eso pensé nada más verla. —Vuelve a llevarme hasta él y me acomodo sobre sus muslos—. No lo dudé; supe que no existía mejor regalo que éste.

—¿Para nuestra nueva casa? —le pregunto, lanzándole una pullita de algo que ha dicho antes y para lo que no había contado conmigo.

—Necesito gimnasio, despacho y una piscina para verte nadar todas las mañanas. —Se le escapa la risa.

—No me da tiempo a nadar por las mañanas, suelo trabajar —le aclaro para chafarle un poco sus planes matinales.

—Eso ya lo veremos.

Como siempre, él está organizándolo todo y la verdad, sabiendo que en sus planes entro yo, me da absolutamente igual; seré feliz de cualquier modo. Demasiado va a ceder para estar conmigo: va a cambiar de ciudad, va a crear una sucursal de su compañía para poder trabajar desde aquí y hasta se ha puesto un jersey horrible.

—Bua, hace nada que he colgado vuestra foto y ya sois *trending topic*. —Oigo las carcajadas de mi hermano cuando vuelve hasta nosotros y nos enseña el listado de *hashtag* más populares, y en el número uno aparece #SeanCote, con nuestra foto con los jerséis de renos y muñecos de nieve.

—A la mierda mi imagen.

Niega con la cabeza, resignado, sabiendo que a partir de ahora su vida va a pasar a ser así, normal, como la que debería haber tenido siempre.

—Estamos genial. —Cojo el teléfono de Liam y le muestro la foto, que por lo que veo está ya en miles de webs de revistas, noticias y páginas de parejas de *influencers*, que han copiado la misma imagen para aprovechar la tendencia que acabamos de crear—. ¿No querías tradiciones?

—Me fusila con la mirada—. Pues a partir de este año, cada año tendrán la foto de «Feliz Navidad» —comento entre carcajadas. Entonces me aparta y se pone de pie.

—Creo que ya es hora de ir a casa, estás diciendo demasiadas tonterías.

Se dirige a la entrada y yo lo sigo, feliz por estar viviendo una noche en familia como la que tiene cualquier pareja de este mundo.

—¿Ya? —le pregunto con cara de pena.

—Ya —responde con esa mirada oscura que alberga millones de intenciones que no piensa decirme hasta que salgamos de esta casa.

—Pero si es pronto —me quejo, pero él se mantiene firme—. Además, mañana no tenemos nada qué hacer, ¿no?

—Mañana lo verás.

Cogemos las chaquetas que mi madre nos alcanza y nos las ponemos; mi hermano y Mei hacen lo mismo, pues también se disponen a irse.

—Os acercamos. Es de noche y festivo, os va a costar mucho coger un taxi.

No había caído en eso, y Sean, aunque no le guste la idea de depender de nadie, acepta su ofrecimiento sin más.

—Mañana tendremos un coche. —Lo dice tan seguro que todos se quedan alucinados—. Tenemos que movernos por la ciudad, es lo normal.

—¿Vas a conducir tú? —Noto la preocupación de mi madre al plantear esa pregunta, pero Liam se encarga de tranquilizarla, diciendo:

—Mamá, automático...

—Ya, ya lo sé. —Se molesta porque mi hermano crea que es tonta, pero lo que le sorprende es saber que Sean no tiene ningún miedo tras lo ocurrido, y verlo a él me anima a mí a vencer los míos. Tengo que volver a conducir, no puede ser que me pase media vida buscando quién me lleve a los sitios siendo una persona tan independiente como soy.

—Ya lo he hecho tras el accidente, sólo que voy con más cuidado —contesta, normalizando la situación.

—Tened cuidado, la noche es muy fría y habrá helado. —Mi madre cambia de tema porque sabe que a Sean no puede darle una charla como haría conmigo.

—Adiós.

Les doy un beso a cada uno y salimos los cuatro abrochándonos el cuello del abrigo, porque el aire que se ha levantado esta noche no es que sea helado, sino que parece que estemos en el mismísimo polo norte... y el coche no es que esté menos frío; a mi hermano le cuesta lo suyo arrancarlo, aunque finalmente lo consigue y nos dejan en la puerta de mi edificio.

* * *

—¿Así que te gustan las maquetas?

Acaricio la caja que hemos dejado sobre la mesa del comedor y él se pone a mi espalda, enrolla mi pelo en su mano, que ha recogido para atrapararlo entre sus dedos, y me pide que me incline.

—La verdad es que me gustas más tú, ahora mismo.

—Pero tengo impedimentos —le recuerdo que los vaqueros le entorpecen el trabajo notablemente.

—Por poco tiempo.

Cuela una mano dentro del jersey y me acaricia lentamente la columna vertebral hasta bajar su mano a mi trasero y seguir adelante para apretar por encima mi sexo. Respiro excitada, empañando la mesa del comedor y sintiendo cómo sus dedos activan eso que llevo toda la noche esperando que suceda. Además, por su forma de mirarme, creo que no soy la única. Estaba deseando estar a solas con Sean y celebrar la Navidad como a él más le gusta.

—No sabes las ganas que tenía de poder estar así —me da la vuelta y comienza a besarme el cuello con tanta pasión que ya no puede parar—, de besarte —susurra bajo el lóbulo de mi oreja, y encojo el hombro—, de tenerte desnuda... —Se aparta para mirarme fijamente y, sin decir nada, sé que me está pidiendo que lo haga.

—¿Así? —Me quito el jersey y lo dejo caer a un lado de la mesa, en el suelo, pero no está conforme y niega porque quiere más—. Entiendo... —me quito el de cuello alto y sus ojos se pierden en el encaje de mis sujetadores. Su pecho se infla una y otra vez y traga saliva mientras una de sus manos, que aguanta parte de su peso, empaña el vidrio de la mesa con el calor de su cuerpo—. Creo que debería ponerme aún un poco más cómoda... —Me desabrocho los vaqueros y veo cómo sus ojos recorren mis manos, que muestran poco a poco la piel de mis muslos, mis rodillas...—. Pero no está siendo justo, ¿no? —Le señalo su ropa y, mientras me deshago de las botas y los pantalones, él se sienta sobre la mesa para no caerse y se quita el jersey navideño y la camiseta, y se mira el botón, que aún permanece abrochado.

—¿Ahora sí? —Niego con la cabeza y me aproximo a él para desabrocharlo yo misma—. Creo que esto de que me ayuden está comenzando a gustarme.

—¿Verdad? Siempre hay que ver el lado bueno de las cosas. —Sin dejar de mirarlo a los ojos bajo hasta quedarme de rodillas en el suelo frente a él, con su pantalón entre mis manos, y veo que tiene que tragar saliva para controlarse—. No te podía dar tu regalo de Navidad delante de todo el mundo. —Me muerdo el labio con lascivia y él me mira de un modo tan intenso que me humedezco por completo.

—¿Y se puede saber qué es?

Asiento con la cabeza cuando llevo mis manos a su miembro.

—Una Navidad de pasión... —introduzco la punta en mi boca—, una noche que no termine... —mi lengua rodea su capullo y lo absorbe con fuerza, sin que pueda evitar tener que agarrarse más fuerte a la mesa mientras gime, excitado—, unas horas de perder el control... —Me encargo de que mis labios le den todo el placer que sé darle. Entra hasta lo más profundo de mi garganta y sale mientras saboreo las gotas que amenazan con multiplicarse, sin que pueda controlarlas—. Pero... —paro de repente y siento su nerviosismo en cómo agarra mi cabeza para que siga—... esta noche no sólo vamos a estar tú y yo. —Se detiene de inmediato y me mira intentando comprender lo que quiero; no lo culpo, mis antecedentes me preceden. Sabe perfectamente de mi relación con Owen y Jeff—. Quiero compartir esta noche con el Sean que conocí, el provocador que era capaz de empotrarme en cualquier momento y lugar. —Aparece una media sonrisa en su rostro y me lleva hasta él para devorarme los labios al tiempo que me tumba sobre la mesa, y ahora es él quien atrapa mis labios inferiores con sus dientes.

—Creo que acaba de volver —me susurra con la voz ronca, y asiento, dichosa de volver a sentir al animal que conocí y que me dejó sin aliento, tal y como está haciendo ahora mismo—. Es más, me acaba de asegurar que va a vivir con nosotros.

—Dile que estoy encantada...

No llego a terminar la frase porque de pronto cuele un dedo en mi interior, sin avisar, y mis

palabras se transforman en un largo gemido que consigue excitarlo tanto que no espera más.

—Te necesito aquí y ahora, pero no creas que después te vas a librar de más.

Tal y como lo dice, adentra su miembro en mi interior y nos movemos como dos auténticas bestias, gritando, sonriendo y besándonos en cuanto nuestros movimientos nos lo permiten.

Y me doy cuenta de que efectivamente estoy ante Sean, ese que lo es todo; provocador por naturaleza, el mejor amante, y la persona que sé que va a entregármelo todo para hacerme feliz, igual que yo a él.

Me coge de la cintura, me lleva hasta el borde de la mesa para ponerme boca abajo y vuelve a penetrarme con todas sus fuerzas, mientras lleva una de sus manos a mi clítoris y comienza a acariciarlo en círculos rápidos, tanto que apenas puedo soportar el placer y tengo que agarrarme enérgicamente a la mesa porque su peso, el mío, la intensidad que siento, el hormigueo que experimento en las piernas, toda esa combinación está consiguiendo que vuelva a tocar el cielo, y cuando intento cerrar las piernas él me obliga a no hacerlo para que me deje llevar, para que mi sexo lo aprisione y, entre jadeos y gritos ahogados, siento cómo exploto en un orgasmo brutal y cómo su miembro palpita en mi interior, vaciando hasta la última gota de deseo en mi interior.

—Feliz Navidad, mi amor.

Se le escapa una risa mientras apoya su rostro en mi espalda y me besa con infinito cariño mientras sus manos rodean mi cintura.

Capítulo 31

—Hacía tanto tiempo que no celebraba una Navidad como la de hoy... —tal y como termina la frase, me besa la coronilla y yo lo miro a los ojos, que están perdidos en la pared que tenemos enfrente.

Los dos estamos agotados; llevamos horas entregándonoslo todo sin pensar en nada más que en recuperar esos momentos que nos han robado.

—¿Cuándo fue la última?

Acomodo mi cabeza sobre su pecho desnudo y acaricio su vientre en círculos mientras él tarda unos segundos en contestarme.

—Ni siquiera lo recuerdo, era pequeño. —No sabe lo mucho que me entristece que no haya tenido la gran suerte, como yo, de pasar todas sus Navidades en familia—. Supongo que antes de que mi madre...

—A ella le gustaría verte en este instante. —No le dejo acabar la frase porque sé que recuerdos aparecen ahora mismo por su mente, y no quiero que nada ensombrezca este momento.

—Que tus padres me hayan acogido como a uno más me ha extrañado.

—¿Por qué?

Su confesión me duele; no entiendo por qué pensaba que no iban a aceptarlo sin más; yo he elegido estar con él, y ellos siempre aceptarán a la persona que esté a mi lado.

—Supongo que había olvidado lo que era pasar un día en familia.

—¿Y te ha gustado?

Temo que me diga que no, que se le ha hecho eterno y que, por tanto, estaba deseando regresar para estar a solas.

—Sí... pero es raro. Por un lado, te miraba y deseaba estar sólo contigo, poder besarte sin que nadie nos observara, pero, por otro, me he sentido tan bien charlando con ellos, incluso hablando de negocios con tu hermano —se le escapa una carcajada que significa que eso sí que le ha sorprendido de verdad—, que no me apetecía moverme.

—Así son las familias; aun conociéndolo todo de los demás, siempre compartimos cualquier nimiedad que nos une y eso consigue que olvidemos los problemas del día a día. —Justo cuando termino la frase, su teléfono ilumina la habitación y él ni se gira, ni tan siquiera se molesta en comprobar si es Hugh que quiere decirle algo importante—. Llevan toda la noche llamándote.

Quiero que quede claro que lo sé, aunque podría haberme callado y haber simulado que no me había enterado de cada una de esas llamadas... Mientras el aparato estaba en su bolsillo y yo estaba sentada entre sus piernas, en el suelo de casa de mis padres, vibraba una y otra vez, pero los dos hemos disimulado, como si no lo notáramos. Luego, en el coche de mi hermano, su bolsillo, de repente, se ha iluminado un par de veces, pero él ha seguido mirando por la ventanilla, sonriéndome intermitentemente, como si no ocurriera nada. Y ya en casa, mientras nos dedicábamos exclusivamente el uno al otro, el móvil ha alumbrado en varias ocasiones la estancia.

—Ya lo sé.

—¿No piensas cogerlo?

—No. Hoy no y... —me besa la frente y me estrecha con más fuerza contra su pecho—... mañana tampoco.

—¿Quién es? —Si hay algo en esta vida que me molesta es no saber lo que ocurre a mi alrededor—. Lo sabes, ¿verdad? —Claro que sabe quién lo llama, por eso está tan seguro de que no va a responder.

—Es mi padre. Supongo que estará borracho en su despacho, viendo cómo se le escapa de las manos su imperio.

—¿Y quiere amenazarte?

—Aunque lo hiciera, sería sólo una forma de ataque a la desesperada. Soy el mayor accionista de su compañía y, créeme, esas acciones, en menos de veinticuatro horas, han dejado de tener valor.

Su frialdad me impacta; yo no sería capaz de decirlo tan tranquila, sabiendo que su familia vive de ello.

—¿No te duele haber terminado así?

—Podría decirte que sí y engañarte para que no creyeras que soy un monstruo, pero llevo años soñando con este momento, con hundir al canalla que durante años ha pisoteado a todo el mundo para alcanzar esa cima que tanto deseaba. —Supongo que tiene razón—. Mi madre no fue la primera víctima; para llegar hasta donde había llegado se han perdido muchas vidas, todas las de aquellos que se han interpuesto en su camino. Yo no soy así, te juro que lo último que haría sería matar a una persona para que no peligrase mi fortuna o mi estatus.

—Si no hubieras sido su hijo, ¿hubiera ido a por ti? —le pregunto, aterrada por comprender de lo que es capaz.

—Sí, desde luego: a sangre fría y sin ningún miramiento.

Se me pone el vello de punta sólo de imaginarlo. Lo tuve muy cerca y sí me dio la impresión de ser capaz de apartar a quien se le interpusiera en su camino, pero, hasta el punto de llegar a hacer todo lo que Sean cree que ha hecho, no, eso jamás lo pensé.

—El monstruo es él, no tú.

—Siempre he tenido miedo de acabar como él.

Doblo un codo y apoyo la cabeza en la palma de la mano, para que me mire a los ojos.

—Tu pasado no ha sido fácil, pero siempre has luchado en contra de sus atrocidades, y eso te convierte en buena persona. Te conozco, y apuesto lo que quieras a que darías tu vida por la mía. —Nos miramos unos segundos y me acerco para besarlo—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Ahora es él el que me besa.

—Por mi culpa estás comenzando de cero —me recuerda para que me replantee esa afirmación y no le reste responsabilidades.

—Gracias a ti he vuelto a vivir en la ciudad en la que siempre he soñado para mi futuro, con el amor de mi vida y muy cerca de las personas que tanto me quieren. Si por eso te consideras culpable, allá tú.

—Culpable de todo, señorita Gagner.

Me coloca encima de él, con lo que mi pelo cae hacia un lado y se precipita sobre su hombro, y acaricio la cicatriz de su axila.

—Nada nos hace peores, sino mejores. Jamás lo olvides —afirma, y nos besamos de nuevo, sin importarnos que sean las tantas de la madrugada, que estemos exhaustos de las dos veces en las

que nos hemos dejado llevar, una sobre la mesa del comedor y otra, mucho más intensa, en la cama—. No me dejes nunca —me suplica, mirándome con esos ojos oscuros que vuelven a encender ese calor que apenas me deja respirar.

—No me obligues nunca más a ello.

—Te aseguro que no lo volveré a hacer, aunque pierda cada una de las extremidades.

Lo miro, horrorizada.

—No es necesario llegar a ese extremo, creo que ya hemos perdido suficiente —replico, y se le escapa una carcajada.

Rodamos hasta quedar sobre mí de nuevo y me agarra las manos por encima de la cabeza, cuando la luz vuelve a iluminar el dormitorio y, aunque puede que Sean se cabree conmigo, en un impulso lo cojo y me lo llevo a la oreja.

—¿Qué quieres?

Sean se detiene de repente y me mira furioso, pero no voy a dejar que nos moleste una y otra vez sin intentar evitarlo.

—Buenas noches, señorita. Al fin vuelvo a oír su voz, qué alegría.

—No sabe cuánta.

Me siento, apoyada en el cabezal de la cama, y Sean se sienta a los pies de la misma, dándome la espalda mientras se frota la frente.

—Debería advertirle a mi hijo de los riesgos de ciertas operaciones.

—Ya se lo dije el primer día que lo vi: demasiadas inversiones arriesgadas y, por lo que veo, acuerdos que son papel mojado.

—¿Te crees muy lista, verdad?

Intenta no perder los estribos; sé muy bien cómo actúan los de su calaña, pero en el fondo está a punto de explotar, de romper todo lo que tenga a su alcance, y yo me alegro de que Sean lo haya conseguido.

—Pues tengo que confesarle que mi coeficiente intelectual es muy alto, así que, sí, me creo muy lista.

Imagino que mi frase es la que colma el vaso, porque, sin tiempo a que su padre reaccione, se abalanza sobre mí y me quita el teléfono de la oreja.

—¿No has tenido suficiente?

Me acerco a él para escuchar la conversación que, gracias al silencio de la noche, es fácilmente audible.

—Pensaba que te estabas escondiendo detrás de tu putita. Supongo que ya te ha dicho que te engañó con Charlotte, ¿verdad?

Lo agarro con fuerza del brazo para que no caiga en sus malas artes; lo único que quiere es provocarlo.

—Lástima que ese tipo de mujeres sean las únicas que pasen por tu cama. Ah... y coméntale a Charlotte —damos por hecho que, al igual que yo, esa arpía está a su lado, atenta a la conversación— que lo que hizo le va a salir muy caro, muchísimo. No va a tener agujero donde esconderse cuando vaya a por ella.

—Hijo, qué rencoroso, de verdad. A todos nos pone ver a dos tías follando. —Aprieta los párpados con fuerza, controlándose para no responder una burrada, como está buscando—. Tenemos más en común de lo que crees.

—Eso lo demostrará el tiempo. De momento ve despidiéndote del imperio Collins, porque ahora mismo es papel de fumar, y en nada lo habré quemado por completo.

Finaliza la llamada y tira el teléfono sobre la cama.

—Lo siento, pero escondernos no era la solución.

—No me estaba escondiendo. —Su voz es seria, pero se expresa en tono calmado; la verdad es que me esperaba una reacción más fuerte por haber contestado—. Sencillamente estoy esperando a que me informen de que cada uno de los hilos que he estado tejiendo está tensado y fuerte, tanto que ya no haya marcha atrás.

—Lo sabe.

—Claro, ahora mismo está maldiciendo el día en que nació.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunto, temerosa—. Sean, yo...

—Ven aquí —me agarra del brazo y me arrastra hasta él, por lo que tengo que andar sobre mis rodillas hasta que me envuelve con sus brazos e inhala el olor de mi pelo—. Aunque no esté de acuerdo en lo que has hecho, lo entiendo.

—Aún no te he dado mi regalo de verdad. —Cambio de conversación de repente, al ser consciente de que no está enfadado.

—Ah, ¿no?

Niego con la cabeza, divertida, y le hago un gesto con la mano para que espere.

Desnuda, salgo de mi habitación en dirección al salón, donde he dejado las bolsas con los regalos que hemos traído de casa de mis padres, y cojo el que he comprado esta misma tarde en la tienda de fotografías. Es una menudencia, sé que para él no es nada comparado con todo lo que tiene, pero para mí representa algo bonito.

—Es una tontería.

—Dámela —me exige con la mirada chispeante; está ilusionado, mucho, a decir verdad, y tengo miedo de decepcionarlo.

—¿Y si no te gusta?

—No me puedes regalar nada que no me guste. —Me tiende la palma de la mano para que coloque el regalo sobre ella y saco el brazo de detrás de la espalda, donde lo tenía escondido, y dejo el paquete en su mano, muy nerviosa—. Además, si no me gusta, no te lo diré —añade, divertido.

—Ah, no; entonces, no... —A toda prisa cojo la cajita y se lanza sobre mí para arrebatármela—. No, Sean, es una tontería.

—Sea lo que sea, es para mí.

—Tienes cosas carísimas y esto no lo es, te compraré otro regalo.

Noto cómo su cuerpo cae encima del mío, aplastándose sobre el colchón cuando intentaba huir con la caja en la mano, y me la quita muy a mi pesar.

—Si lo has comprado tú, sea lo que sea, me gustará. —Desenvuelve el paquete y me siento a su lado, expectante, con ganas de ver qué cara pone cuando lo abra—. Ave...

Es la primera vez que me llama así. Coge las llaves y las mira, emocionado.

—Necesitas unas llaves de casa, y qué mejor que matar dos pájaros de un tiro. —Se me escapa la risa—. Se las he quitado a mi madre; he pensado que ya no debe entrar sin avisar.

—«Contigo lo quiero todo» —lee la inscripción que he hecho grabar, y me mira a los ojos—. Contigo lo quiero todo —repite, esta vez diciéndomelo a mí directamente, antes de abrazarme y besarme con tanto cariño que me emociono de verdad y lo abrazo como si no quisiera que nada ni nadie pudiera arrebatármelo de mi vida—. Éstas son las mejores Navidades que recuerdo, y no van a ser las únicas; a partir de este año viviremos muchas así.

—Te quiero —le digo lentamente, pronunciando exageradamente cada letra para que no tenga

dudas de que eso es lo que siento.

—Yo más —me responde del mismo modo, y nos tumbamos, abrazados, para descansar un poco, mirándonos dulcemente, acariciándonos mientras nos prometemos mil cosas en silencio, aun siendo de madrugada... pero hoy, después de tanto tiempo, ha sido un día en el que he vivido tantas emociones maravillosas que provocan que los ojos se me cierren rápido, aunque lo intente evitar a toda costa.

* * *

Me revuelvo en la cama sintiendo un peso muerto sobre mí. Pronto me doy cuenta de que es su brazo y me muevo para recolocarme e intentar dormir un poco más, pero unos golpes repetitivos me despiertan. Lo miro y compruebo que sigue con los párpados cerrados y la expresión serena; está descansando como un niño pequeño y lo observo embelesada... cuando de nuevo oigo los golpes y Sean abre los ojos.

—¿Quién llama tan temprano?

Me pongo una camiseta y unas braguitas que cojo corriendo del vestidor y, cuando voy a salir a toda prisa, Sean se cruza en la puerta para que no lo haga.

—Espera un momento. —Lo miro sin dar crédito, pero los golpes han dejado de sonar y me tranquilizo; será algún vecino que se ha confundido de puerta—. Anoche no me dio tiempo a hacer todo lo que tenía previsto... Una chica descarada se desnudó sobre la mesa del comedor y me distrajo. —Se me escapa una carcajada cuando pretende hacerme creer que soy la culpable de que anoche perdiera el norte—. Todo este tiempo... —comienza a hablar, llevándose mis manos a su pecho, donde las aprieta con fuerza—... me ha servido para saber lo que realmente quiero en mi vida, y no es otra cosa que tú. Llegaste pisando fuerte, atropellándome a cada paso que dabas sin que lo supieras y, cuando te fuiste, te juro que sentí que ya nada tenía sentido. Pero una tarde vi algo que llevaba días y días en la mesilla de noche cogiendo polvo. —Me suelta para coger la caja del anillo que me regaló meses atrás—. Encontré este anillo y lo estampé contra la pared, enfadado conmigo mismo por haber perdido la oportunidad de tener a la mujer más increíble a mi lado, y entonces vi esto...

Abre la caja y descubro el papel enrollado en el anillo de compromiso. Cojo la nota y la leo en voz alta: «*Sí, estoy deseando ser la señora Cote*».

Luego lo miro a los ojos, que están empañados por las lágrimas.

—¿Aún sigues pensando lo mismo?

Capítulo 32

—Sí: si aún quieres, estaré encantada de ser la señora Cote.

—Avery Gagner —hinca la pierna mala en el suelo y me asusto, porque creo que se va a caer, pero me hace un gesto que me indica que está bien—, ¿quieres casarte conmigo? No quiero perder más el tiempo...

Me dejo caer de rodillas frente a él y le acaricio las mejillas con ambas manos.

—Sí, quiero casarme con el amor de mi vida. —Nos besamos y nos abrazamos, y se vuelven a oír los golpes; esta vez son tan fuertes que hasta me cabreo—. ¡Joder! Se va a enterar quien quiera que sea.

Me dice algo, pero no lo escucho. Salgo hacia el salón a toda prisa antes de que vuelvan a irse y abro con mala leche, quedándome muda cuando oigo:

—¿Aún estás así?! —Mi madre resopla y se gira para mirar a Zoé, que intenta disimular la risa.

Me miro de arriba abajo, voy en camiseta y bragas, y de repente, detrás de mí, vestido solamente con unos bóxers, aparece Sean... y lo sé no porque lo oiga, sino porque las deja de piedra y boquiabiertas, tanto que me giro para saber qué es lo que miran.

—¿Qué hacéis aquí?

Me dirijo a ellas, que por fin dejan de escanearlo y me miran a mí con cara extraña.

—¿Aún no se lo has dicho?! —Creo que no he dormido lo suficiente, porque estoy muy espesa; demasiado, a decir verdad—. No me lo puedo creer... Vale que quieras sorprenderla en algo que... he aceptado no sé ni por qué, francamente. —Miro a Sean y veo en él una expresión de circunstancias ante las duras palabras de mi madre—. Te lo advertí, hay cosas por las que no paso y ésta es una de ellas.

—Mamá, pero ¿de qué estás hablando?

—O se lo dices tú o lo hago yo. —Lo señala con el dedo y Zoé se sienta en el taburete de la isla, disfrutando de la escena, que le está pareciendo la mar de divertida.

—¿Me quiere decir alguien qué ocurre? —Me estoy empezando a mosquear de verdad y me cruzo de brazos para que se den cuenta de ello.

—Última oportunidad —lo amenaza, y alucino al ver cómo le habla mi madre.

—Avery, cuando antes te he dicho que no quería perder más el tiempo significaba que quiero que seas mi mujer ya.

—Ya, ¿es ya? —Abro los ojos como platos, mirándolo fijamente para intentar comprender lo que me está diciendo.

—Ya... es hoy.

—¿Perdona?! —Casi me ahogo con el grito que acabo de pegar.

—Pues eso, que hayas pasado la noche de antes con ella me parece inapropiado, pero lo acepto porque sois chicos modernos, pero no voy a consentir que veas más a la novia antes del enlace,

porque... —se detiene, frustrada—... ¡da mala suerte! —Eleva mucho más el tono de voz en la última frase—. Vístete y vete.

—Pero ¿cómo se va a ir? —Miro a mi madre, sin dar crédito—. Me tendrá que explicar cómo narices nos vamos a casar así de sopetón, sin más.

—Tú sólo déjate llevar —me responde, risueño, y mi madre lo agarra del brazo como si fuera un niño pequeño para que se vaya a la habitación a vestirse, aunque seguro que, si tuviera las dos piernas intactas, lo echaría a empujones, y no la culpo, no se merece otra cosa.

—A ver, que me estoy poniendo nerviosa. Sean, ¿cómo pretendes hacer una boda de un día para otro?

—Lo tiene todo listo, de eso ya me he encargado.

Mi madre le cierra la puerta y yo la miro aún más sorprendida por lo que me acaba de decir.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Le pongo mi mirada de asesina para asegurarme de que lo largue todo y ella encoge los hombros, sintiéndose culpable, y esboza esa sonrisa de «lo siento», y al final confiesa.

—Hace tres días.

¿Tres días? Pero si aún no había venido a mi casa, ni siquiera sabía que ahora mismo estaría con él.

—Guapas, mientras habláis de todo, hay muchas cosas que hacer.

Zoé abre la puerta de casa de nuevo y entran dos chicas y un tipo que lleva consigo una funda negra con una palabra en blanco impresa, «Marc», y abro la boca desmesuradamente. Las miro y las dos aplauden felices mientras soy incapaz de moverme del taburete de la isla.

De repente aparece Sean vestido y despeinado, porque mi madre no le ha dado tiempo de prepararse, y escabulléndose de ella me agarra de la cintura y me besa sonriente, con esa alegría que tienen los niños cuando se salen con la suya.

—O te vas o te arreo con la muleta que te sostiene de pie.

—¡Mamá! —la regaño, porque se ha pasado tres pueblos con él—. ¿No me vas a decir nada más? ¿El sitio, los invitados... algo? —Pongo cara de pena y vuelve hasta mí, mirándome fijamente, y me susurra al oído:

—Sólo sonrío y deja que te cuiden, del resto me encargo yo. —Luego tiene intención de besarme, pero mi madre da un grito de alarma y lo agarra del brazo como si fuera uno de sus hijos y lo acompaña hasta la puerta y se la cierra en las narices.

—Después la verás. De verdad, qué sobón eres —farfulla aunque él ya no está.

Zoé y yo comenzamos a reírnos a carcajadas, imaginando que él, desde el otro lado de la puerta, la está oyendo, pero es que mi madre, cuando se pone en plan mamá pollito que defiende a sus polluelos, puede ser la persona más irritante de este mundo.

—Pero ¿cómo me voy a casar ya?

Las miro con cara de susto y Zoé se me acerca y me agarra las manos.

—¿Lo quieres? —Asiento, convencida; claro que sí, no tengo dudas—. ¿Te casarías en unos meses con él, verdad? —Vuelvo a asentir, sin saber a dónde me llevan sus preguntas—. Pues ¿para qué esperar?

—Ay, hija, Sean es un regalo. Si tú vieras lo que me ayudó tu padre en la organización de nuestra boda...

—¿Te ayudó mucho? —inquiero, curiosa.

—Nada, ¡qué me va a ayudar! Siempre estaba de caso en caso y de vez en cuando aparecía por casa. Pero Sean es diferente... Cuando me explicó todo lo que había preparado y me pidió ayuda,

supe que no me podía negar. Te quiere mucho y yo sólo quiero que seas feliz.

Nos abrazamos y supongo que ella, igual que yo, está reteniendo las lágrimas.

—Me muero por ver el vestido.

Zoé corre hasta él, que está colocado delicadamente sobre el sofá, abre un poco la funda y pone cara de flipar.

—Ave, ven, ¡tienes que verlo!

Me acerco y termino de abrir la funda para descubrir un vestido blanco de escote corazón, con cuerpo de sirena y casi toda la espalda descubierta. Es tan entallado que me imagino con él puesto. Acaricio el cuerpo hasta llegar a la altura de las rodillas, donde hay miles de plumas blancas que le dan el vuelo que no tiene el resto del vestido.

—Es de Marc...

Acaricio las plumas y detecto que hay una nota prendida con un alfiler.

Me vais a volver loco, pero por vosotros terminaré en un manicomio si hace falta. Espero que estés preciosa con este vestido que he diseñado exclusivamente para ti. Desde el momento en que te vi, te imaginé con él puesto, y cuando Sean me dijo que ibas a tener una boda sorpresa, no tardé más de veinticuatro horas en confeccionarlo. Me muero por ver las fotografías de mi creación contigo dentro. Te deseo toda la suerte de este mundo, señora Cote.

MARC

—A la ducha, que tienes a la maquilladora y a la peluquera esperando.

Percibo la emoción en las palabras de mi madre; habla rápido, casi atropellando las palabras.

—¿Y vosotras? —Las miro y veo que van muy normales. No puedo vestirme de novia y ellas ir con ropa de calle.

—Mientras te duchas, nos arreglamos.

Me hace un gesto para que me vaya ya y, aún sin saber muy bien lo que estoy haciendo, entro en mi habitación y veo que sobre mi cama hay ropa interior blanca. No he visto quién ha entrado en mi dormitorio, o quizá es que Sean lo ha tenido guardado en la maleta todo este tiempo sin que yo lo supiera. Lo cojo y es tan suave y delicado que me lo llevo a la mejilla para acariciarlo. Entonces veo la etiqueta de Victoria's Secret y se me escapa una carcajada cuando recuerdo el momento en el que me vio y me requisó, literalmente, el conjunto que me compró Zoé.

Me adentro en el baño y veo que hay escrito en el espejo:

No sé hacer las cosas de otro modo, perdóname.

Cojo el pintalabios rojo que ha utilizado para garabatearlo y escribo debajo:

Contigo lo quiero todo. Estás perdonado, ahora y siempre.

No me demoro más, porque mi madre es capaz de venir a buscarme. Sólo de pensarlo, sonrío, porque me ha sorprendido su nerviosismo de hoy. Cuando me casé con Jeff estaba más bien seria; no me metió prisas, sino todo lo contrario..., se contuvo demasiado. Supongo que en el fondo sabía que no me estaba casando con el amor de mi vida, eso una madre lo nota.

Pero hoy, con Sean, todo es tan diferente... Mientras pienso en él, abro el grifo y me pongo bajo el chorro de agua, sin importarme que durante unos segundos salga fría; espero que con eso se me

congelen los nervios, porque, la verdad, estoy como un flan y eso que creo que no me ha dado tiempo de asumir lo que estoy haciendo ahora mismo.

Me enjabono la cabeza con mimo. Sé que debo disfrutar al máximo de este momento, y que me esperará, aunque llegue tres horas tarde, eso lo tengo clarísimo. Mientras me seco, miro el espejo, que está empañado, tanto que no muestra nada, excepto lo que él me ha escrito y lo que yo le he respondido.

—Tía, yo quiero uno así para mí —comenta Zoé después de leerlo, y me mira y nos fundimos en un abrazo.

—Dime que no me estoy precipitando —le pido, con miedo a estar corriendo demasiado.

—Para nada. Te quiere tanto que ha movido cielo y tierra para que recuerdes este día el resto de tu vida.

—Y no me has dicho nada, ésta te la guardo. —Se le escapa una risotada—. Te lo has debido de pasar pipa. Yo llorando por los rincones y tú sabiendo lo que iba a ocurrir.

—Tenía mis dudas, ¿eh? Le advertí que corría el riesgo de que lo mandarás a Vancouver en su avión privado. Pero, aun así, lo ha tenido claro desde el primer momento.

—Vale, estoy histérica; creo que quiero llorar.

Me hace un gesto para que mire al techo y es que no hay nada peor que los ojos inflamados para una maquilladora; la mía espera, paciente, en el salón.

—Tenemos que salir —me anima.

—Estás preciosa.

La miro de arriba abajo. Ya se ha cambiado; lleva un vestido negro, brillante y de manga larga, que realza su figura. Está espectacular... y, cuando me muestra la espalda, me guiña un ojo y yo silbo para darle a entender que lo mejor de su vestido es ese escote trasero.

—Ahora te toca a ti.

Salgo a la habitación y me pongo la ropa interior mientras Zoé agarra un batín para que me cubra para salir al salón. Mi madre está terminando de maquillarse, sin duda estas chicas son exprés.

La peluquera me pide que me siente en una de las butacas y obedezco. Me enseña la foto de un peinado que cree que le va de maravilla al vestido. Es una trenza suelta que cae hacia un lado y deja la espalda despejada.

—Es elegante —le digo, celebrando la elección; es perfecto.

—Y muy sexy —interviene Zoé, imaginándose.

—A mí me encanta. —Miro a mi madre y ella asiente, más que convencida.

—Pues vamos allá.

Coge la tijera y sanea las puntas antes de secarme el pelo con el secador concienzudamente para ganar un poco más de volumen. Luego, con gran dedicación, como si estuviera haciendo una obra de arte, que para mí lo es, comienza a trenzar los mechones de mi cabello y poco a poco empiezo a sentir que realmente me voy a casar... que no es una broma, y comienzo a reírme sola, ante la mirada de todas, que no saben lo que me pasa.

—¡Mamá, qué me caso!

—¿Ahora te das cuenta? —exclama, sonriente.

—No lo había asumido del todo, creo.

—Es un hombre que te va a querer y respetar, cariño, me lo ha demostrado. —No hay duda de que se ha ganado a mi madre con creces, y no me extraña. Sean aparenta ser un tipo intratable, controlador, pero, cuando lo conoces, te das cuenta de que muestra esa fachada para protegerte,

para asegurarse de que todas las personas a las que quiere vivirán seguras, ofreciéndoles la seguridad que él estima necesaria; al principio eso me chocaba mucho, ahora me parece normal. Supongo que cuando entras en un mundo como el suyo, en el que tus supuestos amigos, cuando más les convienen, se convierten en tus peores enemigos, aprendes a no confiar y, sobre todo, a asegurarte de que nada ni nadie se aproxime a los tuyos.

—Lo quiero mucho, mamá.

—Los dos os queréis —interviene Zoé para recalcarlo; ella nos ha visto muchas veces más que mi madre y sabe lo que ha hecho por mí.

—¿Cómo lo ves?

Me da la vuelta para estar de frente al espejo y coloca un espejito para que pueda verme la parte de atrás, y quedo maravillada. Es exactamente igual que en la fotografía que me ha enseñado antes.

—Es perfecto.

Ladeo la cabeza para verme mejor y a cada segundo que pasa me gusta un poco más.

—Pues es mi turno. —La segunda chica, que hace escasos minutos estaba maquillando a mi madre, se pone frente a mí y me estudia el rostro para decidir qué hacer conmigo—. Va a ser algo natural; eres muy guapa, no necesitas apenas maquillaje.

—Gracias.

Coge sus pinceles y va cubriendo mi rostro con base, polvos y otras cosas que considera necesarias; después se centra en mis ojos y, para terminar, en mis labios.

—¡Qué guapa! —susurra mi madre.

Entonces abro los párpados para mirarme y siento que mi cara ha cambiado por completo. Mis ojos se ven más grandes a pesar de que apenas llevo maquillaje, y mis labios parece que sean mucho más voluminosos.

—¿Crees que debo cambiar algo? —me plantea la chica, que me mira una y otra vez mientras repasa el colorete, y yo sigo atónita con el resultado.

—Para nada, me encanta.

—Pues vamos a lo más importante. —Zoé corre sobre los altísimos tacones que ha elegido y levanta el vestido como si éste se fuera a romper y, sin importarme quién hay a nuestro alrededor, me quito la bata y le pido que me ayude.

—Espera, no vayas a estropear el peinado. —Mi madre me detiene para que no corra y me arrepienta.

—No, por favor, que ha quedado espectacular.

Entre las dos me suben el vestido, que se ajusta a la perfección a mis caderas, y mi madre se encarga de subirme la cremallera que hay en uno de los lados.

—El día que me case quiero un vestido de Marc, ese hombre es un mago.

Miro a mi amiga, que está emocionada escaneándome de arriba abajo, por delante y por detrás.

—Estás preciosa. —Mi madre se emociona y comienza a llorar, obligándonos a las dos pavas a acompañarla, ante la mirada de estupor de las pobres chicas que se han pasado un buen rato arreglándome—. Quiero que lleves esto; perteneció a tu abuela y con el vestido de Jeff no te pegaba, pero con éste... —Me muestra unas pequeñas plumas que parece que vuelen—. ¿Podrías añadirles a la trenza? —me pregunta.

Miro a la chica y le digo que sí; me encantará poder llevarlas.

—Son fantásticas, mamá.

La peluquera se acerca para incorporarlas a mi pelo y luego la maquilladora nos intenta

disimular las lágrimas que han caído.

—Sabía que tenías que llevarlas, hoy sí.

—Gracias, me encantan.

Me miro al espejo, ahora ya lista para irme donde sea que tenga que ir, y no puedo dejar de comparar todo esto con mi boda anterior. No parezco la misma persona. Con Jeff aparentaba diez años más de los que tenía; en cambio, hoy me siento sexy. Me veo mucho más desenfadada, lista para demostrarle al amor de mi vida todo lo que va a ganar casándose conmigo.

Capítulo 33

—No puedes olvidar el ramo. —Zoé corre hasta la isla de la cocina y trae consigo un ramo precioso de rosas blancas del que cuelga una sencilla y fina enredadera con más flores. Es impresionante.

—Aviso a tu padre —me dice mi madre, con más ganas de llorar.

Las chicas comienzan a recoger sus utensilios y me aproximo a ellas para agradecerles el trabajo que han hecho. Ambas, sonrientes, me dan las gracias a mí. Las acompaño hasta la puerta y miro a Zoé, que sigue sin poder quitarme los ojos de encima.

—¿Le gustará? —Me toco la tela de la parte superior del vestido, nerviosa.

—¿Estás de broma? Se va a arrepentir de haberle dejado a Marc la elección del vestido; estás espectacular, demasiado.

—Supongo que eso es bueno.

Se abre la puerta y aparecen mis padres. Hago un giro sobre mí misma y mi madre sonrío, emocionada, y mi padre se queda con la boca abierta.

—Sé a quién se le va a caer hoy la muleta al verte —suelta él, y Zoé se tapa la boca para no reírse estruendosamente.

—Papá, no seas malo.

—Pero ¿tú te has mirado al espejo? Pareces una novia de esas que salen en las revistas o la televisión. —Se acerca y me agarra de la mano—. Hija, estás más guapa que nunca; sin duda alguna Sean te hace muy feliz.

¡Vaya! A mi padre, no sé cómo, también se lo ha ganado. Quizá debo empezar a preocuparme.

—¿No crees que es demasiado?

Mi padre siempre ha sido más tradicional que mi madre, aunque ha respetado todas mis decisiones, pero sus consejos tienden a ir más encaminados a una línea más conservadora que la de ella.

—Es perfecto. Estás preciosa, de verdad —termina la frase cayéndole una lágrima y eso, desde luego, no lo esperaba.

—Papá, no me hagas llorar más; tú no.

—Lo siento, hija, es que... —No le salen ni las palabras y, sin dudarle un segundo, lo abrazo con todas mis fuerzas—. Vámonos o al final nos pondremos a llorar todos y quiero que te vea así de guapa.

—Zoé, nosotras vamos en mi coche. —Mi madre coge su bolso y mi amiga el suyo y salen tras de mí, cerrando con mi llave—. Te la guardo, ya vendrás a casa a por ella.

—Pero... no llevo nada —los freno a todos, que me han arrastrado sin dejarme coger ni la cartera ni el teléfono, nada de lo que siempre acostumbro a llevar.

—Hoy no necesitas nada más que esta fantástica sonrisa. —Mi padre me ofrece su brazo y lo agarro para dejarme llevar, tal y como me ha pedido Sean hace un rato.

—Ponte esto cariño, te vas a helar. —Me entrega un abrigo de plumas blancas abultado,

exactamente igual que las del vestido, y sonrío mientras me lo pongo, porque me alegra que Marc haya pensado en todo—. Es una maravilla.

Se abren las puertas del ascensor y mis nervios comienzan a aprisionarme la garganta con fuerza, pero intento disimularlos, sin éxito, aunque creo que no soy la única que lo estoy.

—¿A dónde vamos? —le pregunto a mi padre, y se detiene de repente, sin dar crédito a que no sepa dónde me caso.

—Este hombre es único. —Ladea la cabeza de un lado al otro—. Si él no te lo ha dicho es porque quiere que sea sorpresa.

Lo miro con cara de «No me hagas esto», pero sí, y tanto que lo hace. Me abre la puerta del coche que nos está esperando y nos dirigimos no sé dónde, bajo un cielo encapotado que pronostica un gran manto de nieve que cubrirá las calles de esta ciudad.

Mi padre no deja de mirarme, y yo estoy tan ansiosa por saber el sitio al que nos encaminamos que no pierdo detalle del trayecto hasta que reconozco la ruta y por fin sé perfectamente hacia dónde nos dirigimos.

—¿El Fairmont? —Mi padre no me responde, sólo sonrío—. Hay lista de espera de dos años como mínimo para casarse allí. ¿Cómo lo ha conseguido?

—No hay nada que se le resista a tu chico.

No me lo puedo creer... Cuando era pequeña, un día, dando un paseo por el exterior del hotel, les dije a mis padres que cuando fuese mayor me casaría allí. Ellos tenían claro que sólo era una chiquilla que no sabía nada de la vida, y también que aquel lugar no estaba al alcance de muchos bolsillos, incluidos los nuestros, una familia de renta media alta, e intentaron explicármelo, pero yo repliqué que por qué no, que ahorraría mucho para que mi boda tuviera lugar en el castillo de mi ciudad, y mira tú por dónde el coche está llegando a los pies de ese majestuoso monumento, que hoy me recibe con una alfombra roja que acaban de colocar justo antes de que yo llegue, porque, si no, no me explico cómo puede estar seca.

—Te ayudo.

Me ofrece la mano y, agarrada de mi padre, avanzo por la recepción del hotel, siendo el centro de atención de todos los que están a mi alrededor. No dejan de mirarnos hasta que nos adentramos en un ascensor y, más nerviosa de lo que ya estaba, cierro los ojos mientras subimos hasta el ático, donde nos encontramos una gran puerta dorada.

—¿Estás lista? —me pregunta mi padre, y me agarra con fuerza la mano para darme esa energía que sólo él sabe transmitirme.

—Si me caigo, ¿me cogerás?

—No te vas a caer, jamás dejaré que lo hagas.

—Papá, os quiero muchísimo.

—Y nosotros, cariño. Siempre estaremos a tu lado.

Me da un beso en la mejilla y, con un gesto, me pregunta si entramos.

—Vamos allá.

Tal y como termino la frase se abren las puertas como por arte de magia y oigo un piano; suena una melodía que nada más empezar a oírla ha conseguido que se me ponga la piel de gallina y mis piernas tiemblen, temiendo no llegar al altar que tanto le habrá costado conseguir con el poco tiempo del que ha dispuesto.

Doy los primeros pasos, al ritmo de la voz de Lewis Capaldi, que para mi sorpresa está a un extremo de la sala, tocando el piano y cantando la canción *Someone you loved* en directo. Conozco su letra de memoria, porque, cuando regresé a Quebec, la escuché una y otra vez en

bucle, sintiéndome perdida, pero ahora es diferente. Estoy siguiendo el camino que tanto deseo, pasando por delante de mi familia, que no sé ni cómo ha sido capaz de lograr que vengan. A pesar de todos los presentes, mi mirada sólo busca a una persona... a él. Y cuando mis ojos se clavan en los suyos, enrojecidos por la emoción, me digo que todo lo que hemos vivido ha servido para estar donde estamos, sintiendo lo que sentimos. No soy capaz de ver a nadie más que a él, el resto del mundo desaparece de un plumazo para mí. Se ha puesto el traje que elegí para él para la boda de Jeff y Owen y que no llegó a utilizar y, tal y como creía, le queda espectacular.

—Sean, te entrego a mi hija con el único deseo de que la hagas feliz.

Da un paso hacia delante sin llevar muleta y busco quien lo está sosteniendo; entonces esboza una sonrisa ladina y los dos miramos hacia el suelo, donde veo dos zapatos.

—Gracias, señor Gagner —le dice justo antes de subirse un poco el pantalón, y me muestra la prótesis sin avergonzarse, muy seguro de sí mismo, y es cuando mis lágrimas comienzan a caer sin poder controlarlas; son de felicidad.

—Si lloras, no podré parar de hacerlo yo, y vas a conseguir que pierda la autoridad que me queda delante de todos.

Se sorbe los mocos, pero no puede evitar llorar, y verlo de este modo es más de lo que siempre he soñado.

—Pero...

—Tenemos mucho tiempo para hablar. —Claro, tiene razón, ahora no es momento de explicaciones; tenemos toda la vida para ellas—. Estás preciosa.

No me lo puedo creer, se pone a mi lado con paso seguro, agarra mi mano con fuerza para que no me dé cuenta de lo mucho que le tiemblan las suyas y sigue sin ser capaz de retener las lágrimas.

El temido Sean Cote, ese que destruye imperios con tan sólo levantar un teléfono, ha dejado su armadura de caballero todopoderoso y, delante de todos los que han podido venir, se muestra tal y como es: un hombre enamorado de la mujer que tiene al lado.

—Gracias por venir al enlace del señor Sean Cote y la señorita Avery Gagner, procedo a celebrar la unión de los novios.

Oigo cada una de las palabras que nos dice mientras no dejo de girarme para mirarlo, igual que él, que me sonrío cada vez que coincidimos. Los dos estamos emocionados, y yo no puedo dejar de mirar en dirección a su nuevo pie. Sorprendentemente, nadie diría que hace unos meses sufrió un accidente que creí que le robaba la vida... Nada de eso, aquí está, más vivo que nunca, habiendo superado algo tan fuerte como lo que ocurrió.

—Sean. —Le hace un gesto para que me diga los votos que debe de haberse preparado.

—Avery, nunca pensé que encontraría a una mujer que me haría dudar de mí mismo, de todo lo que había creído a lo largo de mi vida... pero ha sido así. Me has hecho descubrir que, bajo la coraza que todo el mundo conocía de mí, hay un hombre bueno que se desvive porque seas feliz.

—Suspiro porque oírlo decir eso delante de todos los presentes es más de lo que esperaba de él —. Te prometo que voy a estar a tu lado cuando necesites llorar, reír o incluso cuando necesites espacio porque te hayas cansado de mí. —Consigue que todos se rían, yo incluida—. Contigo lo quiero todo —termina la frase, poniéndome el anillo.

—Sean —se me traba la lengua, estoy más que nerviosa. Yo no me he podido preparar nada, pero no importa; lo miro a los ojos y le digo lo que siento por él—, desde el primer día que te vi supe que ibas a ser mi perdición, que me enamoraría de ti y ya no podría vivir sin ti. Te prometo que voy a acompañarte por el camino que nos tenga preparado el destino, sin miedo a nada,

sabiendo que, agarrados de la mano, podremos sortear todo lo que se nos ponga por delante. Contigo lo quiero todo, ahora y siempre. —Le coloco el anillo y ambos nos miramos las manos, emocionados.

—Podéis besaros.

Entre lágrimas, aplausos y gritos, sellamos nuestro amor con un beso apasionado, uno que demuestra que entre nosotros no sólo hay pasión, sino también amor. En nuestro matrimonio hay todo lo necesario para ser felices.

Sus manos se clavan en mi espalda, inclinándome hacia atrás, mientras sus labios acarician los míos sin ningún pudor, hasta que poco a poco me guía para volver a estar en vertical, uno frente al otro.

—Te quiero, señora Cote. —Sonríe, feliz de llamarme oficialmente así.

—Te quiero, señor Cote.

Volvemos a besarlos y nos obligamos a separarnos para recibir las felicitaciones de los invitados.

—Qué bonito, de verdad. —Owen se acerca a mí y yo abro los ojos como platos al verlo. No sabía que había venido, acompañado de Jeff; ni tan siquiera los he visto al entrar... aunque no me extraña, apenas he visto a nadie más que a él.

—Gracias.

Lo abrazo con todas mis fuerzas y después a Jeff.

—Estás espectacular, se nota que eres feliz. —Jeff me mira de arriba abajo, mientras me lo dice y me lanzo a sus brazos porque que haya venido es muy importante para mí.

—Mucho —le respondo, soltando otra lagrimita—. ¿Cuándo habéis llegado?

—Hoy, pero luego hablamos, tienes que saludar a mucha gente.

Mis padres se acercan y me abrazan entre lágrimas y después se van a felicitar a Sean, que los recibe en un abrazo. No puedo dejar de mirarlos, porque saber que lo quieren, que forma parte de la familia, sé que es lo que Sean necesita para ser feliz en esta vida.

—Te juro que no tengo palabras.

Dejar a Zoé muda es francamente difícil. Me abraza y lloramos de nuevo.

—Me voy a quedar sin rímel en nada —le advierto entre risas.

—Da igual, estás preciosa de todos modos.

Veo a mi hermano junto a Mei, esperando detrás de Zoé, y no lo hago esperar más y me lanzo a sus brazos. Entonces me susurra al oído:

—Te quiere tanto... Si no fuera por eso, le hubiera pateado el culo cuando te ha besado.

—¡Liam! —lo regaño por lo que acaba de decir, y me abraza y me sube por los aires—. Ay, Dios.

—Hermanita, te quiero hasta el infinito y más allá.

Consigue que todos nos miren y no puedo dejar de sonreír por sus ocurrencias de bombero.

—Mei, gracias por venir.

—Estás espectacular, y se te ve muy feliz. Mi hermana estaría muy contenta por ti. —Se le escapa una lágrima y la abrazo con todas mis fuerzas. Es verdad que lo estaría; siempre habíamos hablado de este momento y, aunque ella no esté físicamente entre nosotros, sé que en una de esas sillas tan elegantes ella estaría llorando de la emoción, feliz por mí.

—Cariño, ya conoces a mi abuelo —me agacho para darle un beso en la mejilla. Claro que lo conozco; recuerdo, sobre todo, su cara de dolor al ver a su nieto en la cama del hospital— y a mi hermana.

—Gracias por venir, me hace mucha ilusión teneros aquí.

Le doy un beso a Natalie en la mejilla y veo que justo detrás está Hugh, vestido con un traje elegantísimo, agarrado de la mano de Helena, que está sonándose la nariz porque ha debido de llorar todo lo que ha durado la ceremonia.

—Avery... —La abrazo y me estrecha con tanta fuerza que me emociono una vez más.

—Gracias por venir.

—Gracias a ti por hacer feliz a nuestro chico. —Nos miramos a los ojos y las dos lloramos como dos Magdalenas mientras Hugh espera que terminemos para darme un abrazo.

—Hugh.

—Señora Cote.

—¿Esto ha ocurrido de verdad? —me pregunta Sean.

Lo miro y asiente convencido, con una sonrisa dibujada en la cara que no quiero que se borre jamás. Quiero verla ahí cada uno de mis días cuando me despierte y cuando me acueste.

—Ven, quiero presentarte a alguien.

Me agarra de la mano y vuelve a besarme antes de llevarme consigo hasta la esquina donde se encuentra Lewis, que está tocando varias canciones, y los dos nos apoyamos en el piano y, abrazados, nos movemos al ritmo de la música que nos dedica mirándonos fijamente, regalándonos un momento tan especial como éste.

—Muchísimas gracias —le digo en cuanto acaba el tema, y se pone de pie para saludarnos.

—Ha sido un placer cantar en la boda de mi amigo. —Lo miro, sorprendida; no tenía ni idea de que se conocieran—. Ha sido una ceremonia preciosa y muy emotiva, tenéis todo lo necesario para ser muy felices.

Capítulo 34

Acompañados de Lewis, que pasa a ser un invitado más, llegamos a la puerta del salón, donde esperan todas las chicas a que lance el ramo, mi madre incluida... en primera fila.

—¿Alguna en especial? —le pregunto a él, sabiendo que estoy de espaldas y ninguna de ellas me puede oír.

—Tienes un nombre en tu cabeza.

Se ríe y asiento, sintiéndome la más maligna del lugar; lo lanzo con todas mis fuerzas y me giro rápidamente para ver cómo el ramo cae como si fuera a cámara lenta en dirección a varias manos, que lo atrapan. Zoé y Mei lo tienen agarrado una por cada lado y ambas se miran hasta que mi amiga lo suelta como si le quemara, por lo que termina quedándose Mei, lo que obliga a mi hermano a esconderse para evitar las miradas de todos, que le dan a entender que es el siguiente.

—No he podido venir antes, enhorabuena pareja.

La voz de Andrew me sorprende. Acaba de llegar y por instinto miro hacia Zoé, quien, como esperaba, mira hacia él unos segundos y se escabulle entre los invitados que se dirigen hacia otra sala.

—Gracias por venir —le digo, y me mira de arriba abajo.

—Estás preciosa. Al final resulta que va a ser un cabrón con suerte.

Sean le propina un puñetazo en el hombro antes de que se ríen y se abracen, y luego Andrew se une al resto de invitados.

—¿Desde cuándo la tienes? —Le señalo la pierna ortopédica y sonrío ladino.

—Esta misma mañana. Faltaban unos retoques porque me molestaba, pero ahora me va como la seda. —Vuelve a levantarse el pantalón—. Es lo último que se ha inventado.

—Es increíble.

—¿Recuerdas que le dije algo al oído a ese niño en la tienda?

Por supuesto, ¿cómo iba a olvidarlo?

—Sí, me dijiste que era un secreto —le recuerdo sus palabras.

—Pues le dije que el día de mi boda te sorprendería con una pierna que andaba sola.

Mis labios se curvan en una sonrisa, y él anda de un lado al otro, demostrándome lo bien que puede caminar con la prótesis.

—Yo lo único que quiero es que te sientas bien contigo mismo.

—Pues yo lo que pido es poder empotrarte una y otra vez sin pensar en que me puedo caer en cualquier momento.

Río y escondo la cara en su pecho, porque veo esa expresión de lascivia que me indica lo mucho que quiere estrenarla. Por él, sería ahora mismo, pero tenemos demasiados invitados que nos esperan.

—Tendremos tiempo para que me empotres en cada una de las paredes, después de la boda. Y eso me recuerda que no me ha dado tiempo a darte las gracias.

Me muerdo el labio inferior y le atrapo las solapas de la americana para besarlo.

—No me tienes que dar las gracias, con verte feliz ya es suficiente. —Sus labios apresan los míos y su mano comienza a acariciar mi espalda desnuda hasta llegar al final—. Creí decirle a Marc que enseñaras lo justo para desear follarte sobre la mesa en la que cortaremos el pastel.

—Pues es exactamente lo que se me ve.

Me giro para que pueda ver con sus propios ojos el corte del vestido, y gruñe.

—No te imaginas lo mucho que voy a desear esta noche tenerte bajo mi cuerpo —me susurra, besándome desde atrás por el cuello, y tengo que cerrar los ojos para ser capaz de controlarme, cosa que espera que deje de hacer para llevarme a cualquier sala vacía donde poder salirse con la suya.

—Estaré impaciente esperando ese momento.

Me separo porque el calor que siento comienza a ser insoportable y, agarrando su mano, lo llevo conmigo al interior del salón, donde veo a todos los invitados sentados en mesas redondas, aplaudiéndonos cuando entramos cogidos de la mano.

Nadie mira hacia su pierna, nadie se fija en nada más que en nuestras caras de felicidad, hasta que llegamos a una mesa de dos.

—Espero que no te importe que estemos solos.

—Es perfecto.

Sé que a mis padres no les importa, pues los veo muy bien acompañados en su mesa, contentos, y lo único que quieren es verme feliz. Además, en esta boda nada ha sido muy tradicional, así que éste tan sólo es un detalle más en ese sentido.

Me siento después de que Sean me aparte la silla caballerosamente y me recoloco la falda del vestido para estar cómoda mientras no dejamos de mirarnos. Sólo aparto la mirada de él para perderme en la cantidad de luces que iluminan nuestras cabezas.

El techo es un mar de luces; parece que estemos en otro lugar y no en el salón de un hotel, donde la temperatura de fuera es invernal.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta. —Vuelvo a mirar el techo y sonrío al verme tan emocionada—. ¿De verdad lo has preparado todo en tres días? Esto siempre está reservado.

—Digamos que he compensado con creces a la pareja que iba a casarse aquí hoy. —Lo miro con mala cara; no me parece bien que haya hecho algo así, seguro que estaban muy ilusionados con la idea de casarse aquí en esta fecha—. Están encantados casándose en una isla desierta paradisíaca junto a sus familiares; ése era mi plan inicial, pero me di cuenta de que esto es lo que realmente te haría feliz.

—Has acertado. —Poso mi mano sobre la mesa y la acaricia—. Pero... ¿y qué hay de ti? ¿Esto es lo que querías?

—Nunca había pensado en contraer matrimonio, así que, sí, ahora mismo esto es lo que quiero. —Nos besamos por encima de las copas vacías, pues aún no hemos pedido que nos sirvan, y entonces oímos que en la sala empieza a propagarse el sonido de las copas de cristal chocando contra algún cubierto, así que nos giramos para descubrir que son todos nuestros invitados los responsables de ello... y nos volvemos a besar en respuesta a ese golpeteo, que se hace mayor, y terminamos riendo mientras nos separamos—. Soy el hombre más feliz de este mundo.

—¿Les sirvo un poco de vino?

Nos apartamos sin dejar de mirarnos mientras el chico, con gran maestría, nos sirve la bebida y luego desaparece de la forma más sigilosa que jamás he presenciado.

Tras el vino viene la comida, que a decir verdad apenas toco, ya que el hecho de casarme con

Sean y que éste no deje de mirarme ni un segundo me ha quitado el apetito por completo; son muchas emociones, todas bonitas. Después nos dedicamos a atender a nuestros invitados, paseándonos entre las mesas y charlando un poco con todos, pendientes de que no le falte de nada a nadie.

—Ha sido la mejor boda a la que he asistido —me dice Helena, llevándose el último trozo a la boca, cuando me acerco a su mesa. Al llegar me instalo a su lado, ya que hay un asiento vacío.

—Yo también, para qué engañarnos.

—Vais a ser muy felices, lo sé. Y esta ciudad no está nada mal para vivir en ella, no tardaré en acostumbrarme. —La miro, sorprendida—. No creerías que iba a dejar que cocinaseis vosotros, ¿no? Eso ni hablar, mujer.

—Donde esté el señor, estaremos nosotros —acaba la frase Hugh, y los miro alternativamente una y otra vez.

—Pero... ¿estaréis bien aquí? Había imaginado que harías vuestra vida en Vancouver...

Helena lo mira y los dos se ríen a carcajadas.

—Nuestra vida es junto a él, y ahora junto a ti también. ¿Qué íbamos a hacer allí solos?

Me alegra saber que van a estar tan cerca; desde el primer momento tuve una conexión muy fuerte con ellos, hasta el punto de sentirlos como parte de mi propia familia.

—Ése es uno de los motivos por los que necesitamos una casa grande y con anexos. —Siento sus manos en mis hombros y empiezo a entenderlo todo. Sean ya tenía previsto que se mudarían con nosotros y, obviamente, mi apartamento, aun siendo grande, no nos daría la privacidad que necesitamos, ni a ellos ni a nosotros, cuando no están de servicio.

—Estoy encantada de teneros en mi ciudad.

—Y nosotros de que seas parte de nuestras vidas.

Le agarro con fuerza la mano a Helena, y Hugh me guiña un ojo.

—Cariño, te necesito un segundo —me pide Sean con toda la amabilidad del mundo y, sin dudar, me pongo de pie y me prendo de su brazo para dirigirnos a la mesa donde estábamos sentados hace un rato; ahora hay un enorme pastel blanco y plateado. Cuando llegamos a él, se apagan las luces y delante de mí aparece una fotografía de cuando era bebé—. Si algo he comprendido estas Navidades es que el valor de los regalos no es lo importante, sino el cariño con el que los preparas.

Lo contemplo, alucinada, porque meses atrás no hubiera imaginado a Sean haciendo un montaje de fotos nuestras.

Me quedo embobada mirando la sucesión de fotografías que discurre por la pantalla... una fotografía mía y otra de él, de bebés; luego varias de nosotros siendo niños, haciendo trastadas; de adolescentes, en el colegio; de él con Jeff, en la universidad; mías con Jeff, riéndonos sentados en el sofá de mi madre... y, cuando veo la primera foto de ambos juntos, me doy cuenta de lo ingenua que he sido durante tanto tiempo—. Tengo cientos en mi ordenador, puedes verlas todas. —Son de las cámaras de seguridad instaladas en su casa... y muchas de ellas algo subidas de tono, lo que arranca bastantes aplausos y risas de los invitados, pero así somos nosotros, pasionales por naturaleza.

—Espero que tengan clave de acceso.

—Dos, por si las moscas.

—Así me gusta.

Pasa su mano por encima de mi hombro y apoyo la cabeza en él sin miedo a que pierda el equilibrio y sin tener que mirar hacia su muleta; ya nada lo va a poder detener.

Las luces se encienden y, entre aplausos, el camarero nos ofrece la espada con la que cortamos la tarta y, casualmente, nos manchamos la cara el uno al otro al mismo tiempo, ante la sorpresa de ambos.

—Sean...

—Tú has hecho lo mismo.

—Pero tú no llevas maquillaje —me quejo en voz alta.

—Va, ni que lo necesitaras; estás preciosa hasta cubierta de nata.

Con un dedo la retira de mi rostro y lo imito; luego la chupamos antes de dar el primer mordisco a la deliciosa tarta, que está formada por cuatro pisos; en el último hay el muñequito de una pareja besándose.

Los camareros se llevan la tarta para acabar de cortarla y después repartirla entre los invitados y nosotros nos sentamos a nuestra mesa, pues desde que hemos comido, o más bien mal comido, no hemos vuelto a hacerlo.

—Y, después de hoy, ¿qué va a pasar? —le pregunto, sonriente.

—La verdad es que tenemos mucho trabajo, ¿no crees?

Claro que sí. Prácticamente empezamos de cero: tenemos que buscar casa, una oficina...

—No nos vamos a aburrir —digo entre risas.

—Claro que no.

Nos acabamos el pastel y oigo que vuelve a sonar la canción de Lewis; esta vez no la canta en directo, sino que es un cedé.

—¿Me permites este baile? —Lo miro, flipando. «¿De verdad se va a atrever a bailar?», pienso, pero no se lo digo, simplemente me dejo llevar hasta el centro de la pista y me agarro de su nuca para seguir el ritmo de la música, igual que él—. No se me da tan mal.

—Creo que alguien ha practicado más de lo que está dispuesto a reconocer.

—Puede...

—Sean Cote, te pedí sinceridad —le recuerdo, a lo que responde con cara de resignación.

—Digamos que llevo un mes bailando con una prótesis que me mataba de dolor, aunque, gracias a ella, me he acostumbrado a moverme hasta que he tenido la que realmente se ajusta a mi pierna. —Cuando finaliza la frase, me inclina hacia atrás y me besa, ante los gritos de todos, que nos contemplan, emocionados—. ¿Ha valido la pena?

—Mucho —le respondo antes de que me levante... con la mala fortuna de que da un traspié y tropieza con el largo de mi vestido, por lo que noto que nos caemos lentamente al suelo, él sobre mí, a la vez que oímos gritos de sorpresa.

Ya en el suelo, apoya la frente contra la mía, intentando acompañar su respiración, y Jeff se acerca hasta nosotros para echarle una mano; sin embargo, levantando un brazo, le pide que no lo haga. La música sigue sonando y nosotros estamos tumbados en el suelo, mirándonos fijamente, con la respiración entrecortada. El resto de los invitados esperan, confusos, sin saber muy bien qué hacer, Jeff incluido, que está a un paso de nosotros, sin mirarnos pero listo para cuando Sean le pida la ayuda que cree que necesita.

—Me voy a caer mil veces, pero, si tú estás a mi lado, me levantaré mil y una —comenta, y se le escapa la risa.

Yo lo atrapo del cuello y acerco su cara a mis labios para besarlo al ritmo de la música, sin importarnos que estemos tirados en el suelo, y entonces oímos cómo todos los presentes aplauden, como si lo que nos hubiera pasado fuese lo más normal del mundo.

—Las veces que lo necesites, pero siempre a tu lado —le digo en cuanto nos separamos, y veo

cómo hinca la rodilla y se levanta, no sin antes acariciar la prótesis, y después vuelve a ofrecerme su mano para que terminemos con lo que hemos comenzado—. Mil y una veces.

Me abraza por la cintura y apoyo mi mejilla en su pecho para seguir dando los pasos de baile que la canción nos marca hasta que la música termina y nos besamos mientras todos aplauden, enternecidos. Saben lo que ha significado para nosotros este baile; no creí que lo pudiéramos hacer, pero, una vez más, Sean me ha demostrado que no conoce los límites... que, si algo se propone, lo va a conseguir como sea.

Nos separamos y, con las manos entrelazadas, salimos de la pista para dejar que los demás bailen si quieren, ahora con una música mucho más animada.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando ya hemos dejado de ser el centro de atención.

—Mejor que nunca.

—Perdonarme, me había asustado —oímos la voz de Jeff a nuestra espalda.

—Yo hubiera hecho lo mismo. Gracias. —Sean le da un abrazo. Por primera vez, los que han sido mis maridos sonrían, comprendiéndose con tan sólo mirarse—. Supongo que aún necesito práctica.

—En dos días la tendrás dominada —le dice Jeff, y luego me pellizca la barbilla, me abraza y me besa en la cabeza, como siempre ha hecho.

Sean no se molesta por esa muestra de cariño, porque sabe que para mi él es muy importante.

Capítulo 35

—Tenemos un regalo de Navidad para vosotros —anuncia, y le hace un gesto a Owen para que se acerque. Éste lo hace con un sobre en una mano—. Felices fiestas —añade.

Está nervioso; pocas veces lo he visto como hoy, supongo que el regalo es muy importante.

—Abridlo rápido, por favor. —Owen mira a Jeff y después a mí, pidiéndome en silencio que lo haga cuanto antes.

Lo cojo y le doy varias vueltas hasta que me animo a rasgar el sobre.

Sean y yo nos miramos cuando vemos la imagen de un bebé de apenas unos meses y Jeff y Owen asienten, abrazándose, muy emocionados.

—Queremos que seáis los padrinos. En caso de que nos ocurriera algo, ¿con quién mejor podría estar nuestra preciosa hija?

Abro los ojos como platos, flipando y sin palabras. Lo han conseguido; sabía que se lo merecían y lo lograrían, porque son dos personas que están dispuestas a entregar mucho amor, y esa niña va a ser la más querida del planeta.

—Por supuesto, contad con ello. —Sean, sonriente, le choca la mano a ambos y luego se funde en un abrazo con ellos.

—¡Voy a ser tía! —pego un grito y un salto.

Debido a eso, Zoé se acerca a todos nosotros, acompañada de Andrew, y mira la foto y después a ellos, tapándose la boca porque no cree que pueda ser cierto que, al fin, vayan a ser padres tal como soñaban.

—Vas a ser la tía Ave —comenta Jeff entre risas, aún sin creerlo del todo.

—Y él, el tío Cote. —Owen lo dice de un modo que nos demuestra que eso es lo que le parece más descabellado.

—Mejor el tío Sean, quien la va a consentir sin el permiso de sus padres —replica, y todos comenzamos a reírnos. A continuación nos sentamos a la mesa para tomar una copa tranquilamente.

Me encantaría decirle a Zoé que está perdiendo el tiempo con Andrew, que lo que tendría que estar haciendo es ir en busca de ese hombre que la vuelve loca y que está dejando que él decida por los dos, pero hoy no es el día; buscaré el apropiado para hablar muy seriamente con ella.

—Me disculpáis un segundo, por favor. —Sean me pide permiso también con la mirada y yo asiento, al tiempo que veo que mis padres, mi hermano y Mei se unen a nuestra mesa.

Charlamos animadamente de nuestras vidas, de lo mucho que han cambiado en tan poco tiempo, pero mi madre no nos escucha; mira hacia mi espalda, y disimuladamente lo hago yo también, para ver a Sean conversando con Hugh y Helena.

Helena hace aspavientos con los brazos y los cruza y descruza una y otra vez; está muy cabreada hablando con Sean, quien me mira como si supiera que estoy observándolo, y entonces soy consciente de que algo no va bien. Está más frío que un témpano de hielo y no mueve ni un músculo mientras me contempla; me mira fijamente a los ojos, muy serio, pensando en algo.

—¿Me disculpáis un momento? —Sonríó fingidamente ante todos, que asienten sin sospechar nada, y me pongo en pie para dirigirme hasta ellos. Cuando Sean ve que me acerco, les pide silencio señalándome discretamente—. ¿Qué ocurre? Y no me digas que nada, porque no te voy a creer —le advierto antes de que me responda.

Helena agarra a Hugh del brazo, aun teniendo cara de enfadada, y Sean me mira unos segundos, en un intento de ganar tiempo antes de confesarme la verdad; sabe que no voy a aceptar nada más.

—Ya sabemos quién es el topo de Cote Solutions, nos acaban de llamar para darnos esa información.

No es el mejor momento, pero no es una mala noticia. Por fin vamos a poder saber de una vez quién estuvo detrás del accidente y se lo haremos pagar como merece.

—¿De quién se trata? —Me cruzo de brazos y Sean agacha la mirada mientras aprieta la mandíbula; detecto que se siente decepcionado, sin duda alguna es alguien a quien aprecia—. ¡Sean, por favor!

—Es Rosalie. —No me lo puedo creer... bueno, sí—. Ella alquiló el coche. El informático, rastreando y *hackeando* archivos, ha encontrado los comprobantes de esa operación en su ordenador, aunque ella los borró para intentar no dejar rastro. Luego, con esa pista, hemos acudido a la empresa de *renting* de automóviles y hemos revisado sus cámaras de seguridad; aunque facilitó un nombre falso, en la grabación de ese día queda claro que fue ella; ya no tenemos ninguna duda.

Hija de puta.

—Sabía que escondía algo; tuve esa sensación desde el primer día que se enteró de que estábamos juntos, no sólo eran celos... —digo con rabia, aunque estoy mucho más calmada que Sean, a quien le arden los ojos de furia.

—Quiero ir a por ella, ahora mismo. —Me estrecha una mano para que lo comprenda, pero no quiero que se vaya, no ahora, en medio de nuestra celebración nupcial—. Desconoce que ya lo sabemos, y también estamos seguros de que no puede haberlo hecho sola. Si me planto delante de Rosalie, puede que descubramos la verdad de una maldita vez.

Lo miro, atónita, sin palabras. Cómo no, Rosalie tiene que fastidiarnos este día sin tan ni siquiera estar con nosotros.

—¡De eso nada! —grita Helena, cabreada, y se suelta de Hugh, que obviamente piensa como Sean—. No te vas a ir a ningún lado, jovencito, porque hoy es el día de vuestra boda y nada ni nadie os lo va a estropear.

—Yo me encargo. Saldré hacia Vancouver ahora mismo y me dedicaré a seguirla. No sospecha nada, pero será mejor tenerla controlada. No dejaré que me vea hasta que aparezcas por allí y lo soluciones cara a cara, tranquilo. —La idea de Hugh no me parece mala; a decir verdad, es la mejor.

—¿No puedes ir mañana? ¿Ahora va a huir de inmediato?

Helena intenta que piensen ambos con frialdad, que no se comporten de forma impulsiva, tal como acostumbran a hacer.

—No lo sé, pero, Helena, es la primera vez que vamos por delante de ellos, no quiero perder esta oportunidad. —Sean está muy cabreado y nervioso; lleva muchos meses detrás de este asunto, intentando dar con una pista y desenmascararlos, y por fin tienen un hilo fiable del que tirar.

—Haced lo que queráis.

La pobre se resigna, mirándome a los ojos, apenada. Entiendo perfectamente su postura, pero en el fondo yo también estoy deseando tenerla enfrente y decirle cuatro cosas bien dichas.

—Yo iré con vosotros, mañana por la mañana. —Los dos se miran, confusos. El lado protector de Sean le está gritando a pleno pulmón que no me lo permita, que estoy poniéndome en peligro innecesariamente, pero su corazón late con fuerza, orgulloso de mi valentía—. O me lleváis o cogeré un avión sola, decidid.

—Está bien —zanja Sean el asunto, agarrándome luego de la cintura y besándome el pelo—, pero Hugh se va ya, ¿de acuerdo? No quiero correr el riesgo de que desaparezca. —El susodicho mira a Helena, que asiente, resignada—. En cuanto mañana nos levantemos, cogeremos el avión hacia allí; te avisaré sobre la marcha de nuestros pasos.

—Por supuesto. Ahora mismo lo organizo todo.

Le da un casto beso a su mujer en los labios y sale disparado, cruzando el salón entre los invitados y llevándose consigo el teléfono a la oreja para ponerse desde ya a tramar un plan para toda esta locura.

—Helena, ¿necesitas algo? —Sean se preocupa por ella, no tengo ninguna duda de que para él, más que una mujer del servicio, es parte de su familia, y que esté aquí en un día tan importante lo deja patente.

—Volar con vosotros mañana. Quiero volver a casa para organizar la mudanza y tener la cabeza ocupada para no pensar. —Sean asiente, seguro; creo que incluso prefiere que regrese para no dejarla sola en esta ciudad; aún no tiene un lugar que sienta como propio, y que se quede en el hotel no es lo más conveniente—. Es tarde para mí, me voy a descansar.

—Quedamos a las doce en recepción.

Nos da un beso en la mejilla y sale por donde Hugh se ha marchado hace unos instantes.

—Al final parece que todo va a terminar antes de lo que esperábamos —digo en un suspiro, con la mirada fija en la pobre mujer; seguro que tenía algún plan más romántico para esta noche y, por nuestra culpa, la hemos dejado sola, como le suele ocurrir.

—No quiero exponerte. Sólo de pensar que te puedo poner en peligro...

—Chis, no sigas. Soy yo la que exige ir. —Le pongo un dedo en vertical encima de los labios para que no continúe, mientras me mira fijamente—. Esa desgraciada necesita un escarmiento y pagar caro lo que hizo; no pienso perderme el momento en el que esa malnacida sepa que la hemos descubierto.

—Empiezas a darme miedo. ¿Dónde está mi mujer? —Me zarandea, bromeando, y pongo cara de que es muy gracioso.

—Cuando me atacan directamente, a mí o a mi familia, no soy la Avery negociadora que predico ser... y mucho menos cuando se trata de cosas tan graves.

Sólo de pensar que ha tenido algo que ver en el accidente, que Sean haya perdido media pierna por su culpa y que podría haber perdido la vida, me dan ganas de estrangularla. ¿En qué narices estaría pensando? ¿Por qué lo ha hecho? A la larga todo se sabe, y ahora mismo se va a quedar sin trabajo y sin duda acabará en prisión.

—Nadie nos va a arruinar nuestra noche de bodas; es más, quiero que lo olvides todo y sonrías como has hecho durante todo el día.

Hacer eso no me va a resultar nada fácil, pero, si no quiero que se salgan con la suya, debo hacer lo que me pide, porque en estos momentos lo único que está en mis manos para fastidiarlos es mostrar indiferencia... ya tomaremos otras medidas en breve.

—¿Noche de bodas? Aún es pronto, ¿no? —Se me escapa la risa cuando veo su mirada lasciva posarse en mi escote.

—Si tenemos en cuenta que en países como Suecia o Alemania, por poner un ejemplo, cenan a

las seis de la tarde. —Mira el reloj y a mí se me escapa una carcajada, consciente de lo que me está dando a entender—. ¡Anda!, es la hora de cenar, en *privado* —recalca la última palabra.

—¿Crees que nos dejarán irnos ya?

Frunce el ceño y asiente más que seguro, me agarra de la mano, para llevarme hasta mi familia, y todos nos miran expectantes, pendientes de lo que les vamos a decir.

—Os tengo que dar las gracias por ayudarme a que este día haya sido tan especial como quería, pero, ahora —me mira, sonriente—, tenemos que irnos a dormir.

Las risas no tardan en aparecer.

—Pero si apenas son las seis de la tarde, y hay barra libre. —Mi hermano, que ha bebido más de lo que su cuerpo está acostumbrado, es el único que se atreve a contradecirlo.

—Piensa que, en este instante, en alguna ciudad del mundo es noche cerrada —le responde, justificando nuestra marcha. Mi madre niega con la cabeza y Zoé se ríe abiertamente, segura de que lo que menos vamos a hacer va a ser dormir—, así que, mi querida esposa y yo, necesitamos sentir que esta noche es infinita.

Obtiene los aplausos de todos, que nos dan permiso para abandonarlos tan pronto, y comenzamos a decirles adiós a nuestros amigos y familia. Luego nos acercamos hasta la mesa donde están su abuelo y su hermana para despedirse también de ellos, que se han mantenido en un segundo plano durante toda la celebración. Supongo que Sean ha pasado de mantenerlos al margen de todo a tenerlos tan cerca que les resulta extraño a los tres.

—Ha sido una boda perfecta, me has emocionado.

Su abuelo se pone de pie y Sean lo abraza; a su lado, el anciano parece mucho más pequeño de lo que realmente es.

—¿Cuándo volvéis a Vancouver? —les pregunta, para asegurarse de que todo está controlado y puede irse sin preocuparse por nada que tenga que ver con ellos.

—Esta medianoche —le responde Natalie, que se acerca a mí y me da un abrazo—. Gracias por invitarnos, nos habéis hecho muy felices.

—Si surge cualquier problema, llamadme —le dice a ella.

—Descuida... ya has hecho demasiado por nosotros. —Su abuelo está muy emocionado—. Tu madre estaría muy orgullosa de ti; te has convertido en el hombre que ella quería que fueras.

Sean no es capaz de responderle; hablar de ella es algo que evita porque le afecta demasiado y, aunque lo entiendo y respeto, me propongo luchar para que supere lo que ocurrió y sea capaz de volver a acercarse a ella.

—Nosotros nos vamos a descansar un poco, ha sido un día muy intenso. —Soy yo la que me disculpo, en nombre de los dos, y ambos me miran asintiendo, comprensivos.

—Nos vemos muy pronto. —Sean le da un beso a su abuelo y después estrecha entre sus brazos a su hermana, por primera vez desde que los conozco, dejándola igual de sorprendida que estoy yo; supongo que hoy se ha obligado a dejar atrás a la persona insensible que quería aparentar ser.

Me agarra de la mano con fuerza y, al tiempo que todo el mundo nos vitorea y nos dice adiós, nos marchamos de la sala en dirección al ascensor y luego, una vez dentro, esperamos a que las puertas se cierren.

—Estaba deseando que llegara este momento.

Juguetea con mis dedos.

—Y yo —gimo cuando me abraza, uno frente al otro, sin dejar de mirarnos, y sus dedos se clavan en mi espalda para luego comenzar a bajar, lentamente, intensamente, tanto que siento que mi cuerpo arde por completo.

—Llevo todo el día odiando a Marc por haberme puesto una tentación tan grande delante sabiendo que no podría hacerme mía hasta muchas horas después de verte luciendo este vestido.

Llega al final de la espalda y me aprieta contra él para que nuestros cuerpos se sientan aún más de lo que ya se sienten.

—Pues yo lo he amado en cuanto me he visto con él puesto. Por cierto, me he dejado el abrigo en el salón. Seguro que alguien me lo guardará.

—Seguro que sí. Estás preciosa, más que nunca, y todo esto —se separa para hacerme dar una vuelta sobre mí misma y así poder observarme de arriba abajo de nuevo— es sólo para mí.

Se dispone a besarme cuando las puertas se abren y una pareja nos mira, sorprendida. Miran mi vestido y después a Sean, que, con total descaro, les dice:

—Acabo de casarme con la mujer más bella del universo.

Me sonrojo, avergonzada, mientras ellos sonríen al entender la emoción de mi recién estrenado marido.

Salimos del cubículo para dejar de entorpecerles el paso y nos dirigimos, cómo no, a la *suite* nupcial del hotel Fairmont.

—¿Cuándo viniste a Quebec? —le pregunto mientras coge la tarjeta del bolsillo interior de su americana y la pasa por el lector para que se abra.

—Un día antes de ir a verte, el tiempo justo para comprobar que el plan marchaba según lo previsto. Y, ahora —me coge en volandas, como cualquier pareja normal, pero me preocupa que... —, no me pienso caer. —Acalla mis palabras antes de que las diga y, conmigo a cuestas, entra en la habitación para dejarme sobre el sofá del salón, frente a la cristalera, que está empañada debido al contraste de temperatura entre el interior y el exterior, aunque podemos entrever la ciudad—. Supe que te gustaría en cuanto me asomé a la terraza. —Abre la puerta y el frío de la tarde helada me pone la piel de gallina, pero, lejos de apartarme, agarrada de su mano, salgo hasta asirme de la gélida baranda—. Ponte esto. —Se quita la americana y me la coloca por encima de los hombros para evitar que me quede como un cubito—. Estoy dispuesto a poner el mundo a tus pies. —Lo miro tan emocionada que creo que voy a volver a llorar, pero de felicidad—. Voy a vivir por y para hacerte feliz.

—Yo sólo te necesito a ti para ser feliz —nos besamos frente a la ciudad que me ha visto nacer, crecer, madurar e incluso estar enamorada locamente como lo estoy ahora— y un poco de calefacción. —Se me escapa la risa, porque las vistas son espectaculares pero hace un frío de narices, aun con su americana puesta por encima de los hombros.

—Primer deseo concedido.

Me alza cruzando sus antebrazos por debajo de mi trasero y camina conmigo a cuestas para volver al interior; allí me deja lentamente en el suelo, mientras sus labios recorren mi cuerpo en el descenso—. Ven a ver una cosa.

Capítulo 36

Me quito la americana porque en el interior no me hace falta y me dirijo, cogida de la mano, hasta la habitación, donde hay una botella de cava dentro de una cubitera junto a dos copas, y la cama cubierta por una capa de pétalos blancos que contrastan con el negro de la colcha brillante.

—Me encanta.

No lo dudo un instante y me dejo caer sobre ella, mirando al techo, cuando siento que sus manos atrapan uno de mis zapatos y me lo quita para masajearme el pie, que ya está más que dolorido de llevar puestos los tacones casi todo el día. Luego me lo besa, y no puedo evitar mirarlo mientras siento millones de mariposas que se precipitan hasta mi sexo, encendiendo mis sentidos. Después hace lo mismo con el otro, y estudia disimuladamente el vestido, porque no ve por dónde hay que desabrocharlo; como sé perfectamente lo que quiere, tras ofrecerle mi mano para volver a ponerme de pie, le digo:

—Creo que necesito tu ayuda para quitármelo con cuidado.

Sonríe, confirmándome que estaba deseando deshacerse de esa hermosa tela que ahora mismo se ha convertido en un impedimento demasiado grande.

—¿Es necesario tener cuidado? —Su voz ronca me declara que su intención es sacármelo como sea.

—Este vestido me va a acompañar el resto de mi vida, así que baja esta cremallera con sumo cuidado, para no romperlo. —Sus dedos agarran la tela y, de la forma más parsimoniosa que puede, va bajándola al tiempo que sus dedos rozan la piel por la que va descendiendo, poniéndomela de gallina—. Ahora te toca a ti —le digo, y le desabrocho el chaleco, para luego mirar la camisa y los pantalones del traje, y sonreír al recordar el día que lo elegí para él; en realidad debía llevarlo en la boda de Jeff y Owen, aunque es perfecto para hoy..., hace juego con sus ojos y aún le queda mejor de lo que imaginé, debido a su nueva musculatura—. ¿Te he dicho que me encanta este traje? —le pregunto mirándolo a los ojos.

—Algo me han contado... La persona que tuvo tan buen gusto de elegirlo me envió un mensaje que me dio qué pensar.

—Ése era el objetivo de la nota y, por lo que veo, tuvo efecto y resultado. —Me acerco para terminar la frase besando su cuello de la forma más lenta y sensual que puedo, mientras mis dedos se deshacen del chaleco, que entorpece la visión de lo que hay bajo la camisa—. Ahora estás muy sexy —le digo de rodillas justo en el momento en el que sus pantalones están en el suelo y, delante de mí, tengo la prótesis. No me parece nada desagradable; al contrario, es algo con lo que vamos a convivir los dos el resto de nuestras vidas y que nos la va a hacer mucho más fácil, así que podremos soportarla sin ningún problema.

—Al menos puedo dejar de sentirme inútil. —Me agarra para que me ponga de pie y me sube hasta colocarme a horcajadas sobre sus caderas—. Ayer no podía cogerte así —aprieta mis glúteos con ambas manos con ímpetu— y, si para hacerlo tengo que ponerme una pierna de

plástico —sonrió al oír esa palabra, la misma que le dijo aquel niño cuando estábamos de compras y se horrorizó—, me la pongo y listo, sin importarme lo que piensen los demás.

—Nada de lo que opinen debe importarnos, porque lo que de verdad vale es esto —le doy un beso en los labios y le acaricio el corazón—, lo que sentimos aquí —y luego bajo la mano por su vientre hasta dejarla entre mis piernas, que rodean sus caderas— y la intensidad que dejas de controlar aquí.

—Creo que deberías bajar un poco más —se burla, y lo miro con cara de regañina—. Sawyer me hizo entender que, para hacerte feliz, primero debía serlo yo. —Esas palabras me suenan mucho, parece que, en el fondo, los dos necesitábamos lo mismo.

—¿Y ahora mismo eres feliz?

Se balancea conmigo, y temo que vuelva a perder el equilibrio y caigamos al suelo.

—Soy el hombre más afortunado del mundo, y... —se calla, sonriente, y me mira con esos ojos azul grisáceo, ahora oscurecidos, que consiguen que miles de mariposas revoloteen por mi vientre —... ahora mismo tengo una única misión: ofrecerte todo el placer que te debo. —Me inclina lentamente hacia atrás para que ambos caigamos sobre la cama y comenzamos a besarnos, desatando la pasión que hemos tenido contenida durante todo el día—. Señora Cote, ¿está lista para vivir cada uno de sus días a mi lado? —me pregunta, y deja de besarme en los labios para recorrer mi cuerpo hacia abajo, hasta llegar a mis braguitas.

—Más que lista, señor Cote; sueño con despertarme a su lado cada una de mis mañanas y, si está entre mis piernas, mejor que mejor.

Le da un tirón a la prenda, ante mi mirada de incredulidad por haber roto unas Victoria's Secret, como si no le importara lo más mínimo, y, tal y como acabo de pedirle, hunde la cabeza en busca de mi sexo.

No tiene prisa ninguna, y por ello me lame y chupa a conciencia, a la vez que me acaricia, consiguiendo entrecortarme la respiración. Inconscientemente, abro las piernas todo lo que puedo para que tenga mejor acceso. Se dedica, exclusivamente, a darme placer, y yo sujeto las sábanas con todas mis fuerzas cuando algo que vibra se adentra en mi interior mientras continúa lamiéndome... ¡acaba de introducirme un juguete sexual!

—Hoy estás deliciosa.

Busco sus ojos y veo esa mirada de lujuria, de estar disfrutando como nunca de mi sexo, y sólo siento que mi cuerpo tiembla hasta que noto que retira algo de mi vagina para dejarle paso a su miembro, y luego me penetra como un loco hasta que, poco después, se pone de pie, me agarra con fuerza por la espalda y me lleva hasta una pared, donde me embiste con mucha más fuerza. Hoy no tiene que preocuparse de apoyarse ni de perder el equilibrio.

—Ámame sin más, cariño —le pido, y esbozando una media sonrisa vuelve a embestirme una y otra vez, obteniendo de mi garganta unos gemidos guturales que deben de oírse en toda la planta, pero en este momento me da absolutamente igual, sólo quiero que siga... que me folle como está haciendo en este instante, contra la pared, como pensé que jamás volveríamos a hacerlo... y no para hasta que mi cuerpo se contrae y siento que voy a explotar; apenas puedo abrir los ojos, mis manos se enredan tras su nuca y lo beso de forma necesitada mientras experimento el primer orgasmo que me regala mi marido, a lo que él responde entregándome hasta la última gota de su elixir.

—Dios, eres lo mejor que me ha podido pasar en toda mi puta vida —dice en un jadeo saliendo de mi cuerpo, y ambos experimentamos esa sensación de vacío al separarnos el uno del otro.

—Te quiero —le respondo cuando me deja sobre la cama y se lanza sobre mí para besarme.

* * *

—Amor, tienes que despertarte.

—¿Qué hora es? —ronroneo por encima de la almohada; es tan suave que me podría pasar media vida aquí—. Estoy cansada.

—Son las diez de la noche y tienes que cenar algo. —Siento cómo hinca las rodillas en el colchón hasta que llega a mí y me retira el cabello del cuello para besarlo y arrancarme una sonrisa—. Necesitas energías; recuerda que no has comido nada en todo el día.

—No tengo mucha hambre —protesto en un bostezo.

—Vamos, gandula; he pedido algo especial.

Como ve que no tengo intención de moverme, me coge entre sus brazos y me saca de la cama.

—Sean...

—No voy a dejar que te desmayes, señora Cote.

Abro los párpados con mucho esfuerzo porque siento que los tengo pegados.

—Me gusta que me llames así —le digo esbozando una sonrisa tontorrón que no puedo evitar.

—Y a mí que, al fin, lo seas de verdad. —Llegamos al saloncito de la *suite* y me deja en el sofá, frente a una bandeja de fruta de todos los tipos y colores—. He pensado que preferirías algo ligero.

—Ahora sí que tengo hambre. —Le arranco una sonrisa y cojo una uva, que me llevo a la boca de inmediato para saborearla—. Está riquísima. —Los dos vamos cogiendo, y comemos desnudos, con la seguridad de que tenemos muchas horas para tenernos el uno al otro—. ¿Qué tipo de casa tienes pensado para nosotros? —le pregunto, porque sé que, si no ha mirado ya, lo que me extrañaría, se habrá encargado de que alguien esté moviendo cielo y tierra para encontrar una vivienda que cubra las necesidades que él considera que tenemos.

—De una única planta —sin duda será más práctico para él—, integrada en la naturaleza —su casa de Vancouver es así; por tanto, no se va a conformar con menos—, con piscina, gimnasio, despachos y habitaciones con baño.

—Se te ha olvidado la cocina —me burlo, porque sé que él no cuenta con ella, ya que no la ha usado ni lo hará.

—No, ya contaba con ella. —Se lleva una fresa a la boca y observo cómo la saborea, y me acerco un poco más para lanzarme a sus labios y sentir el sabor de la fruta en su boca—. Necesitamos que esté en un terreno grande, para construir una casa anexa para Hugh y Helena.

—Cerca de un lago —añado a su gran lista de peticiones.

—Cerca de un lago —confirma que así será.

—Con un gran vestidor para mí sola. —Se me escapa la risa mientras lo digo.

—Con dos grandes vestidores, uno para cada uno.

Me sienta sobre sus muslos y ahora es él quien me ofrece morder de su fruta.

—Pero que se comuniquen, así te podré ver desnudo en todo momento, todos los días.

—Anotado —señala su cabeza y asiento, satisfecha—. ¿Alguna petición más?

—Que sea un hogar de verdad.

Noto que pone cara de no entender a qué me refiero y, recordando cómo es su casa actual, en la que, cuando entras, no podrías distinguir quién vive allí porque se ve cara pero impersonal,

imagino que ni siquiera se ha dado cuenta de ese importante detalle; es una vivienda, pero no un verdadero hogar.

—Para eso te necesitaré, no soy muy experto en esa materia.

Me hace sonreír y le ofrezco una fresa, que muerde gustosamente.

—Un hogar no se obtiene con dinero, sino que se crea con amor, con ilusiones y, sobre todo, con detalles que lo hagan tan especial que nada pueda igualarlo.

—Lo tendremos —confirma, convencido de que vamos a lograr tener todo eso.

—Entonces seré la persona más feliz del mundo.

Abro la boca cuando él me ofrece otra uva y la chupo, chupándole a propósito los dedos para provocarlo un poco más.

—Y también quiero muchos hijos, tantos que nos vuelvan locos y tengamos que huir de casa para disfrutar de nosotros.

Eso sí que me pilla por sorpresa. No me imagino a Sean con mocosos en brazos.

—¿Muchos? ¿A cuántos te refieres?

Miedo me da, porque este hombre, cuando se propone algo, lo hace a lo grande.

—Podemos plantearnos la media docena —dice, claramente en broma.

—Mejor empezamos por uno y luego ya iremos viendo —lo corrijo, para dejar constancia de que no estoy preparada para correr mucho en ese aspecto.

—Trato hecho. —Ahora es él quien se estira para coger una uva y me pide que abra la boca; cuando me la mete dentro, lo muerdo aposta, provocándolo un poco más—. No voy a volver a ponerme un preservativo en mi vida.

—No quiero que lo hagas —respondo, muy segura de que realmente quiero que ocurra cuando sea el momento, pero sin que evitemos que llegue.

Me abraza con todas sus fuerzas y nos tumbamos en el sofá, besándonos lentamente, acariciándonos el uno al otro, sin decirnos nada, pero diciéndonoslo todo.

—Te quiero, mi amor. —Sonríe, encantado de que lo llame así.

—Yo también te quiero, y ahora mismo quiero estar dentro de ti.

Sonrío al tiempo que doy un grito cuando vuelve a cogerme en brazos y me lleva hasta la cómoda que hay justo en el extremo de la sala de estar; me deja allí sentada mientras coloca su miembro en la entrada de mi vagina y me mira esperando a que se lo pida, pero no digo nada, pues mis caderas responden por mí, balanceándose, y, sin darnos cuenta, en un gran gemido vuelve a estar en mi interior.

* * *

Me miro al espejo y me gusta lo que veo: mis mejillas están sonrosadas y mis ojos brillan de felicidad, porque me siento así, dichosa y feliz. No puedo estarlo más después de pasar la noche más maravillosa de mi vida.

—¿Te importa? —Llama a la puerta del baño y asoma la cabeza. Dejo que pase. Ya está vestido, igual que yo, con unos vaqueros oscuros casi negros y un jersey de lana muy grueso, de color gris clarito—. Hace mucho frío hoy.

—Aquí siempre lo hace en esta época del año.

Guardo el secador en el cajón de donde lo he cogido, me coloco un par de horquillas para que el pelo no se me vaya a la cara y me maquillo ligeramente mientras él se lava los dientes sin dejar

de mirarme a través del espejo.

—Estás preciosa.

—Tú no estás nada mal. Tienes cara de haber descansado.

Me río porque sé que lo único que no hemos hecho ha sido eso; hemos dado alguna cabezada entre los arrebatos de pasión que han estado presentes durante toda la noche.

—Creo que necesito unas vacaciones —dice en cuanto se enjuaga la pasta de dientes; deja el cepillo a un lado y me mira.

—¿Nos iremos de luna de miel? —le lanzo, porque de eso no hemos hablado. Todo ha sucedido tan rápido que ni siquiera le he preguntado cómo van las cosas en la empresa y cómo se va a organizar a partir de ahora.

—De momento me será imposible. Le toca a Jeff; se lo debo, espero que lo entiendas. —Claro que lo hago y no sólo eso: me siento feliz, porque quiero que Jeff y Owen disfruten de ese permiso que tanto se merecen y que, por nuestra culpa, no han podido disfrutar hasta ahora; nosotros podemos esperar—. Si te parece bien, ya que vamos a Vancouver, nos quedaremos unos días allí para supervisar un poco a Simon y comprobar que es capaz de encargarse de dirigir la oficina central hasta el retorno de Jeff, para poder volver aquí bien tranquilos.

—Me parece perfecto. —Se seca la cara con la toalla y se acerca a mí; percibo su aliento mentolado, que me encanta de buena mañana—. Es más, quiero asegurarme de que, cuando regresemos aquí, nadie volverá a molestarnos. —Le doy un beso y me abraza, levantándose un poco del suelo hasta que quedo a su altura.

—He convertido a mi mujer en uno de «Los Vengadores».

Nos reímos de lo mucho que he cambiado. En otro momento estaría corriendo de un lado a otro, histérica perdida, sugiriendo llamar a la policía, y, por el contrario, estoy a punto de enfrentarme a la mujer que tanto daño nos ha hecho, y a quienquiera que esté detrás de ella.

—¿Y cuál es mi arma secreta? —le pregunto justo cuando me deja en el suelo y me toco los bolsillos, simulando buscar una.

—Tu sonrisa; es capaz de fulminar a cualquiera en décimas de segundo.

Me provoca una sonrisa... pero, de repente, su rodilla se dobla y cae al suelo.

—¡Sean! ¿Estás bien? No vas a volver a cogerme, joder. No estás acostumbrado.

Le agarro la mano y el brazo para intentar levantarlo, sin éxito, mientras escupo toda una retahíla de palabrotas que, a causa de los nervios, son más gruesas de lo que deberían.

—Ven aquí, boba.

Me arrastra al suelo con él y comienza a reírse a carcajadas, y entonces me doy cuenta de que todo ha sido fingido, que se ha tirado a propósito.

—Eres muy tonto.

Le doy un golpe en el hombro, porque me ha asustado de verdad.

—Pero este tonto te quiere con locura. —Me besa para que no siga enfadada y en un suspiro lo consigo, porque lo beso como si no tuviéramos que irnos, como si no quisiera hacer nada más en esta vida que saborearlo a él, hasta que nos miramos fijamente—. Helena debe de estar esperándonos en recepción.

—Ya...

—Pues, si no te levantas, yo tampoco podré hacerlo.

A desgana, me pongo de pie... y esta vez no le doy la mano para ayudarlo; no se lo merece después del susto que me ha dado. Entonces se levanta y me besa la cabeza antes de salir del baño, donde me quedo para acabar de maquillarme... y es cuando me miro al espejo y me digo a

mí misma que tengo que aprender a relajarme, igual que ha hecho Sean. Cuando estoy lista, salgo al salón, donde lo encuentro hablando por teléfono.

—Ya salimos para el aeropuerto, lo que tarde el avión... Manda dos coches, uno para que lleven a Helena a casa y otro para mí. Cualquier novedad, escíbeme.

—¿Va todo bien? —pregunto justo cuando cuelga, y se gira y sonrío al verme avanzar hasta él.

—Mandarán nuestras cosas a tu ático —me parece bien y así se lo hago saber con un movimiento de cabeza—. Y en Vancouver todo va como debe ir. —Noto que está satisfecho; saber que por fin tiene la sartén por el mango en este asunto es lo que necesitaba; es lo que acostumbra a tener en todo momento en general—. Tienes un abrigo sobre la cama.

—Te has encargado de todo. —No me sorprende, no lo había dudado en ningún momento.

Oigo que llaman a la puerta y Sean, asombrado, me pide que no me mueva.

Va hasta la entrada de la *suite* y abre para recibir a un camarero que le entrega un sobre. Me lo muestra sin saber muy bien lo que es. Cuando lo abre, le aparece una sonrisa de oreja a oreja, y me tranquilizo porque sin duda no son malas noticias.

—Será mejor que lo leas tú misma.

Me acerco a él y cojo una carta que tiene los bordes dorados, parece oro de verdad, y leo en voz alta.

Capítulo 37

Querido Sean, me acaban de informar de que te has casado con la bella dama de la que tanto me hablaste en nuestra reunión. Me hubiera encantado haber podido asistir al enlace, pero no me has dado tiempo a organizarme. Estoy muy feliz por ti y os deseo muchísima prosperidad. Espero que mi regalo sea de vuestro agrado.

Atónica, veo un número de registro junto a un código, que no sé a qué se refieren y al final una firma que reconozco al instante: es del hombre tan poderoso que Sean conoce en Dubái.

—¿No quieres saber qué nos ha regalado? —me pregunta al verme pasmada con la carta entre las manos; a juzgar por su sonrisa, creo que él sabe algo que yo desconozco.

—Sí, claro... —dudo, porque aún sigo sorprendida. Saca su teléfono del bolsillo y teclea los números que se indican en la carta, y entonces aparece un documento oficial de los Emiratos Árabes Unidos—. ¿Qué es?

—Las escrituras de una isla privada. —¿Perdona? Abro los ojos como nunca mientras él emite una gran carcajada—. Nos la ha regalado.

—¿Una isla?

Asiente, nada sorprendido, como si esto fuera lo más normal.

—Tuya y mía. —Me muestra una parte del documento donde aparece su nombre completo y, justo al lado, «y su esposa». Obviamente no van a poner mi nombre cuando en ese país la mujer no tiene ningún valor más que el de acompañar a los hombres.

—¿Regalan islas a diestro y siniestro?

—No, ni mucho menos, pero esto significa que tenemos pendiente un viaje, pues... ¿querrás conocerla y disfrutar de ella, no?

Se me escapa la risa al oír su contestación, pero no le respondo, porque no soy capaz. No doy crédito a que tengamos una isla en Dubái a la que poder irnos de vacaciones. Cuando se lo diga a mi madre, no me va a creer.

Guarda la tarjeta en un maletín que hay sobre la mesa de centro y me anima a terminar de recoger mis cosas para irnos.

Me encamino a la habitación y veo mi vestido dispuesto sobre una butaca junto con el abrigo; no puedo evitar acercarme para acariciarlo, y recuerdo cómo me miró cuando avanzaba hacia él, cómo sus ojos recorrían mi cuerpo de arriba abajo al acercarme al altar. Es un momento que no voy a poder olvidar en mi vida.

—Lo dejarán como nuevo para que lo guardes, tal y como me has pedido. Me he encargado de recuperar el abrigo también. —Me habla apoyado en el quicio de la puerta.

—Cuando te vi, me sentí la persona más afortunada del universo —le digo, y él se aproxima a mí.

—Y yo supe que no sería tan estúpido de separarme nunca más de ti. —Me ofrece el abrigo, que acaba de coger de encima de la cama, y me lo pongo, para salir luego del dormitorio agarrada

de su mano—. Tienes tu documentación en el salón; tu madre la cogió ayer de tu casa cuando salisteis; tenemos que irnos ya.

Abandonamos nuestra *suite* llevándonos con nosotros unos recuerdos que permanecerán siempre con nosotros y nos dirigimos hacia el ascensor; allí nos abrazamos y, sin decir palabra alguna, bajamos a la planta que da a la calle, donde vemos a Helena nada más abrirse las puertas.

—Ya empezaba a pensar que os habíais ido sin mí. —La pobre respira aliviada al ver que sólo nos hemos retrasado.

—No, ¿cómo íbamos a hacer eso? La culpa es de Sean, que es muy tardón —suelto como si nada, y él pone cara de «Cómo es posible que hayas dicho eso».

—Pues ve acostumbrándote, porque con el tiempo van a peor —suelta mientras me da un abrazo, lo suficientemente alto como para que él lo oiga, por lo que hace un gesto de ofendido.

—Estoy aquí —remarca lo evidente, y las dos lo miramos, risueñas, mientras él nos guía hasta la salida—. Abrigaos bien —nos recomienda mientras se abrocha el cuello de la parka y yo no puedo dejar de mirar la capa de nieve que hay en el suelo. Como poco es de medio metro, y los empleados del hotel están esparciendo sal para derretirla al tiempo que con una pala la amontonan a los extremos para facilitar el acceso de los clientes.

—Aquí hace más frío que en Vancouver. —Helena casi se esconde bajo su abrigo como una tortuga, hecho que me hace mucha gracia. Yo me pongo la capucha del anorak.

—Será mejor que vayamos rápido al coche.

Con mucho cuidado al pisar la nieve, caminamos hasta un vehículo negro que hay cerca de la entrada, esperándonos con las puertas abiertas, y Sean nos invita a sentarnos detrás para luego ocupar el asiento del copiloto.

—Qué barbaridad de frío. ¿No os podíais haber casado en primavera, como todo el mundo? —se queja Helena, y yo veo cómo nos alejamos y pienso en mi madre. No me puedo ir sin hablar con ella.

—Sean, voy a llamar a mi madre para avisarla de...

—No —me interrumpe, y se gira para mirarme muy serio—. No quiero que nadie sepa que nos dirigimos a Vancouver.

—No puedo desaparecer así sin más; es mi madre. Ella no dirá nada a nadie.

Pienso advertirla de que durante unos días no me va a ver.

—Llámala, pero dile que nos vamos de viaje de novios, y que no sabes a dónde. Yo me encargo de que la noticia corra como la pólvora. —Coge su teléfono y se pone a mirar algo que no soy capaz de ver desde mi posición—. Si piensan que nos hemos ido lejos, nuestro éxito está asegurado.

En parte tiene razón; debemos ser muy inteligentes, así que lo mejor será que mi madre no sepa la verdad, sólo serviría para preocuparla. Cojo el teléfono y marco su número.

—Buenos días, cariño.

—Hola, mamá. Voy de camino al aeropuerto. —Lo único que oigo es el silencio al otro lado de la línea—. Sean me ha preparado un viaje sorpresa y, aunque he intentado averiguar por todos los medios a dónde vamos o al menos que me dé algunas pistas, no me ha dicho nada.

—Ay, hija, ¿una isla desierta en un paraje tropical? —Noto la emoción en sus palabras, y si fuera cierto yo también estaría emocionada, pero no es el caso, para mi desgracia.

—Pues, si es así, no te sorprendas si no me localizas en unos días. —Miro a Sean, que asiente porque decirle eso a mi madre nos dará un pequeño margen sin que ella se preocupe por nosotros

si, llegado el caso, no todo sale como esperamos—. Tengo que apagar el teléfono; te quiero mucho, mamá.

—Y yo, cariño. Dile de mi parte que más le vale cuidar bien de mi niña.

—Lo haré.

Finalizo la llamada y Sean se estira para agarrarme la mano y acariciármela antes de obligarme a inclinarme hacia delante y besarla.

—No me siento bien al tener que mentir a mi madre.

Me mira triste, sabe que no me gusta.

—Entonces tendremos que irnos realmente a una isla tropical para que no sea una mentira.

Dejo salir una media sonrisa porque siempre tiene contestación para todo.

—¿Un fin de semana? —pregunto dando por hecho que es lo máximo que vamos a poder escaparnos si Jeff no está en la empresa.

—Hecho.

Miro por la ventanilla y soy consciente de las facilidades que tenemos, como por ejemplo poder coger un avión cuando nos dé la gana y desaparecer en cualquier parte del planeta, cosa que meses atrás no podría haber hecho ni en sueños... no, al menos, del modo que Sean puede. Como me dijo, ha puesto el mundo a mis pies, pero no estoy feliz por eso, aunque reconozco que somos unos privilegiados, sino porque nuestro amor es puro, verdadero.

En pocos minutos llegamos al aeropuerto, a la zona de aviones privados, donde el suyo nos está esperando. Entramos en la pista con el coche y nos detenemos frente a la escalerilla de la aeronave.

Sean se baja el primero y nos pide que esperemos un instante. Mientras Helena lo sigue con la mirada e intenta averiguar de qué hablan, yo observo al conductor, que no ha abierto la boca en ningún momento desde que nos hemos montado. Se ha limitado a conducir en silencio.

—¿Crees que todo esto es una locura? —le pregunto a Helena, buscando un poco de sinceridad.

—No debería decirlo, pero tengo un presentimiento... y no es bueno. —La miro, preocupada. Rosalie es la que alquiló el coche que provocó el accidente al perseguirnos, pero yo vi a un hombre al volante y, además, está todo el asunto de las examantes de Sean asfixiadas o el chantaje que querían hacerle a él con la caja que le mandaron con las fotografías de las muertas... Por mucho que vayamos a por ella, está claro que alguien más se esconde detrás de todo esto—. Pero no me hagas caso, por favor, seguro que son tonterías de vieja.

—Tendremos cuidado, te lo prometo.

Me agarra las manos con fuerza y me mira a los ojos, justo cuando Sean abre la puerta para que podamos bajar.

—Por favor —me responde antes de descender del vehículo y dirigirse hacia el avión.

—¿Estás bien? Dime qué te preocupa.

Sean rodea mi cintura en cuanto me pongo de pie y me apoyo en su pecho mientras caminamos hacia la escalerilla.

—No quiero sorpresas; necesito que estemos preparados para lo peor —me sujeta de la barbilla y me la levanta hasta que nuestros ojos se encuentran—, te lo ruego.

—Te lo prometo. No voy a poner nuestras vidas en peligro; no nos arriesgaremos, tenemos mucho por lo que vivir.

Me alegra constatar que piensa como yo, porque, aunque ambos estemos deseando saber quién es el que está detrás de todo lo que nos ha ocurrido, valoro mucho más el hecho de tener un futuro

junto a él.

Me invita a subir la escalerilla del avión por delante de él, y lo hago mientras pego las últimas bocanadas de aire en mi ciudad, llenando de oxígeno mis pulmones mientras me digo que debo ser valiente, ahora más que nunca. Justo cuando traspaso la puerta veo a Helena acomodada en un asiento al fondo; me mira seria, no puede disimular su preocupación.

Camino hasta dos butacas que hay una frente a otra y me siento mientras Sean habla con el piloto en la cabina.

—Ya salimos —me anuncia; luego se sienta delante de mí y me mira, intentando analizarme—. ¿En qué piensas?

—En qué le voy a decir cuando la vea. Te juro que he deseado mil veces pedirte que la despidieras, pero no creí tener el derecho de hacerlo, y ahora me arrepiento de no habértelo dicho, porque quizá todo podría haber sido diferente. Ahora mismo tengo ganas de... de estrangularla con mis propias manos.

—Va a tener mucho tiempo para pensar en lo que ha hecho, de eso me encargaré personalmente.

—¿Cuánto tiempo lleva engañándote? —le pregunto, y él mira a través de la ventanilla, muy serio, porque lo que más lamenta, aunque no me lo diga, es no haberse dado cuenta de que una persona tan cercana como era su secretaria lo estuviera traicionando de la forma más mezquina posible.

—No te puedo responder a eso, pero supongo que no es de ahora.

Oímos que arrancan los motores del avión, el aire comienza a correr por los conductos de ventilación y el piloto nos informa a través de los altavoces que está solicitando permiso para despegar. En pocos segundos nos lo conceden, nos pide que nos abrochemos los cinturones y comenzamos a rodar por la pista, para posicionarnos correctamente y empezar a ganar velocidad hasta que sentimos que estamos en el aire, que las ruedas ya no tocan el suelo y se esconden en las tripas del avión. Volamos a toda prisa hacia Vancouver, la ciudad que me acogió de la mano de Jeff y que esta vez lo hará de la de Sean.

Durante las horas que estamos en el aire apenas hablamos; ambos descansamos un poco porque estamos rendidos y sabemos que debemos tener fuerzas cuando aterricemos. Me acomodo tumbando el butacón hacia atrás mientras mis ojos se clavan en las nubes que cruzamos y poco a poco se me cierran los ojos, sin poder remediarlo... aunque mi cabeza no desconecta del todo, pues sigue dándole vueltas a muchos de los encuentros que he tenido con Rosalie... y a cómo se cabreaba al saber que yo ocupaba el tiempo, la cabeza y finalmente el corazón de Sean. Según me contó Owen al principio, primero lo intentó con Jeff, y luego con él... Sin duda su obsesión por estar con un hombre rico e influyente puede haberla cegado hasta el límite de no poder controlar sus emociones... o quizá sí acabó enamorándose perdidamente de él y los celos la consumían y la han llevado a hacer algo que en otro momento no hubiera sido capaz de hacer. Sea como sea, tiene que pagar por ello, y estaré en primera fila para ver cómo lo hace, por todo el dolor que nos ha causado.

—¿Estás despierta? —Muevo la cabeza para indicarle que sí y me incorporo para coger el teléfono que me ofrece, y miro la pantalla—. Ya está en todos los medios.

—¡Qué rápido! —Nunca dejará de sorprenderme que así sea. Leo el titular en voz baja y mi estómago se contrae: «El multimillonario más joven y cotizado de Canadá, Sean Cote, se ha casado en secreto».

Obviamente ése es el gancho para captar todas las miradas, así que comienzo a leer el artículo, en el que se detalla que hemos contraído matrimonio en el hotel más exclusivo de Quebec, el

Fairmont, mi ciudad natal; que se desconocen los invitados que acudieron al enlace, y que lo único que se sabe es que ahora mismo nos dirigimos a unas islas paradisíacas de Asia. Junto al texto hay dos fotografías. La primera es de cuando nos besamos ya como marido y mujer; en ella se ve cómo Sean me sostiene, porque estoy inclinada hacia atrás, y nuestras sonrisas relucen mientras nuestros labios sellan el amor que sentimos. La otra imagen es de cuando hemos subido hace un rato la escalerilla de este avión. En el último párrafo del artículo comentan que Sean ya lleva puesta una prótesis de titanio que disimula a la perfección las secuelas del accidente que meses atrás le arruinó temporalmente la vida.

—Es la mejor foto de todas las que nos hicieron. ¿Quieres verlas?

Asiento, pues recordar ese momento es lo que más me apetece ahora mismo. Le acerco el teléfono y, tras pulsar en varios sitios, llega hasta una carpeta donde hay más de mil fotos.

—Hay muchas, y la verdad es que ni siquiera vi al fotógrafo.

—Ésa era la gracia: todas son naturales, no hay posados, ni fachadas, sólo somos tú y yo disfrutando del día más bonito de nuestra vida.

Me agarra de la mano, me arrima a él, sentándome sobre sus piernas, y juntos comenzamos a ver y comentar cada una de las instantáneas, olvidándonos del mundo.

Capítulo 38

Las ruedas del avión topan contra la pista de aterrizaje y, tras la señal acústica que indica que se puede desabrochar el cinturón, Sean se levanta para dar unas indicaciones al tiempo que llama a Hugh para avisarlo de que ya hemos aterrizado.

—Helena, debes bajar y montarte en el todoterreno; nosotros lo haremos después.

Asiente, nerviosa. Sabe que el dispositivo que han montado es para que la prensa no pueda hacer fotografías; lo último que quiere es que nos pillen y lo hagan público, ya que todo el mundo sabría que estamos aquí en lugar de en nuestra luna de miel.

—Por favor, llámame cuando se la haya llevado la policía.

—Lo haremos —la tranquilizo, y me da un abrazo.

A Sean lo agarra de las manos y lo mira fijamente antes de coger el paraguas que le ofrece el personal del avión, y veo cómo desaparece escaleras abajo.

—Está lloviendo, el tiempo se ha puesto a nuestro favor.

—¿Crees que todo esto es necesario? —le pregunto, asombrada por cómo está llevándolo todo —. Esta pista es privada, los periodistas no pueden acceder a ella.

—Prefiero no arriesgarme, hoy en día hay teleobjetivos muy potentes.

Coge un paraguas enorme, negro, y me levanta la capucha del anorak, colocándose el pelo en el interior. Luego me toma por las mejillas para darme un beso que se eterniza tanto que hasta pierdo la noción del tiempo, olvidándome de dónde estoy.

Me coge de la mano en cuanto se separa de mí y comenzamos a bajar la escalerilla y es cuando soy consciente de lo mucho que llueve. El suelo está inundado; hay enormes charcos que esquivamos de camino al coche, tapándonos por completo la cara con el paraguas, hasta que me abre la puerta del copiloto y me monto. Luego me quito la capucha e intento colocar mi melena en su sitio mientras él rodea el vehículo y sube, dejando el paraguas en el asiento trasero.

—Rosalie está en su apartamento, Hugh nos está esperando allí. —Estoy deseando llegar y ver su cara cuando sepa que hemos descubierto la verdad—. Parece que no sospecha nada, así que tengo la oportunidad de que me reciba sin más.

—Nos reciba —le aclaro para que se dé cuenta de que no le voy a dejar que entre solo.

Pisa el acelerador y salimos del hangar de aviones privados para circular por la carretera en dirección al centro de Vancouver. La lluvia no cesa y los truenos retumban como si algo se estuviera resquebrajando en el cielo.

En pocos minutos, que a mí se me hacen eternos porque no hemos intercambiado ni una sola palabra en todo el trayecto, nos adentramos en la calle de Rosalie, donde veo a Hugh caminando por la acera como si fuese un transeúnte más refugiándose de la lluvia bajo su paraguas.

Aparcamos justo en la puerta y Hugh se gira al oír el motor del coche. No nos hablamos, él continúa caminando hasta nosotros y Sean me agarra de la mano para guiarme hasta el portal de Rosalie, que está abierto; supongo que Hugh también se ha encargado de eso. Subimos por la

escalera hasta el tercer piso y Sean me pide que me quede unos escalones más abajo, para que no me vea nada más abrir.

Espero paciente a que llame a la puerta y, de repente, veo que aparece vestida con un camisero. Adquiere una postura que intenta ser sexy, para provocarlo, creyendo que va a conseguir algo de él, aunque lo que ella no sabe es que lo último que va a hacer Sean es mirarla lascivamente.

—¿Qué haces aquí, te hacía de viaje? Por cierto, enhorabuena, he visto las imágenes en Internet.

—Gracias. Sí, me iré de luna de miel, pero antes de hacerlo me urge cerrar un tema laboral, y te necesito.

Sonríe y lo mira con esos ojos de lascivia que me hierven tanto la sangre.

—Pasa, por favor. Te invito a una copa mientras trabajamos.

Justo cuando la puerta está a punto de cerrarse, la detengo y la vuelvo a abrir; entonces me mira, alucinada, mientras me adentro en su piso.

—Que sean tres, por favor.

—¿No te importa, verdad? El caso es que nos íbamos de viaje de novios pero de pronto he recordado que no he tenido en cuenta un asunto importante relativo a la contabilidad de la compañía. He intentado contactar con el director de ese departamento, pero no lo he localizado y no dispongo de mucho tiempo, así que mi única opción es explicártelo a ti y entregarte los documentos, para que lo comentes con él mañana por la mañana y os encarguéis de solventar este problema; se trata de modificar los formularios de los impuestos que hay que entregar ahora a final de año, pues falta incluir un gasto. —Sean finge muy muy bien y ella no puede dejar de mirarme, con el ceño fruncido.

—¿Incluir un gasto?, ¿modificar el impreso de los impuestos? Creía que ya estaba todo listo, o eso me dijeron.

—Menos mal que he venido. Me he dado cuenta de que faltaba una factura muy importante por añadir; necesito que la incluyas. —Sean saca del bolsillo de su parka la factura del alquiler del coche y, al entregársela, ella la mira y se echa a temblar—. ¿Ocurre algo?

No le contesta y sale pitando hacia la puerta de la calle y, cuando la voy a seguir para que no escape, Sean me detiene.

Lo miro sin comprenderlo hasta que la veo volver a aparecer, caminando hacia atrás mirando fijamente a Hugh, que la obliga a retroceder.

—No es lo que parece —se defiende.

—Explícate, por favor. —Se sienta en uno de los sillones individuales y me pide que haga lo mismo en el que hay justo al lado, pero yo prefiero hacerlo en el brazo del suyo y así sentir que está a mi lado—. ¿Alquilaste tú el coche?

—Sí, lo hice yo, pero... no sabía lo que iban a hacer con él.

—¿Y qué iban a hacer? —le pregunta, y ella le mira la pierna izquierda; con el pantalón largo y el zapato apenas se ven unos centímetros de la prótesis—. La policía está en camino, así que tienes dos opciones: ser sincera y conseguir un trato conmigo, o no decirme quién te pidió que lo alquilaras e ir a la cárcel hasta que envejezcas allí y haya desaparecido ese tipito que tanto te gusta enseñar.

—Si hubiera sabido que era para agredirte, jamás hubiera accedido. Sean, yo te quiero —le dice mientras se lanza a sus rodillas y siento que algo en mi interior se revuelve, pero, no sé cómo, consigo controlarlo, logrando no moverme de mi sitio y dejar que él la separe para que deje de tocarlo.

—Te creo, pero necesito saber quién está detrás de todo esto. Si lo hicieron una vez, lo volverán a intentar.

Rompe a llorar y miro a Hugh, que sale de la habitación de Rosalie, supongo que de rebuscar entre sus cosas, porque trae consigo una camiseta que le muestra y ella se gira al ver que Sean la mira, enfurecido.

Se pone de pie y camina hasta su hombre de confianza para cogerla; luego la estira para leer lo que pone delante. Intento averiguarlo... Es una camiseta muy vieja, tiene agujeros debido al paso del tiempo, incluso diría que es de un colegio o de una universidad.

—¡Rosalie, ¿Elijah?! —pregunta en un grito que me estremece, al igual que a ella. Y pienso rápidamente... Elijah es su hermano; pocas veces me ha hablado de él, pero lo ha mencionado en alguna ocasión y me ha comentado que tienen una mala relación—. ¿Fue él quien te pidió que lo alquilaras?

Asiente en silencio y empieza a llorar, desolada.

Sean camina de un lado a otro.

Hugh y yo nos miramos, expectantes. No me puedo creer que sea su hermano la persona que está detrás de todo... Casi consigue que nos matemos, y por su culpa ha perdido media pierna... y quizá está detrás de todo lo demás... Su propio hermano. Saberlo me rompe el alma, porque me acuerdo del mío, lo protector que es, lo mucho que me quiere y se preocupa por mí, y saber que su propia familia ha querido herirlo me permite entenderlo un poco más, sobre todo justificar su manera descontrolada de proteger todo lo que quiere y por qué no confía en nadie.

—¿Qué te prometió a cambio? —La mira fijamente, pero ella no es capaz de sostenerle la mirada.

—Nada —dice en voz baja.

—Mi hermano no es tonto, tú tampoco... y yo menos —le advierte para que sepa que no la está creyendo—. ¿Cuánto llevas acostándote con él?

La miro y, de repente, sé que lleva mucho tiempo, más del que es capaz de reconocer, por eso llora, porque sabe que todo lo ha hecho mal, que su vida está perdida sin que pueda evitarlo.

—Como no has conseguido estar con él, te has conformado con su hermano, ¿es eso? —Ahora soy yo la que intervengo, poniéndome al lado de Sean, frente a ella, recibiendo su mirada iracunda por ser la persona que ha trastocado sus planes—. ¿Tan enamorada estás de él?

—¡Tú no entiendes nada! —me grita, frustrada.

—Más de lo que te puedes imaginar. —No se espera mi contestación y me mira, confusa—. La primera vez que lo vi en Cote Solutions supe que era el hombre de mi vida, y te aseguro que, si no lo hubiera sido, hubiese estado destrozada y desesperada, como pareces estar tú... —Sean me agarra del brazo para que no continúe, pero me suelto de su agarre—. Aún estás a tiempo de encontrar al hombre de tu vida, uno que te valore y te haga feliz de verdad, pero para ello debes librarte de la cárcel, y eso sólo lo conseguirás si colaboras con nosotros y nos dices toda la verdad.

—Vino a las oficinas para hablar con él —lo señala y Sean se extraña de saber que su hermano fue a buscarlo—. Yo no sabía quién era, pero, cuando me miró, me recordó tanto a ti que no sé qué me pasó. Hablamos... y al final se fue porque ese día no viniste. Terminé dándole mi número y quedando con él.

—¿Te ha preguntado cosas de Cote Solutions? —Se encoge de hombros y se muerde el labio inferior al tiempo que vuelve a romper a llorar; sí, claro que lo ha hecho—. Mi hermano sólo te ha utilizado para llegar a mí y poder hacerme daño.

—¿Sabes dónde está ahora?

—En su apartamento; se ha ido hace un rato.

—Hugh, encárgate de ella —le pide, y sale como alma que lleva el diablo hacia la puerta.

—Entrad —dice con el móvil en la mano, y aparecen dos hombres que reconozco del servicio de seguridad de Sean. Yo salgo corriendo entre ellos para seguirlo. Lo alcanzo cuando casi llego al portal.

—Cariño, espera... —Lo empujo hasta que topa contra la pared y veo sus ojos enrojecidos, cargados de rabia. Supongo que delante de Rosalie no ha querido explotar, pero, ahora que nadie lo puede ver, no ha podido contenerse—. ¿Estás bien? —Le miro la mano y veo sus nudillos rojos; seguro que ha golpeado algo.

—No va a ir solo, yo lo acompañaré. —Hugh aparece a mi espalda, pero Sean sigue con la mirada perdida.

—Lo quiero sólo para mí, nada ni nadie me va a parar cuando lo tenga delante. Esto lo hubiese evitado si hace unos años...

—No sabías que era capaz de esto, ¿me oyes? Tú no eres como él —le recuerdo, y me llevo su mano al pecho para que sienta el latido de mi corazón. Está acelerado como nunca.

—Tenemos que irnos, la policía viene en camino —le recuerda Hugh, y me aparto para poder irnos de aquí.

—¿Dónde vive tu hermano? —le pregunto, nerviosa.

—Mi padre compró un apartamento para mi hermana y otro para él, muy cerca de aquí. También me compró uno a mí, pero lo rechacé; no quería nada de la persona que me había destrozado la vida, y así se lo hice saber, además de intentar convencer a Natalie y Elijah de que recapacitaran e hicieran lo mismo. A mi hermano eso no le sentó bien. —Deja de hablar para abrirme la puerta del coche y nos montamos en el asiento trasero mientras Hugh se pone al mando y conduce—. Aquel día discutimos fuertemente, y tuve la oportunidad de cargármelo, pero ¿cómo iba a hacerle eso a mi hermano?

—Nadie en su sano juicio haría una cosa así. —Intento que entienda que no fue un error, sino algo bueno, algo que cualquiera habría hecho.

—Pero mira lo que ha ocurrido: te he puesto en peligro sin saber que mi propio hermano estaba detrás de todo este asunto.

—Tú no me has puesto en ningún lugar, así que borra de tu mente ese pensamiento. —Lo abrazo con todas mis fuerzas para que sienta mi amor, el cariño que siento por él y, sobre todo, lo mucho que me duele verlo en este estado—. Lo va a pagar, pero en la cárcel; no va a salir de allí y no volverá a hacernos daño.

Su teléfono comienza a sonar y vemos que es Natalie. No contesta y tira el móvil sobre el asiento, a desgana, y, aunque creo que debería contestar, no se lo digo. Ahora mismo no es un buen momento para una charla familiar, supongo. Vuelve a sonar, pero nada, no lo coge... y de repente suena el mío y nos miramos extrañados. Saco el teléfono del bolsillo de mi chaqueta y veo que es ella.

—Algo pasa —le enseño la pantalla y pulso el botón de responder—. Dime, Natalie.

—Mi madre...

Rompe a llorar y de inmediato me yergo en el asiento.

—¿Qué le pasa?! —Estoy muy nerviosa, y Sean lo nota—. En este momento vamos de camino a casa de tu hermano —añado, y Sean me intenta quitar el teléfono para que no siga hablando de eso, pero él no sabe que ocurre algo, así que activo el manos libres.

—No, no está allí... Se ha llevado a mi madre.

—¿A dónde? Natalie, ¿qué ha pasado con mamá? —Sean se frota la cabeza, inquieto; todo se le está yendo de las manos.

—No lo sé. Elijah me ha llamado para decirme que me despidiera de ella. Me ha contado que él es el culpable de todo... de tu accidente, de todo lo que le ha pasado a la empresa estos últimos meses...

—Voy a encontrarla. No le van a hacer nada a mamá, ¿me oyes? —le asegura, convencido, aunque en su interior no lo tiene tan claro y está hecho un manojo de nervios.

—Por favor, ten mucho cuidado, Elijah te odia, está como ido... Te culpa de que nuestra infancia quedara truncada; según él la culpa fue tuya y no de papá... También te culpa de los problemas que ahora mismo tiene la compañía petrolífera de papá; me ha hablado de no sé qué de una compra mayoritaria de acciones y el hundimiento de su precio en bolsa... —La voz de Natalie es de pura preocupación—. Repito, ten mucho cuidado, y llámame enseguida que tengas novedades, por favor.

—Lo haré.

Hugh detiene el coche en un lateral de la carretera y oigo una llamada a través del altavoz.

Capítulo 39

—Buenos días. Llamo porque me gustaría pasar dentro de un rato a felicitarle las fiestas a Catherine Cote.

Está llamando al centro para comprobar que lo que dice Natalie es cierto.

—Lo siento, señor. Catherine se fue ayer para celebrar la Navidad con sus hijos.

Cierro los ojos porque no puedo creer que sea verdad. Pero ¿qué pretenden hacerle a esa pobre mujer que está postrada en una silla de por vida?

—Claro, ¡qué cabeza la mía! Seguramente Sean fue a por ella y he olvidado que me lo comentó —miente, intentando justificar el hecho de no saber que no está allí.

—No pasa nada, pero fue Elijah quien la recogió, por si eso lo ayuda.

Gracias a la incompetencia de la mujer, que está dando más información de la que debería, hemos confirmado que Natalie nos ha dicho toda la verdad.

—No sabe cuánto.

Hugh finaliza la llamada y Sean comienza a golpear el reposacabezas que tiene delante como un loco. Intento que pare, que se tranquilice, pero no lo logro, así que finalmente me aparto para que se desahogue.

—Señor, tenemos que movernos rápido.

—Ve a la mansión.

Hugh lo mira por el retrovisor, muy serio.

—¿Cree que...?

—Mi hermano no es capaz de orquestar todo esto solo.

¿El señor Collins? ¿Ese hombre es capaz de atentar contra la vida de su propio hijo y también contra la de su exmujer? Aunque mi sentido común me obliga a pensar que no es posible, el mero hecho de recordar su frialdad, lo que me hicieron Charlotte y él para chantajearme, me hace replantearme mis convicciones y asumir que puede ser cierto.

—Vamos.

Aunque Sean haya pedido que no se avise a la policía para que no llegue antes que nosotros, pues desea llegar primero y arreglarlo a su manera, tengo la sensación de que esta vez no debo seguir sus órdenes, haciendo algo que sin duda desaprobaría... pero recuerdo el presentimiento que Helena tenía y lo sumo al mío de ahora, que es idéntico.

—Espera, me pondré de copiloto. ¿Te importa?—me dice, y me mira esperando mi conformidad, y le hago un gesto para que sepa que, por supuesto, que estaré bien.

Mientras ellos hablan delante, cojo mi teléfono sin que me vean y busco en mi agenda el número de la inspectora López. Deseando no equivocarme con esta decisión, tecleo:

Sé quién está detrás de todo lo que ha ocurrido: su padre, el señor Collins. Si quiere atraparlo, vaya a la mansión en la que vivían cuando estaba casado con la madre de Sean. Nosotros estamos de camino.

En el momento en que lo envío aparece como conectada, está en línea. Sin embargo, antes de que me llegue su mensaje de respuesta, decido apagar el móvil y centrar toda mi atención en Sean, así que lo guardo en un bolsillo y miro por la ventanilla, nerviosa, mientras Hugh conduce a toda velocidad, alejándose del centro en dirección a las afueras.

Sean sigue sin dar crédito a lo que ha averiguado y comienza a unir todos los cabos sueltos en voz alta. Estaba más que seguro que iba por delante de su padre, que estaba destruyéndolo poco a poco; lo que no sabía era que él estaba haciendo lo mismo, pero de una forma tan maquiavélica que nadie sospechó de sus artimañas.

Espero que la inspectora haya creído mis palabras y esté organizando un equipo para acudir en nuestra ayuda, porque lo último que quiero en mi vida es tener más sustos como los que ya tuvimos.

La velocidad del coche se reduce conforme nos adentramos en un sendero y traspasamos una valla para circular por la finca en la que Sean nació y vivió sus años más tristes, esos que lo han marcado para siempre. Por ello su cara se torna más seria de lo que jamás he visto, e incluso se revuelve en el asiento, inquieto. Volver a este lugar no tiene que resultar fácil para él; supongo que tiene una lucha interna que no cesa.

—Déjeme que compruebe el perímetro —propone Hugh, y el asiento y se gira para mirarme.

—Creo que deberías quedarte en el coche. —Noto la preocupación en su rostro, pero no pienso quedarme esperando sin saber lo que ocurre en el interior de la casa—. Avery, por favor —me suplica al no responderle, pero niego con la cabeza.

—No —contesto al fin, de forma rotunda—. Esto lo vamos a terminar juntos, porque juntos somos invencibles.

No intenta convencerme, pero tampoco le hace gracia que me exponga a un peligro que no sabemos a ciencia cierta si es real o no. En todo caso, bajamos del coche y vemos a Hugh aparecer y adentrarse en la mansión. Esperamos unos minutos, pero, al ser conscientes de que tarda demasiado, Sean coge una pistola de la guantera del todoterreno, comprueba que esté cargada y avanza hacia la puerta, que permanece abierta; lo sigo a poca distancia.

—No te separes de mí —me susurra, y asiento al tiempo que accedemos, sigilosos, a un vestíbulo enorme; todo está cubierto de polvo, parece que la casa lleva muchos años deshabitada. Seguimos andando hasta adentrarnos en un salón en el que los muebles están tapados con sábanas, pero los sillones no..., lo que nos indica que hace poco que alguien ha estado aquí.

Miro a nuestro alrededor, caminando sin hacer ruido, cuando de pronto choco contra la espalda de Sean, que se ha detenido de improviso; está observando algo. Me pongo a su lado y descubro que toda la pared que tenemos a nuestra izquierda está repleta de fotos nuestras, de las chicas asesinadas, de la habitación de hotel con Charlotte... No soy capaz de seguir mirando esas imágenes y, cuando me giro para evitarlo, pego un grito al ver a un hombre muy corpulento agarrando a Hugh, a quien sin duda han golpeado, pues tiene la cara completamente ensangrentada.

—¡Hugh! —Sean lo apunta con el arma, y de repente aparece el señor Collins apuntándolo a él también, acompañado de Charlotte, que me mira sonriente—. Has llegado demasiado lejos, y lo vas a pagar —amenaza a su padre.

—¿Tú me lo vas a hacer pagar?

Se le escapa una gran carcajada y, con el arma, señala hacia la pared que ahora tenemos a nuestra espalda; yo vuelvo a mirarla, pero Sean no lo hace; no quiere dejar de tener a tiro a su padre, sabe que no tendrá otra oportunidad como ésta.

—¿Has visto que buena pareja hacemos? —me provoca Charlotte, recordando lo que me hizo.

—¡Eres una zorra! —le respondo con todo el desprecio que siento por ella.

—Pues no te quejabas... si lo hubieras hecho, no hubiese continuado, pero te gustó. —Oír cómo habla de lo que me hizo tras haberme drogado me revuelve las entrañas; no puedo entender cómo puede ser tan ruin y despreciable—. Y tú —se dirige a Sean—, ¿creías que me iba a quedar con alguien que no fuese capaz de darme la vida que merezco? Mientras juegas a ser el malo, nosotros hemos ido siguiendo cada uno de tus pasos.

—¿Dónde está mi madre? —les pregunta muy serio.

—¡La familia casi al completo, al fin! —Oigo una voz que no reconozco y veo aparecer a un chico que me observa sonriente, con esa mirada malévola que ya he visto antes. Arrastra la silla de ruedas de su madre, que es ajena a todo lo que está pasando—. ¿Estás bien, Avery? Creo que te golpeé sin poder evitarlo... —Sean me mira sin entender a qué se refiere—, después de verte desnuda en su bañera varias veces.

No me lo inventé ni lo soñé, él era quien estaba espiándome desde la parte exterior del ventanal del baño, esa sombra que vi y con la que me asusté tanto, pero que desapareció sin más... y por lo que acaba de decir, no fue la única vez que estuvo allí. Además, también choqué con él en el parque, era el corredor que me tiró al suelo sin que Dan pudiera evitarlo y por lo que se llevó una reprimenda por ello. Sean aprieta la mandíbula con tanta fuerza que oigo cómo le chirrían los dientes.

—Habéis estado a nuestro alcance en todo momento —comenta su padre, orgulloso.

—Sois unos hijos de puta.

—Tú no eres diferente, hijo. En tu interior habita el mismo pensamiento dañino de poder, por eso quieres lo tuyo por encima de todo y de todos.

—¡Él no es así! —exclamo. No puedo callarme, y lo miro con cara de asco, dejándole claro que está muy confundido.

—Puedes seguir viviendo engañada; yo lo hice durante un tiempo, hasta que me di cuenta de quién era el mejor de los dos —interviene Charlotte. Luego se acerca a Collins y le aprieta con ambas manos la bragueta, a lo que éste responde con un gemido de placer que tanto su hijo como yo encontramos repugnante, lo que resulta evidente por nuestras caras.

—Todo para ti —replico.

—Es una lástima, porque podríamos haberlo pasado divinamente los tres; una pena tener que borrarte del mapa.

Hugh intenta soltarse y lo golpean, quedando tendido en el suelo.

—¡No! —grito, tentada de correr hacia él, pero no lo hago porque sé que me van a disparar.

—Mamá, ¿has visto? —Elijah coge la mano a su madre y le dice hola a Sean, que comienza a desesperarse.

—¿Qué queréis? Habéis matado a todas mis exantenas, violado a mi mujer, secuestrado a mi madre, casi me matáis. ¿Qué más queréis!? —termina en un grito que hace que su madre pegue un salto en la silla, y Sean empieza a bajar el arma al ver que lo está mirando directamente. Ha dejado de mirar al vacío para centrar toda su atención en su hijo—. ¿Mamá? —Sigue bajando el arma y todos miran hacia su madre porque no se han dado cuenta de lo que acaba de ocurrir.

—No te acerques o te pego un tiro —le advierte Collins, muy serio, y él se aproxima a la que fue su mujer, la madre de sus hijos. Ésta se encoge, asustada; es obvio que su madre ha reaccionado, el grito de Sean le ha servido para recobrar parte de su conciencia.

—Hazlo —le pide Sean, porque no duda en acercarse a su madre con paso seguro, y yo me llevo las manos a la boca, aterrada por lo que está a punto de pasar. Rezo en voz baja y me dejo

caer al suelo, suplicando que no lo maten, que lo dejen acercarse a su madre por primera vez desde que la internaron.

—¡Sean, detente o disparo! —vuelve a advertirlo.

—Hazlo ya, papá —lo anima Elijah con una enorme sonrisa, casi celebrando que su padre borre del mapa a su propio hermano.

Charlotte tiene cara de miedo, en el fondo tampoco quiere que lo asesine.

—Sean —vuelve a advertirle.

—¡Para, por favor! —grito, cerrando los ojos cuando suena un disparo, y siento que me quedo sin aliento.

Me tapo los ojos con ambas manos y oigo el estruendo de un cuerpo desplomarse sobre el suelo de madera, que retumba una y otra vez, sin que pueda soportarlo. Lloro, desolada; no me puedo creer que haya personas tan malvadas como para matar a su propia familia.

Finalmente abro los ojos y veo decenas de policías, algunos esposándolos y leyéndoles sus derechos; entre ellos está la inspectora López, que me mira directamente y asiente con la cabeza, dándome las gracias por haberla avisado.

Miro a la madre de Sean y lo veo a él de rodillas al lado, llorando como un niño pequeño sobre su regazo mientras ella le acaricia la cabeza, y justo a su lado descansa el cuerpo sin vida de su padre; entonces aparece un policía para tapar el cadáver con una manta térmica... y siento que alguien me agarra de los brazos para ponerme en pie.

—¿Está bien, señora?

Asiento en silencio, porque soy incapaz de articular palabra alguna. Me ayudan a sentarme en una de las sillas que hay frente a la pared cubierta de fotografías y la inspectora se acerca mientras sigo perdida en las instantáneas, viendo escenas de mi vida. Llevan meses siguiéndonos, lo sabían todo de nosotros y no nos habíamos dado cuenta.

—Debo pedirle perdón. —La miro al tiempo que me seco las lágrimas y me sorbo los mocos —. Tenían razón en todo. Siento haber dudado de su palabra y de la de su marido.

—Gracias por creerme hoy... y por venir —es lo único que puedo contestar. Si no lo hubiera hecho, seguramente sería Sean el que yacería sin vida en el suelo y no su padre.

—Tuve mis dudas, pero una corazonada me hizo montar un operativo de inmediato y venir. Si no me hubiera mandado ese mensaje, no sé qué habría ocurrido.

Menos mal que lo ha hecho. Me giro para buscar a Sean y veo cómo el personal de la ambulancia se lleva a su madre; luego miro donde estaba Hugh, para ver en qué estado se encuentra, pero ya no está ahí; se lo habrán llevado también, pues lo han golpeado bastante. Necesitará unos días para recuperarse.

Charlotte y Elijah son los siguientes en salir, esposados; ninguno de los dos dice nada, pero ya no sonríen. Cuando pensaban que iban a ganar, lo han visto todo perdido en un segundo.

—No volverán a hacernos daño, ¿verdad? —le pregunto a la inspectora, y ella sonríe, satisfecha.

—Acumulan tantos delitos graves que se jubilarán en la cárcel como poco. —Creo que en escasas ocasiones me he sentido tan en paz como ahora mismo, aun sabiendo que el futuro que a ellos les espera va a ser muy negro, pero no merecen otra cosa—. Me parece que la necesita —añade, y sigo su mirada y veo a Sean parado, mirándome fijamente y sin saber qué hacer, y no lo dudo un instante, corro hasta él y lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Perdona por no haberte hecho caso —le digo, y me aprieta contra él y me levanta el mentón para que lo encare; no sabe a qué me refiero—. He sido yo quien ha avisado a la inspectora López

para que viniera en nuestro auxilio.

Niega con la cabeza, restándole importancia a eso; ahora ya tanto da. Me besa y me abraza con ímpetu.

—Gracias, nos has salvado la vida —me dice, y sonrío, consciente de que mi decisión ha sido la mejor.

—Si hubieras... —No soy capaz de decirlo. Se me forma un nudo en la garganta que no me deja ni respirar.

—Se acabó, ahora sí. Ya no tenemos de qué preocuparnos. —Vuelve a besarme y me retira las lágrimas de las mejillas.

—Señor Cote, tal y como le he dicho a su mujer, quiero disculparme por todo lo que les he dicho y hecho en el pasado, y aprovecho para darles las gracias por cerrar este caso.

—Gracias por salvarme la vida. —Esta vez su contestación no es altiva, ni tan siquiera prepotente; es sincera, porque Sean sabe reconocer cuándo debe ser educado y agradecido—. Si no tiene ninguna pregunta que hacernos, me gustaría llevar a mi mujer a casa; ha sido un día muy duro.

—Por supuesto.

Salimos de la sala dejando a la unidad científica haciendo fotografías del mural del comedor y recogiendo posibles pruebas que adjuntar al dossier del caso. Entonces vemos que Hugh está sentado en la parte posterior de una ambulancia; tiene la cabeza vendada y aguanta una bolsa de hielo que se pone en un ojo intermitentemente.

—Lo siento. —Agacha la cabeza porque se siente fatal por no haber podido impedir lo ocurrido—. Tendrá mi dimisión en su mesa en cuanto llegue a su casa.

—No la quiero. Fuimos demasiado confiados. No volverá a ocurrirnos.

—Pero...

—Nos vemos en casa, cuando te den el alta del hospital. Seguro que tienen que hacerte alguna prueba... y luego tienes que ayudar a Helena a hacer las maletas. —Hugh le choca la mano y me acerco para besarle la mejilla; me duele ver a este hombre tan fuerte tan abatido. No se lo merece—. Vámonos, cariño.

Me agarra de la mano y me lleva hasta él, para abrazarme y caminar hacia el todoterreno, que nos alejará de este lugar para no volver nunca más.

Epílogo

—¿Quieres terminar de una vez?

Lo miro por encima de la pantalla de mi ordenador con cara de pena.

—Ya acabo —le digo en un suspiro, sabiendo que no me va a dejar continuar.

—Eso me has dicho hace dos horas, cuando se suponía que te ibas a casa antes que yo. —Entra en mi despacho y se sienta sobre la mesa, de brazos cruzados—. No me voy a mover hasta que apagues este trasto y pueda llevarme a mi mujer a casa. Creo que le debo un baño y un masaje de pies.

Tal y como lo dice, muevo los dedos y cierro los ojos; se va a enfadar mucho conmigo, y con razón, pero tendré que terminar este trabajo.

—Vamos. —Guardo el documento y asumo que ya lo continuaré mañana o corro el riesgo de que se divorcie de mí. Me pongo de pie y estiro la espalda; estoy a punto de explotar; no sé cuánto tiempo voy a soportar este peso—. ¿Me llevas el bolso? —le pido, porque la verdad es que estoy exhausta.

—Debes bajar el ritmo, necesito saber que Jia y tú estáis bien. —Sonríe cuando la nombra, porque, conforme pasan los días, más me gusta la elección de ese nombre. Cuando me hicieron la ecografía y supe que era niña, el primer nombre que se me pasó por la cabeza fue ése... el de mi mejor amiga que murió muy pronto. Pensé que quizá a su familia le molestaría, pero Mei me aseguró, en cuanto se lo pregunté, que le encantaba la idea, porque el recuerdo de su hermana seguiría vivo en mi pequeña. Cuando se lo planteé a Sean, me confesó que lo llevaba pensando varios días pero que no me lo había dicho porque no sabía si me sentaría bien. Así que, mi pequeña, que está a punto de nacer, se llamará Jia—. Si no me obligarás a quedarme en casa para encargarme personalmente de que descansas de verdad.

—Sabes que no puedes hacer eso.

Se gira y mira hacia los empleados, que están cerca de nosotros pero no tanto como para oírnos.

—No me provoques o lo haré.

—Está bien, necesito ese baño.

Lo agarro del brazo y dejo caer mi peso sobre él para salir de mi despacho y pasar por algunas estancias de la nueva oficina en Quebec, de camino a la salida. Hemos conseguido un lugar donde trabajar en armonía; ya no hay peticiones incendiarias de Sean, ni mensajes escuetos que puedan herir al personal. Mi marido se ha convertido en el mejor jefe que podría imaginar. Todos lo adoran y respetan a partes iguales.

Cuando llegamos a la salida, entra Ava, nuestra secretaria, dispuesta a comentarme algo, pero veo que lentamente cierra la boca sin articular palabra alguna y, cuando miro hacia Sean, descubro que tiene el dedo levantado, advirtiéndola de que no diga nada.

—Mañana se lo explicas. —Le guiña un ojo y lo miro con cara de querer matarlo; no me puedo creer que consiga todo lo que quiere.

—¿Es urgente?

—¡Ave! —Siento su respiración cerca de mi lóbulo, está a punto de decirme algo al oído y, como siempre me ocurre, ya siento ese calor que recorre mi cuerpo, excitándolo al extremo, y, como él lo sabe, juega con ello. Desde que estoy embarazada no sé lo que me pasa, pero es oír un susurro y mi cuerpo necesita sexo, y no del romántico, sino del duro, aunque Sean no me da lo que quiero, pues me advierte una y otra vez de que le va a hacer daño a la peque, que va a nacer con un chichón y no se lo perdonará el resto de sus días—. Nos vemos mañana, Ava.

Le hago un gesto para que me envíe un mensaje, y me gano una risa por parte de ella y una cachetada en el culo por su parte, por llevarle la contraria.

—¿Puedes volver a hacerlo? —le digo en cuanto abre la puerta y siento el calor asfixiante de este verano—. Dios mío, ¿el masaje puede ser en la piscina?

—Donde tú quieras.

—Gracias. —Separo de mi cuerpo la tela que cubre mis pechos una y otra vez, consiguiendo que algo de aire se cuele y me refresque, mientras suspiro, agobiada—. ¿Y un helado de camino? —Tal y como lo digo me acaricio la tripa inconscientemente, y él, mirándola también, me dice que sí, y caminamos unos metros hasta llegar a la heladería del centro viejo de Quebec, y nos sentamos a una mesa para que pueda comerme una tarrina de tres bolas, cubierta de caramelo y con virutas de chocolate y una galleta.

—Te va a sentar mal.

La mira bastante preocupado por todo lo que estoy a punto de comerme.

—¿Mal? —Gimo de placer al llevarme una cucharada a la boca—. Esto es lo más delicioso de este mundo.

—¿Lo más? —Clava sus ojos grisáceos, ahora oscuros, en mí, derrochando lascivia por cada uno de los poros de su bonita cara—. Creía que había otra cosa de mi cuerpo que te gustaba mucho más.

—Cuando termine con esto, sí. —Se me escapa la risa y vuelvo a comer como si de inmediato se fuera a acabar el universo. Eso o me pongo de parto, y entonces me arrepentiré de tanto helado y tantas porquerías que le he metido a mi cuerpo, perdiendo las formas como una auténtica burra—. ¿Quieres un poco?

—No, prefiero ver cómo lo disfrutas tú.

Justo cuando lo dice dejo de mover la lengua, con la que estaba jugueteando con la cuchara, y, de la manera más discreta que puedo, sigo comiendo el helado, aunque no sé si estoy teniendo mucho éxito, porque no deja de mirarme y juraría que está excitado, y mucho.

—Soy una vaca, no me puedes adorar así. —Pongo cara de pena y le señalo el enorme helado que me estoy zampando—. Estoy gorda y horrible.

—Estás más guapa que nunca.

—Mentiroso. —No me lo puedo creer, no cuando siento que no puedo ni moverme. No soy como las embarazadas de las revistas que lucen tipo, para nada. Seguro que se mueren de hambre para no parecer botijos.

—Sabes que soy muchas cosas menos eso. —Se aproxima por encima de la mesa y tengo que aguantar la respiración cuando su mano se posa en mi rodilla sin esfuerzo, porque la mesa es muy pequeñita y apenas nos separa a uno de otro—. Y ahora mismo estoy deseando acariciarte —asciende su mano hasta llegar a mi ingle—, besarte y poder amarte con esa ferocidad que me pides cada día, aunque no soy capaz de dejarme llevar por miedo.

—¿Hoy sí? —Lo reto con la mirada, porque, si me dice que sí, va a ser su perdición, después

no va a poder echarse atrás.

Asiente y me pongo de pie de un salgo, chocando la barriga contra la mesa.

—¡Ten cuidado! —me grita, y lleva las manos a su adorada pequeña—. Mamá está tan deseosa de papá que se olvida de ti.

—¡No le digas eso! —lo regaño, porque no es necesario. Es un bebé... no entiende de esas cosas, y mucho menos desde dentro de la barriga—. ¿Quieres llevarme al coche y una vez allí come...?

—Señorita, esa boca, que estamos en público.

Cuela su mano por mi espalda y baja hasta colarla bajo mi falda y, sin que nadie lo vea, llega a mi sexo, por lo que me tengo que detener en medio de la heladería.

—¿Está bien, señora? —El pobre dueño del establecimiento se acerca pensando que me estoy poniendo de parto o algo así, y yo, sudando porque acaba de encenderme por completo y lo único que quiero es irme al coche para que siga en condiciones—. Está empapada en sudor... —No lo veo, pero sé que está disfrutando al ser testigo de que lo estoy pasando mal por su culpa y, lejos de parar, su dedo sigue en mi sexo, moviéndose, mojándome y provocando que mi rostro cada vez esté más sonrosado, aun sabiendo que todos los presentes nos miran, pero, por suerte, su cuerpo, al estar pegado a mi espalda, no deja ver donde tiene la dichosa mano—. Siéntese, le traeré un vaso de agua.

—Muchas gracias —le agradece el acto de generosidad, y cierro los ojos, frustrada... ¡No me puede estar haciendo esto!—. Cariño, hazle caso. —Lo miro con cara de querer estrangularlo y él sigue con su papel. Vaya, desconocía esa faceta suya de actor, pero ahora mismo se está mereciendo ganar un Óscar.

—De verdad, no hace falta, sólo quiero irme a casa. —Intento que el hombre me deje en paz, pero insiste y me bebo el maldito vaso que me va a cortar el helado que ya no tengo ganas de terminarme.

—Ves, mujer..., te ha cambiado la cara.

—Muchas gracias, de verdad —le digo, sonriente, al tiempo que quita su maldito dedo y puedo moverme sin miedo a que nadie nos pueda ver.

—Tome, por favor, quédese con el cambio, es lo mínimo.

El buen hombre no sabe si cogerlo o no, y yo le hago un gesto de que por favor lo acepte; es lo mínimo después del mal trago que ha pasado.

—Gracias, y que vaya muy bien con este bebé, les traerá mucha suerte.

Los dos nos miramos, sonrientes, y asentimos antes de salir de la heladería.

—¡Te voy a matar! —Le golpeo el hombro y rompe a reír a carcajadas, agarrado de mi mano, mientras caminamos hasta el coche.

—¿No querías la misma pasión de antes? Esto es lo que hubiese hecho el día que te conocí.

—Pues ahora me debes dos puñeteros orgasmos.

Le pongo dos dedos delante para que los vea bien y vuelve a reírse, arrimándome a él y agarrándome con fuerza bajo su hombro.

Subimos al coche y pongo el aire acondicionado a tope; aunque Sean dice que no es necesario tanto, no me lo discute, bastante ya me ha hecho como para que me quite eso.

El edificio donde se ubican nuestras oficinas está muy cerca de nuestra casa, apenas a media hora. Aún recuerdo la llamada a las cinco de la madrugada de Zoé. La muy loca soltó a pleno pulmón que se había muerto, y casi me da un infarto... Me quedé sin aliento hasta que me dijo que era el anciano de la casa del lago quien la había palmado. Con estas palabras me lo soltó, la muy

burra. Se pasó una hora repitiéndome que ésa era nuestra casa ideal, que sabía que algún día la venderían, y no paró de insistir hasta que, a la semana siguiente, porque antes, obviamente, hubiese sido una falta de respeto, cuando llegamos allí nos encontramos con uno de los hijos y éste nos dijo que les daba pena venderla, porque sus padres habían sido muy felices allí, pero que todos ellos tenían sus vidas fuera de la ciudad y que estaban en un dilema que ninguno de los tres hermanos sabía cómo solucionar.

Sean se encargó de contarles nuestra historia de amor, cosa que me dejó sin habla, y consiguió que el chico nos la mostrara. Quedamos maravillados, porque era exactamente lo que queríamos: una sola planta, integrada en la naturaleza como a él tanto le gustaba, con piscina, despachos y habitaciones de sobra. Sólo tenía una pega, y era que el estilo era muy anticuado, pero eso no supuso ningún problema a la hora de adquirirla, cuando el hijo del anciano nos llamó para decirnos que lo habían estado meditando y que preferían venderla, concretamente a nosotros, porque creían que seríamos igual de felices que sus padres.

La firma de la compraventa fue entrañable y terminé llorando como una Magdalena, al igual que sus hijos, y, luego vino la gran reforma, que casi acaba conmigo, porque Sean estuvo al mismo tiempo levantando la nueva sucursal de la empresa y estuve sola para todo. Me ayudó en lo que pudo, pero no todo lo que hubiese necesitado; menos mal que Zoé no se apartó de mí ningún día.

Se abre la cancela y recuerdo el día que la traspasamos por primera vez para entrar y no volver a salir. Al igual que hoy, los baches del camino obligaron a Sean a esquivarlos y, del mismo modo que está diciendo ahora mismo, comentó que debía encargarse de ellos.

—No entres en casa —lo advierto cuando apaga el motor y pretende salir del coche.

—¿Aquí sin más?

Comienza a reírse, divertido, y mira hacia su derecha. Allí está la casa de Helena y Hugh. Se encargó de ello en cuanto adquirimos la finca. Tienen una vivienda de dos habitaciones a la que no le falta de nada, y Helena rápidamente la convirtió en un hogar, con sus fotos y recuerdos de toda su vida. Y a la izquierda, justo en el extremo opuesto, está la casa donde viven su abuelo y su madre, junto a una enfermera que se ocupa de Catherine las veinticuatro horas. Actualmente está bastante bien; comienza a recordar muchas cosas del pasado, aunque ha perdido la noción de todo el tiempo que estuvo internada, pero nos habla y nos reconoce como su familia, y Sean prefirió tenerla cerca para recuperar el tiempo perdido.

Por suerte el terreno es tan grande que no nos molestamos, y eso me gusta, porque, aunque los necesitamos cerca, no queríamos perder la privacidad de la que tanto nos gusta disfrutar.

—Me has prometido un masaje en la piscina. —Rodea el coche y se lanza a besarme, sin mediar palabra alguna, sino demostrando lo mucho que me quiere—. Hummm, no me cansaré de tus besos.

—No quiero que lo hagas jamás.

Caminamos hasta el interior de la casa y salimos al jardín, que tiene forma de u y está rodeado de árboles; la pared exterior es de piedra, por lo que parece que estemos en plena montaña, viviendo al aire libre. Conforme pasa el tiempo, estoy más enamorada de este lugar.

Me estoy levantando el vestido para quitármelo pero no me da tiempo y me lo saca él por encima de la cabeza, por lo que me quedo sólo en ropa interior. Él se desviste y me guía hasta la zona que no cubre, y conforme bajamos la pequeña pendiente nos vamos mojando. Siento alivio; como tengo los pies excesivamente hinchados, cuando me tumbo en la superficie, con su ayuda, la falta de peso y el agua me descansan y espero que se reduzcan de tamaño.

—Cariño...

—Lo sé, no sé qué hacer para que no se pongan así.

Me los frota para ayudar a la circulación, pero no es eso, sino la retención de líquidos. De todas formas, sus manos consiguen que me relaje y poco a poco recorren el resto de mi cuerpo, entregándome lo que me ha prometido, eso que tanto necesito y que desde que estoy embarazada teme hacer, dejarse llevar.

Cuatro años más tarde

—No quiero que la engañes —le digo mientras intento que nuestro pequeño Sean deje de llorar. Cada vez que lo nombro, me enamoro un poco más de haber elegido su nombre. No lográbamos dar con uno con el que estuviéramos de acuerdo, y no estaba dispuesta a ponerle a mi hijo uno que no me gustara, así que un día mi madre me preguntó que, aunque no era de modernos, por qué no le ponía el de su padre, y mi sonrisa apareció en ese mismo instante. Me encantó su idea, tanto que aquella misma noche, después de caer exhausta sobre su cuerpo sudado, le dije que me encantaría que en el mundo no existiera un solo Sean Cote, que quería un ejército de ellos y que el que llevaba en mi interior podría ser el primero, y su sonrisa me contestó—. Sabes que no lo vas a conseguir; no tienes por qué ser perfecto en todo, te quiero como eres.

—Tu mami no sabe que soy capaz de lo que sea por vosotros —le susurra a mi pequeño, a quien tengo en brazos, pues está molesto porque tiene sueño y, con el jaleo de la carrera, no consigue dormirse—. Deséame suerte.

—Suerte —le digo, resignada, mientras Helena me pide coger a Sean para acunarlo. No sé qué tiene esta mujer, pero es mecerlo en sus brazos y caer rendido—. ¿Cómo lo haces?

—No lo sé, debo caerle bien.

—¿Y yo mal? —me pregunto, porque me ha salido un niño demasiado llorón. No logro calmarlo y apenas me deja pegar ojo, y ya tiene cuatro meses, así que se supone que debería comenzar a dormir toda la noche, pero ni hablar de eso.

Me giro para verlos. Agarra la mano de su niña preferida, que viste un dorsal rosa chicle que me hizo coser hace unos días, además de uno a juego para el papi. Aún sigo riéndome al recordar cuando se lo enseñé y me dijo que se vengaría; supongo que lo ha olvidado, porque no me lo ha hecho pagar. El temido Sean Cote ha perdido facultades.

—¡Jia! —Mi pequeña se gira, mostrándome sus dos moñetes, que le he hecho bien prietos para que no se despeine corriendo—. Mucha suerte, cariño.

—No dejes de mirar, mami.

—Aquí estaré, atenta para ver cómo llegas a la meta.

Espero que no se enfade. Varios padres de sus compañeras son atletas y su único fin en la vida es hacer deporte, y aunque Sean ha retomado el *running*, no está a su nivel. La prótesis le ha regalado una vida normal, pero no hace milagros, así que espero que Jia no se lo tome a mal cuando no sea la primera en llegar.

La carrera empieza y mis padres aparecen a mi espalda, besándome y centrándose en su nieto, mientras todos comienzan a salir disparados; estoy nerviosa.

—¡Hará trampas, pero cumplirá su promesa! —Mi madre se tapa la boca para reírse cuando la miro con cara de «No me hace ninguna gracia»—. Lo siento, hija... pero no dudo de que, de algún modo, lo hará.

—Lo peor es que yo también lo sé.

* * *

Mientras los primeros padres comienzan a acercarse, nosotros miramos embelesados al pequeño Sean, que duerme en brazos de Helena, y reconozco que es un clon de su papi: tiene los mismos ojos, idénticos labios, incluso esa mirada intensa que a veces dudo si no serán imaginaciones mías. Jia también se parece un poco a él, pero tiende más a mí.

—¡Enhorabuena! —le gritamos al primer niño que cruza la meta con su padre, y siento penita por Jia, pues no sé cómo se lo tomará. Luego van llegando unos detrás de otro hasta que, cuando creo que ya han llegado todos menos ellos, veo a Hugh dirigirse a la meta corriendo y coge la cinta que yace rota en el suelo y la anuda para que vuelva a estar lista. Mi madre me da un codazo, alucinada por lo que estamos viendo, y Helena se encoge de hombros porque, obviamente, ya sabía el plan que había tramado.

—¡Papá, corre, lo conseguimos!

—Te lo dije, te prometí que cruzarías la meta y romperías la cinta —le responde apenas sin aliento, inclinándose hacia delante apoyado en sus rodillas para recobrarlo—. Me estoy haciendo mayor —es lo primero que dice cuando me acerco.

—Cariño, ¿estás contenta? —le pregunto, y se lanza a mis brazos.

—Tengo al mejor papi del mundo; aunque le falte media pierna, es un campeón. —Sean sonrío encandilado y yo lo miro en un frustrado intento de enfado que termina siendo una carcajada enorme, que le contagio, y me besa en los labios.

—Le dije que traspasaría la meta y rompería la cinta, pero no le prometí que sería la primera. —Me recuerda la importancia de las palabras—. No puedo competir contra ellos, ni lo pretendo, pero sí hacer feliz a mi peque.

—Sean, has superado tu marca. —El padre ganador aparece y le estrecha la mano. No hay duda de que ha hecho un esfuerzo titánico.

Lo miro y me alegro de corazón de que sea tan feliz y sin complejos. Años atrás no hubiese ido en pantalón corto ni hubiese mostrado la prótesis a todo el mundo como si nada; han sido años de aceptar la situación y de ir superando todos los obstáculos que de repente se vio encima.

—Por cierto, tengo una sorpresa. —Jia aparece escondiendo algo a la espalda y me fijo en la camiseta que lleva puesta; no es la misma que llevaba antes... No sé cuándo se la ha cambiado. Hugh comienza a reírse y se aleja, y eso me indica mucho: sabe que me voy a enfadar. Le pido a Jia que se acerque y abro los ojos como platos cuando leo en la camiseta «Propiedad de Sean Cote». Es más bonita que el rosa de este ridículo dorsal —susurra Sean para que Jia no lo pueda oír, y mi niña me ofrece una camiseta idéntica.

—No pienso ponérmela —le digo ante la risa de todos.

—Y tanto que sí. —Sean me agarra a la fuerza y llama al resto de los padres para obligarme a no resistirme—. Es el nuevo sello familiar.

—Estás loco, no pienso ponerme esa camiseta —insisto, pero los padres se acercan y se ríen porque nos conocen; saben que siempre estamos chinchándonos el uno al otro. No es la primera vez que son partícipes de unas de nuestras bromas.

—Ésta te va a costar muy cara.

No me puedo creer que me haya puesto una camiseta con un mensaje tan machista; debería estar cabreada, pero es que no puedo. Sé que no lo piensa realmente, que se desvive por nosotros y

respeto cada una de mis decisiones, igual que su único objetivo en la vida es hacernos felices día tras día.

—Te quiero, señora Cote.

—Y yo más. —Nos besamos y todos comienzan a gritar y a aplaudir, eufóricos, hasta que nos vamos a la zona de barbacoa, donde celebraremos con el resto de padres y abuelos el fin de curso de la pequeña rodeada de sus amigos, siendo una pareja más... una que por el día apenas tiene tiempo para nada, pero que busca el instante para cruzar una mirada, intercambiar una palabra y, sobre todo, mantener la llama de la pasión más prendida que nunca—. Y esta noche te vas a enterar, recuerda que los niños duermen con mi madre.

—No sabes las ganas que tengo de que se ponga el sol —me susurra al oído, abrazándome por la espalda sin disimular que está duro como una piedra, y yo, como siempre, tengo que respirar profundamente para contener las ganas de darme la vuelta y devorarlo delante del resto de los padres.

Agradecimientos

Aún no me creo que esté escribiendo estas palabras. Hace muchos meses que Sean apareció en mi vida y, en cuanto lo hizo, supe que sería uno de los personajes más importantes que había creado hasta ese momento, pero sólo vosotras lo habéis hecho especial con cada uno de vuestros comentarios.

Gracias por hacerme sonreír día tras días, gracias por apoyarme una y otra vez, de verdad. Sin ti, tú que estás leyendo estas líneas, nada de esto sería posible.

Finalmente, tengo que confesar que pongo el fin aquí porque me siento obligada a hacerlo, pero no porque quiera terminar esta historia. Sean Cote siempre estará en nuestros corazones.

Biografía



Soy Iris T. Hernández, una joven que lucha por superarse día a día.

Me crie en Sant Adrià de Besòs, un pequeño barrio de Barcelona, bajo unos valores de humildad que me han servido para ser la persona que soy. Con tan sólo veintidós años, y sin saber nada de la vida (por mucho que quisiera creer que lo sabía todo), mi actual pareja y yo emprendimos un camino del cual me siento muy orgullosa y cuyo fruto han sido dos personitas que nos han unido más si cabe.

Actualmente ocupo la mayor parte de las horas del día en mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a lo que más me gusta: escribir.

Soy autora de la trilogía «Momento» (2014-2015), *Sabes que te quiero... a mi manera* (2015), *A través de sus palabras* (2016), *Me gustas de todos los colores* (2017), *Acepté por ti* (reeditada en 2017), *No hay reglas para olvidar* (2018), *¡Que alguien me saque de aquí!* (2018), *Lo tuyo es amor por narices* (2019), *Sean Cote es provocador* (2019) y *Sean Cote es irresistible* (2020).

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

www.iristhernandez.com

Twitter: [@IrisTHernandez](https://twitter.com/IrisTHernandez)

Facebook: [Iris T. Hernández](https://www.facebook.com/Iris.T.Hernandez)

Referencias a las canciones

Someone you loved, Copyright: © A Vertigo Berlin release; 2019 Universal Music GmbH © 2019
Universal Music GmbH, interpretada por Lewis Capaldi. (*N. de la e.*)

Sean Cote no tiene límites
Iris T. Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta, a partir de la idea original de Tiaré Pearl
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico: febrero de 2020

ISBN: 978-84-08-22350-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

